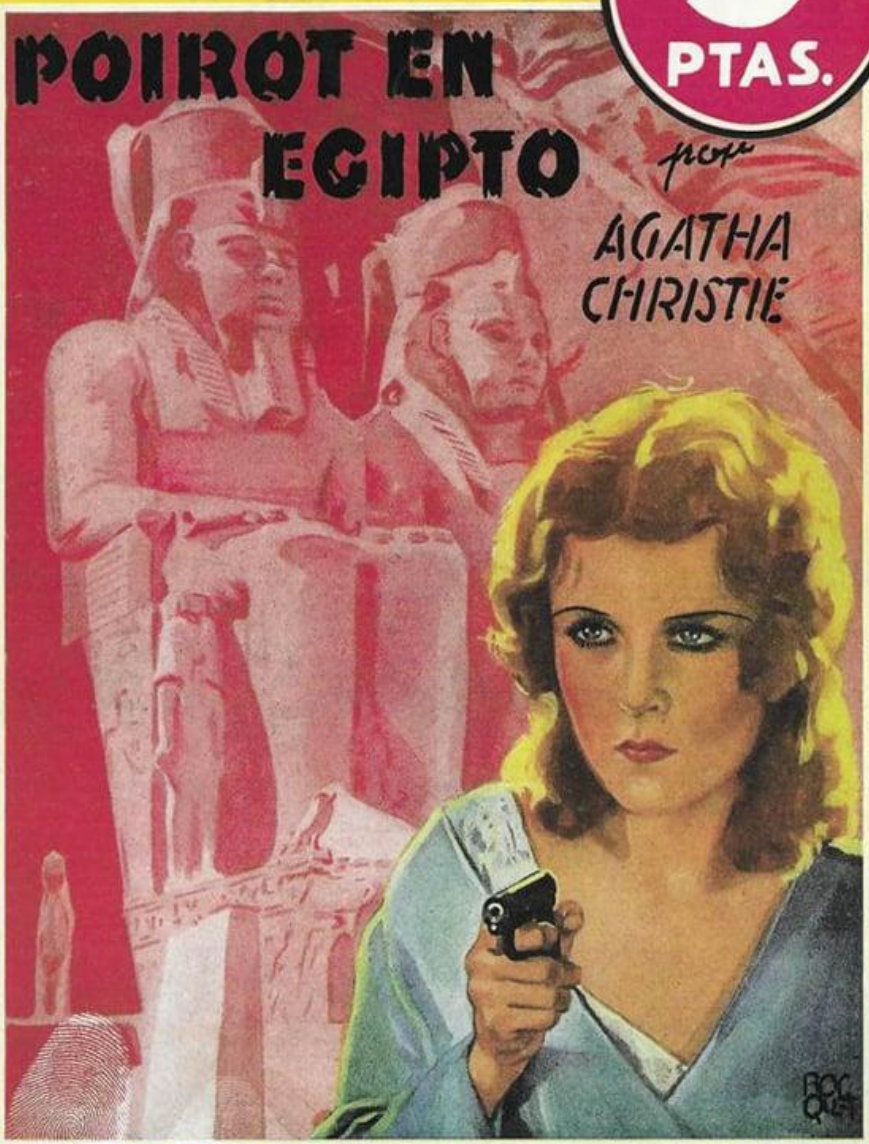
BIBLIOTECA ORO

5 PTAS.

POIROT EN EGIPTO

por

AGATHA CHRISTIE



POIROT EN EGIPTO

(Murder on the Nile)

POR

AGATHA CHRISTIE

Versión española de

H. C. GRANCH

BIBLIOTECA ORO

Obras recientemente publicadas en

Biblioteca ORO

111.—M. BRAND.—El siete de diamantes.
112.—S. PALMER.—El gato perso.
114.—A. TRAIN.—Gangsters de Nueva York.
115.—BIGGERS.—La casa sin llaves.
116.—E. HAYCOX.—El desierto plateado.
117.—A. CHRISTIE.—El misterio de la guía de ferrocarriles.
118.—A. DUNN.—Rotorúa Rex.
119.—KENDRICK.—Sangre en el lago.
120.—VAN DINE.—El caso del secuestro.
121.—J. GRIGGORY.—El atajo de la muerte
122.—BIGGERS.—Las siete llaves.
123.—R. COOPER.—La senda del Oeste.
124.—VAN DINE.—Matando en la sombra.
125.—REX BRACK.—Oro en la selva.
126.—WYNDHAM MARTYN.—El misterio de la biblioteca.
127.—E. S. GARDNER.—El caso de la novia curiosa.
132.—NORDHOFF-N. HALL.—Huracán.
133.—J. J. CONNINGTON.—La lotería trágica.
134.—J. B. FLETCHER.—Un muerto en los jardines.
135.—E. S. GARDNER.—El caso del gato del portero.
136.—REX STOUT.—La bombonera roja.
137.—JUAN MONTORO.—El ídolo azteca.
138.—EDGAR WALLACE.—La celda de la muerte.
139.—E. GUZMÁN PRADO.—El valle del olvido.
140.—E. S. GARDNER.—El caso del sonámbulo.
141.—J. FIGUEROA CAMPOS.—El misterio de los guantes negros.
142.—E. MARSHALL.—La fiesta del Antártico.
143.—S. S. VAN DINE.—El misterio del café Domdaniel.
144.—E. PHILLIPS OPPENHEIM.—El hombre sin nervios.
145.—JUAN MONTORO. — El misterio del hermano fantasma.
146.—AGATHA CHRISTIE. — Navidades trágicas.
147.—A. TORRALBO. — Aventurero a la fuerza.
148.—R. AUSTIN FREEMAN. — El mono de barro.
149.—VICENTE ARIAS ARCHIDONA. — El caso del criado Guzmán.
150.—STUART PALMER. — El enigma del avión.
151.—JOSÉ J. MORAN.—El misterio de las siete trompetas.
152.—EDGAR WALLACE—El jeroglífico.
153.—E. S. GARDNER.—El caso del ojo de cristal.
154.—S. S. VAN DINE.—El asesino fantasma.
155.—M. VALLVE.—El señor del fuego.
156.—E. S. GARDNER.—El fiscal acorralado.
157.—J. FIGUEROA CAMPOS.—El misterio de los tres suicidas.

Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos de publicación en español
B. O. n.º 158. — Junio 1944. Impreso en España.—Printed in Spain

Talleres Gráficos: Vicente Ferrer Maluquer, calle Valencia, 200 — Barcelona

A Sybil Burnett, que también gusta de viajar por el mundo.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Linnet Ridgeway!

—¡Es ella misma! —dijo el señor Burnaby, propietario de Las Tres Coronas.

Se dirigió a su compañero.

Ambos se quedaron mirando fijamente, con los ojos formando un círculo y la boca ligeramente entreabierta.

Un Rolls Royce, rojo y suntuoso, acababa de detenerse frente a la oficina de correos local.

Una muchacha se apeó del automóvil, una muchacha tocada de sombrero y luciendo un vestido que parecía —sólo parecía— sencillísimo. Una muchacha de cabello dorado y rasgos autoritarios. Una muchacha de formas encantadoras. Una muchacha como se veían pocas en Malton-under-Wode.

Con paso imperioso penetró en la oficina de correos.

—¡Es ella! —repitió de nuevo el señor Burnaby. Y continuó, en voz baja, en tono confidencial—: ¡Posee millones…! Se gastará aquí miles y miles de dólares. Hará construir piscinas, jardines italianos y una sala de baile. Hará derribar la mitad de la casa y la volverá a edificar.

—Traerá dinero a la ciudad —dijo su compañero.

Éste era un individuo flaco. Hablaba con tono gruñón en que se advertía algo de envidia.

El señor Burnaby asintió, moviendo la cabeza.

—Sí, es una suerte para Malton-under-Wode. Una gran suerte.

El señor Burnaby parecía muy complacidísimo.

—Eso nos hará resurgir —añadió.

—¡Qué diferencia con *sir* Jorge! —exclamó el otro.

—Los caballos tuvieron la culpa —aseguró su compañero, con

indulgencia—. Nunca tuvo suerte.

—¿Cuánto gastó él en esto?

—Apenas unos sesenta mil dólares, según dicen.

El hombre delgado dejó escapar un silbido.

—Y se asegura que ella se habrá gastado sesenta mil antes de acabar.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre delgado—. ¿De dónde ha sacado tanto dinero?

—De América, por lo que yo he oído. Su madre era hija única de uno de esos groseros millonarios. Como en las películas, ¿eh?

La muchacha salió de la oficina de correos y subió al coche.

El hombre delgado la devoró con la mirada mientras ella emprendía la marcha, y murmuró entre dientes:

—No me parece justo que sea tan guapa. Dinero y belleza… es demasiado. Cuando una joven es tan rica como ésa, no tiene derecho a ser bella al mismo tiempo… ¡Y ella es bella de verdad…! Tiene todo lo que puede apetecer una mujer… ¡No es justo!

Extracto de la página de sociedad del *Daily Blague*:

«Entre los asistentes a la cena en Chez Ma Tante tuve ocasión de admirar la belleza de Linnet Ridgeway. A su lado estaban la distinguida señorita Juana Southwood, lord Windleshaw y el señor Tobías Bryce. La señorita Ridgeway, como nadie ignora, es hija de Melhuish Ridgeway y de Ana Hartz. Hereda de su abuelo, Leopoldo Hartz, una inmensa fortuna. La encantadora Linnet es la sensación del momento; se rumorea que en breve se hará público un noviazgo. ¡Lord Windleshaw parecía, en efecto, muy entusiasmado!».

* * *

La distinguida señorita Juana Southwood dijo:

—Querida, creo que todo esto va a ser sencillamente maravilloso.

Estaba sentada en el dormitorio de Linnet Ridgeway en Wode Hall. Desde la ventana contemplaba los jardines a sus pies y, más allá, veíase el campo abierto enmarcado por las sombras azules de los bosques.

—Es estupendo esto, ¿verdad? —dijo Linnet.

Apoyó los brazos sobre el antepecho de la ventana. Tenía una expresión ardiente, vivaracha, dinámica. A su lado, Juana Southwood parecía, en cierto modo, algo oscurecida. Ésta era una dama joven, de veintisiete años, con un rostro largo e inteligente y cejas depiladas caprichosamente.

—¿Y has hecho todo esto en tan poco tiempo? Habrás empleado un gran número de arquitectos y…

—Tres.

—¿Cómo son los arquitectos? No creo haber visto ninguno.

—Estaban bien. A veces los encontraba poco prácticos.

—Querida. ¡Eres encantadora! ¡Tú sí que eres práctica!

Juana cogió una sarta de perlas del tocador.

—Supongo que serán auténticas, ¿verdad, Linnet?

—Naturalmente.

—Esto te parecerá natural a ti, querida, pero no a todo el mundo. Por mucha cultura que posean o aunque se llamasen Woollworth. Amiga mía, parece increíble que estén unidas tan artísticamente… Deben valer una fortuna fabulosa.

—Unas cincuenta mil libras esterlinas, todo lo más.

—Es una cantidad bastante importante. ¿No tienes miedo de que te las roben?

—No. Las llevo siempre encima… Además, están aseguradas.

—Déjame que las luzca en la comida. ¿Quieres, querida?

Linnet esbozó una sonrisa.

—Naturalmente. Si eso te agrada…

—¿Sabes, Linnet? Te envidio, realmente. Tú tienes todo cuanto se te antoja. Hete aquí a los veinte años, dueña absoluta de tus propias acciones, con todo el dinero que deseas, belleza y una salud soberbia. ¡Tienes hasta talento! ¿Cuándo cumples los veintiuno?

—En junio próximo. Daré una fiesta de cumpleaños en Londres.

Sonó el teléfono y Linnet acudió presurosa.

—¡Diga…! ¡Diga!

—La señorita de Bellefort desea hablar con usted. ¿Le paso la comunicación?

—¿Bellefort…? ¡Oh, claro que sí!

Oyóse un chasquido. Inmediatamente después, una voz de ardiente tono, dulce y apresurada, se dejó oír.

—¡Oiga…! ¿Es la señorita Ridgeway? ¿Linnet?

—¡Jacqueline, querida…! ¡Ya hacía un siglo que no sabía nada de ti!

—En efecto, querida amiga… ¡Es terrible lo que me ocurre…! ¡Tengo que verte inmediatamente!

—¿No puedes venir aquí? Quiero enseñarte un juguete nuevo.

—Me gustaría mucho.

—Bueno, pues ven cuando quieras, en tren…, en coche.

—Iré en seguida. Tengo un dos asientos bastante usado. Lo compré por quince libras y hay días en que marcha estupendamente. Pero tiene sus rarezas. Si no he llegado a la hora del té, es que mi coche ha tenido una de ellas. ¡Hasta luego, querida!

Linnet colgó el receptor. Regresó junto a Juana.

—Es mi antigua amiga Jacqueline de Bellefort. Estuvimos juntas en un colegio, en París. Ha tenido siempre una mala suerte terrible. Su padre era un conde francés, su madre americana… del Sur. Luego su progenitor se fugó con otra mujer y su pobre madre perdió hasta el último céntimo en la quiebra de Wall Street. Jacqueline quedó completamente arruinada. No sé cómo se las habrá arreglado para pasar estos dos años.

Juana estaba ocupada en pulir sus uñas de un color rojo sangriento con el *polissoir* de su amiga. Se hizo hacia atrás en la silla, con la mano extendida, para contemplar el efecto de su obra.

—Querida —dijo, arrastrando las palabras—. ¿No crees que eso es demasiado aburrido? Si alguna de mis amigas tuviese una desgracia yo la abandonaría inmediatamente. A primera vista parece inhumano, pero nos evita un gran número de molestias futuras. Luego te pedirían dinero prestado o te harían acompañarles a una tienda de modas donde no tendrías más remedio que pagar los trajes que eligiesen. O pintarían pantallas horribles que tú te verías obligada a adquirir. O te harían corbatas de punto.

—Entonces, si yo perdiese mi dinero… ¿Me abandonarías mañana mismo?

—Sí, querida, lo haría. ¡No podrás decir que no soy franca! Sólo me gusta la gente que triunfa. Y lo mismo le pasa a todo el mundo, con la diferencia de que ellos son más hipócritas y no quieren confesarlo. Dicen, por ejemplo, que no pueden aguantar más a María, a Emilia o a Pamela. Sus sufrimientos la hacen tan amargada

y tan peculiar… ¡Pobre chica!

—¡Qué cruel eres, Juana!

—Soy positivista, como todo el mundo.

—Yo no soy positivista.

—Tú tienes tus razones. No hay motivo para ser sórdida cuando se tienen apoderados jóvenes y bien parecidos que te envían tus enormes rentas cada cuatro meses.

—Y tú te equivocas respecto a Jacqueline —dijo Linnet—. Ella no es ninguna pedigüeña. Por el contrario, he querido ayudarla varias veces y no me lo ha permitido. Es tan orgullosa como el diablo.

—¡Pero ahora tenía tanta prisa por verte! ¡Apostaría que piensa pedirte algo! Ya lo verás.

—Parecía excitada por algo —admitió Linnet—. Jacqueline ha sido siempre excesivamente impulsiva. Una vez le clavó un cortaplumas a alguien.

—Querida, ¡esto es estupendo!

—Fué a un chico que martirizaba a un pobre perrito. Jacqueline intentó convencerle para que dejase en paz al desgraciado animal. Él no le hizo caso. Entonces ella le empujó con todas sus fuerzas, pero él la aventajaba en vigor y no cedió. Entonces Jacqueline sacó un cortaplumas y se lo clavó hasta la empuñadura. ¡Fué una escena horrorosa!

—Eso iba yo a decirte. ¡Parece peligrosa la chica!

La doncella de Linnet entró en la habitación. Murmurando unas palabras de excusa, tomó un vestido del armario y volvió a salir.

—¿Qué le pasa a María? —preguntó Juana—. Parece que ha estado llorando.

—Pobrecita. ¿No te dijo que quería casarse con un individuo que tenía un empleo en Egipto? Ella no sabía gran cosa de él y yo pensé que sería conveniente cerciorarse de sus buenas intenciones. Pues bien, hice practicar averiguaciones y resulta que el angelito estaba ya casado y tenía tres hijos.

—¡Cuántos enemigos debes tener, Linnet!

—¿Enemigos? —Linnet parecía sorprendida.

Juana insistió con un movimiento de cabeza y cogió un cigarrillo.

—¡Enemigos, querida! ¡Eres tan devastadoramente inteligente!

Además, eres excesivamente bondadosa y haces todas las buenas acciones que puedes.

Linnet rió de todo corazón.

—¡No tengo un solo enemigo en todo el mundo!

* * *

Lord Windleshaw estaba sentado bajo el cedro del jardín. Sus ojos acariciaban las graciosas proporciones de Wode Hall. No había nada que contrastase desagradablemente en sus líneas de antiguo estilo. Los edificios nuevos y los ensanches estaban fuera de la vista por alzarse al otro lado de la esquina. Constituían una visión apacible y bella bañada por la luz de un sol de otoño. Sin embargo, al contemplarlo, no le parecía ver Wode Hall. Lo que admiraba Carlos Windleshaw era una mansión más imponente, de estilo isabelino, con un parque de gran extensión y un fondo más sombrío… La residencia habitual de su familia, Charltonbury, y en primer plano se destacaba la figura de una muchacha de cabello brillante del color del oro y una expresión ardiente y confiada… ¡Linnet sería la dueña de Charltonbury!

Estaba muy esperanzado… Su negativa no había sido definitiva… Fué tan sólo una petición de plazo… Bien, podía esperar, algo más.

¡Cuán conveniente era todo para él! Indudablemente se casaba por dinero, pero no le era tan necesario que tuviese que posponer a todo aquello sus propios sentimientos. Además, amaba a Linnet. Habría deseado hacerla su esposa, aunque se hubiese tratado de una mendiga en vez de ser la mujer más rica de Inglaterra. Pero, afortunadamente, era la mujer más rica del Reino Unido…

Su cerebro elaboraba sin cesar planes para el futuro. Tal vez llegaría a poseer el condado de Rozdale, restauraría todo el ala derecha del edificio, no tendría necesidad de alquilar sus cotos de caza de Escocia…

Carlos Windleshaw soñaba al sol…

* * *

Eran las cuatro en punto cuando el desvencijado dos asientos se detuvo con un ruido de arena aplastada. Una muchacha saltó del coche, una criatura esbelta, delgada, con una gran cabellera oscura. Subió apresuradamente los escalones y llamó al timbre.

Pocos minutos más tarde fué conducida al suntuoso gabinete y un mayordomo de aspecto eclesiástico anunció, con grave entonación:

—¡La señorita de Bellefort!

—¡Linnet!

—¡Jacqueline!

Windleshaw se apartó a un lado, observando con simpatía aquella figurita orgullosa que se lanzó con los brazos abiertos sobre Linnet.

—Lord Windleshaw… La señorita de Bellefort… Mi mejor amiga.

Una criatura monísima, pensó él… No guapa, en realidad, pero decididamente atractiva con aquella mata de pelo oscuro y rizado y aquellos ojos enormes. Murmuró unas cuantas naderías corteses y se marchó, para dejarlas solas. Jacqueline hizo una castañeta… un gesto que, Linnet lo recordaba, le era característico.

—¡Windleshaw! ¡Windleshaw! Ése es el hombre con quien vas a casarte, según afirman los periódicos. ¿Es verdad, Linnet? ¿Es verdad?

Linnet murmuró:

—Tal vez.

—¡Ah, querida, cuánto me alegro! Parece excelente.

—¡Oh, no des ya las cosas por hechas…! Todavía no me he decidido.

—Claro que no. La reina debe proceder siempre con gran cautela y escrupulosidad a la elección de consorte.

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Pero si es verdad. Tú eres una reina, Linnet. Lo fuiste siempre. *Sa Majesté la reine Linnette*. Y yo soy la favorita de la reina. La dama de honor de su confianza.

—¡Cuántas tonterías dices! Dime, Jacqueline, ¿dónde has estado todo este tiempo? Desapareciste y no me has escrito ni una sola vez.

—Odio a muerte a la escritura. ¿Dónde he estado?… Ahogada, casi. Sumergida hasta el cuello. He estado trabajando en empleos

groseros, con mujeres más groseras aun.

—Oh, querida, quisiera…

—¿Que aceptase los favores de mi reina…? Pues bien, con franqueza, ése es el motivo que me ha hecho venir. No, no para pedirte dinero. ¡No he llegado a esa situación todavía! Pero he venido a solicitar de ti algo mucho más importante.

—Adelante.

—Si, en efecto, piensas casarte con ese Windleshaw, tal vez me comprendas.

Linnet pareció sorprendida durante un minuto. Luego su rostro se aclaró.

—¿Quieres decir, Jacqueline, que…?

—Sí, querida, estoy comprometida con un hombre…

—Vaya, vaya. Ya me parecía que estabas en cierto modo demasiado alegre. Siempre lo has estado, desde luego, pero ahora bastante más que de ordinario.

—Eso son mis sentimientos, en efecto.

—Háblame de él.

—Se llama Simón Doyle. Es alto, ancho de hombros, increíblemente simplón y pueril y extraordinariamente adorable. Es pobre… no tiene ni un penique. Es lo que vosotras llamáis un provinciano, pero un provinciano empobrecido. Es el menor de sus hermanos, con las consecuencias de rigor. Su familia procede de Devonshire. Le gusta el campo y las cosas rústicas. Y estos cinco años últimos los ha pasado en la ciudad, en un despacho de drogas. Ahora han cerrado el establecimiento y me lo han dejado en la calle. ¡Me moriré si no me caso con él, Linnet!… ¡Me moriré! ¡Me moriré!

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Me moriré de pesar, te lo aseguro. Estoy loca por él y él pinta en las paredes por mí. No podemos vivir el uno sin el otro.

—¡Ay, querida! ¡Buena la has cogido!

—No sé… Es terrible, ¿verdad? Cuando el amor se apodera de una, la entontece y la deja incapaz de pensar en otra cosa que no sea el objetivo amado.

Hizo una pausa. Los ojos oscuros se dilataron adquiriendo una expresión trágica. El cuerpo de la joven se estremeció ligeramente.

—A veces me asusto… Simón y yo fuimos hechos el uno para el

otro. Jamás me interesará nadie más. Y tú tienes que ayudarme. Me he enterado que has comprado todo esto y la noticia me ha inspirado una gran idea. Verás, tú necesitarás un administrador… tal vez dos… Pues bien, quiero que des este empleo a Simón.

—¡Oh! —Linnet estaba alarmada.

Jacqueline continuó:

—Conoce todo eso como sus propios dedos. Fué educado en fincas rústicas y tiene una gran práctica. Además, posee grandes conocimientos de negocios. ¡Oh, Linnet, tú le darás ese empleo! ¿Verdad que se lo darás por cariño hacia mí? Si no se porta bien, si demuestra ser poco eficiente, lo echas. Pero sé que no.

—Cuando el amor se apodera de una, la entontece y la deja incapaz de pensar...

Desempeñará su cargo a las mil maravillas. Y viviremos en una casita y yo te veré todos los días. El jardín me parecerá entonces cien mil veces más hermoso.

Se levantó.

—Di que sí, Linnet. Di que sí. Preciosa Linnet. Linnet querida. Di que sí.

—Jacqueline…

—¿Sí?

Linnet estalló en carcajadas.

—¡Jacqueline ridícula! Tráeme al príncipe de tus sueños, que yo le vea, y luego hablaremos.

Jacqueline se lanzó sobre su amiga, besándola con frenesí.

—Linnet querida… Eres una verdadera amiga. Ya sabía que lo eras, que no permitirías que me muriese. Eres lo más encantador de este mundo. ¡Adiós!

—Pero, Jacqueline, tú te quedarás aquí.

—¿Yo? De ninguna manera. Regreso a Londres y mañana volveré con Simón y arreglaremos todo. Te encantará. Es una verdadera monada.

—¿No puedes esperar hasta que tomemos el té?

—No, no puedo esperar, Linnet. Estoy demasiado excitada. He de regresar y decírselo a Simón. Sé que estoy loca, querida, pero no puedo evitarlo. El matrimonio me curará; yo así lo espero. El matrimonio se ha dicho que ejerce saludables efectos sobre temperamentos como el mío.

Volvióse hacia la puerta, se detuvo un momento, luego retrocedió para besarla acariciadoramente.

—Querida Linnet… ¡No hay nadie como tú!

* * *

El señor Gastón Blondín, propietario del restaurante de moda *Chez Ma Tante*, no era un hombre a quien le gustara honrar con su presencia a todos sus clientes. La riqueza, la belleza, la notoriedad y la aristocracia esperarían en vano ser distinguidas por aquel personaje o siquiera atraer su atención. Sólo en casos excepcionales condescendía el señor Blondín graciosamente a saludar a un huésped, dándole la bienvenida, a acompañarle a una mesa privilegiada o a cambiar con él las frases de rigor en tales casos.

En esta noche particular, el señor Blondín había ejercido sus prerrogativas reales tres veces: una para una duquesa, otra para un par de la nobleza y la última para un hombrecillo de apariencia cómica con bigotes negros exuberantes y que cualquier observador casual habría creído que hacía poco favor a *Chez Ma Tante* con su

presencia.

El señor Blondín, sin embargo, le colmaba materialmente de atenciones.

Aunque hacía sólo media hora que varios clientes se marcharon desesperados por no hallar ni una sola mesa vacía, ahora apareció una misteriosamente y para colmo de milagro situada en posición inmejorable. El señor Blondín condujo a este cliente hacia ello con toda apariencia de *empressement*.

—Pero, naturalmente, para usted hay siempre una mesa, señor Poirot. Lo que quisiera es que nos honrase más a menudo con su presencia.

Hércules Poirot sonrió, recordando aquel incidente, ya pasado, en que un cadáver, un camarero, el propio señor Blondín y una señorita encantadora, habían desempeñado un papel importante.

—Es usted muy amable, señor Blondín —dijo.

—¿Está usted solo, señor Poirot?

—Sí, estoy solo.

—¡Oh, bien! Jules confeccionará para usted una minuta que será un poema… positivamente, un poema. Las mujeres, sobre todo las hermosas, tienen una desventaja: distraen la mente, impidiendo que se saboreen bien los manjares. Pero usted paladeará bien nuestra comida, señor Poirot, se lo prometo. En cuanto al vino…

Siguió una conversación de técnica gastronómica. El señor Blondín se inclinó un momento, bajando el tono de la voz, y dijo, confidencialmente:

—¿Tiene usted algún asunto entre manos?

Poirot movió la cabeza.

—¡Ay, no! Estoy de vacaciones —dijo, tristemente—. Hice mis economías cuando podía y ahora poseo medios suficientes para llevar una vida reposada.

—Le envidio.

—No, no, sería poco juicioso envidiarme. Puedo asegurarle que no es todo tan agradable como parece. —Suspiró—. ¡Cuán verdadero es el adagio que dice que el hombre inventó el trabajo para no tener en qué pensar!

El señor Blondín levantó las manos.

—¡Hay muchas cosas, señor Poirot! Los viajes, por ejemplo.

—Si, en efecto, se puede viajar. Ya lo he hecho en muchas

ocasiones y me ha sentado bastante bien. Este invierno pienso ir a Egipto. El clima, según dicen, es soberbio. ¡Así escaparé a la tediosa monotonía de las nieblas perpetuas, de los tonos grisáceos, de la lluvia que cae incesantemente!

—¡Ah, Egipto! —suspiró el señor Blondín.

—Ahora se puede ir allí evitando el mar, excepto en el obligado paso del canal.

—¡Ah! ¿No le agrada el mar?

Hércules Poirot movió la cabeza y se estremeció imperceptiblemente.

—A mí tampoco —declaró el señor Blondín, con simpatía—. ¡Es curioso el efecto que ejerce sobre el estómago!

—Pero sólo sobre ciertos estómagos. Hay personas a quienes el movimiento no les causa la menor impresión. Incluso les gusta.

—Una injusticia del Señor —dijo el señor Blondín.

Movió tristemente la cabeza y, tras expresar un impío pensamiento, desapareció.

Camareros de pies ágiles y manos expertísimas servían las mesas. Mantequilla, Melba tostada y una cubetita de hielo demostraban que se ofrecían comidas de calidad.

La orquesta negra rompió en un éxtasis de notas discordantes. Londres bailaba.

Hércules Poirot observaba, registrando sus impresiones en su cerebro como en un archivo.

¡Cuán aburridos y cansados eran los rostros que veía! Algunos de aquellos hombres se divertían, indudablemente… mientras que una resignación paciente era el sentimiento general exhibido por los rostros de sus acompañantes. Aquella mujer gorda, vestida de escarlata, parecía radiante de felicidad… Indudablemente, la grasa le proporcionaba un deleite, una satisfacción, que estaba vedado a los que poseían líneas más armoniosas. ¡Todo, en esta vida, tiene sus compensaciones!

Una pequeña cantidad de jóvenes, algunos carentes de expresión, otros aburridos, los más, definitivamente infelices. ¡Qué absurdo llamar a la juventud el tiempo de la felicidad!… ¡La juventud es la edad de mayor vulnerabilidad!

Su mirada se suavizó cuando vino a detenerse sobre cierta pareja en particular. Un par de representantes de los dos sexos

decididamente armoniosos. El hombre alto y de anchos hombros. La mujer esbelta y delicada. Eran dos cuerpos que se movían en un ritmo perfecto de felicidad. De felicidad por el lugar en que estaban, por la hora, y porque salía a borbotones del interior de ambos.

El baile cesó bruscamente. Las manos palmotearon ruidosamente y los giros continuaron. A los pocos segundos la pareja feliz volvió a la mesa que ocupaban junto a la de Poirot.

La muchacha, roja de placer, reía. Cuando ella se sentó, Hércules pudo contemplar a placer su rostro, que tenía vuelto hacia su compañero.

Había algo, además de la risa, en su rostro.

Hércules Poirot movió la cabeza con aire dubitativo.

«Se interesa demasiado esa pequeña», dijo para sí. «Está en peligro. Sí, la amenaza un peligro».

Luego llegó una palabra a su oído: Egipto.

Ahora percibía sus voces claramente: la juvenil de la muchacha, fresca, arrogante, con un acento nuevo y ligeramente extranjero en la pronunciación de las erres y el timbre agradable, de tonos bajos, de su compañero, en que se advertía a un inglés bien educado.

—No estoy vendiendo la piel del oso antes de matarlo, Simón. Te aseguro que Linnet no quiere que nos hundamos.

—¡Que se hunda ella!

—No seas tonto… Es un empleo ideal para ti.

—Hasta cierto punto, yo lo creo también… No tengo la menor duda sobre mi capacidad para desempeñarlo. Y haré todo lo posible por quedar bien… por ti.

La muchacha rió suavemente. Una risa de felicidad.

—Esperaremos tres meses para asegurarnos que no te da el puntapié. Y entonces…

—Y entonces te dotaré de todos los bienes terrenales… Ése será el epílogo.

—Y como ya te dije: iremos a pasar nuestra luna de miel a Egipto. ¡Cueste lo que cueste! Toda mi vida he suspirado por ir a Egipto. El Nilo… las pirámides… la arena…

Dijo él, con voz ligeramente indistinta:

—Todo aquello lo veremos juntos, Jacqueline… juntos. ¿No será maravilloso?

—Eso me estaba preguntando. ¿Será tan maravilloso para ti

como para mí? ¿Te intereso yo tanto como tú a mí?

La voz de la muchacha tenía un matiz duro, cortante; los ojos los tenía como si tuviese miedo.

En la respuesta del hombre se observó la misma dureza:

—No seas absurda, Jacqueline.

Pero la muchacha repitió:

—Yo me pregunto…

Él se encogió de hombros:

—Vamos a bailar.

Hércules Poirot murmuró para sí:

—«*Un qui aime et un qui se laisse aimer*. Sí, yo también me lo pregunto».

* * *

Juana Southwood dijo:

—Supongamos que él es terriblemente rústico.

Linnet movió la cabeza.

—No lo será. Puedo confiar en el gusto de Jacqueline.

—¡Ah, Linnet! La verdad se oculta siempre cuando se trata de asuntos amorosos.

Linnet agitó su rubia cabellera con impaciencia. Cambió de tema.

—Tengo que ir a ver al señor Pierce para hablar sobre estos planos.

—¿Planos?

—Sí, hay unas cuantas casas de labor en malas condiciones de salubridad. Voy a hacer que las derriben y trasladaré a sus habitantes a otro sitio más sano.

—¡Qué sanitaria y compasiva eres!

—Tendrían que marcharse, de todas formas. Aquellas chozas habrían estropeado mi nueva piscina…

—¿Y le agradará marcharse a la gente que vive actualmente allí?

—La mayoría de ellos están complacidísimos. Uno o dos se muestran bastante estúpidos, realmente fastidiosos, en suma. Parecen no darse cuenta de la enorme mejoría de situación que les espera.

—Pero supongo que tú tampoco perderás con eso.

—Mi querida Juana, lo hago en su propio beneficio.

—Naturalmente. Estoy segura de ello. Ganancias comunes…

Linnet frunció el ceño. Juana rió.

—Vamos, muchacha. Confiésalo. Eres una tirana. Una tirana benéfica, si gustas, pero una tirana, al fin y al cabo.

—No tengo nada de tirana.

—Pero te gusta conseguir tus caprichos.

—No es eso, precisamente.

—Linnet Ridgeway, ¿puedes mirarme a la cara y decirme honradamente si *se ha dado alguna vez el caso* de que no hayas podido conseguir tus deseos?

—Muchísimas veces.

—¡Oh, sí!, muchísimas veces… Está bien, pero cita casos concretos. No puedes hacerlo, aunque lo intentes. ¡No hay quien detenga la carrera triunfal de Linnet Ridgeway en su carro de oro!

Linnet dijo, secamente:

—¿Crees que soy egoísta?

—No, pero eres irresistible. Tienes el efecto combinado del dinero y la belleza. Todo se inclina a tu paso. Lo que no puedes comprar con dinero, lo obtienes con una sonrisa. Resultado: Linnet Ridgeway, la muchacha que lo tiene todo.

—No seas ridícula, Juana.

—Dime, ¿no lo tienes todo?

—Supongo que sí… Pero me resulta desagradable oírtelo decir.

—En efecto, es desagradable, querida. Debes estar terriblemente cansada y *blasé* de todo y por todo. Es decir, todavía no lo estás, pero lo estarás. Entretanto, goza de tu avance triunfal en tu carrera de oro. Pero, me pregunto, en realidad me lo pregunto sin cesar, ¿qué ocurrirá el día que llegues a una calle donde te encuentres un cartel que diga: «Prohibido el paso»?

—No digas estupideces, Juana. —Cuando lord Windleshaw se acercó a ellas, Linnet dijo, volviéndose hacia él—: Juana me está diciendo verdaderas obscenidades.

—Despecho, sólo despecho —dijo Juana, vagamente, al mismo tiempo que se levantaba del asiento que ocupaba.

No dió excusa alguna para ausentarse. Había leído la advertencia en la mirada de Windleshaw. Éste permaneció silencioso un par de minutos. Luego se lanzó a fondo.

—¿Te has decidido ya, Linnet?

Linnet dijo, lentamente:

—¿Me crees tonta? Tal vez, no estando segura, debiera decir: «NO».

Él la interrumpió con un gesto.

—No lo digas. Tendrás tiempo, todo el tiempo que necesites. Pero tengo la seguridad de que seríamos muy felices los dos.

—Mira. —El tono de Linnet parecía de excusa, casi infantil—. Me estoy divirtiendo mucho, especialmente con esto. —Hizo un movimiento con la mano—. Quiero convertir Wode Hall en una residencia campestre local; para mí, claro está, y según mis propias iniciativas. Me parece que hasta ahora lo voy consiguiendo, ¿no te parece?

—¡Oh, sí! Es precioso. Maravillosamente proyectado. Es perfecto. Tú eres muy inteligente, Linnet.

Hizo una pausa, y continuó:

—Pero te gusta Charltonbury, ¿verdad? Claro es que necesita que se le modernice y todas esas cosas, pero tú te encargarías de eso. Te deleitará.

—¡Oh, sí! Charltonbury es divino.

Hablaba con espontáneo entusiasmo, pero interiormente experimentó una sensación de súbita frialdad. Algo extraño acababa de herir un sentimiento recóndito, turbando su completa satisfacción por la vida.

No analizó este sentimiento inmediatamente, pero cuando Windleshaw entró en la casa escrutó en todos los repliegues de su cerebro.

Charltonbury —sí, aquello era—, se había resentido a la mención de Charltonbury. Pero ¿por qué? Charltonbury era modestamente famoso. Ser la dueña de Charltonbury era una posición envidiable y Windleshaw era el partido más solicitado de Inglaterra.

Naturalmente, él no podía tomar Wode en serio… No podía compararse con Charltonbury. ¡Ah, pero Wode no era suyo! Ella lo vio, lo compró, volvió a reconstruirlo sin preocuparse del dinero que le costaba. Aquello era su propia posesión, su reino.

Pero, en cierto modo, aquello no existiría si se decidiese a casarse con Windleshaw. ¿Para qué iban a tener dos residencias campestres? Y de las dos, Wode Hall sería la condenada a

desaparecer.

Ella misma, Linnet Ridgeway, dejaría también de existir. Se convertiría en la condesa de Windleshaw, llevando a Charltonbury y a su dueño actual una dote apreciable. Sería reina consorte, pero no en propiedad.

«Me estoy volviendo ridícula», se dijo Linnet.

¡Pero era extraño cómo odiaba la idea de abandonar Wode…! ¿No había algo más que le hiciese sentir así?

La voz de Jacqueline, con aquella nota monótona y ardiente: «Si no me caso con él, me moriré… Me moriré. Me moriré…».

Y lo decía con convicción, formalmente. ¿Experimentaba ella, Linnet, un sentimiento idéntico hacia Windleshaw? Con seguridad, no. Tal vez no llegaría nunca a ese extremo por nadie. ¡Debía ser maravilloso sentir aquella grandiosidad!

Oyóse el ruido de un coche que se aproximaba, a través de la ventana abierta.

Linnet se lanzó, impaciente, en su dirección. Debían ser Jacqueline y su novio. Saldría a recibirlos.

Se encontraba en la puerta de la verja cuando Jacqueline y Simón descendieron del automóvil.

—¡Linnet! —Jacqueline corrió hacia ella—. Éste es Simón. Simón, aquí está Linnet. Es la criatura más maravillosa del mundo…

Linnet vio a un joven alto, de hombros anchísimos, ojos azul oscuro, cabello castaño y rizado y una sonrisa atractiva de chiquillo…

Una ardiente sensación de embriaguez se extendió por todas sus venas.

—¿No es todo esto encantador? —dijo—. ¡Venga, Simón, entre y permítame que dé la bienvenida a mi administrador *comme il faut*!

Cuando se volvía para señalar el camino, pensaba: «¡Me siento extraordinariamente feliz…! ¡Me gusta el novio de Jacqueline! ¡Me gusta enormemente!». Y luego, con pesar repentino: «¡Qué suerte tiene Jacqueline!».

* * *

Tim Allerton se reclinó perezosamente en su *chaisse-longue* y bostezó mirando al mar. Luego lanzó una rápida mirada de soslayo

a su madre.

La señora Allerton era una mujer todavía guapa, de cincuenta años de edad y cabellos nevados. Adoptando una expresión de severidad en su boca cuando miraba a su hijo, ella creía poder disimular la extraña afección que sentía hacia él. Los observadores que no la conocían, raramente se dejaban engañar por este gesto y el mismo Tim veía perfectamente el corazón de su madre a través de este velo de severidad.

Hablaba el joven:

—¿Te gusta Mallorca de verdad, mamá?

—Pues bien… —La señora Allerton hizo una pausa para reflexionar—. Es barata la vida aquí…

—Y fría —dijo Tim, estremeciéndose levemente.

Era un joven alto, delgado, de cabellos oscuros y pecho estrecho. La boca tenía una expresión de dulzura, ojos tristes y mandíbula indecisa. Poseía manos largas y delicadas.

Amenazado de tuberculosis algunos años antes, nunca pudo desarrollarse físicamente. Públicamente se suponía que se dedicaba a *las letras*, pero sus íntimos sabían que aquello no pasaba de ser una fantasía y que sus trabajos literarios no fueron jamás aceptados por nadie.

—¿En qué piensas, Tim?

La señora Allerton aguardó expectante la respuesta. Sus ojos, negros y brillantes, escrutaban suspicaces a su hijo.

Tim Allerton hizo una mueca.

—Pensaba en Egipto.

—¿Egipto?

En el tono de la señora Allerton se advertía un asomo de duda.

—Aquello es tibio de verdad, mamita. Con arenas de oro… El Nilo… Me gustaría remontar el curso de aquel río poético. ¿A ti no?

—Claro que me gustaría —dijo la interpelada, con sequedad—. Pero Egipto es terriblemente caro, hijo mío. No es para los que tienen que dar muchas vueltas a su dinero antes de gastarlo.

Tim lanzó una carcajada. Se levantó y se desperezó. Parecía haberse llenado de vida nueva en un segundo. Dijo, con voz excitada:

—Los gastos correrán de mi cuenta. Sí, mamita. He tenido la suerte de dar un golpecito en la Bolsa con resultados satisfactorios.

Me he enterado esta mañana.

—¿Esta mañana? —dijo la señora Allerton, con voz cortante—. ¡No tuviste más que una carta y era…!

Se interrumpió, mordiéndose los labios.

Su hijo pareció quedar indeciso sobre si debía tomarlo a broma o enfadarse. Eligió lo primero.

—Era de Juana —terminó, con frialdad—. Está bien, mamá. Eres la reina de los detectives. El famoso Hércules Poirot tendría que esforzarse para conservar sus laureles si tú decidieses hacerle la competencia.

La señora Allerton parecía confundida.

—Vi la escritura del sobre por casualidad y…

—¿Y te diste cuenta de que no era la de un agente de Bolsa? Estupendo. En honor a la verdad, he de decir que fué ayer cuando lo supe. La escritura de la pobre Juana es bien fácil de reconocer… parece que se quiere salir del sobre, como una araña enloquecida.

—¿Qué dice Juana?… ¿Algo nuevo?

La señora Allerton se esforzó para que su voz sonara de modo casual y ordinario. La amistad entre su hijo y su prima segunda, Juana Southwood, le había irritado siempre. No porque hubiese algo entre ellos, como se repetía incesantemente la buena señora. Ella sabía perfectamente que no lo había.

Tim nunca había mostrado ningún interés sentimental hacia su prima, Juana, ni ésta hacia él. Su atracción mutua parecía estar cimentada en la afinidad y posesión de amigos y conocidos comunes. A los dos les gustaba la gente y criticar a la gente. Juana tenía una lengua cáustica y divertida.

La rigidez de expresión de la señora Allerton cuando Juana estaba presente o cuando recibía una carta suya, no se debía al temor de que su hijo pudiese enamorarse de su prima.

Era otro sentimiento indefinible, tal vez de celos, por el placer indudable que Tim experimentaba cuando se encontraba en compañía de Juana. Él y su madre eran tan excelentes amigos que la sola visita de una mujer que acaparase la atención de Tim le producía una desazón violenta. Creía que su presencia constituía entonces un estorbo para los dos representantes de la nueva generación. Muchas veces los había sorprendido en animada conversación que, al acercarse ella, interrumpían o variaban el

tópico. Pero, decididamente, la señora Allerton experimentaba pocas simpatías por su sobrina. La consideraba hipócrita, afectada y esencialmente superficial. Le costaba esfuerzo extraordinario el tener que reprimir los deseos que le acometían de decirle todo esto gritando a pleno pulmón y delante de todo el mundo.

En respuesta a su pregunta, Tim extrajo la carta de uno de sus bolsillos y la ojeó. Era una carta bastante larga, observó la madre.

—No dice gran cosa —declaró—. Los Devonish han solicitado el divorcio. El viejo Monty ha sido encarcelado por haber conducido un coche yendo embriagado. Windleshaw se ha marchado al Canadá. Parece que le ha sentado bastante mal que Linnet le diese calabazas. Ella va a contraer matrimonio definitivamente con el administrador de marras.

—¡Es extraordinario! ¿Tan irresistible es el joven?

—No, no. Nada de eso. Es uno de los Doyle, de Devonshire. No tiene ni un céntimo, desde luego, y hasta hace poco estaba prometido a una de las mejores amigas de Linnet. ¡Una cosa bastante fea!

—Yo tampoco creo que se haya portado como debía —declaró la señora Allerton, enrojeciendo.

En los ojos de su hijo apareció un relámpago de cariño hacia su madre.

—Ya sé, mamita. Tú no puedes ver con buenos ojos que le soplen, a nadie su marido y todas esas cosas indecentes.

—En mis tiempos respetábamos la propiedad ajena —dijo la señora Allerton—. Sin embargo, ahora la gente cree justo poder tomar todo lo que tiene al alcance de la mano, sea de quien sea.

Tim sonrió.

—No solamente lo creen, sino que lo hacen. Ejemplo: Linnet Ridgeway.

—Bueno, pero yo opino que eso es horrible.

Tim guiñó un ojo.

—¡Ánimo, mamaíta, tal vez me adhiera a tu opinión! Hasta ahora no me ha ocurrido jamás seducir a la mujer ni a la novia de un amigo.

—Estoy segura de que jamás harás tal cosa —dijo la señora Allerton. Ingeniosamente, añadió—: Te he educado demasiado bien.

—Así, pues, el mérito es tuyo, no mío.

Sonrió con aburrimiento, mientras doblaba la carta y la volvía a meter en el bolsillo.

La señora Allerton pensó:

«La mayoría de las cartas me las ha enseñado siempre. De ésta de Juana, sólo me ha leído párrafos sueltos».

Expulsó aquel vano pensamiento de su cerebro y decidió, como siempre, conducirse como una señora de su rango.

—¿Se divierte Juana? —preguntó.

—Así, así. Ahora tiene la intención de abrir una tienda de modas de Mayfair.

—Siempre se queja de su situación —dijo la señora Allerton, con un timbre de despecho—. Pero lo cierto es que ella alterna con la mejor sociedad y sus vestidos deben costarle un dineral. Siempre va vestida irreprochablemente.

—Sí, en efecto. Probablemente, no los paga. No, mamá, no quiero decir lo que en este momento te está sugiriendo tu cerebro isabelino. Quiero decir literalmente que no paga las facturas.

La señora Allerton suspiró.

—Nunca he comprendido cómo se puede hacer eso.

—Es un don especial —repuso su hijo—. Cuando se tienen gustos suficientemente extravagantes y se carece de la menor noción del valor del dinero, se conceden a estas personas toda clase de créditos.

—Sí, pero esa persona no tardará en visitar al Tribunal de Quiebras o al de Morosos, como le ocurrió al pobre *sir* George Wode.

—Parece que sientes compasión por ese viejo palafrenero, sólo porque en un baile celebrado en el año 1879 te llamó capullo de rosa.

—Yo no había nacido aún en 1879 —repuso la señora Allerton, con gracejo—. *Sir* George posee unas maneras encantadoras y no te permito que le llames palafrenero.

—He oído algunas historietas divertidísimas sobre él, referidas por personas que le conocen bien.

—A ti y a Juana os importa bien poco la reputación del prójimo. Cualquier cosa os parece divertida, aunque se arranque la piel a tiras a seres desgraciados.

Tim enarcó las cejas.

—Mamita, te estás sulfurando. No sabía que Wode era tu favorito.

—Tú no puedes imaginarte lo doloroso que ha sido para él tener que desprenderse de Wode Hall. Experimentaba una profunda pasión por aquel lugar.

Tim reprimió el impulso de responder acerbamente. ¿Quién era él para juzgar, después de todo? Tras una pausa, dijo pensativamente:

—En eso me parece que tienes razón. Linnet le invitó a que fuese a ver las modificaciones que se habían efectuado en su antigua residencia y él se negó rotundamente a ir.

—Sí. Ella no le habría invitado si le hubiese conocido mejor.

—Ahora creo que él siente un odio invencible contra Linnet… Murmura entre dientes cosas incomprensibles cuando la ve. No puede perdonarle que le haya dado una cantidad tan fabulosa por su propiedad familiar roída por los gusanos.

—¿Y tú eres incapaz de comprender eso? —inquirió la señora Allerton con sequedad.

—Francamente —dijo Tim, con calma—. No puedo comprenderlo. ¿Por qué vivir en el pasado? ¿Por qué ese apego idiota hacia las cosas que fueron?

—¿Qué colocarías tú en el puesto de esas cosas?

Tim se encogió de hombros.

—Sensaciones, tal vez. Novedades. La alegría dé no saber jamás lo que ocurrirá al día siguiente. En vez de heredar un trozo de tierra inútil, prefiero el placer de hacer dinero para mí mismo, empleando mi cerebro y mis aptitudes.

—¡Un golpecito afortunado en la Bolsa, por ejemplo!

Tim profirió una carcajada.

—¿Por qué no?

—¿Y qué sucedería si tuvieses en la Bolsa una pérdida semejante?

—Eso, mamita, es poco probable. Es inapropiado para hoy… ¿Qué te parece mi plan sobre un viajecito a Egipto?

—Bien…

Él la interrumpió sonriente:

—Entonces, de acuerdo. Los dos hemos ansiado siempre visitar Egipto.

—¿Cuándo sugieres que vayamos?

—¡Oh!… El mes próximo. Enero es la época de mejor tiempo allí. Gozaremos de la deliciosa sociedad de este hotel un par de semanas más.

—¡Tim! —exclamó la señora Allerton en tono de reproche. Luego añadió, sonrojándose—: Lamento tener que decirte que prometí a la señorita Leech que tú la acompañarías a la comisaría de policía. Ella no comprende una palabra de español.

Tim hizo una mueca.

—¿A causa de su anillo? ¿El rubí rojo sangriento de la hija del veterinario? ¿Persiste en la creencia de que se lo han robado? Iré si tú quieres, pero es ganas de malgastar el tiempo. No conseguirá nada más que originar molestias sin cuento a cualquier desgraciada sirviente del hotel. Se lo vi perfectamente en el dedo cuando fué a bañarse aquel día… Salió del agua y desde entonces lo echó de menos.

—Ella dice que está segura de que se lo quitó y lo dejó en su tocador.

—Pues no es verdad. Yo lo vi con mis propios ojos. Esa mujer está loca. Si no lo estuviera, no se habría bañado en pleno mes de diciembre, basándose en que el agua estaba bastante caliente porque el sol brillaba en aquel momento. Y es que le gusta exhibirse en traje de baño.

La señora Allerton murmuró:

—Realmente, creo que renunciaré a bañarme en lo sucesivo.

Tim rió alegremente.

—Tú puedes hacerlo. Das ciento y raya en belleza escultural a las jóvenes de hoy.

La señora Allerton suspiró y dijo:

—Desearía que tuvieses aquí unos cuantos jóvenes más de tu edad que ayudaran a distraerte.

Tim Allerton movió la cabeza con decisión.

—Pues yo no. Los dos solitos nos hemos arreglado divinamente para ir de un lado a otro divirtiéndonos, sin necesitar a nadie más.

—Pero a ti te hubiese gustado que Juana estuviese aquí.

—Nada de eso. —Su tono expresaba inesperada resolución—. Te equivocas. Juana me divierte, pero no me gusta. Cuando la tengo demasiado tiempo a mi lado, me ataca los nervios. Doy gracias a

Dios de que no esté aquí. Me resignaría sin pesar a no volver a ver a Juana en toda mi vida. —Añadió casi sin aliento—: No hay más que una mujer en el mundo por quien tenga respeto y admiración a la vez. Creo que tú no ignoras quién es esa persona.

Su madre se ruborizó y pareció confusa.

Tim continuó gravemente:

—Hay muy pocas mujeres realmente agradables en este mundo; pero tú eres una de ellas.

* * *

En un piso que daba al Central Park, en Nueva York, la señora Robson exclamó:

—¿No es maravilloso? Eres, en verdad, una mujer de suerte, Cornelia.

Cornelia Robson enrojeció. Era una muchacha grande y tosca, con ojos oscuros y perrunos.

—¡Oh, será espléndido! —dijo entre dientes.

La solterona señorita Van Schuyler inclinó la cabeza, expresando su satisfacción por esta actitud correcta por parte de sus parientes pobres.

—Siempre había soñado con un viaje a Europa —suspiró Cornelia—. Sin embargo, jamás creí que mi sueño llegase a convertirse en realidad.

—La señorita Bowers vendrá conmigo, como de costumbre —dijo la señorita Van Schuyler—. Pero, como dama de compañía, la encuentro muy limitada… muy limitada. Hay una infinidad de cosas en que Cornelia me será de gran utilidad.

—Será un placer poder servirte en algo, prima María —dijo Cornelia, ardientemente.

—Bien, bien. Entonces, estamos de acuerdo —dijo la señorita Van Schuyler—. ¿Quieres buscar a la señorita Bowers, querida? Es la hora de tomar los huevos.

Cornelia salió precipitadamente.

Su madre dijo:

—Querida María. ¡No sé cómo agradecértelo! Como tú sabes, yo creo que Cornelia sufre indeciblemente por no tener éxito en sociedad. Esto le hace considerarse mortificada. ¡Si yo hubiese

podido llevarla de un sitio para otro! ¡Pero tú sabes cómo quedamos al morir el pobre Eduardo!

—¡Será para mí un verdadero placer llevarla conmigo! —declaró la señorita Van Schuyler—. Cornelia ha sido siempre una muchacha dócil y agradable, amante de las aventuras y no tan egoísta como la mayoría de las jóvenes de hoy.

La señora Robson se levantó y besó cariñosamente el rostro apergaminado y amarillento de su rica pariente.

—Te estoy muy agradecida —declaró.

En la escalera se encontró con una mujer muy bien parecida que llevaba un vaso conteniendo un líquido amarillento y jabonoso…

—¡Vaya, señorita Bowers, se va usted a Europa!

—¡Ah…! Si, señora Robson.

—Será un viaje encantador.

—Sí. Desde luego. Creo que debe ser muy divertido.

—¿Ha estado usted antes de ahora en el extranjero?

—¡Ah, sí! El año pasado estuve con la señorita Van Schuyler en París. Pero nunca he estado en Egipto.

La señora Robson hizo una pausa.

—¿Supongo que no habrá peligro alguno? —preguntó, bajando la voz.

La señorita Bowers dijo con su timbre usual:

—¡Oh, no, señora Robson! Yo me encargaré de eso. Iré siempre observando lo que pasa a mi alrededor.

A pesar de esta seguridad, una sombra cruzó el rostro de la señora Robson cuando, lentamente, continuó descendiendo las escaleras.

* * *

En su despacho de la ciudad, Andrés Pennington se dedicaba a abrir su correo particular.

De pronto, su puño se cerró convulsivamente y cayó con ruido sordo sobre la mesa de despacho. Su rostro adquirió un color escarlata y dos abultadas venas se destacaron en su ancha frente.

Oprimió un timbre. Un atildado taquígrafo hizo su aparición con recomendable rapidez.

—Diga al señor Rockford que suba.

—Sí, señor Pennington.

Pocos momentos más tarde, Sterndale Rockford, el socio de Pennington, entró en el despacho. Ambos hombres tenían algo de parecido. Los dos eran altos, enjutos, con cabello gris y rostros muy afeitados e inteligentes.

—¿Qué ocurre, Pennington?

Éste levantó la cabeza de la carta que había empezado a leer de nuevo.

—Linnet se ha casado —dijo sin preámbulos.

—¿Qué?

—Has oído bien. Linnet se ha casado.

—¿Cómo?… ¿Cuándo?… ¿Por qué no nos lo han dicho hasta ahora?

Pennington lanzó una ojeada al calendario que había sobre la mesa.

—No había contraído matrimonio cuando escribió esta carta. Lo hizo el día cuatro por la mañana, es decir, hoy.

Rockford se desplomó en un sillón.

—¡Caramba! ¡Sin avisar! ¿Quién es él?

—Doyle. Simón Doyle.

—¿Qué clase de individuo es ése? ¿Conoces algo de él?

—No. Ella tampoco habla gran cosa de él… —Palmoteó sobre las líneas, escritas con caracteres claros e iguales—. Me parece que hay algo raro detrás de todo este asunto. Pero eso no tiene gran importancia. Lo principal es que ella se ha casado.

Las miradas de los dos hombres se encontraron. Rockford hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Esto es cosa de pensarlo mucho —dijo reposadamente.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Eso te iba a preguntar.

Los dos hombres se miraron en silencio.

Tras una pausa, dijo Rockford:

—¿Tienes algún plan?

Pennington respondió, arrastrando las sílabas:

—El Normandía sale hoy para Europa. Uno de nosotros dos tomará pasaje en él.

—¿Estás loco? ¿Qué idea es la tuya?

Pennington dijo con los dientes apretados:

—¡Esos abogados ingleses…! —Y se detuvo.

—¿Qué quieres con ellos? ¿Supongo que no irás allí a buscarles camorra?

—¿He dicho, acaso, que quienquiera que sea de nosotros el que vaya, tenga Inglaterra como punto de destino?

—¡Pues no me hagas sufrir más y suelta esa idea tan grande!

Pennington extendió la carta sobre la mesa.

—Linnet se dirige ahora a Egipto a pasar la luna de miel. Permanecerá allí un mes, tal vez más.

—Egipto, ¿eh?

Rockford reflexionó. Luego clavó la mirada en la de su socio.

—¡Egipto! —exclamó—. ¿Ésa es tu idea?

—Sí. Un encuentro casual. Dando una vueltecita, Linnet y su marido… atmósfera nupcial. Creo que se puede hacer…

—Ella es muy lista, pero… —Rockford se interrumpió.

Pennington dijo suavemente:

—Ya encontraremos el medio de justificarlo.

Otra vez se encontraron sus ojos.

Rockford asintió.

—¡Estupendo, chico!

Pennington miró al reloj.

—El que vaya, ha de darse prisa.

—¡Irás tú! —dijo Rockford súbitamente—. ¡Siempre te has llevado bien con Linnet y el tío Andrés! Te cedo la papeleta.

El rostro de Pennington se ensombreció.

—Confío en salirme con la mía —dijo.

—Tendrás que hacerlo a cualquier precio. La situación es crítica —repuso su socio.

* * *

Guillermo Carmichael dijo al joven delgado y peludo que abrió la puerta en respuesta a su llamada:

—Diga al señor Jim que deseo verle.

Jaime Fanthorp penetró en la habitación y lanzó una mirada interrogadora a su tío. El anciano fijó sus ojos en el joven, al mismo tiempo que movía la cabeza gruñendo:

—¡Ah! ¿Eres tú?

—¿No querías hablar conmigo?

—¡Lee esto!

El joven tomó asiento y desplegó la hoja de papel que le entregó su tío.

El anciano le observaba atentamente.

—¿Y bien?

La respuesta fué rápida.

—Me parece muy oscuro, tío.

Otra vez el socio de la firma Carmichael, Grant y Carmichael emitió un gruñido característico.

Jaime Fanthorp releyó la carta que acababa de llegar de Egipto por avión.

«… parece improcedente escribir cartas de negocios en un día como hoy. Hemos pasado una semana en la Casa Mona, luego hemos hecho una expedición al Fayun. Pasado mañana remontaremos el Nilo hasta Luxor y Assuán en un barco de vapor y tal vez lleguemos hasta Kartum. Cuando fuimos a la agencia Cook esta mañana a recoger los billetes, ¿qué cree usted que fue lo primero que vi…? A mi apoderado americano Andrés Pennington. Me parece recordar que lo conoció usted hace dos años. Yo no tenía la menor idea de que él estuviese en Egipto y él tampoco podía presumir que me encontraría aquí… ni que estuviese casada. La carta en que yo le contaba mi proyecto de contraer matrimonio no llegó a sus manos. Ahora se dispone a remontar el Nilo siguiendo la misma ruta que nosotros. ¿Verdad que es una agradable coincidencia? Muchas gracias por todo lo que ha trabajado en estos tiempos…».

Cuando el joven se disponía a volver la página, el señor Carmichael le recogió la carta.

—Eso es todo —dijo—. El resto no importa. Bien, ¿qué piensas de esto?

Su sobrino reflexionó un instante. Luego dijo:

—Pues… me parece que ese encuentro no tiene nada de casual.

El anciano manifestó su aprobación con un movimiento de cabeza.

—¿Te gustaría dar una vueltecita por Egipto? —preguntó de pronto.

—Si lo crees necesario…

—No hay tiempo que perder.

—¿Pero por qué he de ser yo precisamente?

—Piensa un poco y lo acertarás. Linnet Ridgeway no se ha tropezado contigo en la vida, Pennington tampoco te conoce. Si vas en aeroplano, llegarás a tiempo todavía.

—No me gusta nada esa idea, tío. ¿Qué voy a hacer yo allí?

—Emplea tus ojos. Utiliza tus oídos. Usa el cerebro… si es que lo tienes. Y si es necesario… obra.

—No me gusta nada.

—Lo creo, pero no tienes más remedio que hacerlo.

—¿Es, pues, necesario?

—A mi juicio, es de importancia vital —dijo el señor Carmichael.

* * *

La señora Otterbourne, reajustándose el turbante de tejido indígena que le rodeaba la cabeza, dijo airadamente:

—No sé por qué no nos hemos marchado ya a Egipto. Estoy más que cansada de Jerusalén.

Como su hija permaneciese silenciosa, añadió:

—Lo menos que podías hacer es responder cuando te preguntan.

Rosalía Otterbourne estaba enfrascada en la contemplación de un periódico ilustrado en que aparecía la reproducción de una fotografía. Al pie de aquélla se leía:

«La señora Doyle, que antes de su matrimonio era la bien conocida belleza señorita Linnet Ridgeway. Los señores Doyle pasan la luna de miel en Egipto».

Rosalía dijo:

—¡Te gustaría ir a Egipto!, ¿mamá?

—¡Claro que sí! —exclamó la señora Otterbourne—. Reconozco que no se nos ha tratado aquí muy caballerosamente; mi estancia en éste país ha sido una advertencia para el futuro. Pero ya he dicho a todos lo que pienso de ellos. La gente de aquí es impertinente… demasiado impertinente.

La muchacha suspiró. Dijo:

—Este sitio es igual que cualquier otro. Tengo verdaderos deseos de salir de aquí.

—Y esta mañana —continuó la señora Otterbourne— el

administrador del hotel ha llevado su impertinencia al extremo de decirme que, había comprometido todas las habitaciones por anticipado y que me daba cuarenta y ocho horas de plazo para abandonar las que ocupamos.

—Eso quiere decir que hemos de buscar otro alojamiento.

—Nada de eso. Estoy dispuesta a defender mis derechos.

Rosalía murmuró:

—Creo que debíamos irnos a Egipto. No creo que haya gran diferencia.

—No creo que sea cuestión de vida o muerte —dijo la señora Otterbourne.

Pero en esto se equivocaba, porque se trataba precisamente de una cuestión de vida o muerte.

CAPÍTULO II

—Ése es Hércules Poirot, el detective —dijo la señora Allerton.

Ella y su hijo se encontraban sentados en sendos sillones de mimbre, brillantemente pintados de escarlata, en el exterior del hotel de las Cataratas, en Assuán.

Observaban a las figuras, que se alejaban, de dos personas. Una de ellas, bajita, vestida con un traje de seda cruda, correspondía a un hombre; la otra, alta y delgada, era una mujer.

Tim Allerton se levantó repentinamente.

—¿Qué diablos busca ese hombre aquí?

Su madre rió.

—Querido, pareces muy excitado. ¿Por qué les gustarán a los hombres tanto los crímenes? Yo odio las historias de detectives y no las leo nunca. Pero no creo que el señor Poirot esté aquí por ningún motivo especial. Ha ahorrado una respetable cantidad de dinero y se dedica a vivir su vida. Eso es todo.

—Parece mostrar cierto interés por la muchacha más guapa de la localidad.

La señora Allerton reclinó la cabeza sobre un hombro, mientras observaba las espaldas del señor Poirot y de su compañera.

La muchacha que acompañaba al detective era cuatro dedos más alta que él. Andaba magníficamente, ni demasiado erguida, ni con paso perezoso.

La señora Allerton lanzó una mirada de soslayo a Tim, al tiempo que decía:

—Ella es preciosa, ¿eh?

—Es más que preciosa. Lástima que sea tan irascible y huraña.

—Ésa me parece la expresión justa, querido.

—Es un diablillo desagradable, me parece. Pero es bastante

agraciada.

El objeto de estas críticas marchaba lentamente al lado de Poirot. Rosalía Otterbourne hacía girar su sombrilla cerrada y en su expresión se leía todo lo que Tim acababa de decir. Parecía a un tiempo huraña y colérica.

Volvieron a la izquierda, al llegar a la puerta de la verja del hotel y se adentraron en la fría sombra de los jardines públicos.

Hércules Poirot hablaba alegremente, su expresión era de beatífico buen humor. Llevaba un traje de seda cruda, un sombrero panamá y un espantamoscas cubierto de adornos con mango postizo de ámbar.

—… Me encanta —decía—. Y también las rocas negras de la Elefantina y el sol y los barquitos que cruzan el río. Sí, es maravilloso estar vivo y gozar de todo esto.

Rosalía respondió con sequedad:

—Debe ser estupendo todo esto, pero a mí, Assuán sobre todo, me aburre. El hotelucho este está medio vacío y casi todos sus ocupantes están muy cerca del siglo.

Se interrumpió mordiéndose los labios.

Hércules Poirot guiñó los ojos.

—Eso es verdad, hija mía. Yo, por ejemplo, tengo ya un pie sobre la tumba.

—No pensaba en usted —dijo la muchacha—. Lo siento. He sido grosera.

—Nada de eso. Es natural que desee compañeros jóvenes, de su misma edad. ¡Ah, hay un joven, por lo menos!

—¿Ese que está siempre sentado con su madre? Me gusta ella; pero él parece sencillamente insoportable, ¡tan presumido!

Poirot sonrió.

—¿Y a mí, me cree presumido también?

—¡Oh, no!

A ella parecía interesarle poco todo aquello; pero Hércules Poirot lo consideraba bastante divertido. Observó con plácida satisfacción:

—Mis amigos opinan que soy terriblemente presuntuoso.

—¡Ah, sí! —murmuró Rosalía vagamente—. Supongo que usted tiene motivos para serlo. Desgraciadamente, el crimen no me interesa en absoluto.

—Me complace mucho saber que no tiene usted ningún secreto culpable que ocultar.

Por un momento, la máscara burlona de su rostro se transformó, cuando ella lanzó a su interlocutor una rápida mirada interrogadora.

Poirot fingió no advertirlo y continuó:

—Su señora madre no estuvo presente en el almuerzo. Supongo que no estará indispuesta…

—Este sitio no le sienta muy bien —explicó Rosalía—. Me agradaría salir de aquí.

—Seremos compañeros de viaje, ¿verdad? Vamos juntos a la excursión a Wadi Halfa y a la segunda catarata.

—Sí.

Salieron de la sombra del jardín y siguieron una senda estrecha y polvorienta que bordeaba el río. Cinco vendedores de collares de vidrio, dos de tarjetas postales, tres de escarabajos de yeso, un par de alquiladores de asnos y una cantidad de golfillos esperanzados se dirigieron hacia ellos, pregonando sus mercancías.

Hércules Poirot intentó vanamente deshacerse de aquella colmena humana. Rosalía se abrió paso entre ellos andando como si fuese una sonámbula.

—Lo mejor es hacerles creer que somos sordos y mudos —observó.

Entraron en la quinta tienda y Rosalía entregó varios rollos de películas… el único objeto del paseo. Luego salieron de aquel establecimiento y se encaminaron hacia la margen del río.

Uno de los vaporcitos que surcan el Nilo acababa de atracar. Poirot y Rosalía contemplaron con interés a los pasajeros.

—Hay bastantes… ¿eh?

Volvió la cabeza cuando Tim Allerton se unió a ellos. Respiraba fatigosamente, como si hubiese venido corriendo.

Permanecieron silenciosos por un minuto o dos. Luego, Tim dijo:

—Una muchedumbre horrible, como siempre.

—Oh, sí, siempre igual… —comentó Rosalía.

Los tres tenían ese aire de superioridad de la gente que asiste a la llegada de un tren o de un vapor.

—¡Caramba! —La voz de Tim sonó excitada—. ¡Que me cuelguen si, aquélla no es Linnet Ridgeway!

Si aquélla información dejó a Poirot insensible, despertó gran interés en Rosalía.

—¿Dónde está? ¿Es aquélla de blanco?

—Sí. La que va acompañada de aquel hombre alto. Ahora desembarcan. Él es su flamante marido, supongo. No me acuerdo de su nombre en este momento.

—Doyle —dijo Rosalía—. Simón Doyle. Lo dicen todos los periódicos. Se ocupan de ella casi diariamente.

—Sólo porque es la mujer más rica de Inglaterra —observó Tim.

Los tres espectadores observaban silenciosamente la llegada de los pasajeros. Poirot contempló interesado al objeto de las críticas de sus compañeros. Murmuró:

—Es hermosa.

—Hay personas que lo tienen todo —dijo Rosalía amargamente.

Observábase una expresión de disgusto en el rostro de la joven, cuando Linnet descendía la escala.

Linnet Ridgeway se conducía como si fuera la *vedette* de una revista en escena. Volvióse con leve sonrisa a su acompañante. Éste le respondió y el sonido de su voz pareció interesar a Hércules Poirot. Una lucecita apareció en sus ojos y las cejas formaron dos arcos casi angulares. La pareja pasó a pocos pasos de él. Oyó a Simón que decía:

—Lo intentaremos y le daremos tiempo. Podemos quedarnos aquí una semana o dos, si te parece bien, querida.

La cara del joven tenía una expresión ardiente de adoración casi humilde. La mirada de Poirot escrutó minuciosamente su cuerpo, los hombros cuadrados, el rostro bronceado, los ojos de un azul oscuro, la simplicidad infantil de su sonrisa.

—¡Feliz diablo! —dijo Tim después que hubieron pasado—. Ha tenido la suerte de encontrar una heredera que no tiene adenitis ni pies planos.

—Parecen terriblemente felices —dijo Rosalía con una nota de envidia en la voz. Luego añadió, pero en voz tan baja que Tim no pudo oírlo—. ¡Eso no es justo!

Poirot lo percibió, sin embargo. Frunció el ceño, perplejo. Lanzó una mirada de comprensión a la muchacha.

—Voy a comprar algunas baratijas para mi madre —dijo Tim. Se quitó el sombrero y se marchó.

Poirot y Rosalía emprendieron el camino de regreso al hotel, apartando, a su paso, a nuevos pregoneros de asnos y collares.

—¿Así, pues, no es justo? —dijo Poirot cortésmente.

La muchacha enrojeció de cólera.

—Ignoro lo que quiere decir.

—No he hecho más que repetir lo que usted ha dicho en voz baja.

Rosalía se encogió de hombros.

—Pues bien, realmente me parece demasiado para una sola persona. Dinero, belleza, una figura maravillosa…

Se interrumpió y Poirot terminó por ella.

—¡Y amor! ¿Verdad? Pero tal vez se ha casado sólo por su dinero.

—¿Acaso no vio usted cómo se la comía con los ojos?

—Oh, sí señorita. Vi todo lo que se podía ver… Pero observé algo que a usted le pasó por alto.

—¿Qué cosa fué?

—Vi, madeimoselle, líneas oscuras bajo los ojos de una mujer. Vi una mano que oprimía el puño de una sombrilla hasta que los nudillos perdieron el color…

Rosalía quedó mirándole con la boca abierta.

Hércules Poirot intentó vanamente deshacerse de aquella colmena humana

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no es oro todo lo que reluce… Quiero decir que aunque esta joven señora es rica, bella y amada, hay al mismo tiempo algo que obstaculiza su felicidad. Y sé algo más.

—¿Sí?

—Sí. Sé que en otro sitio y en otro tiempo he oído esa voz… la

voz del señor Doyle y quisiera acordarme dónde fué.

Pero Rosalía no escuchaba ya. Se había detenido, pálida como una muerta. Con el extremo de su sombrilla, trazaba líneas sobre la blanda arena. Repentinamente estalló en un arranque de cólera.

—Soy odiosa. Realmente odiosa. Soy mala. Me gustaría quitarle a trozos sus vestidos elegantes y patearle esa cara encantadora. Estoy como una gata en celo… Pero no lo puedo evitar. Parece tan terriblemente triunfante y segura de sí misma.

Hércules Poirot pareció algo extrañado por la repentina explosión. La asió del brazo y la sacudió ligera y amigablemente.

—¡*Tenez*!… Después de haber dicho eso se sentirá mejor.

—¡La odio! ¡Jamás he odiado tanto a primera vista!

—¡Magnífico!

Rosalía la miró preocupada. Luego desarrugó el ceño y sonrió.

—Bien —dijo Hércules Poirot y rió también.

Continuaron su camino hacia el hotel como dos buenos amigos.

—Voy a buscar a mamá —anunció Rosalía cuando llegaron al frío vestíbulo.

Poirot se aproximó a la balaustrada de la terraza y se dispuso a contemplar el Nilo. Permaneció unos minutos mirando el río; luego se dirigió a los jardines.

Sentada en un banco, contemplando las aguas del río, vio a la muchacha de *Chez Ma Tante*. La reconoció en seguida. Su rostro, tal como lo vio aquella noche, permanecía indeleblemente grabado en su memoria. Su expresión era ahora muy distinta. Estaba más pálida, más delgada, y había líneas en su rostro, que denotaban cansancio físico y moral.

El detective retrocedió un paso. Ella no le había visto y quiso observarla sin que ella descubriese su presencia.

Un rostro y una voz. Poirot recordaba ambas cosas. El rostro de la joven y la voz que acababa de oír pocos momentos antes, la voz de un recién casado…

Y mientras Hércules permanecía silencioso observando a la muchacha, se desarrolló la escena siguiente del drama.

Sonaron varias voces. La muchacha se puso en pie. Linnet Doyle y su marido llegaban por el estrecho sendero. La voz de Linnet era feliz y confiada. La expresión de tensión muscular había desaparecido. Linnet era feliz.

La muchacha del banco dió un par de pasos hacia delante.

La feliz pareja se detuvo. Ambos pálidos como la cera.

—¡Hola, Linnet! —dijo Jacqueline de Bellefort—. ¡También estás tú aquí! Parece que nos citamos. ¡Hola, Simón! ¿Cómo te va?

Linnet Ridgeway se apoyó sobre la roca lanzando un gritito ahogado. La agraciada faz de Simón Doyle sufrió una convulsión violenta, provocada por la rabia. Se lanzó hacia delante como si tuviese el propósito de destrozar entre sus fuertes brazos el cuerpo frágil de la muchacha.

La causante de la escena indicó entonces con un movimiento rápido de cabeza a Hércules Poirot. Simón miró en su dirección y advirtió su presencia.

Dijo torpemente:

—Hola, Jacqueline. No esperábamos verte aquí.

Sus palabras carecían de convicción.

La muchacha sonrió, mostrando sus dientes blanquísimos.

—Es una sorpresa, ¿eh? —preguntó.

Luego, con un ligero movimiento de cabeza se separó de ellos y se adentró en la espesura.

Poirot emprendió delicadamente su marcha en dirección opuesta. Cuando se iba, oyó a Linnet Ridgeway que decía:

—¡Simón, por Dios…! ¿No podemos hacer nada?

CAPÍTULO III

Había terminado la comida.

En la terraza del hotel de las Cataratas reinaba una suave penumbra. La mayoría de los huéspedes se sentaba ante las mesitas. Simón y Linnet Doyle hicieron su aparición. Entre ellos venía un hombre alto de cabellos grises y rostro bien afeitado.

El grupo permaneció un momento en la puerta, dudando de la dirección a seguir.

Tim Allerton se levantó de la silla en que estaba sentado y se adelantó.

—Seguramente no se acuerda de mí —dijo humorísticamente a Linnet—. Soy primo de Juana Southwood.

—¡Claro que sí! ¡Qué estúpida soy! Usted es Tim Allerton. Éste es mi esposo. —Percibíase cierto temblor en la voz… ¿orgullo? ¿Venganza…? ¿Quién podría decirlo…?— Y éste es mi apoderado americano, el señor Pennington.

—Debería venir a ver a mi madre.

Pocos minutos después sentábanse juntos. Linnet en un rincón. Tim y Pennington a ambos lados de ella, queriendo acaparar su atención. La señora Allerton hablaba a Simón Doyle.

Las hojas de la puerta volvieron a abrirse. Súbita tensión apareció en los rasgos de la hermosa mujer que se sentaba en el rincón entre los dos hombres. Luego su rostro adquirió una expresión normal cuando vio salir a un hombre de pequeña estatura que atravesó la terraza.

La señora Allerton dijo:

—No es usted la única celebridad de aquí, querida. Ese hombrecillo es Hércules Poirot, el detective…

Había dicho esto con un tono convencional, como si hubiese

hablado de un jugador de *bridge* o algo por el estilo, pero Linnet se sobresaltó. En sus ojos apareció un brillo de curiosidad.

—¿Hércules Poirot? He oído hablar de él, en efecto.

Se hundió en el abismo de sus pensamientos. Los dos hombres a su lado permanecieron silenciosos.

Poirot se dirigía a la balaustrada, pero alguien solicitó su atención…

—¡Siéntese aquí, señor Poirot! Hace una noche encantadora.

—*Mais oui,* es verdaderamente maravillosa —contestó él obedeciendo.

Sonrió cortésmente a la señora Otterbourne. ¡Qué cantidad de cintajos blancos y qué turbante más ridículo llevaba la buena señora!

La señora Otterbourne continuó con su voz de contralto:

—¡Qué colección de notabilidades tenemos ahora! Espero que no tardaremos en ver los nombres de todos en los periódicos. Célebres bellezas… Novelistas famosos…

Poirot adivinó, mejor que vio, a la huraña muchacha sentada al otro lado con los labios apretados en un gesto de cólera más pronunciado que de ordinario.

—¿Tiene usted ahora alguna novela en proyecto, señora? —preguntó.

La señora Otterbourne volvió a soltar su risita de suficiencia.

—Me estoy volviendo terriblemente perezosa. Pero he de decidirme. Mi público se impacienta y mi editor… pobre hombre… me suplica en cada correo. ¡Hasta cablegramas me dirige!

Otra vez tuvo él la sensación de un gesto de la muchacha en la oscuridad.

—No me importa anunciarle, señor Poirot, que estoy aquí en busca de ambiente y color local para mi nueva novela, que se titulará: «Nieve en la superficie del desierto». Poderoso, sugestivo. Nieve en el desierto… fundida por el primer soplo ardoroso de la pasión.

Rosalía sé levantó, murmuró algo entre dientes y se dirigió hacia las sombras del jardín.

—Hay que ser decidida —continuó la señora Otterbourne, agitando el turbante frenéticamente—. Platos fuertes… Ésos son mis libros. Las librerías los anatematizan… Pero no importa… Digo

siempre la verdad. ¡El sexo…! ¡Oh! ¡Dígame, señor Poirot! ¿Por qué tiene todo el mundo tanto miedo al sexo? ¡El eje del universo! ¿Ha leído usted mis libros?

—¡Pobre de mí, señora…! Ya debe usted suponer que mi trabajo no me permite… hum… leer novelas.

La señora Otterbourne dijo con firmeza:

—Tengo que regalarle un ejemplar de «Bajo la higuera». Espero que lo encontrará significativo. Es muy extenso, pero real…

—Me abruma usted con su amabilidad, señora. Lo leeré con placer.

La señora Otterbourne quedó silenciosa durante un par de minutos. Jugueteó pensativa con un gran collar de cuentas que llevaba rodeando su cuello. Miró rápidamente a su alrededor.

—Voy a traérselo ahora mismo.

—¡Oh, *madame*! ¡No se moleste, por favor! Luego, más tarde…

—No, no. No es molestia. —Se levantó—. Quiero mostrar a usted…

—¿Qué buscas, mamá?

Rosalía acababa de surgir a su lado.

—Nada, querida. Voy a traer un libro mío a *monsieur* Poirot.

—¿«Bajo la higuera»? Yo lo traeré.

—Tú no sabes dónde está, querida. Yo iré.

—Sí, lo sé. No te muevas de aquí.

La muchacha cruzó rápidamente la terraza y penetró en el hotel.

—Permítame que la felicite, *madame*, por tener una hija tan amable y tan encantadora —dijo Hércules Poirot, inclinándose.

—¿Rosalía? Sí, sí, no es fea; pero es muy dura, *monsieur*. No simpatiza con los enfermos. Siempre cree que tiene razón. Se imagina que sabe más acerca de mi enfermedad que yo misma…

Poirot indicando a un camarero que pasaba preguntó:

—¿Tomará usted algo, ¡*madame*!? ¿*Chartreuse*, crema de menta?

La señora Otterbourne movió la cabeza vigorosamente.

—No, no. Soy prácticamente abstemia. Ya habrá tenido ocasión de observar que no bebo más que limonada. No puedo soportar el sabor de los espirituosos.

—Entonces pediré para usted un refresco de limonada.

Dió la orden al camarero que esperaba: un refresco de limón y un benedictino.

Abrióse la puerta del hotel. Rosalía apareció y vino hacia ellos con un libro en la mano.

—¿Qué haces mamá? —dijo. Su voz carecía de expresión… cosa notable.

—*Monsieur* Poirot ha pedido esta limonada para mí —explicó su madre.

—Y usted, señorita… ¿No quiere beber nada?

—¡Nada! —Consciente de su sequedad, añadió inmediatamente —: Nada, gracias.

Poirot tomó el volumen que le regalaba la señora Otterbourne. Llevaba aun la sobrecubierta original y representaba a una mujer con cabellos sueltos en el tradicional traje de Eva, con las uñas pintadas de rojo escarlata y extendida sobre una piel de tigre. Sobre ella se alzaba un árbol de hojas semejantes a las de la encina, del que colgaban manzanas de diversos colores.

Se titulaba «Bajo la Higuera», por Salomé Otterbourne. En primera página aparecía un panegírico de la escritora, confeccionado por el editor. Hablaba entusiásticamente del soberbio atrevimiento y del realismo de un estudio sobre la vida amorosa de una mujer moderna. Osado, original, realista, eran los adjetivos empleados con más profusión.

Poirot se inclinó rendidamente y murmuró:

—Me honra usted, *madame*.

Al alzar la cabeza, sus ojos se encontraron con los de la hija de la autora. Involuntariamente, se estremeció. Contempló extrañado y dolorido la intensa pena que se reflejaba en ellos.

Poirot alzó entonces su vaso para ocultar sus sentimientos y dijo versallescamente:

—A *votre santé*, *madame*… madeimoselle.

La señora Otterbourne, bebiendo su limonada a pequeños sorbitos, murmuró:

—¡Qué refrescante! ¡Es deliciosa!

Cayó el silencio sobre ellos. Quedaron mirando las brillantes rocas negras que emergían en el Nilo. Había algo fantástico en ellas a la luz de la luna. Parecían tremendos monstruos prehistóricos con el cuerpo casi fuera del agua. Llegó una brisa suave, repentina, que murió casi tan súbitamente como llegara.

En el aire había una atmósfera de expectación.

Hércules Poirot posó una mirada sobre la terraza y sus ocupantes. ¿Se equivocaba, o se experimentaba allí la misma sensación? Parecía el momento en que en el teatro se espera la salida a escena de la artista predilecta. En aquel instante precisamente, la puerta giratoria empezó a dar vueltas. Esta vez, parecía que daba vueltas con cierto aire de importancia. Todo el mundo cesó de hablar y dirigió sus miradas hacia allí.

Una muchacha morena, esbelta, en traje de noche color vino, apareció. Se detuvo unos segundos, luego atravesó con decisión la terraza y se sentó ante una mesa vacía. No había nada extraño, nada fuera de lugar en su continente y en su conducta y sin embargo tenía algo del estudiado efecto de una entrada en escena.

—¡Bien! —dijo la señora Otterbourne. Dió un movimiento de vaivén a su turbante—. Esa muchacha se cree que es alguien.

Poirot no respondió. Observaba. La muchacha había tomado asiento en un lugar desde donde podía observar de soslayo a Linnet Doyle. Ahora, Poirot se dió cuenta de que Linnet, tras inclinarse un momento hacia delante y decir algo a sus acompañantes, se levantó y cambió de sitio. Ahora daba la espalda a la recién llegada.

Poirot movió afirmativamente la cabeza respondiendo a sus propios pensamientos.

Cinco minutos después, la muchacha del traje de noche de color vino se levantó y se trasladó al otro extremo de la terraza. Sentóse allí fumando y sonriendo silenciosamente… la personificación de la satisfacción en reposo. Pero en todo momento, como si fuese inconscientemente, su mirada estaba fija en la esposa de Simón Doyle.

Transcurrido un cuarto de hora, Linnet Doyle se levantó impetuosamente y penetró en el hotel. Su esposo la siguió inmediatamente.

Jacqueline de Bellefort sonrió y dió media vuelta a la silla en que estaba sentada. Encendió otro cigarrillo y quedó mirando al Nilo con fijeza. Continuaba sonriéndose a sí misma.

CAPÍTULO IV

—*Monsieur* Poirot.

El aludido se alzó repentinamente. Permanecía en la terraza después de marcharse todos. Abismado en sus propios pensamientos contemplaba sin verlas las grandes rocas negras del Nilo, cuando el sonido de su nombre le volvió a la realidad.

Era una voz de timbre exquisito, firme, encantadora, pero un poco arrogante.

Hércules Poirot se encontró ante los ojos autoritarios de Linnet Doyle. Llevaba una capa de rico terciopelo púrpura sobre su traje de satén blanco y parecía más encantadora, más esplendorosa de lo que Poirot hubiese imaginado jamás.

—¿Es usted *monsieur* Poirot?

No era una pregunta difícil.

—A sus órdenes, *madame*.

—¿Sabe usted quién soy?

—Sí, *madame*. He oído su nombre. Sé exactamente quién es usted.

Linnet hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. No era más que lo que ella había esperado. Continuó con sus maneras encantadoras, aristocráticas.

—¿Quiere tener la bondad de acompañarme al salón de juego, *monsieur*? Tengo verdadera ansiedad por hablarle a solas.

—Ciertamente, *madame*.

Emprendió la marcha hacia el hotel. Él la siguió. Fue conducido al desierto salón de juego y, ya dentro, Linnet le hizo un gesto para que cerrase la puerta. Entonces se desplomó en una silla y él se sentó frente a ella.

Linnet se dirigió al detective sin usar preámbulos de ninguna

clase. Con gran fluidez dijo:

—He oído hablar de usted, *monsieur*. Sé que es usted un hombre inteligentísimo y tengo necesidad apremiante de un hombre como usted en estos momentos. Tengo la seguridad de que usted me ayudará.

Poirot inclinó la cabeza.

—Me confunde con sus elogios y con su confianza *madame*. Pero vea usted, estoy de vacaciones, lo cual quiere decir que no me ocupo de ningún caso.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

No lo dijo en tono ofensivo. Estas palabras expresaban solamente la tácita confianza de una joven que jamás había encontrado nada que no pudiese arreglar a su entera satisfacción.

Linnet Doyle continuó:

—Estoy siendo objeto, *monsieur* Poirot, de una intolerable persecución. ¡Esta persecución estúpida tiene que cesar! Mi opinión era haber puesto en antecedentes a la policía, para que ella se encargara del caso, pero mi… mi marido cree que la policía sería ineficaz en este asunto.

—Tal vez si usted me diese más detalles, *madame*…

—Oh, sí lo haré. Pero la cosa es bien simple.

Ni una duda, ni un balbuceo. Linnet Doyle tenía un cerebro de financiero. Solamente se detuvo un instante para exponer los hechos concisamente.

—Antes de que yo conociese a mi marido, él estaba prometido a la señorita de Bellefort. Ella era también muy amiga mía. Mi marido rompió su proyectado enlace con ella. No congeniaban. Ella —lamento decirlo— lo tomó por lo trágico. Yo lo siento mucho, en verdad, pero estas cosas no pueden evitarse. La señorita de Bellefort nos hizo objeto, a mí y a mi marido, de ciertas… amenazas, a las cuales no hicimos el menor caso y que, justo es decirlo, no ha intentado llevar a cabo. Pero en vez de eso, ha adoptado la extraña idea de seguirnos por doquiera que vamos.

Poirot enarcó las cejas.

—Es una venganza inaudita.

—Inaudita y ridícula. Pero, al mismo tiempo, es también… fastidiosa. —Se mordió los labios.

Poirot asintió en silencio.

—Sí —dijo tras una pausa—. Me lo imagino. ¿Usted está, según tengo entendido, en viaje de luna de miel?

—Sí, pero como le iba diciendo, se nos presentó por primera vez en Venecia, en casa de Danielli. Creía que se trataba de una mera coincidencia. Algo embarazoso, pero ero fué todo. Luego, volvimos a encontrárnosla a bordo del mismo barco que nos condujo a Bríndisi. Presumimos que iba a Palestina. La dejamos en el barco, según creímos; pero cuando llegamos al hotel Mena estaba ya allí, esperándonos.

Poirot hizo un gesto de comprensión.

—¿Y ahora?

—Remontamos el Nilo en barco. Casi esperaba encontrarla a bordo. Al ver que no estaba allí, supuse que había cesado en su… chiquillada. Pero cuando desembarcamos aquí, ya estaba ella esperándonos.

—¿Teme usted entonces que continúe indefinidamente este estado de cosas?

—Sí. —Hizo una pausa—. Naturalmente, en sí, es completamente idiota. Jacqueline se está poniendo constantemente en ridículo. Me sorprende que no posea más amor propio… más dignidad.

—Hay veces, *madame*, en que el orgullo y la dignidad… se dejen a un lado. Existen emociones mucho más… fuertes.

—Sí, es posible —dijo Linnet, impacientemente—. Pero… ¿qué ventaja le puede proporcionar esta conducta?

—No siempre se obra en espera de una ventaja, *madame*.

Algo imperceptible en el tono del detective impresionó a Linnet desagradablemente. Enrojeció y dijo precipitadamente:

—Tiene usted mucha razón. Pero una discusión de motivos está fuera de lugar. Lo esencial es que esto tiene que terminar.

—¿Y cómo cree usted poder conseguirlo, *madame*? —preguntó Poirot.

—Bien, naturalmente, mi marido y yo no podemos continuar indefinidamente soportando todo este… fastidio. Debe haber alguna disposición en que podamos apoyarnos para impedirlo.

Hablaba impacientemente. Poirot la miró, pensativo, y preguntó:

—¿Le ha hecho objeto de amenazas en público? ¿Ha usado un lenguaje insultante al dirigirse a usted? ¿Ha intentado infligirle

algún daño corporal?

—No.

—Entonces, francamente, *madame*, no creo que pueda hacer nada contra ella. Si le señorita de Bellefort se complace en visitar ciertos lugares y da la casualidad de que esos lugares son los mismos que usted y su marido visitan…

—¿Luego no puedo hacer nada, absolutamente nada? —La voz de Linnet contenía una nota de incredulidad.

—Nada que yo sepa. Madeimoselle de Bellefort está en su perfecto derecho de obrar como lo hace.

—Pero… esto es enloquecedor. No puedo tolerar tener que transigir con esto.

—La compadezco, *madame*. Sobre todo porque me imagino que no se ha encontrado muchas veces en la situación de tener que transigir.

Linnet exclamó con el ceño fruncido:

—¡Debe haber algún medio de evitarlo!

Poirot se encogió de hombros.

—Puede marcharse… irse a otro sitio cualquiera —sugirió Poirot.

—Nos seguiría.

—Posiblemente, sí…

—¿Y por qué he de marcharme? ¿Por qué continuar esta vida errante como si…?

Se interrumpió.

—Exactamente, *madame*. Como si… Tiene usted razón en lo que piensa.

—¿Qué quiere usted decir?

Poirot cambió de tono. Se inclinó hacia adelante. Su voz era confidencial, persuasiva. Dijo suavemente:

—¿Por qué se preocupa tanto, *madame*?

—¿Por qué…? Porque esto me enloquece. Porque es irritante hasta el último grado. ¡Ya le he dicho por qué!

Poirot movió la cabeza negativamente.

—Nada de eso.

—¿Que quiere usted decir?

Poirot se acomodó en su sillón, cruzó los brazos y empezó a hablar con tono impersonal.

—Escuche, *madame*, voy a contarle una historieta. Un día, hace un mes o dos, estaba comiendo en un restaurante de Londres. En una mesa junto a la mía sentábanse dos personas: un hombre y una muchacha. Eran felices o lo aparentaban; estaban enamoradísimos, el uno del otro. Hablaban del futuro con gran confianza. No es que yo escuchase lo que no me interesaba; pero ellos hablaban en alta voz y no les importaba que les oyesen o no. El hombre me daba la espalda, pero veía perfectamente la cara de la muchacha. Su emoción era intensa. Estaba enamorada, había entregado al hombre su corazón, su alma, y no parecía de esas que aman superficialmente y a menudo. Su amor parecía eterno como la vida y la muerte. Se habían comprometido para casarse y discutían dónde pasarían la luna de miel. Planearon venir a Egipto. —Hizo una pausa.

Linnet dijo con sequedad:

—¿Y bien?

Poirot continuó:

—Ha transcurrido un mes o dos, pero no puedo olvidar el rostro de la muchacha. Sé que la recordaré si la veo otra vez. Y reconoceré también la voz del hombre. Creo, *madame*, que usted adivinará dónde oiré esta voz y veré aquel… rostro… Aquí, en Egipto. El hombre está en su luna de miel… pero con otra mujer.

Linnet habló con voz cortante:

—Bien, ¿y qué? Ya había mencionado yo todo eso.

—Los hechos, sí.

—¿Qué omití entonces?

—La muchacha del restaurante mencionó el nombre de una amiga, una amiga que ella tenía la seguridad de que no la abandonaría. Esa amiga, creo que era usted misma, *madame*.

Linnet enrojeció.

—Sí. Ya le dije que habíamos sido amigas.

—Y ella tenía una confianza ciega en usted.

—En efecto.

Hizo una pausa. Luego, como Poirot no parecía dispuesto a continuar hablando, prosiguió:

—Claro que todo esto es muy lamentable, pero no tiene nada de particular. Ha sucedido en todos los tiempos y en todas las ocasiones.

—Sí, desde luego, ha sucedido en todos los tiempos… Usted es protestante, ¿no es verdad?

—Sí —contestó Linnet, asombrada por esta pregunta.

—Entonces habrá oído leer pasajes de la Biblia en la Iglesia. Oiría hablar del rey David y del rico que tenía enormes rebaños y del pobre que no tenía más que una ovejita blanca… y cómo el rico arrebató al pobre su única oveja. En efecto… son cosas que han sucedido en todos los tiempos, *madame*.

Linnet se levantó. Los ojos llameaban de cólera.

—Creo perfectamente lo que quiere dar a entender. Que yo le robé el novio a mi amiga. Considerando el asunto sentimentalmente… (que es como las personas de su vieja generación miran estas cosas) es posiblemente verdad. Pero la realidad estricta es muy distinta. No niego que Jacqueline estuviese locamente enamorada de Simón, pero no puede usted afirmar bajo juramento que Simón lo estuviese de ella. A él le gustaba mucho Jacqueline, pero creo que antes de conocerme ya se había dado cuenta de su error. Considérelo imparcialmente. *Monsieur* Simón recapacitó y vio que era a mí a quien amaba. ¿Y qué hizo…? ¿Debía ser heroicamente noble y desposarse con la mujer a quien ya no amaba en absoluto y arruinar de esta forma la existencia de tres personas, ya que es dudoso que hubiese podido hacer feliz a Jacqueline en estas circunstancias?

Si él hubiese estado casado con ella cuando me conoció, accedo a reconocer que su deber podía haber sido permanecer a su lado, aunque no estoy muy segura de que lo hiciese. Cuando una persona es desgraciada, la otra sufre también. Pero una promesa de matrimonio no es un compromiso real; así, pues, fué necesario hacer frente al conflicto antes de que fuese demasiado tarde… Admito que fué terriblemente doloroso para Jacqueline… pero sucedió así. Era inevitable.

—Yo quisiera saber…

Ella le miró con fijeza.

—¿Qué iba a decir?

—Eso es muy razonable, muy lógico, pero, no explica una cosa.

—¿Qué cosa?

—Su propia actitud, *madame*. Mire, esta persecución puede considerarla bajo dos aspectos: puede causarle molestias o puede

despertar su piedad al ver cuán terriblemente ha sufrido su amiga ante el cambio súbito de los sentimientos de su novio. Sufrimiento que le ha hecho despreciar todas las conveniencias sociales. Pero no es así como usted considera su conducta; su reacción, *madame*, le hace mirarla como intolerable, y ¿por qué?…, Sólo por una razón… porque *usted experimenta una sensación de culpabilidad.*

Linnet se estremeció de ira.

—¿Cómo se atreve, señor Poirot? Realmente, se excede demasiado…

—Es que yo soy muy atrevido, *madame*. Permítame que le hable con franqueza. Tengo la convicción de que aunque usted quiere disfrazarse los hechos a usted misma, *reconoce interiormente que arrebató con toda deliberación el futuro marido de su amiga*. Admite usted que se sintió ir irrefrenablemente atraída hacia él, que vaciló cuando se dió cuenta de que tenía que elegir entre ocultar sus sentimientos o confesarlos. Y la iniciativa partió de usted, *madame*, no del señor Doyle. Es usted rica, inteligente, encantadora. Pudo haber velado sus encantos pero, por el contrario, los desplegó en toda su enloquecedora magnitud. Usted tenía todo cuanto la vida puede ofrecer. La existencia de su amiga estaba limitada a una sola persona. Usted lo sabía; pero, aunque vaciló, no retiró la mano. Por el contrario, la extendió y, como el rico de la Biblia, se apoderó de la única oveja del pobre.

Hubo un silencio profundo. Linnet se reprimió con un esfuerzo de voluntad y dijo, con frialdad:

—Todo esto está fuera de la cuestión.

—No, no, nada de eso. Estoy explicando a usted por qué las apariciones inesperadas de la señorita Bellefort la afligen tanto. Es porque aunque usted diga que sus acciones la ridiculizan, usted, en lo más íntimo de su conciencia, reconoce que ella tiene toda la razón.

—¡Eso no es verdad!

Poirot se encogió de hombros.

—Rehúsa usted ser sincera consigo misma.

—Nada de eso.

—Quisiera decir también que usted ha tenido una vida feliz, que ha sido generosa y bondadosa en sus acciones con otras personas.

—He intentado serlo.

La cólera y la impaciencia murieron en su rostro. Hablaba ahora con gran simplicidad, casi sin rencor.

—Es precisamente por esta razón, porque el sentimiento de que ha causado usted un daño a una persona deliberadamente, le mortifica tanto y por lo que le cuesta tanto trabajo admitir el hecho. Perdóneme si he sido impertinente, pero la psicología es el factor más importante en este caso.

Linnet dijo, lentamente:

—Aun suponiendo que lo que dice usted es verdad, cosa que yo no admito… ¿qué podemos hacer ahora? No se puede modificar el pasado; hay que aceptar las cosas tal como son.

—Tiene usted un agudo sentido, *madame*. En efecto, no se puede volver al pasado. Pero, *madame*, de esto se deduce también algo… Hay que resignarse a sufrir las consecuencias de las acciones pasadas.

—¿Quiere usted decir, pues, que no podemos hacer nada? —dijo Linnet, incrédulamente.

—Debe armarse de valor para afrontarlo, *madame*. Ésa es mi opinión.

Linnet dijo, arrastrando las sílabas:

—¿No podría usted hablar a Jacqueline… a la señorita Bellefort, y hacerla entrar en razón?

—Podría hablar con ella, en efecto. Lo haré si usted me lo suplica, pero no confíe en el resultado. Madeimoselle de Bellefort se encuentra bajo la impresión de una idea fija y nadie ni nada podrá apartarla de la línea de conducta que se ha trazado.

—Pero usted podrá hacer algo para alejarla de nosotros.

—Tal vez fuese mejor que se marcharan ustedes a Inglaterra y se establecieran en su propia residencia.

—Aun así, creo a Jacqueline capaz de seguirnos y salirme al paso cada vez que yo saliese de casa.

—Es verdad.

—Además —añadió Linnet—, no creo que Simón acceda a huir.

—¿Cuál es la actitud de su esposo?

—Está furioso… simplemente furioso.

Poirot movió la cabeza pensativamente.

—¿La hablará usted?

—Sí, la hablaré. Pero tengo la convicción de que no conseguiré

nada.

Linnet dijo, con violencia:

—Jacqueline es extraordinaria. Nadie es capaz de adivinar lo que hará.

—Hace un momento me habló usted de ciertas amenazas de que le hizo objeto. ¿Puede usted decirme escuetamente en qué consistieron esas amenazas?

Linnet se encogió de hombros.

—Me amenazó… con matarnos a los dos. Jacqueline tiene algo de oriental a veces.

—Ya lo veo. —La voz de Poirot era grave.

Linnet se volvió hacia él, intentando persuadirle.

—¿Lo hará usted por mí?

—No, *madame*.—El tono del detective era duro. —No acepto ninguna comisión de usted. Lo haré por interés de la humanidad. Eso es. Estamos en una situación llena de dificultades y de peligros. Haré lo que pueda por esclarecerla… pero no tengo gran confianza en mis probabilidades de éxito.

Linnet Doyle murmuró, lentamente:

—¿Y no lo hará por mí?

—No, *madame* —replicó Hércules Poirot.

CAPÍTULO V

Hércules Poirot encontró a Jacqueline sentada sobre las rocas frente al Nilo. Estaba convencido de que la muchacha no se habría retirado a dormir y que la encontraría en algún sitio de los alrededores del hotel.

Estaba sentada, con la barbilla apoyada en las manos. No se molestó en volver la cabeza al oír los pasos de Poirot, que se aproximaba.

—Madeimoselle de Bellefort —dijo Poirot—. ¿Quiere permitirme que le diga unas palabras?

Jacqueline volvió la cabeza ligeramente. Una débil sonrisa entreabrió sus labios.

—Ciertamente —dijo—. ¿Es usted *monsieur* Hércules Poirot, verdad? ¿Me permite, a mi vez, que adivine algo? Obra usted a instancias de la señora Doyle, que le ha prometido una recompensa crecida si logra llevar a cabo su misión.

Poirot tomó asiento junto a la muchacha, en un banco.

—Su suposición, madeimoselle, es correcta en parte —dijo, cortésmente—. Acabo de dejar a la señora Doyle. Pero no he aceptado ninguna recompensa y, estrictamente hablando, no actúo bajo su influencia.

—¡Oh!

Jacqueline lo midió atentamente con la mirada.

—Entonces… ¿por qué ha venido?

La respuesta de Poirot fué otra pregunta.

—¿Me ha visto usted antes, madeimoselle, alguna vez?

Ella movió la cabeza.

—No, no lo creo.

—Sin embargo, yo sí la he visto a usted. Estuve sentado muy

próximo a usted, en *Chez Ma Tante*. Acompañaba a usted el señor Simón Doyle.

Una nube ensombreció el rostro de la muchacha. Dijo:

—Recuerdo aquella noche…

—Desde entonces —interrumpió Poirot— han ocurrido muchas cosas.

—En efecto, caballero, han ocurrido muchas cosas.

En su tono se advertía dureza, mezclada con amargura desesperada.

—*Mademoiselle*, le hablo como amigo. ¡Entierre a sus muertos!

Ella mostró su sorpresa.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Olvide su pasado! ¡Vuelva sus ojos al futuro! ¡Lo que se ha hecho, hecho está! Su tristeza, su amargura, no podrán remediarlo.

—Estoy segura de que si siguiera su consejo, Linnet se alegraría mucho.

—No pienso en ella en este momento. ¡Estoy pensando en usted! Usted ha sufrido mucho, indudablemente, pero con lo que está haciendo no conseguirá más que prolongar sus sufrimientos.

La joven movió la cabeza.

—Se equivoca usted. Hay veces… que casi me divierto.

—Pues eso, *mademoiselle*, es lo peor de todo.

Ella alzó la cabeza rápidamente.

—No es usted estúpido —dijo—. Empiezo a creer que intenta usted ser amable.

—Vuelva a casa, *mademoiselle*. Es usted joven, inteligente… Tiene el mundo frente a usted.

Jacqueline movió la cabeza muy despacio.

—O no me comprende o no quiere comprenderme. Simón es mi mundo.

—El amor no lo es todo, *mademoiselle*. Sólo cuando somos jóvenes lo creemos así.

La muchacha movió de nuevo la cabeza.

—No lo comprende. —Le lanzó una mirada rápida—. ¿Lo sabe todo, verdad? ¿Ha hablado con Linnet?… Estuvo en el restaurante aquella noche. Simón y yo nos amábamos.

—Sé que usted le amaba.

Jacqueline cogió al vuelo lo que se ocultaba tras las palabras del

detective. Repitió, con énfasis:

—Nos amábamos. Y yo quería a Linnet… Confiaba en ella… Era mi mejor amiga. Durante toda su vida, Linnet pudo comprar todo lo que le apetecía. Cuando vio a Simón, lo deseó y lo conquistó.

—Y él… ¿se dejó comprar?

Jacqueline movió lentamente la cabeza.

—No, no es eso precisamente. Si hubiese sido así, yo no estaría aquí ahora… Usted intenta sugerirme que Simón no merece que me preocupe por él. Si hubiese aceptado casarse con Linnet por su dinero, tendría usted razón. Pero no se casó por su dinero… Es más complicado que eso. Hay el embrujo, la atracción física, y el dinero ayuda mucho. Linnet tiene una atmósfera propia… Era la reina de un país inexistente, lujuriosa hasta la punta de los dedos… Tenía el mundo a sus pies. Uno de los más ricos y más envidiados pares de Inglaterra quiso casarse con ella… Y ella se decidió por el oscuro y pobre Simón Doyle… ¿Extraña a usted que esto trastornara el seso al desgraciado Simón? —Hizo un gesto repentino—. Mire la luna, allá arriba. La ve perfectamente, ¿verdad? Existe en realidad. Pero si apareciese ahora el sol, la luna dejaría de brillar, y usted no lograría verla aunque lo intentase. Así ocurrió… Yo era la luna… Cuando el sol salió, Simón no pudo verme más… Quedó encandilado. No podía ver más que el sol… Linnet.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Así, pues, fué el embrujo, el brillo de Linnet lo que se le subió a la cabeza. Además, intervino también su confianza en sí misma, su autoritarismo habitual. Está tan segura de sí misma que difunde confianza a los demás. Simón era… débil, tal vez, pero muy simple, muy inocente. Me habría amado a mí si Linnet no hubiese aparecido para subirle en su carro de oro. Y tengo la seguridad de que él no la hubiese amado jamás si ella no se hubiese propuesto que lo hiciera.

—Sí, es eso lo que usted piensa.

—Lo sé. Él me amaba a mí… me amará siempre.

—¿Ahora también?

Una respuesta rápida pareció alzarse hasta sus labios, pero al llegar a ellos murió. Miró a Poirot y su rostro se tiñó de un rojo subido, ardiente. Desvió la mirada, reclinó la cabeza y dijo, con voz imperceptible:

—Sí, ya sé. Ahora me odia. Me odia… Pero que tenga cuidado.

Con un gesto rápido, hurgó un saquito de seda que tenía a su lado. Luego sacó la mano. En su palma apareció una pistolita con empuñadura de nácar… Parecía un juguete.

—Es una cosita preciosa, ¿verdad? —dijo—. Parece demasiado pequeña para ser un arma mortal… pero lo es. Una de estas balas minúsculas puede tronchar la vida de un hombre… o de una mujer. Yo tiro muy bien. Compré este juguetito cuando sucedió aquello. Tenía el propósito de matar a uno o a otro, pero no llegué a decidirme por cuál de ellos. Los dos a la vez no me habrían proporcionado satisfacción alguna. Si hubiese creído poder asustar a Linnet… Pero ella posee gran valor físico. Es capaz de resistir a cualquier atentado violento. Y entonces… decidí esperar. Esto me seducía cada vez más. Después de todo, podía ejecutar mi primera idea a la primera ocasión… Sería preferible esperar y… pensarlo bien. Doquiera que fuesen, por lejos que estuviese el lugar por ellos elegido, me encontrarían, allí donde se considerasen solos para gozar plenamente su felicidad… me verían cuando menos lo esperasen. ¡Y esto hace efecto! Ella no puede hacer nada por evitarlo… Yo me comporto siempre con perfecta urbanidad, con cortesía exquisita… Ni una palabra de reproche, ni una súplica, ni una amenaza… Les estoy envenenando la existencia… Estoy destrozando poco a poco sus nervios…

Poirot asió a la muchacha por el brazo.

—¡Cállese!… ¡Cállese, le digo!

Jacqueline le miró.

—¿Y bien?

Su sonrisa era francamente provocativa.

—¡Señorita: le ruego encarecidamente, le suplico con toda humildad que no continúe sus propósitos!

—¿Quiere decir que deje a Linnet tranquila?

—Algo más profundo que todo eso. ¡No abra su corazón al mal!

Una expresión de asombro apareció en los ojos de la muchacha.

Poirot continuó, gravemente:

—Porque, si lo hace, el mal vendrá… Sí, con toda seguridad: vendrá. Entrará en su corazón, formará en él su morada y a los pocos instantes no habrá fuerza humana que le desaloje…

—Usted no puede impedírmelo.

—No —asintió Poirot—, no puedo impedírselo.

—Aun en el caso de que intentase matarla, no podría evitarlo usted.

—No, desde luego; pero usted pagaría el precio…

Jacqueline de Bellefort soltó una risita.

—No me asusta la muerte. ¿Para qué quiero vivir después de esto? Supongo que usted cree equivocado el matar a una persona que le ha herido de muerte, que le ha robado lo que más quería en este mundo.

Poirot dijo, con firmeza:

—Sí, *mademoiselle*, creo que matar es una ofensa imperdonable.

Jacqueline rió de nuevo.

—Entonces no tiene más remedio que aprobar mi actual sistema de venganza. Porque, vea usted… mientras produzca su efecto, no usaré la pistola… Pero me da miedo… Hay veces que lo veo todo, rojo… En esos momentos desearía con toda mi alma poder hacerle sufrir, enterrando un cuchillo en su corazón… o acercar mi diminuta pistola a su sien y entonces oprimir el gatillo lenta, suavemente… ¡Oh!…

La exclamación sobresaltó al detective.

—¿Qué es, *mademoiselle*?

Ella había vuelto la cabeza y escrutaba en la oscuridad.

—Alguien estaba ahí. Ahora se ha marchado.

Hércules Poirot ojeó minuciosamente los alrededores. El lugar parecía completamente desierto.

—Aquí, aparentemente, no hay más que nosotros solos, *mademoiselle*.

Se levantó.

—De todas formas, ya he dicho todo lo que tenía que decirle. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, *monsieur*.

Él movió la cabeza, tristemente, y la siguió hacia el hotel.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, Simón Doyle se acercó a Hércules Poirot cuando éste abandonaba el hotel para dirigirse a la ciudad.

—Buenos días, señor Poirot.

—Buenos días, señor Doyle.

—¿Va usted a la ciudad? ¿Me permite que vaya con usted?

—Ciertamente. Me encantará.

Los dos hombres, andando al mismo paso, atravesaron la verja y penetraron en la fresca sombra de los jardines. Entonces Simón se quitó la pipa de la boca y dijo:

—Tengo entendido que mi mujer celebró anoche una larga conferencia con usted.

—En efecto…

Simón Doyle arrugó el entrecejo. Pertenecía a esa especie de hombres de acción a quienes les resulta difícil traducir su pensamiento en palabras y les cuesta ímprobos esfuerzos expresarse con claridad.

—Me complace una cosa —dijo—. Le ha hecho comprender que no podemos hacer nada en este asunto.

—No hay ningún medio legal para impedirlo —repuso Poirot.

—Exactamente. Linnet no quería comprenderlo —agregó, con leve sonrisa—. Linnet ha sido educada en la creencia de que cualquier dificultad puede referirse automáticamente a la policía.

Poirot inclinó la cabeza gravemente, pero no dijo nada.

—Habló usted con… Jacqueline, con la señorita de Bellefort, ¿verdad?

—Sí, hablé con ella.

—¿Consiguió hacerla entrar en razón?

—Me temo que no.

Simón estalló, iracundo:

—¿No se da ella cuenta de lo que está haciendo? ¿No ve que ninguna mujer decente se habría comportado así?… ¿Carece de amor propio?

Poirot se encogió de hombros.

—No tiene más idea que el sentimiento de su ofensa —replicó.

—Sí, pero ¡maldita sea!, las muchachas decentes no obran así. Admito que se me culpe a mí. La traté muy mal. Comprendería que me odiase y que no quisiese volver a verme. Pero esta persecución de que nos hace objeto es… indecente. ¡Qué espectáculo continuo el suyo! ¿Qué diablos espera conseguir con todo eso?

—Vengarse, tal vez.

—Absurdo. Realmente, comprendería mejor que ella hubiese intentado algo melodramático… como disparar sobre mí o algo por el estilo.

—Usted quiere decir que eso habría sido más propio de ella. Tiene razón.

—Eso precisamente. Ella tiene la sangre ardiente y un temperamento ingobernable. No me hubiese sorprendido nada de ella en un momento de rabia. Pero este asunto de espionaje…

Movió la cabeza.

—Es más sutil. ¡Es inteligente!

Doyle le miró con fijeza.

—No lo comprende, señor. Está destrozando los nervios de Linnet.

—¿Y los de usted?

—¿Los míos? ¡Me gustaría romperle el cuello!

—¿No queda entonces nada en usted de aquel sentimiento de antaño?

—Mi querido señor Poirot, ¿cómo podría explicárselo? Es como la luna cuando sale el sol. Ya no ve más. Cuando yo vi por primera vez a Linnet, Jacqueline dejó de existir.

—*¡Tiens dróle cal!*
c'est
—murmuró Poirot.

—¿Decía usted?

—Su símil me ha interesado. Eso es todo.

Simón dijo, ruborizándose de nuevo:

—Supongo que Jacqueline le habrá dicho que yo me casé con Linnet por su dinero. Pues bien, ¡eso es una mentira abominable! No me habría casado con nadie por su dinero. Lo que Jacqueline parece incapaz de comprender es lo insoportable que resulta para un hombre verse tan incesantemente rodeado de mimos, halagos, caricias empalagosas, como a mí me ocurría con ella.

—*Un qui aime et une quise laisse aimer* —murmuró Poirot.

—¿Eh?… ¿Qué dice usted? ¿Usted no comprende tampoco que aborrezca a una mujer que se interesa por un hombre más que él por ella? —Su voz se hacía más ardiente a medida que hablaba—. Un hombre no quiere sentirse dominado en cuerpo y alma. ¡Esa condenada actitud de posesión! «¡Este hombre es mío, me pertenece!». ¡Eso no lo podía soportar!, no hay ningún hombre que hubiese podido hacerlo. Se habría fugado. Habría querido poseer a su mujer… no que ella le hubiese poseído a él.

Se interrumpió y, con dedos que temblaban ligeramente, encendió un cigarrillo.

—¿Y fueron esos sus sentimientos hacia la señorita Jacqueline? —preguntó Poirot.

—¿Eh?

Simón quedó mirando al detective, y luego añadió:

—Pues… sí. Así fué. Ella no se da cuenta de eso. Y yo tampoco se lo habría dicho. Pero ya me estaba cansando, y entonces… encontré a Linnet… Ella me allanó el camino. Jamás había visto nada tan encantador. Fué inexplicable. Todo el mundo agasajándola y ella me eligió a mí, un pobre diablo.

Su tono era pueril y expresaba un verdadero éxtasis.

—Sí, ya veo —dijo Poirot.

—¿Por qué no toma Jacqueline las cosas como un hombre? —preguntó Simón, con resentimiento.

Una sonrisa leve entreabrió los labios de Poirot.

—Tal vez porque ella es una mujer.

—No, no, quiero decir que debiera haber aceptado su derrota como una verdadera deportista. Después de todo, hay que tragar las medicinas, por amargas que sean. La falta es sólo mía, lo confieso. Pero así es. Si usted se da cuenta de que ya no le interesa una mujer, sería idiota casarse con ella. Y ahora me estoy dando cuenta de la que me he escapado, al ver la tenacidad y el carácter de

Jacqueline.

—¿Usted conoce los proyectos de la señorita de Bellefort?

—No… por lo menos… ¿Qué quiere usted decir?

—Usted no ignora que lleva siempre una pistola consigo.

Simón frunció el entrecejo; luego movió la cabeza negativamente.

—No creo que la use… por ahora. Lo habría hecho antes. Creo que ya ha pasado el momento psicológico. Se limita a esperar… no sé qué… pero espera…

Poirot se encogió de hombros.

—Tal vez tenga razón —dijo, con acento de duda.

—No temo que Jacqueline se comporte melodramáticamente disparando sobre uno de nosotros, pero este asunto de espionaje y persecución está enloqueciendo a Linnet. Le diré el plan que hemos proyectado y tal vez usted pueda sugerirnos algunos cambios. Para empezar, le diré que he anunciado públicamente que pensamos permanecer aquí diez días. Pero mañana el vapor *Whisky* saldrá de Shellal con destino a Wadi Halfa. Nos proponemos sacar nuestros pasajes con nombre supuesto. Mañana iremos de excursión a Philas. La doncella de Linnet llevará el equipaje. Tomaremos el *Whisky* en Shellal. Cuando Jacqueline se dé cuenta de que no volvemos, será ya demasiado tarde…

—Está bien ideado. Pero supongamos que ella espera aquí hasta que ustedes regresen.

—Tal vez no volvamos. Iremos a Kartum y luego, por vía aérea, a Kenya. Ella no podrá seguirnos por todo el globo.

—Desde luego, ha de llegar un momento en que lo impidan razones financieras. Ella tiene poco dinero, según tengo entendido.

Simón le miró con admiración.

—¡Es usted endiabladamente inteligente, señor Poirot! Yo no había pensado en eso. En efecto, Jacqueline es pobre.

—Así, pues, no tardará en quedarse completamente exhausta, sin recursos.

—Sí…

Simón parpadeó, intranquilo. Aquel pensamiento parecía alarmarle. Poirot le vigiló atentamente.

—No —observó—. No es una idea risueña.

Simón borbotó, colérico:

—Pero yo no puedo evitarlo —añadió—. ¿Qué le parece mi plan?

—Creo que puede dar resultado. Pero es, indudablemente, una retirada.

Simón enrojeció.

—¿Quiere decir que… huimos? Si, es verdad. Pero Linnet…

Poirot le miró fijamente. Hizo un gesto de asentimiento.

—Es posible que, como usted dice, sea lo mejor. Pero no olvide que *mademoiselle* de Bellefort no es tonta.

Simón dijo, sombríamente:

—Algún día nos plantaremos y le haremos frente. Su actitud no tiene nada de razonable.

—¡Razonable, *mon Dieu*! —exclamó Poirot.

—No hay ninguna razón para que las mujeres no se conduzcan como verdaderos seres racionales —dijo Simón, estólido.

Poirot repuso, secamente:

—Con frecuencia es así. Es extraordinario. —Añadió—: Yo, también, viajaré en el *Whisky*. Forma parte de mi itinerario.

—¡Oh! —Simón dudó, mas, tras un momento de reflexión, dijo, escogiendo las palabras con cierto embarazo—: ¡Esa decisión no… se deberá… a nuestra causa! Quiero decir… quiero decir… que no quisiera…

Poirot le desengañó rápidamente:

—No, nada de eso. Lo tenía proyectado desde que abandoné Londres. Siempre forjo mis planes por anticipado.

—¿No se traslada entonces de un lugar a otro según se le va ocurriendo? ¿No serían así más agradables los viajes?

—Tal vez. Pero para tener éxito en esta vida, hay que cuidar minuciosamente todos los detalles antes de emprender algo.

—Así obran los asesinos más hábiles, supongo —dijo Simón riendo.

—Sí, aunque he de confesar que el crimen más brillante que yo recuerdo y uno de los más difíciles de resolver, fué cometido a impulsos del momento psicológico.

Simón rogó, con ingenuidad de chiquillo:

—Espero que nos contará algunos de sus casos a bordo del *Whisky*.

—No, eso sería tentar al diablo.

—Pero vale la pena. La señora Allerton dice que sus aventuras son maravillosas. Está deseando asir la ocasión para interrogarle.

—¿La señora Allerton?… ¿Es esa señora de cabellos grises, tan atractiva, que tiene un hijo tan cariñoso para ella?

—Sí, ella también vendrá en el *Whisky*.

—¿Sabe ella que usted…?

—Claro que no. Nadie lo sabe. He decidido en un principio no confiar en nadie.

—Ése es un sentimiento admirable. Yo lo he adoptado siempre. Y respecto al tercer miembro de su banda, ese señor de cabello gris…

—¿Pennington?

—Sí. ¿Viajará con ustedes?

Simón dijo, ceñudo:

—No es muy usual en la luna de miel… ¿no es eso lo que usted piensa? Pennington es el apoderado americano de Linnet. Nos encontramos con él en El Cairo por casualidad.

—*¡Ah, vraiment!* ¿Me permite una pregunta? ¿Es mayor de edad *madame votre femme*?

—Aún no tiene los veintiuno, pero no tuvo que pedir el consentimiento a nadie para casarse conmigo. Fué la gran sorpresa para Pennington. Partió de Nueva York en el Germanic dos días antes de que llegase allí la carta en la que Linnet le notificaba nuestro enlace. Por consiguiente, no sabía una palabra de ello.

—*El Germanic*… —murmuró Poirot.

—Fué la mayor sorpresa de su vida, cuando nos tropezamos con él en El Cairo.

—¡Debió ser una verdadera coincidencia!

—Sí, y nos enteramos que él también venía a dar una vuelta por el Nilo… Así, pues, vamos todos juntos. ¿Qué remedio nos quedaba? Además… ha sido un consuelo en ciertos momentos. —Pareció algo confundido de nuevo—. Vea usted, Linnet estaba siempre intranquila, pensando en que Jacqueline se presentaría cuando menos lo esperábamos. Mientras estábamos solos, esto constituía nuestro único tema de conversación. Andrés Pennington nos es de gran ayuda a este respecto, porque con él tenemos que hablar de otras cosas.

—¿Su señora no se ha confiado a *monsieur* Pennington?

—No. —La mandíbula de Simón se irguió agresiva—. Esto no le importa a nadie… Además, cuando emprendimos este viaje al Nilo, creímos que ya habría acabado todo.

Poirot movió la cabeza.

—Todavía no ha terminado. No, el fin no ha llegado aún. Estoy seguro.

—He de decirle, señor Poirot, que no es usted de los que dan ánimos.

Poirot lo midió con la mirada, con un leve sentimiento de irritación. Pensó en su interior: «Los anglosajones no toman en serio más que los juegos. No tienen remedio».

Linnet Doyle… Jacqueline de Bellefort… cualquiera de las dos daba al asunto la importancia del que tenía. Pero en la actitud de Simón no se veía más que la impaciencia y la cólera del macho.

Dijo tras una pausa:

—Permítame una pregunta impertinente. ¿Partió de usted la idea de venir a Egipto a pasar la luna de miel?

Simón enrojeció:

—No, naturalmente que no. Puede usted dar por descontado que yo habría elegido cualquier otro sitio. Pero Linnet se empeñó… Y, claro… yo… —Se interrumpió, completamente confundido.

—Sí, sí, lo comprendo —dijo Poirot gravemente.

Se daba cuenta de que si Linnet se decidía a hacer algo, no había quien se lo impidiera.

Se dijo a sí mismo: «Ya he oído el caso relatado por las tres partes interesadas. Linnet Doyle… Jacqueline de Bellefort… y Simón Doyle. ¿Cuál de ellos dice la verdad?».

CAPÍTULO VII

Simón Doyle y Linnet Ridgeway salieron para su expedición a Philas, alrededor de las once de la mañana siguiente. Jacqueline de Bellefort, sentada en el balcón del hotel, los observaba cuando partieron en el pintoresco barco de vela. Lo que ella no vio fué un automóvil cargado con el equipaje y en el cual iba una doncella de lánguida mirada, que atravesó la puerta delantera del hotel y volvió a la derecha en dirección a Shellal.

Hércules Poirot decidió pasar las dos horas que faltaban para el almuerzo en la isla Elefantina, situada frente al hotel.

Descendió hasta el embarcadero. Había dos hombres que subían en aquel momento a uno de los botes del hotel, y Poirot se unió a ellos. Los hombres eran, indudablemente, desconocidos entre sí. El más joven había llegado en el tren del día anterior. Era un joven de elevada estatura y cabello oscuro, rostro delgado y mandíbula prominente. Llevaba unos pantalones de franela gris, *extremadamente* sucios, y un jersey de polo, de cuello alto, singularmente inadecuado para aquel clima. El otro era un individuo de mediana edad, ligeramente grueso, que no perdió el tiempo para iniciar una conversación con Poirot en un inglés idiomático pero un tanto chapurreado. Lejos de tomar parte en la conversación, el más joven de los dos hombres lanzó un gruñido y, volviéndoles la espalda, se dispuso a admirar la agilidad con que el botero nubio conducía el timón con los pies mientras empleaba las manos en manipular las velas.

El agua estaba como una balsa de aceite. La superficie lisa y brillante de las rocas negras reflejaban los rayos del sol y una brisa suave acariciaba sus rostros. Alcanzaron Elefantina eh pocos segundos, y en cuanto pusieron los pies sobre la playa, Poirot y su

locuaz amigo se dirigieron derechamente al Museo. El último sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la alargó a Poirot, inclinándose levemente. Llevaba la inscripción:

GUIDO RICHETTI
Archeologo

Para no ser menos, Poirot devolvió la reverencia y le entregó su tarjeta. Cumplidas estas formalidades, los dos hombres entraron juntos al Museo, el italiano prorrumpiendo en un torrente de informaciones eruditas. Hablaban ahora en francés.

El joven de los pantalones de franela atravesó distraídamente el Museo, bostezando de vez en cuando y, finalmente, se fué a gozar del aire libre.

Poirot y el *signor* Richetti le siguieron poco después. El italiano examinaba las ruinas sin dejar de hablar, pero Poirot, observando una sombrilla listada de verde, que reconoció sobre las rocas junto al río escapó en aquella dirección.

La señora Allerton estaba sentada sobre una gran roca, con un cuaderno de notas a un lado y un libro sobre el regazo.

Poirot alzó su sombrero cortésmente y al mismo tiempo la señora Allerton inició la conversación.

—Buenos días —dijo—. Veo que es imposible deshacerse de estos repugnantes niños.

Un grupo de figuras negras la rodeaban, sonriendo todos a la vez, haciéndole muecas y extendiendo las manos implorantes al tiempo que gritaban esperanzados su *Bakshish* a intervalos casi regulares.

Poirot intentó, galante, dispersar al grupo, pero no lo consiguió. Se desparramaron para, volver inmediatamente.

—Si se pudiera estar tranquila en Egipto, me agradaría mucho más —declaró la señora Allerton—. Pero aquí no se puede estar sola… siempre hay alguien molestándome, ofreciéndome, burros, collares, o expediciones a los pueblos nativos, o a cazas de patos o pidiéndome dinero sin rodeos.

—Es su mayor desventaja, es verdad —asintió Poirot.

Extendió el pañuelo y se sentó sobre él con precaución.

—¿No está su hijo con usted esta mañana? —prosiguió el

detective.

—No. Tim tenía que escribir algunas cartas antes de marcharme. Vamos a llegar hasta la segunda catarata, ¿sabe usted?

—Yo también voy.

—Y yo me alegro mucho. Le confieso que estoy encantada de haberle conocido. Cuando estábamos en Mallorca había allí una señora llamada Leech y nos contaba las historias más maravillosas. Perdió un anillo cuando se bañaba, y se lamentaba de que no estuviese usted allí. Tenía la seguridad de que usted lo habría recuperado.

—¡*Ah! ¡Parbleu*, yo jamás he sido buzo!

Ambos rieron cordialmente.

La señora Allerton continuó:

—Le vi a usted desde mi ventana paseando a lo largo de la carretera con Simón Doyle esta mañana. ¿Qué le parece a usted ese joven? Todos estamos excitadísimos por causa suya.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí. Ya sabe usted que su enlace con Linnet fué la mayor de las sorpresas. Se suponía que ella iba a contraer matrimonio con lord Windleshaw y de pronto nos enteramos de su unión con este hombre a quien nadie conocía.

—¿Le conoce usted bien, *madame*?

—No, pero tengo una prima, Juana de Southwood, que es una de sus mejores amigas.

—¡Ah, sí! He leído su nombre en la prensa. —Quedó silencioso un momento, al cabo del cual prosiguió—: Es una señorita de la buena sociedad que aparece con frecuencia en las informaciones gráficas de la prensa.

—¡Oh, sí! Es muy hábil para hacerse su publicidad.

—¿A usted no le es simpática, *madame*?

—Ha sido una observación inconveniente por mi parte. —La señora Allerton parecía arrepentida—. Mire, yo estoy chapada a la antigua. No me es muy simpática, desde luego. Ella y mi hijo son muy buenos amigos, sin embargo.

—Ya veo —dijo Poirot.

Su interlocutora le dirigió una mirada rápida. Luego cambió el tópico.

—¡Qué reducido es el número de los jóvenes aquí! Esa preciosa

muchacha de cabellos castaños y la atractiva madre del turbante es la única joven del lugar. Usted ha hablado con ella un buen rato, según he observado. Me interesa bastante esa chica.

—¿Y por qué, *madame*?

—Porque la compadezco. Creo que sufre… Se experimentan sensaciones extrañas cuando se es joven y sensitiva como esa muchacha.

—Sí. Esa pobre pequeña no es feliz.

—Tim y yo la llamamos «la joven huraña». He intentado hablar con ella una o dos veces, pero siempre me ha eludido. Sin embargo, creo que va a hacer también la excursión al Nilo y espero que entremos en conversación como compañeras de viaje.

—Sí, es una contingencia posible.

—Yo soy muy comunicativa. La gente me interesa una enormidad. Todos los tipos humanos. —Hizo una pausa. Añadió—: Tim me dijo que esa muchacha morena… le señorita de Bellefort… estaba prometida a Simón Doyle. Debe haber sido embarazoso para ellos este encuentro.

—En efecto, ha sido bastante desagradable.

La señora Allerton le lanzó una mirada chispeante.

—¿Sabe usted?… Podrá parecer una tontería, pero esa muchacha me asusta. Parece… tan intensa, tan ardiente.

Poirot movió la cabeza asintiendo.

—No está usted equivocada, *madame*. Una gran fuerza emotiva es siempre aterradora.

—¿Le interesa también a usted la gente, señor Poirot? ¿O reserva su interés para los criminales en potencia?

—*Madame*, esa categoría no excluye a gran número de personas.

La señora Allerton parecía sorprendida.

—¿Cree usted eso, realmente?

—Sí, cualquiera puede convertirse en un criminal en un momento dado.

—¿Y eso es lo que los diferencia de los criminales natos?

—Naturalmente.

La señora Allerton dudó, antes de preguntar, con una sonrisa en los labios:

—¿También me incluye a mí en esa clasificación?

—Las madres, *madame*, lo olvidan todo cuando ven a sus hijos

en peligro.

Ella dijo gravemente:

—Es verdad… Creo que tiene usted razón.

Quedó silenciosa durante un par de minutos. Luego, dijo sonriente:

—Estoy intentando imaginar motivos para un crimen imputable a cualquiera de los que se hospedan en este hotel. Es distraidísimo. Simón Doyle, por ejemplo.

—Un crimen simple… Iría directo a su objetivo. No hay sutileza alguna en esto.

—Y, por consiguiente, sería muy fácil de descubrir.

—Sí, no sería ingenioso.

—¿Y la peligrosa muchacha, Jacqueline de Bellefort, podría cometer un asesinato?

Poirot dudó un momento; luego dijo en tono dubitativo:

—Sí, desde luego, podría.

—Pero usted no está seguro de que lo hiciese.

—No. Esa muchacha me da mucho que pensar.

—No creo que el señor Pennington pudiera cometer uno. ¿Y usted? Parece tan atildado, tan dispéptico… No debe tener la sangre roja.

—Pero, posiblemente, tiene muy desarrollado el instinto de conservación.

—Sí. Así lo supongo yo también. ¿Y la pobre señora Otterbourne con su turbante?

—Siempre ha existido la vanidad.

—¿Cómo motivo de un asesinato? —preguntó la señora Allerton, con duda.

—Las causas de los asesinatos son casi siempre triviales, *madame*.

—¿Cuáles son las más usuales?

—Muy frecuentemente… el dinero. Es decir, el beneficio en sus varias ramificaciones. Luego están la venganza y… el amor… el odio… y otras muchas.

—¡Señor Poirot!

—¡Oh, sí! Yo he conocido, *madame*, casos en que… llamémoslo A, ha sido asesinado por B para beneficiar a C. Los asesinatos políticos siguen esa trayectoria. Cuando alguno es

considerado dañino para la civilización, lo quitan limpiamente de en medio. Olvidan que la vida y la muerte son atributos de Dios.

Hablaba gravemente.

La señora Allerton dijo en voz baja:

—Me complace oírle eso. De todas formas, Dios escoge sus instrumentos.

—Hay peligro en pensar así, *madame*.

Ella adoptó un tono más ligero.

—Después de esta conversación, señor Poirot, extraño que estemos vivos todavía. —Se levantó—. Tenemos que regresar. Saldremos para la excursión inmediatamente después del almuerzo.

Cuando llegaron al embarcadero, encontraron al joven del jersey ocupando ya su sitio en el bote. El italiano también estaba esperando. Cuando el botero nubio soltó la vela y el barco se puso en movimiento, Poirot se dirigió cortésmente al extranjero:

—¡Hay cosas maravillosas en Egipto!… ¿No lo cree usted así?

El joven fumaba en una pipa ruidosa. La sacó de la boca y dijo brevemente, con un acento que demostraba exquisita educación:

—A mí me dan náuseas.

La señora Allerton se colocó los lentes sobre las narices y lo miró con interés complaciente; Poirot dijo:

—¿De veras?… ¿Y por qué?

—Empecemos por las pirámides. Bloques gigantescos de albañilería inútil. Construidos únicamente para demostrar el egoísmo de un rey déspota y megalomaniaco. Piensen en las manos sudorosas que obligaron a trabajar en ellas y que murieron en su tarea. Me siento enfermo cuando pienso en los sufrimientos y torturas que representan.

La señora Allerton dijo animosamente:

—Entonces a usted no le satisface la contemplación de las Pirámides, ni del Parthenón, ni de las tumbas maravillosas, ni los templos… Sólo le deleitará el saber que la gente puede hacer sus tres comidas diarias y que muere tranquilamente en sus lechos.

El joven lanzó un gruñido en dirección a la señora Allerton.

—Creo que los seres humanos son más importantes que las piedras.

—Pero no duran tanto —observó Hércules Poirot.

—Prefiero ver un trabajador bien alimentado que lo que llaman

ustedes obras de arte. Lo que importa es el futuro, no el pasado.

Esto fué demasiado para el *signor* Richetti, que rompió en un torrente de palabras apasionadas, no muy fácil de seguir.

El joven respondió, diciendo lo que pensaba del sistema capitalista. Habló con virulencia superlativa. Cuando terminó su filípica habían llegado al embarcadero del hotel.

En el vestíbulo del hotel, Poirot encontró a Jacqueline de Bellefort. Iba vestida de amazona. Le hizo una reverencia irónica.

—Voy a montar en burro. ¿Me recomienda usted las chozas de los nativos, *monsieur*?

—¿Es ésa su excursión de hoy, *mademoiselle? ¡Eh, bien!* Son pintorescas, pero no invierta todo su tiempo en objetos indígenas.

—¡Que son importados de Europa! No, no soy tan tonta para que me engañen.

Con un movimiento de cabeza, la joven salió a la cegadora luz del sol.

Poirot completó su equipaje, cosa muy simple, puesto que todo lo de su pertenencia estaba siempre en el orden más meticuloso. Luego se trasladó al comedor y se enfrentó con el almuerzo. Después del refrigerio, los pasajeros tomaron el autobús del hotel que los llevó a la estación donde habían de alcanzar el expreso diario de El Cairo a Shellal… un trayecto de diez minutos.

Los dos Allerton, Poirot, el joven de los sucios pantalones de franela y el italiano, iban con los pasajeros. La señora Otterbourne y su hija habían salido en la expedición al dique y a Philae y se reunirían con ellos en Shellal.

El tren de El Cairo y Luxor llevaba cerca de veinte minutos de retraso. Sin embargo, llegó al fin y siguieron las escenas de precipitada actividad. Porteadores nativos de equipajes que sacaban paquetes del tren, tropezaban a cada momento con otros faquines que entraban en los coches.

Finalmente, ya casi sin aliento, Poirot se encontró en un compartimiento con los equipajes de los Allerton, los suyos y otros que le eran totalmente desconocidos. Tim y su madre se hallaban en algún otro sitio con los restos de los objetos de su pertenencia.

El coche en que se encontraba Poirot estaba ya ocupado por una señora entrada en años, de cara arrugada, que llevaba un bastón de puño blanco, gran cantidad de diamantes y una expresión de

desprecio olímpico para la mayoría del género humano.

Dirigió una mirada aristocrática a Poirot, e inmediatamente después escondió los ojos tras las páginas de una revista americana. Una joven de gran estatura y facciones toscas, de unos treinta años de edad, se sentaba frente a ella. Tenía ojos anhelantes, como los de un perro, cabellos descuidados y un aire de querer agradar a todo trance. A intervalos, la señora anciana miraba por encima del periódico y le daba una orden severa.

—Cornelia, recoge las cosas. Cuando lleguemos cuida de la caja en que van mis vestidos. No dejes, por ningún motivo, que nadie la coja. No olvides mi cortapapeles.

El trayecto en el tren fué brevísimo. A los diez minutos se detuvo frente al muelle en que esperaba el *Whisky*. Las Otterbourne ya estaban a bordo.

El *Whisky* era un barco a vapor más pesado que el *Papgrus y el Lotus*, los cuales llegan hasta la primera catarata, pero que son demasiado grandes para pasar las barras de la ensenada de Assuán. Los pasajeros subieron a bordo, siendo conducidos a sus camarotes. No estando el barco lleno completamente, a la mayoría de los expedicionarios les dieron cabinas de cubierta. La parte delantera de esta cubierta estaba ocupada en su totalidad por una especie de salón-observatorio completamente cubierto de cristales, desde el cual los pasajeros podían observar el panorama que se extendía ante ellos. En la cubierta inferior había un salón de fumar, y en la que había debajo de ésta estaba situado el comedor.

Después de ver los objetos de su posesión dispuestos en su cabina, Poirot volvió a cubierta para observar la salida. Se reunió a Rosalía Otterbourne que miraba a su lado.

—Ahora vamos a Nubia. ¿Está usted contenta, *mademoiselle*?

La muchacha exhaló un suspiro profundo.

—Sí. Tengo la sensación de que al fin me alejo de ciertas cosas…

—Excepto de los nuestros, *mademoiselle*.

Ella se encogió de hombros.

—Hay algo en este país que me hace sentirme… salvada. Algo que trae a la superficie cosas que hierven en nuestro interior. Todo es tan desproporcionado, tan injusto.

—Usted no debiera juzgar por las apariencias.

Rosalía murmuró:

—Mire… las madres de algunas personas y mire la mía. No hay Dios, sino Sexo y Salomé Otterbourne es su profeta. —Se interrumpió—. No debía decir estas cosas, ¿verdad?

Poirot hizo un gesto con la mano.

—¿A mí? ¿Por qué no? Soy de esos que pueden oírlo todo.

Rosalía dijo:

—¡Qué hombre tan extraordinario es usted! —La boca huraña se rizó en una sonrisa. Pero, de pronto, recobró su gesto habitual y dijo—: ¡Caramba, aquí está la señora Doyle con su marido! No tenía la menor idea de que viniesen en este barco.

Linnet acababa de emerger de un camarote situado casi en el centro de la cubierta. Simón venía detrás. Poirot estaba casi estupefacto ante su aparición… tan radiante, tan confiada.

Simón Doyle también había experimentado gran cambio. Sonreía abriendo la boca de oreja a oreja y parecía un colegial en vacaciones.

—Esto es magnífico —dijo inclinándose sobre la barandilla—. Empieza a agradarme este viaje, ¿y a ti, Linnet? Cuanto más nos acercamos al corazón de Egipto, menos turista me siento.

Su esposa respondió rápidamente:

—Ya sé. Esto es mucho más salvaje…

Deslizó su mano entre las de su marido. Él la apretó cariñosamente.

—Ya hemos salido, Lin… —murmuró.

El barco abandonaba lentamente el muelle. Iniciaban su viaje de siete días de duración a la segunda catarata y regreso.

Tras ellos sonó cristalina una carcajada. Linnet se volvió.

Jacqueline de Bellefort estaba allí también. Parecía divertida.

—¡Hola, Linnet! No esperaba encontrarte aquí. Creí haberte oído decir que permanecerías en Assuán otros diez días. ¡Es una verdadera sorpresa!

—Tú… tú no… —La lengua de Linnet se trababa. Se esforzó en hacer aparecer en sus labios la mueca de una sonrisa—. Yo tampoco esperaba encontrarte aquí.

—¿No?

Jacqueline se dirigió al otro costado del buque. La presión de la mano de Linnet sobre la de su marido se acentuó.

—Simón… Simón.

Toda la expresión de complacencia y buen humor había desaparecido de Doyle. Sus manos se crisparon a pesar de sus esfuerzos por conservar la serenidad.

Ambos dieron unos pasos hacia sus camarotes. Sin volver la cabeza, Poirot oyó varias palabras sueltas.

—… imposible volver… lo único… podíamos —y luego la voz de tono más alto de Doyle que decía con obstinación—: No es posible continuar así toda la vida, Linnet. Tenemos que decidirnos a hacerle frente ahora.

* * *

Algunas horas más tarde empezaba a oscurecer. Poirot, estaba en el salón de las vidrieras mirando a proa. El *Whisky* atravesaba una estrecha garganta. Las rocas parecían abalanzarse ferozmente hacia el barco, flotando ingrávidas en el río. Estaban en Nubia.

Oyó un movimiento de roce y al volverse vio a Linnet a su lado.

Los dedos de la joven se enlazaron nerviosamente. Jamás la había visto tan agitada. Tenía el aspecto de un niño asustado. Dijo:

—*Monsieur* Poirot. Tengo miedo… miedo de todo. Nunca me he sentido así. Estas rocas solitarias… este lugar desértico y salvaje… ¿Dónde vamos? ¿Qué va a suceder? Tengo miedo, le digo. Todos me odian. Nunca me había dado cuenta de esto hasta ahora. Siempre he sido buena para la gente… He hecho todo lo que he podido por ellos y… ahora me odian… todos me odian… Exceptuando a Simón, estoy rodeada de enemigos… Es horrible pensar que todo el mundo me aborrezca…

—Pero ¿por qué cree usted eso, *madame*?

Ella movió la cabeza.

—Tal vez sean… los nervios. Experimento la sensación de que se cierne un peligro sobre mi cabeza…

Lanzó una mirada a su alrededor. Luego dijo bruscamente:

—¿Cómo terminará todo esto? Nos han cercado, estamos atrapados. No hay salida posible. Tenemos que continuar hasta el fin… No sé ni dónde estoy.

Se desplomó sobre una silla. Poirot la miró gravemente. En sus ojos se leía la compasión.

Linnet continuó:

—¿Cómo se enteró que veníamos en este barco? ¿Cómo ha podido saberlo?

Poirot movió la cabeza al responder:

—Ella es inteligente, ya lo sabe usted.

—Veo que no nos podremos librar de ella jamás.

Poirot dijo:

—Hay un plan que podían haber aceptado ustedes. Me sorprende que no se les haya ocurrido. Después de todo, *madame*, el dinero no constituye ningún obstáculo para usted. ¿Por qué no alquilan un *dahabayah* particular?

—¡Si yo hubiese sabido todo esto…! Pero no lo hicimos. Era difícil… Usted no comprendería la mitad de mis dificultades. He de usar un tacto sumo con Simón. —Su mirada relampagueaba de impaciencia—. Él es absurdamente sensitivo sobre el dinero… Le molesta que yo tenga tanto… Quería que pasáramos la luna de miel en algún pueblecito de España… y pagar él todos los gastos… ¡Cómo si el dinero importase algo! Los hombres son estúpidos. Hay que acostumbrarlos a vivir cómodamente. La mera idea de un *dahabayah*… le habría encolerizado… Era un dispendio innecesario. Tengo que ir educándole gradualmente.

Alzó la mirada, mordiéndose los labios, como si se hubiese arrepentido de confiar sus secretos a un extraño.

Se levantó.-

—Tengo que cambiarme de traje. La siento, *monsieur*. Me parece que he estado diciendo una sarta de tonterías.

CAPÍTULO VIII

La señora Allerton, sobriamente distinguida en su traje negro de noche, desprovisto de adornos, descendió la escalera de las dos cubiertas para dirigirse al comedor. A la puerta del salón fue alcanzada por su hijo.

—Lo siento, mamita. Creía que llegaba tarde.

—Quisiera saber dónde nos vamos a sentar.

En el comedor había gran cantidad de mesitas. La señora Allerton permaneció en pie hasta que el camarero que estaba atareado aposentando a los expedicionarios, pudo atenderla.

—A propósito, invité al señor Poirot a que se sentase a nuestra mesa.

—¿Por qué? —En la voz de Tim se retrataba un profundo disgusto.

—Querido, ¿te molesta? —preguntó su madre sorprendida.

—Sí. Es un entrometido y un antipático.

—Oh, no. ¡No pienso como tú!

—De todas formas no me agrada mezclarme con extraños. Encajonados en este cascarón de nuez, este acto de confianza nos proporcionará una cantidad de molestias insoportables. Estará junto a nosotros día y noche.

—Lo siento, querido —dijo la señora Allerton apesadumbrada—. Yo creí que eso te distraería. He vivido mucho y sé que te gustan las aventuras detectivescas.

Tim gruñó:

—Quisiera que no te asaltaran más ideas brillantes como ésta. Supongo que ya no podemos evitarlo.

—Realmente, Tim, no sé cómo podríamos…

—Bien. ¡Qué le vamos a hacer! Nos resignaremos.

El camarero llegó en este momento y los condujo a una mesa. En el rostro de la señora Allerton se veía una expresión de sorpresa al seguirle. Tim acostumbraba a ser paciente y muy tranquilo. Este exabrupto era impropio de él. No existía en él el disgusto tan común a los británicos por los extranjeros y por los forasteros y la desconfianza invencible que les dominaba ante su presencia.

Cuando ocuparon sus sitios, Hércules Poirot entró rápida y silenciosamente en el salón. Llegó hasta ellos y se detuvo apoyando la mano en el respaldo de la tercera silla.

—¿Me permite, *madame*, que me aproveche de su amable invitación?

—Naturalmente. ¡Siéntese, señor Poirot!

—Es usted encantadoramente amable, *madame*.

Inconscientemente observó ella que Poirot lanzó una rápida mirada a su hijo antes de sentarse y que éste no consiguió disfrazar su disgusto. La señora Allerton se dispuso a crear una atmósfera agradable. Cuando hubieron terminado con la sopa, recogió la lista de pasajeros que habían colocado al lado del plato.

—Intentemos identificar a los que nos acompañan —dijo animadamente.—Siempre me ha divertido esto.

Empezó a leer.

—La señora Allerton, el señor T. Allerton. ¡Esto es bien fácil! La señorita de Bellefort. La han colocado en la misma mesa que los Otterbourne. ¿Qué hablarán ella y Rosalía? ¿Quién viene después? El doctor Bessner. ¿Quién es capaz de identificar al doctor Bessner?

Su mirada se detuvo sobre una mesa en la que se sentaban cuatro hombres.

—Debe ser aquel grueso de cabeza afeitada y bigote. Supongo que es alemán. ¡Miren con qué delectación se toma la sopa!

Aromas delicados, de platos suculentos flotaban en el ambiente.

La señora Allerton continuó:

—La señorita Bowers. ¡Podríamos adivinar quién es la señorita Bowers! Hay tres o cuatro mujeres. No, dejémoslo por el momento. El señor y la señora Doyle. Sí, los personajes más conspicuos de la expedición. Ella es realmente encantadora y lleva un traje de noche perfecto.

Tim giró en su asiento. Linnet, su esposo y Andrés Pennington ocupaban una mesa del rincón. Linnet llevaba un vestido blanco

adornado con perlas.

—No puedo comprender por qué las mujeres pagan precios tan exorbitantes por sus vestidos. Me parece absurdo.

Su madre, sin responder, procedió al estudio de sus compañeros de viaje.

—El señor Ferguson —leyó la señora Allerton—. Creo adivinar que este señor Ferguson es nuestro amigo anticapitalista. La señora Otterbourne, la señorita Otterbourne… Ya las conocemos. El señor Pennington, alias «el tío Andrés». Es un hombre bien parecido, me parece…

—¡Caramba, mamá!

—Creo que es bien parecido, en un sentido desinteresado —dijo la señora Allerton—. Tiene la mandíbula cruel. Probablemente es la clase de hombres que leemos en los periódicos que trabajan en Wall Street. Debe ser enormemente rico. Ahora viene el señor Poirot, cuya inteligencia estamos malgastando inútilmente. ¿No podrías proporcionar un crimen a *monsieur* Poirot, Tim?

Esta pequeña broma no produjo más efecto que irritar todavía más a su hijo. Éste lanzó un gruñido y su madre se apresuró a leer:

—El señor Richetti. Nuestro amigo el arqueólogo italiano. Después tenemos a la señorita Robson y finalmente a la señorita Van Schuyler. La última bien fácil de determinar. Esa americana vieja y fea que se cree la reina del barco y que, por lo visto, se propone no dirigir la palabra más que a los que considere dignos de merecer su atención. ¿Es maravillosa, verdad? Es una especie de reliquia viviente de los tiempos pretéritos. Las dos mujeres que la acompañan deben ser la señorita Bowers y la señorita Robson. La primera una especie de secretaria… aquella delgada con los lentes… Y la otra es indudablemente una pariente pobre. La joven patética… que está disfrutando de las delicias de un viaje transatlántico a expensas de ser tratada como una esclava negra. Creo que la Robson es la secretaria y la Bowers la parienta pobre.

—Te equivocas, mamá —dijo Tim sonriendo. Había recobrado repentinamente su buen humor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuve en el corredor antes de comer y oí a la momia americana que decía a su compañera: «¿Dónde estará la señorita Bowers? Tráemela en seguida, Cornelia». Y Cornelia salió trotando

como un perrito obediente.

—Tengo que hablar con la señorita Van Schuyler —murmuró la señora Allerton.

—Te gruñirá —sonrió Tim.

Los acontecimientos posteriores a la comida carecieron de atractivo para los estudiantes de la naturaleza humana.

El joven sociólogo —que como había adivinado la señora, era Ferguson— se retiró al salón de fumar, despreciando la compañía de los pasajeros que se habían trasladado al observatorio de la cubierta. La señorita Van Schuyler se aseguró el mejor puesto de la sala, sin otro medio que dirigirse firmemente a la mesa en que estaba sentada la señora Otterbourne y decir:

—Tengo la seguridad de que me perdonará, pero me dejé aquí mis labores de ganchillo.

Sometida a la voluntad de aquella mirada hipnótica, el turbante se levantó y dejó el espacio libre. La señorita Van Schuyler tomó inmediatamente posesión de él, acompañada de su escolta. La señora Otterbourne se sentó muy cerca de ellas e intentó hacer varias observaciones que fueron acogidas con tan helada cortesía que no tuvo más remedio que desistir. La señorita Van Schuyler se encontró pues en su aislamiento de gloria. Los Doyle se sentaban junto a los Allerton. El doctor Bessner retuvo como compañero al silencioso Fanthorp. Jacqueline de Bellefort sola, con un libro. Rosalía Otterbourne estaba inquieta. La señora Allerton le habló un par de veces invitándola a unirse a su grupo, pero la joven respondió desapaciblemente.

Monsieur Hércules Poirot empleó la velada en oír un relato de la misión educativa de la señora Otterbourne.

Cuando se dirigía, ya tarde, a su camarote se encontró con Jacqueline de Bellefort. Estaba inclinada sobre la barandilla y cuando volvió la cabeza, el detective observó, sorprendido, las huellas de terrible desesperación que se pintaban en su rostro. Ya no había altanería en su mirada, ni maliciosa provocación y había perdido el brillo del triunfo.

—Buenas noches, *mademoiselle*.

—Buenas noches, *monsieur* Poirot. —Se detuvo un momento y luego dijo—: ¿Le sorprende encontrarme aquí?

—Mi tristeza es muy superior a mi sorpresa. Ha escogido,

mademoiselle, la senda peligrosa. Así como nosotros nos hemos embarcado en este bote, usted se ha embarcado para una travesía particularísima… una travesía sobre un río de corriente rapidísima, entre rocas peligrosas y enfilando otras aguas de desastre.

—¿Por qué dice usted todo eso?

—Porque es verdad. Ha cortado usted los lazos que la unían a su salvación. Ahora dudo que pudiera retroceder aunque lo intentase.

Ella respondió, muy lentamente:

—Es verdad…

Luego echó atrás la cabeza.

—Bueno… ¿Y qué? ¡Debemos seguir a nuestra estrella sin preguntarnos adonde nos lleva!

—¡Cuidado, *mademoiselle*, puede ser una estrella fatal!

Ella rió, imitando los gritos de los niños conductores de asnos.

—¡Aquella estrella mala, señor! Aquella estrella cae…

Poco después, en su camarote, el detective se disponía a dormirse cuando un sonido le despertó.

Era la misma voz de Doyle la que oía, que repetía las palabras que había pronunciado aquella misma mañana.

—Tenemos que enfrentarnos ahora…

—Sí —pensó Poirot—. Tenemos que enfrentarnos ahora…

Se sentía infinitamente desgraciado.

CAPÍTULO IX

El vapor llegó al día siguiente de madrugada a Es-Sebua. Cornelia Robson, con el rostro radiante y un sombrero de anchas alas en la cabeza, fué la primera en saltar a la playa. Cornelia no era simpática a la gente gruñona. Poseía una disposición amable y ansiaba agradar a todas las personas que encontraba a su paso. La visión de Hércules Poirot, vestido de punta en blanco, con un traje de seda cruda, camisa rosada, corbata negra y albo sombrero, no le hizo lanzar un respingo como le habría ocurrido a la señorita Van Schuyler.

Mientras paseaban juntos por una avenida de esfinges, ella respondía, complacida, a las preguntas convencionales que le dirigía su acompañante.

—¿No vienen sus compañeras a la playa para visitar el templo?

—No. Verá usted. Mi prima María… es decir, la señorita Van Schuyler… no acostumbra a madrugar. Tiene que cuidar mucho su salud… Y, como es natural, necesita que la señorita Bowers la acompañe, pues ella es su enfermera. Me dijo que éste no era uno de los mejores templos, pero fué lo suficiente bondadosa para permitirme venir.

—Ha sido muy benévola con usted —dijo Poirot, secamente.

La ingenua Cornelia asintió, sin sospechar la intención.

—¡Oh, sí! Ella es muy buena. Ha sido maravilloso que me traiga en este viaje.

—Y a usted le gusta mucho, ¿eh?

—Es encantador, señor. He visto Italia. Venecia, Padua y Pisa. Luego El Cairo. Desgraciadamente, la prima María no se encontraba muy bien allí y no pude salir mucho… y ahora esta excursión maravillosa a Wadi Halfa y regreso.

Poirot dijo, sonriendo:

—Usted es feliz por naturaleza, *mademoiselle*.

Desvió la vista de la joven y miró pensativamente a Rosalía que, silenciosa y ceñuda, paseaba delante de ellos.

—Es muy guapa, ¿verdad? —dijo Cornelia, que observó su gesto —. Sólo que parece siempre disgustada. Eso es muy inglés, naturalmente. Ella no es tan hermosa como la señora Doyle. Creo que la señora Doyle es la mujer más encantadora y más elegante que he conocido en mi vida. Y su esposo atrae hasta la tierra que pisa… ¿Ve aquella señora de cabello gris? Es muy distinguida, prima de un duque, según creo. Hablaba junto a nosotras la otra noche y se lo oí decir. Pero actualmente no posee ningún título.

Continuó charlando sin cesar hasta que el intérprete ordenó un alto y empezó su recitado.

El doctor Bessner, Baedecker en mano, leía para sí en alemán. Prefería la palabra escrita.

Tim Allerton era de la partida. Su madre acababa de romper el hielo del reservado señor Fanthorp. Andrés Pennington, con el brazo enlazado con el de Linnet, escuchaba atentamente y parecía muy interesado con la relación que daba el guía en aquel momento.

Chismorreando, la pequeña partida volvió al barco. Otra vez el *Whisky* empezó a deslizarse río arriba. El escenario se iba haciendo menos tétrico. Había palmeras, cultivos.

Este cambio de panorama pareció ejercer bienhechora influencia psíquica sobre cada uno de los pasajeros… Tim Allerton recobró sus buenas maneras.

Rosalía perdió gran parte de su hosquedad. Linnet parecía despreocupada y alegre.

Pennington le dijo:

—Es una falta de tacto hablar de negocios a una recién casada en su luna de miel, pero hay un par de cosas…

—¡Caramba, tío Andrés! —Linnet volvía a ser una financiera—. ¿Es que mi matrimonio me ha transformado?

—No sé. Pero quisiera que me firmases varios documentos uno de estos días.

—¿Y por qué no ahora?

Andrés Pennington miró a su alrededor. El rincón del salón-observatorio aparecía desierto. La mayoría de los pasajeros estaban

en el exterior, en el espacio de la cubierta que se extendía entre el salón de observación y los camarotes. Los únicos ocupantes del salón eran el señor Ferguson, que bebía cerveza sentado en una pequeña mesa situada en el centro, con las piernas embutidas en mugrientos pantalones de franela, mientras silbaba entre dientes a cada trago, el señor Hércules Poirot, que estaba sentado frente a la ventana de proa admirando el panorama que se extendía ante él, y la señorita Van Schuyler, que leía en un rincón un libro sobre Egipto.

—Estupendo —dijo Andrés Pennington.

Abandonó el salón.

Linnet y Simón se sonrieron… una sonrisa lenta que tardó pocos minutos en trocarse en frases de cariño. Él dijo:

—¿Todo va bien, encanto?

—Sí, por ahora todo va bien… Es extraño lo bien que me encuentro.

Simón dijo, con profunda convicción:

—Eres maravillosa.

Pennington regresó. Traía una pila de documentos escritos con letra apretada y menuda.

—¡Dios mío! —exclamó Linnet—. ¿Tengo que firmar todo eso?

—Reconozco que es demasiado. Pero opino que debes llevar tus asuntos al día. Lo primero de todo va a ser el alquilar la propiedad de la Quinta Avenida… luego las concesiones de terrenos en el Oeste…

Continuó hablando, hojeando los papeles y sacando algunos de ellos. Simón bostezó.

La puerta que daba a cubierta se abrió y el señor Fanthorp entró. Miró desorientado a su alrededor y se colocó al lado de Poirot, que miraba las aguas de color azul pálido y las arenas amarillentas que les rodeaban.

—… firma aquí —concluyó Pennington, extendiendo un papel ante Linnet indicándole un espacio.

Linnet cogió el documento y lo ojeó. No pasó de la primera página. Luego, tomando la estilográfica de Pennington, inscribió su nombre: Linnet Doyle. Pennington retiró el papel y colocó otro.

Fanthorp se aproximó a ellos. Escrutó a través de la ventana lateral, pareciendo interesarse mucho por algo que sucedía en el

banco de arena ante el que pasaban en aquel momento.

—Ésta es la transferencia —dijo Pennington—. No necesitas leerla.

Pero Linnet la leyó a grandes rasgos. Pennington puso ente ella un tercer papel. De nuevo, Linnet se dispuso a enterarse de su contenido.

—Todo está en orden —dijo Pennington—. No es nada de interés. Sólo fraseología de leguleyo.

Simón bostezó de nuevo.

—Querida, supongo que no te leerás todo ese fajo de documentos, ¿verdad? No te desocuparías para la hora del almuerzo.

—Papá me enseñó a leerlo todo —explicó Linnet—. Me decía que era muy fácil que en algunos documentos se cometieran errores de redacción.

—No tengo disposición para los negocios repuso Simón, animosamente. Nunca la he tenido. Si un individuo me dice que firme… pues firmo. Es el camino más sencillo.

Andrés Pennington le miró pensativamente. De pronto, dijo, con sequedad:

—Eso es muy arriesgado a veces, señor Doyle.

—Tonterías —replicó Simón—. No soy de los que creen que todo el mundo se ha confabulado contra nosotros para arruinarnos. Si tengo confianza en un individuo, ¿para qué leer lo que me pide que firme? Jamás me han engañado.

Súbitamente, con gran sorpresa por parte de todos los asistentes, el silencioso señor Fanthorp giró sobre sí mismo y se dirigió a Linnet.

—Espero que no la molestaré si le digo que admiro extraordinariamente su capacidad para los negocios, señora. Es mi profesión… soy abogado… encuentro muy a menudo mujeres desprovistas en absoluto de la menor disposición mercantil. No firmar jamás un documento antes de leerlo es admirable… admirable.

Se inclinó perceptiblemente.

Luego, con el rostro rojo como una amapola, se volvió para continuar en su contemplación de las orillas del Nilo.

Linnet repuso, completamente desconcertada:

—Gracias, muchas gracias…

Se mordió los labios para reprimir una carcajada. El joven parecía tan extraordinariamente solemne… Pennington parecía seriamente disgustado. Simón Doyle dudó entre disgustarse o tomarlo a broma. Las orejas del señor Fanthorp habían adquirido el color purpúreo.

—Otro, por favor —dijo Linnet, sonriendo a Pennington.

Pero Pennington estaba decididamente colérico.

—Creo que debemos dejarlo para otro día —dijo, enfurruñado —. Si, como dice Simón, piensas leer todo esto, no acabarás para la hora del almuerzo. No debemos perdernos la contemplación del panorama que se desarrolla ante nuestros ojos. De todas formas, esos documentos que acabas de firmar eran los dos más importantes y urgentes. Dejaremos los negocios para otra ocasión más propicia.

—¡Hace un calor terrible aquí! —exclamó Linnet—. Vámonos fuera.

Salieron los tres. Hércules Poirot volvió la cabeza. Su mirada se detuvo sobre la espalda del señor Fanthorp, luego se desvió hacia la figura yacente del señor Ferguson, que había lanzado su cabeza hacia atrás y continuaba silbando entre dientes.

Finalmente, Poirot observó la enhiesta figura de la señora Van Schuyler, majestuosamente sentada en su rincón. La señorita Van Schuyler miraba sin pestañear al señor Ferguson.

La puerta del salón se abrió de par en par y Cornelia Robson entró precipitadamente.

—Has estado por ahí demasiado tiempo —gruñó la anciana—. ¿Dónde te habías metido?

—Lo siento, prima María. La lana no estaba donde usted me dijo. La encontré en otra caja distinta.

—Hijita mía, no sirves para buscar nada. Sé que tienes buena voluntad, pero no basta. Tienes que procurar ser un poco más inteligente y hacer las cosas con más rapidez. Para esto sólo se necesita concentración.

—Lo siento, prima María. Temo que soy demasiado estúpida.

—Nadie es estúpido si se propone firmemente no serlo. Te he traído conmigo y espero un poco de atención a cambio de mi generosidad.

Cornelia se ruborizó.

—Lo siento mucho, prima María.

—¿Y dónde está la señorita Bowers? Hace diez minutos que debí tomar mis gotas. El doctor dijo que la puntualidad era importantísima.

En este momento entró la señorita Bowers, llevando un vasito con medicina.

—Sus gotas, señorita Van Schuyler.

—Debía haberlas tomado a las once en punto. Si hay algo que detesto en este mundo es la falta de puntualidad.

—Son exactamente las once menos medio minuto —dijo la señorita Bowers, mirando su reloj de pulsera.

—En mi reloj son las once y diez.

—Tengo la seguridad de que mi reloj va perfectamente. Es un cronómetro de precisión. Jamás se adelanta ni se retrasa.

La señorita Bowers permanecía imperturbable.

La señorita Van Schuyler ingirió el contenido del vaso medicinal.

—Me encuentro mucho peor —gruñó.

—Lamento enormemente oírle decir eso —dijo la señorita Bowers.

Pero no parecía sentirlo en absoluto. Hizo mecánicamente la respuesta correcta.

—Hace demasiado calor aquí —dijo la señorita Van Schuyler—. Prepáreme una silla en cubierta, señorita Bowers. Cornelia, tráeme mis labores. No seas descuidada y procura que no se te caiga nada. Luego quiero que me ayudes a desmadejar la lana.

La procesión salió.

El señor Ferguson suspiró, estiró las piernas y apostrofó al espacio.

—¡Dios mío, cómo me gustaría estrangular a esa vieja!

Poirot le preguntó, con interés:

—Le disgusta esa dama, ¿verdad?

—¿Que si me disgusta?… Eso es poco… No hace más que molestar al prójimo. Es un parásito… un parásito desagradable, por cierto. Hay un gran número de personas en este barco sin las cuales podía pasar el mundo perfectamente.

—¿De veras?

—Sí, por ejemplo: esa muchacha que estuvo aquí hace poco

firmando transferencias de acciones. Cientos y miles de desgraciados trabajadores matándose por una asquerosa pitanza, sólo para que ella lleve medias de seda y despliegue un lujo inútil. Una de las mujeres más ricas de Inglaterra, según me han dicho… y jamás se habrá ensuciado las manos en toda la vida.

—¿Quién le dijo a usted que era la muchacha más rica de Inglaterra?

El señor Ferguson le dirigió una mirada amenazadora.

—Un hombre a quien usted no ha visto nunca. Un hombre que trabaja con sus propias manos y no se avergüenza de confesarlo. No uno de esos dandies que acompañan a usted y que no sirven, ni han servido, ni servirán en su vida para nada.

Su mirada se detuvo desfavorablemente sobre la corbata arqueada y la camisa color rosa de su interlocutor.

—Yo trabajo con mi cerebro y no me avergüenzo de decirlo —replicó Poirot.

El señor Ferguson chasqueó la lengua.

—Deberían fusilarlos a todos —dijo.

—Mi joven amigo —repuso Poirot—, ¡qué pasión tiene usted por la violencia!

—¿Puede usted decirme algo que se pueda hacer sin ella? Debíamos romper todo, destruirlo todo, antes de que pudieran comenzar de nuevo.

—Sí, eso es mucho más fácil, más ruidoso y mucho más espectacular.

—¿Qué hace usted para ganar su sustento? Nada. Apostaría cualquier cosa. Sin embargo, tengo la seguridad de que se considerará usted un hombre de la clase media.

—No soy de la clase media. Pertenezco a la clase superior —repuso el detective, con leve arrogancia.

—¿Qué es usted?

—Soy detective —dijo Hércules Poirot, con el aire de modestia del que asegura: *soy el rey*.

—¡Dios mío! —exclamó el joven, completamente desconcertado —. ¿Quiere decir que esa joven cuida su preciosa piel hasta ese externo?

—No me une relación alguna a los señores Doyle —declaró Poirot, orgullosamente—. Estoy libre como el aire.

—¿Disfrutando de vacaciones?

—¿Y usted?… ¿No está usted de vacaciones también?

—¡Vacaciones! —El señor Ferguson emitió un gruñido. Añadió, ambiguamente—: Me dedico al estudio de ciertas condiciones.

—Muy interesante —respondió Poirot.

Y se fué a cubierta.

La señorita Van Schuyler se había establecido en el mejor rincón. Cornelia estaba arrodillada ante ella con una madeja de lana entre las manos extendidas. La señorita Bowers, erguida en su silla, leía el *Saturday Evening Post*.

Poirot se dirigió lentamente a la cubierta inferior. Al dar la vuelta por la cabina del timonel, casi tropezó con una mujer que volvió su rostro, en el que se pintaba la sorpresa del encuentro… Un rostro moreno, de latina. Iba elegantemente vestida de negro y acababa de hablar con un hombre de elevada estatura y anchos hombros… Uno de los maquinistas, según todas las apariencias. Observó una expresión extraña en las caras de ambos… culpabilidad y alarma… Poirot se preguntó qué habrían estado hablando. Dió la vuelta alrededor del timón y continuó su paseo hacia la popa. Abrióse la puerta de un camarote y la señora Otterbourne emergió de él y casi cayó en sus brazos. Llevaba un traje de satén color escarlata.

—Lo siento —se excusó—. Mi querido señor Poirot…, la siento mucho. Las oscilaciones del barco. Nunca he tenido buenas piernas para sobreponerme a este movimiento continuo. Si el barco estuviese quieto alguna vez… —Se agarró con todas sus fuerzas al brazo del detective—. No puedo soportar esto… No puedo disfrutar de los viajes por mar como hacen muchos… Y siempre estoy sola… Esta hija mía no me quiere mucho; no comprende lo que su pobre madre está haciendo por ella… —La señora Otterbourne empezó a llorar—. Por ella me he esclavizado… Podría haber sido una *grande amoureuse*… y lo he sacrificado todo… todo… y, sin embargo, nadie se interesa por mí… Pero se lo diré a todo el mundo… Publicaré a los cuatro vientos el olvido en que me tiene… la dureza con que me trata… haciéndome venir en este barco… Se lo diré a todos…

Quiso desprenderse del brazo de Poirot para correr hacia el resto de los pasajeros. El detective se lo impidió.

—Yo le diré a su hija que venga con usted, madama. Vuelva a su

camarote. Por allí llegará mejor.

—No, quiero decírselo a todo el mundo… a todos los que hay en el barco…

—Es peligroso, *madame*. El mar está picado. Las olas podrían arrastrarla.

La señora Otterbourne le miró con aire de duda.

—¿Lo cree usted así? ¿De veras?

—Desde luego.

La señora Otterbourne dió un suspiro prolongado, se tambaleó y volvió a entrar en su camarote.

Las narices de Poirot se dilataron de satisfacción. Hizo un movimiento de cabeza y se dirigió al punto en que Rosalía Otterbourne se sentaba entre la señora Allerton y Tim.

—Su mamá la necesita, *mademoiselle*.

Estaba riendo casi felizmente en aquel momento. Al oír a Poirot, su rostro se veló con una sombra. Lanzó una mirada suspicaz al detective y se apresuró a unirse a su madre.

—No puedo comprender a esa chica —dijo la señora Allerton—. Es así de voluble. Un día se siente comunicativa, amigable al siguiente, es casi grosera.

—La han mimado demasiado y, además, tiene mal genio —dijo Tim.

La señora Allerton denegó con un gesto.

—No, yo no creo eso. A mí me parece que es desgraciada.

Tim se encogió de hombres.

—Bien, supongo que todos tenemos nuestros disgustos familiares.

Su voz sonó dura y cortante.

Oyóse el ruido de pasos apresurados.

—El almuerzo —gritó la señora Allerton, alegremente—. Me estoy muriendo de hambre.

Aquella tarde, Poirot observó que la señora Allerton había entablado animada conversación con la señorita Van Schuyler. Cuando pasó frente a ellas, la señora Allerton le guiñó un ojo.

Decía en aquel momento:

—Naturalmente, en el castillo de Calfries, mi amado sobrino, el duque de…

Cornelia, gozando de un corto permiso, había salido a cubierta.

Escuchaba al doctor Bessner que le estaba instruyendo algo pomposamente sobre Egiptología, leyéndole páginas del Baedecker. Cornelia escuchaba con atención profunda.

Inclinado sobre la barandilla, Tim Allerton decía:

—De todas formas, éste es un mundo infame…

Rosalía Otterbourne respondió:

—Es injusto… Hay personas que lo tienen todo.

Poirot suspiró. Se alegró de no ser joven ya.

CAPÍTULO X

El lunes, por la mañana, expresiones variadas de alegría y apreciaciones de toda índole, se oyeron sobre la cubierta del *Whisky*. El barco estaba anclado junto a la orilla y a cincuenta metros de distancia, iluminado por los ardientes rayos del sol, se alzaba un gran templo que sobresalía de la superficie de una roca enorme.

Cornelia Robson dijo, incoherentemente:

—¡Oh, señor Poirot…! ¡Eso es maravilloso!

El señor Fanthorp, que se hallaba a su lado, murmuró:

—Muy impresionante… en verdad.

—Es grandioso, ¿eh? —dijo Simón Doyle, desembarcando. Se dirigió confidencialmente a Poirot—: ¿Sabe usted? Yo no entiendo gran cosa de templos y panoramas, pero un sitio como éste debe fascinar a todos los que lo comprenden. Esos viejos faraones deben haber sido individuos maravillosos.

Los otros se habían alejado. Simón bajó la voz.

—Cada día me alegro más de haber venido a esta excursión. Esto está… bien, está aclarando las cosas. Es extraordinario… pero así es. Linnet ha recobrado el dominio sobre sus nervios. Dice que eso es debido a que al fin se ha decidido a afrontar la situación.

—Es muy probable —dijo Poirot.

—Dice que cuando vio a Jacqueline a bordo, experimentó primero una sensación de miedo; pero, al poco tiempo y casi tan repentinamente, ha cesado esa impresión. Ya no le importa su presencia. Hemos acordado no huir de ella más en lo sucesivo. La encontraremos en su propio terreno y demostraremos que esta persecución no nos molesta ni pizca. Hasta ahora nos ha tenido con el alma en un hilo. Pero, en adelante, ya se dará cuenta de que no

conseguirá más que se rían de ella.

—Sí, sí… —dijo Poirot, pensativo.

Linnet avanzó sobre la cubierta. Iba vestida con un traje claro color albaricoque. Sonreía. Saludó a Poirot sin gran entusiasmo. Le hizo una fría inclinación de cabeza y condujo a su marido a otra parte.

La señora Allerton se acercó a Poirot, diciéndole:

—¡Qué cambio se ha operado en esa chica! Parecía disgustada y casi desgraciada en Assuán. Hoy parece tan feliz que me hace temer que está «fey».

Antes de que Poirot pudiese responder lo que pensaba, todos los pasajeros fueron llamados al orden. El intérprete oficial se encargó de ellos y la asamblea se dirigió a la playa para visitar Abu Simbel.

Poirot se encontró junto a Andrés Pennington.

—Ésta es su primera visita a Egipto, ¿verdad? —preguntó.

—¿Por qué? No. Estuve aquí en el año 1923. Es decir, estuve en El Cairo. Nunca había remontado el curso del Nilo hasta ahora.

—¿Vino usted a bordo del *Germanie*, según creo? Por lo menos así me lo dijo la señora Doyle.

Pennington le lanzó una mirada de extrañeza.

—En efecto, así es.

—Entonces, supongo que habrá conocido a unos amigos míos que venían en el mismo barco… los Fushington Smith.

—No me acuerdo de nadie de ese nombre. La nave venía atestada y tuvimos un tiempo detestable. La mayoría de los pasajeros ni siquiera aparecieron sobre cubierta y la travesía es tan corta, que es difícil saber quién se encontraba a bordo y quién no.

—Sí, es verdad. ¡Qué sorpresa tan agradable sería para usted encontrarse cuando menos se lo esperaba a Linnet y su esposo! Usted no tenía la menor idea de que estaban casados, ¿verdad?

—No. La señora Doyle me había escrito a este respecto, pero la carta llegó a Nueva York después de mi salida y la recibí algunos días después de nuestro inesperado encuentro en El Cairo, por habérmela reexpedido mi socio.

—Conoce a Linnet desde hace muchos años, ¿verdad?

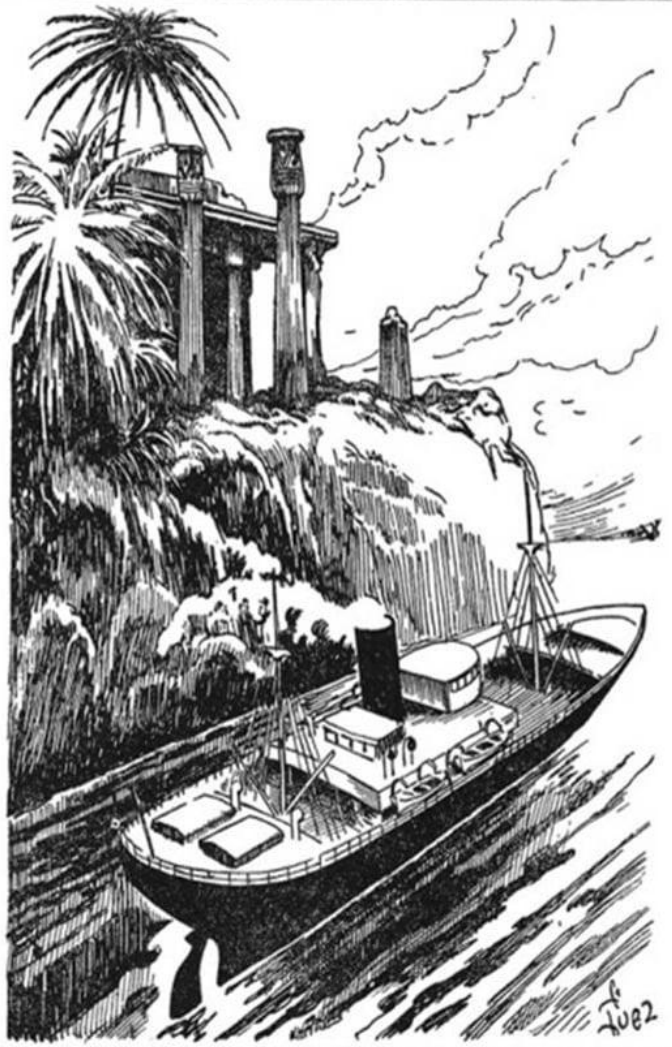
—En efecto, *monsieur*. La conozco desde que era así… —Hizo un ademán ilustrativo—. Su padre y yo fuimos amigos toda la vida. Melhuish Ridgeway era un hombre notable… y afortunado.

—Su hija entrará en posesión de una fortuna considerable, tengo entendido… ¡Ah, perdón! Tal vez no es muy delicado hablar con usted de estas cuestiones…

—Ah, esto lo sabe todo el mundo. Sí, Linnet es una mujer riquísima.

—Supongo que el descenso de los valores de ciertas compañías habrá perjudicado también a Linnet en cierto modo, ¿verdad?

Pennington tardó algunos segundos en responder. Dijo, finalmente:



Se alzaba un gran templo que sobresalía de la superficie de una roca enorme

—Desde luego. Tiene usted razón en parte. Se atraviesa una situación algo difícil en estos días.

Poirot murmuró:

—Sin embargo, tengo entendido que la señorita Doyle está dotada de una gran capacidad para los negocios.

—En efecto. Linnet es una muchacha inteligente y práctica.

Se detuvieron. El guía comenzó a disertar sobre el templo construido por el gran Ramsés.

El señor Richetti, desdeñando las observaciones del guía, estaba atareadísimo contemplando atentamente los relieves de los cautivos negros y asirios sobre las bases de los colosos a ambos lados de la entrada.

Entraron en el templo, donde la partida se dividió en grupos.

El doctor Bessner leía con voz profunda en su Baedecker, interrumpiéndose de vez en cuando para traducir lo leído a Cornelia, que trotaba dócilmente a su lado. Esto no duró mucho tiempo. La señorita Van Schuyler, entrando asida al brazo de la flemática señorita Bowers, gruñó una orden:

—¡Cornelia, ven aquí!

Y el curso de Egiptología bilingüe cesó bajo el peso de las circunstancias.

El doctor Bessner miró a la muchacha, que se alejaba, a través de sus gruesas gafas.

—Es una muchacha simpatiquísima —observó, dirigiéndose a Poirot—. No parece una muerta de hambre como las otras, no… ésta tiene curvas delicadas… Además, le gusta escuchar más que hablar… Es muy inteligente… Da gusto instruirla.

Poirot pensó que el destino de Cornelia era o ser instruida a la fuerza o recibir gruñidos de la anciana prima.

La señorita Bowers, momentáneamente liberada por la llegada de Cornelia, estaba de pie en el centro del templo, mirando a su alrededor despectivamente, con los ojos fríos.

—El guía dice que el nombre de uno de estos dioses era Mut. ¿Qué le parece?

Había un santuario interior en el que cuatro figuras sentadas lo presidían eternamente. Ante ellos hallábanse Linnet y su esposo.

Simón dijo, repentinamente:

—¡Vámonos de aquí! ¡No me gustan estos cuatro individuos!

Linnet rió, pero cedió.

Salieron del templo y penetraron en la claridad ardiente del exterior.

No tenían el menor deseo de volver al barco y estaban cansados de mirar relieves. Tumbáronse de espaldas en la roca y dejaron que el sol ardiente les acariciara los rostros.

—¡Qué encantador es el sol! —pensó Linnet—. ¡Qué tibio, qué sano! ¡Qué hermoso es sentirse feliz!

Sus ojos se cerraron. Estaba semidormida por el torbellino de sus pensamientos, que eran como el remolino de las arenas en el desierto. Los de Simón estaban bien abiertos. En su expresión se advertía su contento.

Oyóse un grito… Alguien corría hacia él, con los brazos extendidos… gritando algo incomprensible.

Simón permaneció un segundo mirándolo intensamente. Luego, con repentino impulso, se puso de pie y arrastró a Linnet consigo.

Ni un minuto de anticipación. Un trozo de roca enorme se aplastó con horrible estampido sobre la que ellos ocuparan dos segundos antes. Si Linnet se hubiese quedado donde estaba, habría sido reducida a átomos.

Con los rostros blancos por la emoción, los dos esposos se abrazaron. Hércules Poirot y Tim Allerton corrieron hacia ellos.

—*Ma foi, madame*. Le ha pasado bien cerca.

Los cuatro miraron instintivamente hacia la ingente mole. No se veía a nadie. Pero una especie de senda conducía a la cúspide. Poirot recordó haber visto allí algunos nativos cuando desembarcaron por vez primera. Miró atentamente al marido y a la mujer. Linnet parecía paralizada de estupor. Simón emitía gritos inarticulados de rabia.

—¡Maldita sea!… ¡Qué Dios la condene!

Lanzó una mirada rápida a Tim Allerton, que decía:

—¡Caramba! Han escapado por bien poco. Lo que hay que averiguar es si esa masa de roca fué impulsada por algún loco o si se desprendió por sí misma.

Linnet, muy pálida, dijo, con dificultad:

—Yo creo que ha sido la obra de un loco.

—Pudo haberla aplastado como si usted hubiese sido un cascarón. ¿Está segura de no tener enemigos, Linnet?

Linnet intentó dos veces responder a la broma, sin conseguirlo. Tenía la lengua adherida al paladar.

Poirot intervino rápidamente:

—Vamos al barco, *madame*. Debe tomar un antiespasmódico.

Emprendieron la marcha en silencio. Simón apretaba los puños de rabia. Tim intentó decir algunas tonterías para distraer la mente

de Linnet del peligro que acababa de correr. Poirot les acompañaba con grave expresión. Y en el preciso instante en que alcanzaron la plancha para subir a bordo, Simón se detuvo paralizado por el asombro. Jacqueline de Bellefort se dirigía a la playa en aquel momento. Vestida de guinga azul, parecía una niña.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró Simón—. ¡Fué un *accidente*, después de todo!

La cólera huyó de su rostro. Lanzó un suspiro de alivio tan ruidoso que Jacqueline se dió cuenta de que le ocurría algo anormal.

—Buenos días —dijo—. Me temo que voy a llegar demasiado tarde.

Les hizo una inclinación de cabeza y se marchó en dirección del templo.

Simón asió nerviosamente el brazo de Poirot. Los otros dos se habían marchado.

—¡Dios mío! ¡Qué peso me ha quitado de encima! Yo creí que… que…

Poirot movió la cabeza afirmativamente.

—Sé perfectamente lo que usted pensaba.

Pero el detective mismo parecía estar preocupado. Volvió la cabeza y observó atentamente el resto de los pasajeros del barco. La señorita Van Schuyler regresaba con andar cansado y apoyada en el brazo de la señorita Bowers. Algo más allá, la señora Allerton reía con la señora Otterbourne. No se veía a ninguno de los otros.

Poirot movió la cabeza, mientras seguía lentamente a Simón hacia el barco.

CAPÍTULO XI

—¿Quiere explicarme el significado de la palabra «fey», *madame*? —preguntó Poirot, bruscamente.

La señora Allerton se mostró ligeramente sorprendida.

Ella y el detective trepaban lentamente por la roca frente a la segunda catarata. Muchos de los otros habían subido en camellos, pero Poirot rehusó seguir su ejemplo, basándose en el movimiento de los contrahechos animales, que le recordaba el movimiento del barco. La señora Allerton lo había considerado desde el punto de vista de su dignidad personal.

Habían llegado a Wali Halfa la noche anterior. Durante la mañana, dos lanchas transportaron a toda la partida a la segunda catarata, con excepción del señor Richetti, que insistió en hacer una excursión individual a un lugar remoto llamado Somma.

—«Fey»… —La señora Allerton inclinó la cabeza hacia un lado, mientras meditaba su respuesta—. Pues bien, es una palabra escocesa, en realidad. Significa una especie de felicidad exaltada que precede al desastre. Como usted puede imaginar, es demasiado hermoso para ser verdad.

—Agradecidísimo, *madame*. Ahora lo comprendo. Es raro que dijese usted eso ayer precisamente… y pocos momentos después, la señora Doyle escapara milagrosamente a la muerte.

—Sí que estuvo cerca…

Poirot cambió el tópico y empezó a hablar de Mallorca, haciendo varias preguntas prácticas con vista a una posible visita.

En aquel preciso instante, Tim y Rosalía Otterbourne estaban conversando. Tim había estado bromeando sobre su mala suerte. Decía que su condenada salud no era suficientemente mala para ser realmente interesante, ni lo bastante buena para permitirle hacer la

vida que él hubiese querido. Poco dinero… una ocupación por la cual no sentía vocación alguna…

—Una existencia oscura de gusano —terminó, con profundo descontento.

Rosalía dijo, bruscamente:

—Tiene usted algo que causa la envidia de mucha gente.

—¿Y qué cosa es?

—Su madre.

A Tim le sorprendió agradablemente.

—¡Mi madre! Sí, en efecto, es única. Y me complace que se haya dado cuenta.

—La creo maravillosa. Parece tan amable… con compostura… esa calma, como si nada pudiera llegar hasta ella… Sin embargo, está siempre dispuesta a tomarlo todo a broma…

Tim experimentó una deliciosa sensación de calurosa atracción hacia la joven. Deseó poder devolverle el cumplimiento; mas, desgraciadamente, la señora Otterbourne constituía, en su opinión, una seria amenaza para el mundo. La imposibilidad de responder algo agradable le hizo confundirse.

La señorita Van Schuyler se quedó en la lancha. No se atrevió a arriesgarse a hacer la ascensión ni a pie ni en camello. Dijo, con sequedad:

—Siento tener que rogarle que se quede conmigo, señorita Bowers. Tenía el propósito de hacer permanecer a la señorita Cornelia para que usted pudiera marcharse, pero ¡las jóvenes son tan egoístas!… Se escapó sin decirme una palabra. Y hace un momento la he visto hablando con ese grosero y mal educado, ese Ferguson.

La señorita Bowers dijo, en su tono convencional:

—Perfectamente, señorita Van Schuyler.

Miró hacia la partida, que descendía la montaña, y dijo:

—La señorita Robson no está ya con ese joven de que usted hablaba. La acompaña el doctor Bessner.

La señorita Van Schuyler refunfuñó.

Desde que descubriera que el doctor Bessner poseía una gran clínica en Checoeslovaquia y reputación europea como médico de moda, estaba dispuesta a mostrarse condescendiente con él. Además, podía necesitar su asistencia profesional antes de terminar

el viaje.

Cuando los pasajeros regresaron al *Whisky*, Linnet dió un grito de sorpresa.

—Un telegrama para mí —dijo.

Lo extendió sobre la mesa, después de romper su envoltura.

—¡Caramba! —exclamó—. No comprendo una palabra de esto… Patatas… Acelgas. ¿Qué significa esto, Simón?

Su marido se aproximaba para descifrar el enigma, cuando una voz furiosa se dejó oír:

—Perdóneme, pero ese telegrama es para mí.

Luego, con repentino impulso, se puso en pie y arrastró a Linnet consigo.

Y el señor Richetti se lo arrebató con dureza de la mano, mientras le lanzaba una mirada colérica.

Luego, con repentino impulso, se puso en pie y arrastró a Linnet consigo

Linnet quedó sin habla un momento a consecuencia de la sorpresa. Luego dió la vuelta al sobre.

—¡Oh, Simón, qué tonta he sido! Aquí dice Richetti, no Ridgeway… Y ahora recuerdo que mi nombre no es ya Ridgeway tampoco… Tengo que excusarme.

Siguió al arqueólogo hasta la cabina del timonel.

—Lo siento enormemente, señor Richetti… Vea usted, mi nombre era Ridgeway antes de casarme y no hace mucho que lo hice… Por esta razón…

Se interrumpió. Una sonrisa acudió a sus labios invitando a

sonreír al italiano. Pero Richetti no estaba para bromas.

Linnet volvió a donde estaba Simón y marcharon juntos a la playa. Poirot, que los observaba, oyó a su lado un profundo suspiro. Volvióse y se encontró a Jacqueline de Bellefort. Tenía las manos engarfiadas en la cuerda de la barandilla. La expresión del rostro de la muchacha le sobresaltó. Ya no era alegre ni malicioso. Parecía devorada por algún fuego interior.

—Ya ni se preocupan. —Las palabras salían de sus labios tenues y rápidas—. Ya no puedo alcanzarlos… Ya no les importa si estoy aquí o no. Ya no puedo hacerles daño.

Las manos sobre la barandilla temblaban.

—*Mademoiselle*…

Ella le interrumpió:

—¡Oh, no, es demasiado tarde para consejos! Tenía usted razón. No debí venir… Por lo menos en este viaje. ¿Cómo le llamaba usted? ¿Un viaje de espíritu? No puedo retroceder… He de seguir adelante… Y seguiré. No serán felices juntos… Prefiero matarlo…

Se marchó bruscamente. Poirot la miró tristemente cuando se alejaba. De pronto sintió apoyarse una mano sobre su hombro.

—Su amiga parece estar algo enfurruñada, *monsieur* Poirot.

El detective se volvió, sorprendido, al reconocer a un antiguo amigo.

—¡Coronel Race!

El hombre alto, bronceado, sonrió.

—No esperaba verme por aquí, ¿eh?

Hércules Poirot había conocido al coronel Race un año atrás, en Londres. Ambos fueron comensales en un extraño banquete, que terminó con el asesinato de su anfitrión. Poirot sabía que Race era un hombre que jamás permanecía inactivo. Siempre podía encontrársele en cualquiera de los confines del imperio, en que existiese el menor conato de sublevación contra la Gran Bretaña.

—Así, pues, está usted en Wadi Halfa…

—Estoy aquí, en este barco.

—¿Quiere usted decir…?

—Que pienso hacer con usted el viaje de regreso a Shellal.

—Eso es muy interesante. ¿Qué le parece si bebiéramos algo?

Penetraron en el salón observatorio, ahora casi desierto. Poirot ordenó un *whisky* para el coronel y una naranjada con mucho

azúcar para él.

—De modo que hará usted el viaje de retorno con nosotros —repitió Poirot, mientras sorbía su bebida—. Iría usted mucho más rápido si tomase el correo del gobierno que hace el trayecto sin detenerse de noche.

—Tiene usted razón, como siempre, *monsieur* Poirot —dijo humorísticamente el coronel.

—¿Le interesan los pasajeros?

—Uno solo de los pasajeros.

—¿Cuál de ellos?

—Desgraciadamente, yo mismo no lo sé.

Poirot parecía estar interesado.

Race prosiguió:

—No es posible guardar secretos con usted. Hemos tenido muchas molestias, aquí en estos últimos tiempos, tanto en un sentido como en otro. Pero no es a los que capitanean a los insurrectos a los que nos interesa capturar, sino a los que han encendido la mecha de la revolución con sus manejos y propagandas. Había tres: uno ha muerto; el otro está encerrado, pero nos falta el tercero. Un individuo con cinco o seis asesinatos cometidos a sangre fría sobre sus espaldas. Es uno de los agentes a sueldo más inteligente que ha existido jamás. Está en este barco… Lo sé por el párrafo de una carta que ha caído en nuestras manos… Después de descifrarlo, decía: «X. se encontrará a bordo del *Karnak* desde el 7 al 13 de febrero». Pero no dice bajo qué nombre se inscribió al tomar el pasaje.

—¿Posee alguna descripción de su hombre?

—No. Desciende de americanos, irlandeses y franceses. Es un conglomerado de razas. Lo cual no nos ayuda en nada. ¿Tiene usted alguna idea?

—¿Una idea? No… Todavía no.

La comprensión entre ellos era tan grande, que Race no insistió. Sabía que Poirot no hablaría una palabra a menos de que estuviera seguro.

Poirot se frotó la nariz y dijo, tristemente:

—Ocurre algo a bordo de este barco que inquieta grandemente.

Race le miró, inquiriendo detalles.

—Figúrese —dijo Poirot—, una persona a quien llamaremos A,

que ha ofendido gravemente a otra, B. La persona B ansia vengarse y hace objeto a la otra de sus amenazas.

—¿Están
A y B
a bordo?

—Precisamente.

—Supongo que B es mujer.

—Exacto.

Race encendió un cigarrillo.

—Yo no me preocuparía. Las personas que dicen a todo el mundo lo que van a hacer, no lo hacen generalmente.

—Y, en particular, éste es el caso con las mujeres. Es verdad.

—¿Algo más? —inquirió Race.

—Sí, algo más. Ayer la persona a quien designamos por A escapó por milagro a la muerte. Una muerte que presentaba todos los caracteres de un accidente casual.

—¿Maquinado por B?

—No, ése es el caso. B, probablemente, no ha intervenido para nada.

—Entonces fue un accidente.

—Así lo supongo yo también, pero no me gustan estos accidentes.

—¿Está usted seguro de que B no se ha mezclado para nada en eso?

—En absoluto.

—Bien. A veces hay coincidencias. ¿Quién es A? Una persona desagradable, sin duda, ¿verdad?

—Por el contrario, es una señora joven, encantadora y rica.

—Parece cosa de novela.

—
Peut-être
. Pero le digo a usted que no estoy tranquilo, amigo mío. Si no me equivoco, y sería la primera vez que me sucediese…

Race sonrió ante esta inmodestia típica del detective.

—… Entonces hay motivo para inquietarse. Y ahora, viene usted a añadir otra complicación. Por lo que le dice, hay un hombre a bordo del *Karnak* que mata.

—Generalmente no mata a señoras encantadoras.

Poirot movió la cabeza, insatisfecho.

—Tengo miedo, amigo mío —declaró—. Tengo miedo… Hoy he avisado a la señora Doyle, que es la amenazada, que vaya con su marido a Kartum y que no regrese a este barco. Pero no han querido hacerlo. Ruego al Cielo que podamos llegar a Shellal sin que suceda una catástrofe.

—¿No es usted excesivamente pesimista?

Poirot movió la cabeza.

—Tengo miedo —dijo, simplemente—. Yo, Hércules Poirot, tengo miedo…

CAPÍTULO XII

Cornelia Robson se hallaba en el interior del templo de Abu Simbel. Era al atardecer del día siguiente… una tarde tranquila y sofocante. El *Karnak* había anclado una vez más en Abu Simbel para permitir otra visita al templo con luz artificial. La diferencia de iluminación era considerable. Cornelia comentaba este hecho, maravillada, con el señor Ferguson, que se encontraba a su lado.

—¡Caramba, se ve mucho mejor ahora! —exclamó la muchacha —. Quisiera que estuviese aquí el doctor Bessner. Él me lo habría explicado todo.

—Extraño que pueda usted soportar a ese viejo loco —dijo Ferguson, ceñudo.

—¿Por qué? Es uno de los hombres más amables que he conocido en mi vida.

—Es un viejo antipático y presuntuoso.

—No debía usted hablar de esa forma.

El joven la asió repentinamente por un brazo. Salían en aquel momento del templo; la luna brillaba en el cielo con todo su esplendor.

—¿Por qué soporta usted los fastidios de un gordo repugnante y se deja manejar como si fuese una esclava por una arpía sin entrañas?

—¡Caramba, señor Ferguson!

—¿Es usted tonta, acaso? ¿No se da cuenta de que usted es tanto como ella?

—No, no lo soy —repuso la muchacha, con sincera convicción.

—No es usted tan rica; eso es lo que quiere decir.

—No, no es eso. La prima María posee una buena educación…

—¡Educación! —El joven soltó el brazo, de ella tan

repentinamente como lo había cogido—. Esa palabra me da náuseas.

Cornelia le miró asustada.

—A ella no le satisface que usted hable conmigo, ¿verdad?

Cornelia se ruborizó, sin saber qué responder.

—¿Por qué? Porque cree que yo no pertenezco a su clase. ¡Puaf! ¿No le da asco eso?

—Me agradaría que no tomase esas cosas tan a pecho, señor Ferguson.

—¿No se da cuenta usted que es una americana, que todos hemos nacido iguales y libres?

—De ninguna manera —dijo Cornelia.

—¡Ah, jovencita! Esto forma parte de su naturaleza.

—La prima María dice que los políticos no son caballeros —aseguró Cornelia—. Y, naturalmente, las personas no son todas iguales. Me gustaría haber nacido elegante como la señora Doyle, por ejemplo. Pero no lo soy y creo que no vale la pena preocuparse.

—¡La señora Doyle! —exclamó Ferguson, con profundo desprecio—. Ésa es una de las mujeres a quienes se debía matar a tiros, para que sirviese de escarmiento a las demás.

Volvió la espalda y se marchó. Cornelia se dirigió al barco. Cuando había alcanzado la plancha, Ferguson volvió a asir su brazo de nuevo.

—Es usted la persona más atractiva del barco. Le ruego que no lo olvide.

Roja de placer, Cornelia llegó al salón-observatorio.

La señorita Van Schuyler conversaba con el doctor Bessner. Cornelia preguntó con cierta sensación de culpabilidad:

—No he llegado tarde, ¿verdad? Mirando su reloj, la anciana respondió:

—No se puede decir que te hayas apresurado demasiado. ¿Qué has hecho con mi estola de terciopelo?

Cornelia miró a su alrededor.

—¿Voy al camarote a ver si está allí?

—No está. La dejé por aquí después de comer y no me he movido desde entonces. Estaba en aquella silla.

Cornelia se dedicó a una búsqueda infructuosa.

—No la veo por ninguna parte, prima María.

—¡Tonterías! —exclamó la señorita Van Schuyler—. Busca por otros sitios.

Era una orden, tal como puede dársela a un perro; y Cornelia, con sumisión canina, obedeció.

El silencioso señor Fanthorp, que estaba sentado a una mesa próxima, se levantó y la ayudó. No encontraron la estola.

El día había sido tan insoportablemente caluroso y desagradable, que la mayoría de los excursionistas se retiraron tan pronto como regresaron de la playa de ver el templo. Los Doyle jugaban al *bridge* con Pennington y Race en una mesa de un rincón. El otro ocupante del salón era Hércules Poirot, que bostezaba sin cesar, con la cabeza echada hacia atrás, sentado a una mesa junto a la puerta.

La señorita Van Schuyler, haciendo una salida majestuosa, con Cornelia y la señorita Bowers asistiéndola, se detuvo un instante frente a la mesa de Poirot y éste se incorporó cortésmente, reprimiendo un bostezo.

La señorita Van Schuyler dijo:

—Acabo de recordar quién es usted, señor Poirot. Mi antiguo amigo Rufus Van Aldin me ha hablado mucho de usted. Ya me contará usted algunos de sus casos.

Con un movimiento de cabeza amable y condescendiente, prosiguió su camino.

Poirot, con los ojos parpadeando de sueño, le hizo una reverencia exagerada. Luego bostezó una vez más. Se sentía pesado y estúpido a causa del sueño. Apenas podía conservar los ojos abiertos. Posó la mirada sobre los jugadores de *bridge* completamente absortos en su juego. Luego dirigió su vista hacia el joven Fanthorp que leía un libro. No había nadie más que ellos en el salón.

Abrió la puerta y se dirigió a cubierta. Jacqueline de Bellefort, que venía al salón precipitadamente; casi tropezó con él.

—*Pardon, mademoiselle*.

—Tiene usted cara de sueño, *monsieur*.

—Estoy muerto de sueño —declaró él con franqueza—. Casi no puedo abrir los ojos. Ha sido un día extraordinariamente sofocante.

—Sí. —Parecía pensativa—. Ha sido el día en que las cosas pueden llegar a su desenlace. En que ya no puede uno detenerse.

Hablaba en voz baja y saturada de pasión. No miraba hacia él

sino hacia la playa arenosa. Tenía las manos crispadas, rígidas… De pronto, la tensión se rompió. Dijo:

—Buenas noches, *monsieur*.

—Buenas noches, *mademoiselle*.

Sus ojos se encontraron un instante brevísimo. Pensando en ello al día siguiente, Poirot llegó a la conclusión de que había una súplica muda en aquella mirada. Más tarde, volvió a recordarlo…

Él se dirigió a su camarote y ella penetró en el salón.

Cornelia, después de conversar con su prima sobre ciertas fantasías, recogió sus labores y regresó al salón. No sentía la menor necesidad de acostarse. Por el contrario, se sentía completamente despierta y excitada.

El cuarteto del *bridge* estaba completamente silencioso. En otra silla, el callado Fanthorp leía su libro. Cornelia se sentó y empezó a coser.

Súbitamente, la puerta se abrió y Jacqueline de Bellefort hizo su aparición. Permaneció un momento en el umbral. Alzó la cabeza y, después de llamar a un timbre, pasó frente a Cornelia y tomó asiento.

—¿Estuvo en la playa? —preguntó.

—Sí. Pensé que debía ser fascinador a la luz de la luna.

—Sí, es una noche encantadora —asintió Jacqueline—. Una verdadera noche de luna de miel.

Sus ojos se dirigieron a la mesa de *bridge*… Detuviéronse un momento sobre Linnet Doyle.

El camarero llegó en respuesta a la llamada de Jacqueline. Ésta ordenó un cobie de ginebra. Cuando daba esta orden, Simón Doyle le lanzó una mirada rápida. Una arruga de ansiedad apareció sobre su entrecejo. Su mujer le dijo:

—Simón, estamos esperando que sirvas las cartas.

Jacqueline empezó a cantar algo entre dientes.

Cuando llegó la bebida, cogió la copa diciendo:

—Bien, ya está el crimen.

La bebió y pidió otra.

Otra vez Simón apartó su mirada de la mesa de *bridge*. Sus jugadas revelaban su falta de atención. Su compañero, el señor Pennington, le llamó al orden.

Jacqueline empezó a canturrear otra vez. Primero lo hizo en voz

baja, luego las palabras se hicieron inteligibles.

—Tenía a su hombre y él la engañó…

—Lo siento —dijo Simón a Pennington—. Ha sido estúpido por mi parte no seguirle. Eso les da el triunfo.

Linnet se levantó.

—Me estoy durmiendo. Creo que lo mejor es irse a la cama.

—Sí, ya es hora de terminar —dijo el coronel Race.

—Yo creo lo mismo —opinó Pennington.

—¿Vienes, Simón? —preguntó Linnet.

—Ahora mismo, no. Voy a beber algo antes —respondió el aludido lentamente.

Linnet movió la cabeza y se ausentó. Race la siguió. Pennington acabó de beber su copa y se marchó asimismo.

—Las jóvenes debemos trasnochar juntas —aseguró Jacqueline a Cornelia.

Luego lanzó hacia atrás la cabeza y profirió una sonora carcajada. Llegó el segundo vaso.

—Beba algo —invitó Jacqueline.

—No, muchas gracias —respondió Cornelia.

Jacqueline echó su silla hacia atrás. Empezó a cantar en voz alta:

—Tenía a su hombre y él la engañó…

El señor Fanthorp volvió una página de Europa por dentro.

Simón Doyle recogió una revista.

—Me voy —anunció Cornelia—. Creo que ya es muy tarde.

—Usted no puede irse aún. Se lo prohíbo —declaró Jacqueline —. Cuénteme algo sobre usted misma.

—Bien… No sé… No hay mucho que contar… —La pobre muchacha tartamudeaba—. He vivido siempre en mi casa y no he viajado mucho. Ésta es mi primera escapada.

Jacqueline rió.

—Es usted una persona feliz, ¿verdad? ¡Dios, cómo la envidio!

—¡Oh, de veras…! Pero yo creo… estoy segura…

Indudablemente, la señorita de Bellefort había bebido demasiado. No era exactamente una novedad para Cornelia. Había visto bastantes borracheras durante la vigencia de la Ley Seca. Pero allí había algo más… Jacqueline de Bellefort hablaba con ella… La miraba a ella. Sin embargo, Cornelia tenía la sensación de que

Jacqueline se dirigía a otra persona… Pero no había más que dos personas en el salón: el señor Fanthorp y el señor Doyle. El primero estaba absorto en la lectura de su libro. Simón Doyle, con extraña expresión, tenía una mirada vigilante.

Jacqueline repitió:

—Dígame algo sobre usted misma.

Siempre obediente, Cornelia intentó completar su biografía. Hablaba, hablaba incesantemente, entrando en detalles, nimios e innecesarios de su vida diaria. Estaba poco acostumbrada a llevar la voz cantante. Ella había sido siempre la que le tocaba escuchar.

Sin embargo, la señorita Bellefort parecía interesarse por su narración, pues cuando, agotados sus recuerdos, se detuvo, la otra muchacha le instó:

—Continúe. Cuénteme más…

Y Cornelia prosiguió.

¿Qué hora sería? Con toda seguridad, muy tarde. Había estado hablando sin cesar. Si, por lo menos, sucediese algo definido… E inmediatamente, como respuesta a sus deseos, algo sucedió. Sólo que en aquel momento, parecía natural.

Jacqueline volvió la cabeza y dijo a Simón Doyle:

—Toca el timbre, Simón. Quiero beber más.

Simón Doyle levantó la vista de la revista que leía y respondió sosegadamente:

—Los camareros se han acostado. Es más de la medianoche.

—Te digo que quiero beber más.

—Ya has bebido bastante, Jacqueline —repuso Simón.

Ella se levantó furiosa y le apostrofó:

—¿Qué te importa a ti lo mío?

—Nada —dijo él, encogiéndose de hombros.

Ella quedó observándole unos instantes. Luego le dijo:

—¿Qué te pasa, Simón? ¿Tienes miedo?

Simón no respondió. Volvió a recoger la revista.

Cornelia murmuró:

—¡Oh, querida, es demasiado tarde!… Debo…

Jacqueline le dijo:

—No se vaya a acostar. Quiero que quede una mujer conmigo… para ayudarme. —Rompió a reír de nuevo—. ¿Sabe usted por qué me teme Simón? Cree que voy a contarle la historia de mi vida.

—¡Oh… pues…! —Cornelia vaciló.

—Vea usted, él y yo estuvimos a punto de casarnos.

—¿De… ve… ras…?

Cornelia era presa de diversas emociones. Estaba profundamente nerviosa, pero al mismo tiempo agradablemente asombrada. ¡Cuán culpable le parecía Simón!

—Sí. Es una historia muy triste —prosiguió Jacqueline. Su voz suave sonaba débil y burlona—. Me trató con bastante desconsideración. ¿Verdad, Simón?

Simón dijo brutalmente:

—Vete a acostar, Jacqueline. Estás borracha.

—Si estás nervioso, querido Simón, más vale que te vayas de aquí.

Simón Doyle la miró. La mano que asía la revista le temblaba un poco, pero dijo secamente:

—Me quedo.

Cornelia murmuró por tercera vez.

—Me voy… es demasiado tarde…

—No se va —aseguró Jacqueline—. Usted se quedará aquí para oír lo que voy a decir.

La asió por el hombro y la obligó a sentarse en la silla.

—Jacqueline —ordenó Simón con voz cortante—, cesa de hacer locuras y acuéstate.

Jacqueline se sentó bruscamente en su asiento. Las palabras fluían de su boca en un torrente suave y susurrante.

—Tienes miedo de que te dé un escándalo, ¿eh? Eres tan inglés… tan reticente. Quieres que me comporte decentemente, ¿no? Pero a mí no me importa si mi conducta es decente o no. Vale más que te vayas de aquí, porque pienso hablar mucho.

Jim Fanthorp cerró cuidadosamente su libro, bostezó, miró a su reloj, se levantó y salió. Con ello dió pruebas de ser un sajón perfecto.

Jacqueline hizo dar la vuelta a su silla y se enfrentó con Simón.

—Condenado idiota —dijo con voz pastosa—, ¿crees que puedes tratarme como me has tratado y salirte con la tuya?

Simón Doyle abrió los labios. Lo pensó y los volvió a cerrar. Se sentó y quedó silencioso como si esperase que la explosión de la joven la dejara exhausta si él no decía nada para provocarla.

La voz de Jacqueline fascinaba a Cornelia, que jamás había tenido ocasión de descubrir emociones de ninguna clase.

—Te dije —dialogaba Jacqueline— que te mataría antes que verte con otra mujer. ¿Crees que no pienso hacer lo que digo? Estás en un error. He estado esperando hasta ahora… ¡Tú eres mi hombre!… ¿Lo oyes? Me perteneces…

Simón no pronunció una palabra. La mano de Jacqueline hurgó un momento en su falda. La joven se inclinó hacia adelante.

—Te dije que te mataría y pensaba hacerlo tal como te lo decía… —Su mano se alzó de pronto con algo que brillaba—. Te mataré como a un perro… como al perro sarnoso que eres…

Ahora quiso actuar Simón. Dió un salto, pero en aquel momento, Jacqueline apretó el gatillo.

Simón se retorció… cayó sobre una silla. Cornelia dió un grito y salió corriendo del salón. Jim Fanthorp estaba en cubierta, inclinado sobre la barandilla. Lo llamó.

—¡Señor Fanthorp! ¡Señor Fanthorp!

Éste corrió hacia la joven. Ella le asió su brazo y dijo incoherentemente:

—¡Le ha herido! ¡Le ha herido!

Simón Doyle yacía aún como había caído. Jacqueline lo miraba como paralizada. Temblaba violentamente y sus ojos dilatados y horrorizados contemplaban fascinados la mancha carmesí que se extendía por el pantalón de Simón, precisamente por debajo de la rodilla, en donde él apretaba con fuerza un pañuelo contra la herida. Ella balbuceó:

—No tenía la intención… Yo no quería… ¡Oh, Dios mío! De verdad que no…

La pistola se desprendió de sus dedos temblorosos y cayó con ruido sordo sobre la madera del suelo. Ella le dió un puntapié furioso. Fué a parar debajo de una otomana.

Simón, con voz débil, exclamó:

—Fanthorp, por todos los santos… alguien viene… Diga que no ha oído nada… Sólo un accidente… No quiero que se promueva un escándalo por esto…

Fanthorp asintió con rápida comprensión. Se dirigió rápidamente hacia la puerta, en donde acababa de aparecer el asustado rostro de un nubio. Dijo:

—No es nada, nada en absoluto. Fué una broma.

La negra faz parecía dudosa. Luego se tranquilizó. Mostró los dientes en un esbozo de sonrisa. El muchacho desapareció.

Fanthorp volvió.

—Todo va bien. No creo que lo oyese nadie. Sonó como un taponazo… Ahora, lo que hay que…

Se interrumpió, Jacqueline había empezado a llorar histéricamente.

—¡Ay, Dios mío, quisiera estar muerta…! Me mataré… Estaré mejor muerta. ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?

Cornelia se aproximó a la joven.

—¡Cállese, querida! ¡Cállese!

Simón, con la frente húmeda y el rostro contraído por el dolor, dijo apresuradamente:

—¡Llévensela! ¡Por Dios, sáquela de aquí! ¡Condúzcala a su camarote, Fanthorp! ¡Usted, señorita Robson, tenga la bondad de traer a su enfermera! —Miró suplicante a ambos—. No la dejen. Cuando hayan llamado a la enfermera, traigan al doctor Bessner. Pero, por Dios vivo, no permitan que esto llegue a oídos de mi mujer.

Jim Fanthorp hizo un gesto de asentimiento comprensivo. Aquel hombre silencioso probaba su sangre fría y su competencia en un caso de emergencia.

Entre él y Cornelia condujeron a la muchacha, que lloraba y forcejeaba, a su camarote. Allí continuó dándoles que hacer.

—Me ahogaré… Me ahogaré… No merezco vivir. ¡Oh, Simón, Simón!

Fanthorp dijo a Cornelia:

—Vaya usted y traiga a la señorita Bowers. Yo me quedaré con ella hasta que usted vuelva.

Tan pronto como se hubo marchado Cornelia, Jacqueline se aferró a Fanthorp.

—Su pierna sangra… está rota… la hemorragia puede matarle. ¡Debo ir a su lado…! ¡Oh, Simón, Simón! ¿Cómo he podido…?

Había alzado la voz. Fanthorp le dijo con seriedad:

—¡No grite! ¡No será nada!

—¡Déjeme! ¡Déjeme que me tire al agua! ¡Quiero matarme!

Fanthorp, asiéndola por los hombros, la obligó a acostarse sobre

el lecho.

—No se mueva. No haga tonterías. Serénese. No ha pasado nada, le digo.

La muchacha intentó seguir sus consejos, cosa que le tranquilizó; pero dió un suspiro de alivio cuando se entreabrieron las cortinas y la eficiente señorita Bowers, cubierta con un horrible kimono entró acompañada por Cornelia.

—Bien, ya estamos —dijo la señorita Bowers, bruscamente—. ¿Qué pasa?

Empezó la tarea, sin ningún signo de sorpresa o alarma.

Fanthorp, agradecidísimo, dejó a la muchacha en las competentes manos de la señorita Bowers y se dirigió apresuradamente al camarote ocupado por el doctor Bessner.

Llamó y entró seguidamente.

—¿El doctor Bessner?

Un ronquido terrible terminó y una voz sobresaltada dijo:

—¿Eh? ¿Qué hay?

Fanthorp había encendido ya la luz.

—Es Doyle. Está herido de un tiro. La señorita Bellefort ha disparado contra él. Está en el salón. ¿Puede usted venir?

El grueso doctor reaccionó prontamente. Formuló unas cuantas preguntas lacónicas, se puso las zapatillas y una bata, recogió una cajita provista de artículos de cura y acompañó a Fanthorp al vestíbulo.

Simón había conseguido abrir la ventana que tenía a su lado. Apoyaba la cabeza en ella, inhalando el aire. Su rostro tenía un aspecto cadavérico.

El doctor Bessner se le aproximó.

—¿Ja? ¡Ah! ¿Qué tenemos aquí?

Un pañuelo empapado de sangre yacía en la alfombra y en la alfombra misma aparecía una mancha, negra.

El examen del doctor estaba puntuado con exclamaciones y gruñidos.

—Sí, esto presenta un cariz feo. El hueso está fracturado. Y una gran pérdida de sangre. *Herr* Fanthorp, usted y yo debemos trasladarlo a mi camarote. Sí, así. No puede caminar. Tenemos que llevarle así.

Cuando lo alzaban, Cornelia apareció en el umbral.

Al verla, el doctor emitió un gruñido de satisfacción.

—¡Ah! ¿Es usted? Bien. Venga con nosotros. Necesito ayuda. Usted colaborará mejor que mi amigo. Él está algo pálido ya.

Fanthorp lanzó una mirada débil.

—¿Llamo a la señorita Bowers? —preguntó.

El doctor Bessner dirigió una mirada calculadora a Cornelia.

—Usted podrá ayudarnos perfectamente, señorita —anunció—. No se desmayará ni hará ninguna tontería, ¿eh?

—Puedo hacer lo que usted me diga —respondió Cornelia, vivamente.

La procesión desfiló por la cubierta. Los diez minutos siguientes fueron puramente quirúrgicos y el señor Fanthorp pasó un mal rato. Estaba avergonzado de la superior fortaleza exhibida por Cornelia.

—Ya está. Es lo mejor que podemos hacer —anunció el doctor Bessner, finalmente—. Se ha portado usted como un héroe, amigo mío.

Palmoteo con un gesto de aprobación el hombro de Simón Doyle.

Luego sacó una jeringuilla.

—Ahora le daré algo para que duerma. Su esposa, ¿qué me dice de ella?

Simón contestó débilmente:

—No es necesario que ella sepa nada hasta por la mañana. Yo… no hay que culpar a Jacqueline… Ha sido culpa mía. La traté ignominiosamente… pobre chiquilla… No sabía lo que hacía…

Bessner movió la cabeza en señal de comprensión.

—Sí, sí, comprendo…

—Fué culpa mía —insistió Simón. Sus ojos se posaron sobre Cornelia—. Alguien… alguien debe quedarse con ella… Podría hacerse daño…

El doctor Bessner inyectó la aguja hipodérmica. Cornelia dijo en tono competente:

—Muy bien, señor Doyle. No se preocupe. La señorita Bowers le hará compañía toda la noche…

Una expresión de agradecimiento cruzó el rostro de Simón. Sus ojos se cerraron. De repente, los abrió.

—Fanthorp.

—Sí, Doyle.

—La pistola… No debe dejarla por el suelo… Los muchachos la encontrarán por la mañana.

—Muy bien. Iré a recogerla ahora mismo.

Salió del camarote y cruzó la cubierta. La señorita Bowers apareció en la puerta del camarote de Jacqueline.

—Ella estará bien ahora —anunció—. Le he dado una inyección de morfina. —Pero ¿se quedará usted con ella?

—¡Oh, sí! La morfina excita a algunas personas. Le haré compañía toda la noche.

Fanthorp fué al vestíbulo.

Unos tres minutos después sonó un golpecito en la puerta del camarote del doctor Bessner.

—¿Doctor Bessner?

—¿Sí?

Fanthorp le indicó con una seña que saliera a la cubierta.

—Escuche, no encuentro esa pistola.

—¿Qué dice?

—La pistola. Cayó de la mano de la muchacha. Ella le dió un puntapié y el arma fué a parar debajo de una otomana. ¡La pistola no está ahora debajo de esa otomana!

Se contemplaron mutuamente.

—Pero ¿quién puede haberla cogido? Fanthorp se encogió de hombros. Bessner dijo:

—Es extraño. Pero no veo lo que podemos hacer.

Perplejos y vagamente alarmados, los dos hombres se separaron.

CAPÍTULO XIII

Hércules Poirot se estaba quitando el jabón de su rostro recién afeitado cuando se oyó un golpecito rápido en la puerta. Seguidamente, el coronel Race entró sin más ceremonias. Cerró la puerta tras sí. Dijo:

—Su instinto acertó. Ha ocurrido.

Poirot se enderezó y preguntó vivamente:

—¿Qué ha ocurrido?

—Linnet Doyle está muerta. De un tiro en la cabeza. Sucedió anoche.

Poirot guardó silencio durante un minuto. En su mente surgieron vívidamente la imagen de una muchacha, en un jardín de Assuán, que decía con voz dura, sin tomar aliento: «Me gustaría arrimar mi pistolita a su cabeza y simplemente apretar el gatillo», y más reciente, la misma voz que decía: «Tiene una la impresión de que no se puede continuar… la clase de día cuando acaece algo», y aquella extraña y momentánea llamada en sus ojos. ¿Qué le había sucedido que no respondió a aquella llamada? Había estado ciego, sordo, estúpido, con su falta de sueño…

Race prosiguió:

—Tengo cierta categoría oficial; me llamaron. Lo dejaron en mi mano. El barco debe partir dentro de media hora, pero será retrasado hasta que usted me avise. Existe la posibilidad, desde luego, de que el asesino haya venido de tierra. Poirot movió negativamente la cabeza. Race asintió en el gesto.

—Conforme. Puede descartarse. Bien, es cosa de usted.

Poirot se había estado vistiendo con destreza y celeridad. Dijo:

—Estoy a su disposición.

Los dos hombres salieron a la cubierta.

Race dijo:

—Bessner debe estar allí ya. Un camarero fué a buscarle.

Había cuatro camarotes de lujo dotados de cuarto de baño en el barco. De los dos de babor, uno estaba ocupado por el doctor Bessner; el otro, por Andrés Pennington. En la parte de estribor, el primero lo ocupaba la señorita Van Schuyler; y el otro, al lado, Linnet Doyle. El camarote o cuarto de vestir de su esposo era el de la puerta de al lado.

Un camarero de rostro blanco como la cera estaba de pie delante de la puerta del camarote de Linnet Doyle. Abrió la puerta para que los dos hombres entrasen.

El doctor Bessner estaba inclinado sobre la cama. Alzó la vista y gruñó al ver entrar a los otros.

—¿Qué puede decirnos, doctor? —preguntó Hace.

Bessner acarició pensativamente la mandíbula.

—¡Ah! Un tiro a boca de jarro. Mire, encima mismo de la oreja. Por ahí penetró la bala. Yo diría que es del calibre 22. La pistola fué arrimada a la cabeza. Mire esa manchita negra. La piel está chamuscada. Estaba dormida. No hubo lucha. El asesino se aproximó con sigilo en la oscuridad. Y la mató cuando ella yacía en la cama, dormida.

—*¡Ah, non!* —gritó Poirot—. Jacqueline de Bellefort avanzando con sigilo en la oscuridad, pistola en mano… No, no, no encajaba en ese cuadro.

—Pero eso es lo que ocurrió.

—Sí, sí. No quería decir lo que usted se imagina. No le contradecía a usted.

Bessner emitió un gruñido de satisfacción.

Poirot se aproximó. Linnet yacía de costado. Su actitud era natural, tranquila. Pero encima de la oreja había un agujerito.

Su mirada se posó sobre la pared pintada de blanco, y contuvo el aliento, bruscamente.

La nítida blancura aparecía manchada por una letra grande, una J, garabateada con algún ingrediente rojizo oscuro.

Poirot lo miró con fijeza, asombrado; luego se inclinó sobre la muchacha muerta y muy suavemente le asió la mano derecha. Un dedo aparecía manchado de rojo oscuro.

Race dijo:

—¿Qué opina usted, Poirot?

—Me pregunta qué opino. *He bien*, es muy sencillo, ¿no es verdad? La señora Doyle está agonizando, quiere indicar el nombre del asesino y escribe con el dedo mojado en su propia sangre la letra inicial del nombre de su asesinó. ¡Oh, sí! Es muy sencillo.

El doctor fué a hablar, pero un gesto perentorio de Race le silenció.

—¿De modo que eso le parece a usted? —preguntó lentamente.

Poirot movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, sí. Es, como he dicho, de una simplicidad asombrosa. Tan familiar, ¿no es verdad? *¡Se ha ejecutado tan a menudo, en las páginas del crimen!* Pero, en efecto, ahora es un poco *vieux jeu*. Nos induce a sospechar que nuestro asesino es anticuado.

Race dijo:

—Comprendo. Creía al principio…

Calló.

Poirot dijo con una sonrisa levísima:

—¿Que yo creía en los viejos trucos del melodrama? Pero, dispense, doctor, ¿estaba usted a punto de decir…?

Bessner prorrumpió guturalmente:

—¿Qué digo yo? ¡Bah! ¡Digo que es absurdo, una tontería! La pobre señora murió instantáneamente. Eso de meter el dedo en la sangre (y como usted ve, apenas hay sangre), escribir una J en la pared. ¡Bah! ¡Tontería! ¡La tontería melodramática!

—

¡C'est
l'enfantittage!
—asintió Poirot.

—Pero fué ejecutado con un propósito determinado —sugirió Race.

—Naturalmente.

—¿Qué significa la J?

—La J significa Jacqueline de Bellefort, una señorita que hace menos de una semana declaró que no desearía nada mejor que… —hizo una pausa y deliberadamente citó—: «arrimar mi pistolita a su cabeza y luego simplemente apretar el dedo…».

Hubo un silencio momentáneo.

—*¡Que es precisamente lo que sucedió aquí!* —observó Race.

Bessner asintió con la cabeza.

—Era una pistola de calibre muy pequeño, como he dicho, probablemente del 22. Desde luego, habrá que extraer el proyectil antes de establecerlo definitivamente.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—No me atrevería a precisarlo demasiado. Ahora son las ocho. Teniendo en cuenta la temperatura de anoche, diré que ha estado muerta ciertamente desde hace seis horas y probablemente no más de ocho.

—Es decir, entre las once de la noche y las dos de la madrugada.

—Exacto.

Race miró a su alrededor.

—¿Y su esposo? Supongo que duerme en el camarote de al lado.

Los dos hombres le miraron sorprendidos.

—En este momento —declaró Bessner— está dormido en mi camarote.

Bessner movió varias veces la cabeza.

—¡Ah, sí! Veo que no se lo han dicho.

Al señor Doyle le dispararon un tiro anoche en el salón.

—¿Que le dispararon un tiro? ¿Quién?

—La señorita Jacqueline de Bellefort.

Race preguntó vivamente:

—¿Está mal herido?

—Sí, tiene el hueso fracturado. He hecho todo lo posible, por el momento. Pero es necesario, comprenderán ustedes, sacar una radiografía de la fractura lo antes posible y someterle a un tratamiento adecuado, lo cual es imposible a bordo de este barco.

Poirot murmuró:

—Jacqueline de Bellefort.

Sus ojos se dirigieron de nuevo a la J de la pared.

—Si no se puede hacer nada más aquí, por el momento, vayamos abajo. La dirección ha puesto el salón de fumar a nuestra disposición. Tenemos que recoger todos los detalles de lo ocurrido anoche —dijo Race.

Salieron del camarote. Race cerró la puerta con llave.

—Podemos volver después —dijo—. Lo primero que hay que hacer es esclarecer los hechos.

Bajaron a la cubierta inferior, donde encontraron al

administrador del *Karnak*.

El pobre hombre estaba terriblemente preocupado por lo acaecido y ansioso por dejar el asunto en manos del coronel Race.

—Creo, señor, que no puedo hacer nada mejor que dejar este asunto en sus manos. He recibido órdenes de ponerme a su disposición en el… el… otro asunto. Si usted se encarga de todo, ordenaré que todo el mundo se ponga a su disposición.

—Muy bien. Para empezar, desearía que esta habitación estuviese reservada para mí y para el señor Poirot durante el curso de las investigaciones.

—Ciertamente, señor.

—Eso es todo, por el momento. Puede usted continuar su trabajo. Caso de necesitarle, sé dónde encontrarle.

Con expresión de alivio, el administrador salió del cuarto.

—Siéntese, Bessner —dijo Race—, y cuéntenos la historia de lo que ocurrió anoche.

Escucharon en silencio.

—Está claro —comentó Race, cuando el otro hubo terminado—. La muchacha se preparó para la operación ayudada por una copa o dos. Y, finalmente, disparó contra el hombre con una pistolita del 22. Luego fué al camarote de Linnet Doyle y disparó contra ella también.

El doctor Bessner negó.

—No, no. No lo creo. No creo que eso fuese posible. No escribiría su propia inicial en la pared… Sería ridículo, *¿'nicht wahr?*

—Es posible —declaró Race—, si estaba ciegamente loca y celosa como lo parece, quizá quería… firmar con su nombre el crimen, por decirlo así.

—No, no. No creo que ella fuese tan… tosca —objetó Poirot.

—En ese caso, esa J no tiene más que una explicación. La escribió alguien para hacer recaer las sospechas sobre ella.

El doctor dijo:

—Sí, y el criminal no tuvo suerte, porque verá usted, no es sólo improbable que la joven cometiese el asesinato… creo también que es imposible.

—¿Cómo es eso?

Bessner explicó la historia de Jacqueline y luego las circunstancias que indujeron a la señorita Bowers a cuidarse de ella.

—Y yo creo —estoy seguro— que la señorita Bowers estuvo en su compañía toda la noche.

—Si eso es así —dijo Race— simplificará el caso muchísimo.

Poirot preguntó:

—¿Quién descubrió el crimen?

—La criada de la señorita Doyle, Luisa Bourget. Fué a llamar como de costumbre a su ama, la encontró muerta, salió y cayó desmayada en los brazos de un camarero. Éste fué a avisar al administrador, quien vino a verme. Busqué a Bessner y luego fui a ver a usted.

—Hay que comunicárselo a Doyle —dijo Race—. ¿Dice usted que duerme aún?

—Sí, duerme aún en mi camarote. Le di un narcótico anoche.

Race se volvió hacia Poirot:

—Bien —dijo—. No creo que haya necesidad de retener al doctor más tiempo, ¿eh? Muchas gracias, doctor.

Bessner salió. Los dos hombres se miraron.

—Bien, ¿qué opina, Poirot? —preguntó Race—. Usted se cuida del caso. Recibiré sus órdenes. Usted dirá lo que debe hacerse.

—*Hé bien* —dijo—. Debemos celebrar la encuesta. En primer lugar, creo que debemos verificar la historia de lo acaecido anoche. Es decir, hemos de interrogar a Fanthorp y a la señorita Robson, que fueron los testigos de lo ocurrido. La desaparición de la pistola es muy significativa.

Race pulsó un timbre y mandó un recado por mediación del camarero.

Poirot suspiró y meneó la cabeza.

—¿Tiene alguna idea? —preguntó Race.

—Mis ideas resultan contradictorias. No están muy coordinadas todavía. Hay el hecho importante de que esta muchacha odiaba a Linnet Doyle y quería matarla.

—Creo que… sí. —La voz de Poirot sonó dudosa.

—¿Pero no de ese modo? Es lo que le preocupa, ¿no es cierto? No introduciéndose con sigilo en su camarote en la oscuridad para matarla de un tiro mientras dormía. ¿Es la sangre fría con que se cometió el crimen lo que le hace dudar?

—En cierto sentido, sí.

—Usted cree que esa muchacha, Jacqueline de Bellefort, es

incapaz de cometer un asesinato premeditado, a sangre fría.

—No estoy muy seguro. Que ella posee suficiente inteligencia para hacerlo, lo creo. Pero dudo que, físicamente, pudiera decidirse a cometer el acto —dijo Poirot.

—Sí, comprendo. Bien, según la historia de Bessner, también habría sido imposible físicamente.

—Si eso es verdad, aclara la cuestión considerablemente. Abriguemos la esperanza de que sea verdad.

La puerta se abrió y Fanthorp y Cornelia entraron. Bessner los seguía. Cornelia exclamó:

—¿No es verdaderamente terrible? ¡Pobre señora Doyle!

—Queremos saber exactamente lo que aconteció anoche, señorita Robson —dijo Race.

Cornelia empezó algo confusamente, pero una pregunta o dos de Poirot la ayudaron.

—Ah, sí, ya comprendo. Después del *bridge*, la señora Doyle fué a su camarote. Y yo me pregunto: ¿fué realmente a su camarote?

—Sí que fué —declaró Race—. Yo la vi. Le di las buenas noches en la puerta.

—¿Y la hora?

—Cielos, no podría decirlo —contestó Cornelia.

—Eran las once y veinte —indicó Race.

—Bien. Entonces a las once y veinte la señora Doyle estaba viva y sana. En aquel momento había en el salón… ¿quién?

Fanthorp respondió:

—Doyle estaba allí. Y la señorita de Bellefort. La señorita Robson y yo.

—Así es —confirmó Cornelia—. El señor Pennington tomó una copa y luego fué a acostarse.

—Eso fué ¿cuándo?

—Unos tres o cuatro minutos después.

—¿Antes de las once y media, entonces?

—Eso, sí.

—De modo que quedaron en el salón: usted, la señorita Robson, la señorita de Bellefort, el señor Doyle y el señor Fanthorp. ¿Qué hacían ustedes?

—El señor Fanthorp leía un libro. Yo me entretenía con unos bordados. La señorita de Bellefort estaba… estaba…

Fanthorp acudió en su ayuda.
—Bebiendo más de la cuenta.

La nítida blancura aparecía manchada por una letra grande...

—Sí —confirmó Cornelia—. Me hablaba a mí mayormente, preguntándome cosas de nuestro país. Y ella seguía diciendo cosas… Pero creo que iban dirigidas al señor Doyle. Él se estaba poniendo furioso, pero no dijo nada. Creo que pensó que si callaba tal vez ella se apaciguaría.

—¿Y ella no se calmó?

Cornelia movió negativamente la cabeza.

—Intenté marcharme una o dos veces, pero me hizo quedar, y yo estaba poniéndome nerviosa. Luego el señor Fanthorp se incorporó y salió…

—La situación era algo violenta —explicó Fanthorp—. Creí que sería mejor salir disimuladamente. La señorita de Bellefort estaba disponiéndose a armar un escándalo.

—Y luego sacó la pistola —continuó Cornelia—. El señor Doyle dió un salto para arrebatársela. La pistola se disparó y le hirió en una pierna. Luego ella empezó a sollozar y a llorar. Yo estaba espantada y salí corriendo tras el señor Fanthorp. Él volvió conmigo y el señor Doyle dijo que no armásemos ningún escándalo. Uno de los camareros, al oír la detonación, subió corriendo. Pero el señor Fanthorp le dijo que no ocurría nada. Luego llevamos a Jacqueline a su camarote y el señor Fanthorp se quedó con ella mientras yo salía a buscar a la señorita Bowers.

—¿A qué hora fué eso? —insistió Race.

—¡Cielos! No lo sé.

Fanthorp respondió prontamente:

—Serían las doce y media cuando llegué a mi camarote.

—Quiero estar seguro sobre uno o dos puntos —declaró Poirot —. Después que la señorita Doyle salió del salón, ¿alguno de ustedes cuatro salió también?

—No.

—¿Está usted completamente seguro de que la señorita de Bellefort no abandonó el salón?

—Completamente seguro. Ni Doyle, ni la señorita de Bellefort, ni la señorita Robson, ni yo, salimos del salón.

—Bien. Esto establece el hecho de que la señorita de Bellefort no pudo posiblemente haber matado a la señora Doyle antes —digamos — antes de las doce y veinte. Ahora bien, señorita Robson, usted fué a buscar a la señorita Bowers. ¿Estuvo la señorita de Bellefort sola, en su camarote, durante ese período?

—No, el señor Fanthorp permaneció en su compañía.

—Bien. Hasta ahora la señorita de Bellefort puede presentar una coartada perfecta. La señorita Bowers es la siguiente persona que hay que interrogar. Pero, antes de llamarla, desearía conocer su

opinión sobre uno o dos puntos. El señor Doyle, dice usted, estaba ansioso porque la señorita de Bellefort no quedase sola. ¿Temía él, cree usted, que ella premeditara algún acto imprudente?

—Ésa es mi opinión —declaró Fanthorp.

—¿Temía él que ella atacase a la señora Doyle?

—No —respondió Fanthorp, meneando la cabeza—. No creo que fuese ésa su idea. Creo que temía que ella pudiese… hacerse daño a sí misma.

—¿Un suicidio?

—Sí. Usted verá. Ella estaba serena, pero acongojada por lo que había hecho. Se reprochaba a sí misma. No hacía más que decir que sería mejor que estuviese muerta.

Cornelia dijo, tímidamente:

—Creo que él estaba angustiado por ella. Le habló… bondadosamente. Le dijo que todo era culpa de él, que él la había tratado mal.

—Ahora pasemos a la pistola —continuó Poirot—. ¿Qué se hizo del arma?

—Ella la soltó —declaró Cornelia.

—¿Y después?

Fanthorp explicó que él volvió para buscarla, pero el arma había desaparecido.

—¡Ajá! —dijo Poirot—. Ahora llegamos a lo interesante. Hablemos, se lo ruego, con precisión. Descríbame exactamente lo que ocurrió.

—La señorita de Bellefort la dejó caer. Luego la apartó de ella de un puntapié.

—Y fué a parar debajo de una otomana, dice usted. Ahora tenga mucho cuidado. ¿La señorita de Bellefort no recuperó aquella pistola antes de abandonar el salón?

Fanthorp y Cornelia estaban muy seguros sobre este punto.

—Precisamente, Yo procuro ser muy exacto. Cuando la señorita de Bellefort sale del salón, la pistola está debajo de la otomana. Y puesto que la señorita de Bellefort no ha quedado sola, estando en compañía del señor Fanthorp, no tiene ocasión de recuperar el arma después de salir ella del salón. ¿Qué hora era, señor Fanthorp, cuando volvió para buscarla?

—Poco antes de las doce y media.

—¿Y cuánto tiempo habría transcurrido desde que usted y el doctor Bessner sacaron al señor Doyle del salón, hasta que usted volvió a buscar la pistola?

—Unos cinco minutos, quizá algo más.

—Entonces, en esos cinco minutos *alguien sacó la pistola del lugar dónde estaba, fuera del alcance de la vista, debajo de la otomana*. Ese alguien no fué la señorita de Bellefort. ¿Quién fué? Parece probable que la persona que la cogió fué el asesino de la señora Doyle. Podemos suponer también que esa persona oyó o vio algo de lo ocurrido poco antes.

—No veo cómo saca esa conclusión —objetó Fanthorp.

—Porque —explicó Hércules Poirot— usted acaba de decirnos *que la pistola estaba fuera del alcance de la vista, debajo de la otomana*. Por lo tanto, es difícilmente creíble que fué descubierta por casualidad. La cogió alguien que sabía que estaba allí, por consiguiente, ese alguien debe haber presenciado la escena.

Fanthorp sacudió la cabeza.

—No vi a nadie cuando salí a la cubierta, poco antes de dispararse el tiro.

—Ah, pero usted salió por la puerta del lado de estribor.

—Sí. Por el lado dónde está mi camarote.

—En tal caso, si hubiese habido alguien en la puerta del lado de babor, mirando por los cristales, ¿usted no le habría visto?

—No —admitió Fanthorp.

—¿Oyó alguien el tiro?, excepto el muchacho nubio.

—Que yo sepa, no. Verá usted, las ventanas estaban cerradas. La señorita Van Schuyler notó una corriente de aire a primeras horas de la noche. Las puertas estaban cerradas. Dudo de que el disparo fuese oído cerca. Sonaría como el taponazo de un corcho.

Race dijo:

—Que yo sepa, nadie parece haber oído el otro disparo, el tiro que mató a la señora Doyle.

—Eso lo investigaremos dentro de poco —indicó Poirot—. Por el momento, nos ocupamos de *mademoiselle* de Bellefort. Hemos de hablar con la señorita Bowers. Primero —antes de que se marchen —: me darán ustedes una pequeña información referente a ustedes mismos —agregó, dirigiéndose a Cornelia y a Fanthorp—. Así no será necesario volver a llamarles después. Usted primero, *monsieur*,

su nombre entero.

—Jaime Lechdale Fanthorp.

—¿Dirección?

—Glanmore House, Market Donnington, Northamptonshire.

—¿Profesión?

—Soy abogado.

—Sus razones para visitar este país.

Hubo una pausa. Por primera vez el impasible señor Fanthorp apareció desconcertado. Al fin, dijo:

—Por… placer.

—¡Ajá! —dijo Poirot—. Toma unas vacaciones, ¿eh?

—Sí…

—Muy bien, señor Fanthorp. ¿Quiere darme una breve descripción de sus movimientos de anoche, después de los sucesos que acabamos de relatar?

—Me marché directamente a la cama.

—¿Eso fué a…?

—Poco después de las doce y media.

—¿Su camarote es el número veintidós, que está al lado de estribor, el más cercano al salón?

—Sí.

—Le haré una pregunta más. ¿Oyó algo… algo, después de irse a su camarote?

Fanthorp reflexionó.

—Me acosté seguidamente. Me parece haber oído una especie de chapoteo cuando me quedaba dormido. Nada más.

—¿Oyó una especie de chapoteo? ¿Cerca?

—Realmente, no podría decir. Estaba medio dormido ya.

—¿A qué hora fué eso?

—Podría haber sido cerca de la una.

—Gracias, señor Fanthorp. Eso es todo.

Poirot se dirigió a Cornelia.

—Ahora, señorita Robson. ¿Su nombre?

—Cornelia Ruth. Mis señas: The Red House, Bellfield. Connecticut.

—¿Qué le trajo a usted a Egipto?

—Mi prima María, la señorita Van Schuyler, me trajo con ella de viaje.

—¿Conocía usted al señor Doyle, con anterioridad a este viaje?

—No.

—¿Qué hizo usted anoche?

—Me fui seguidamente a la cama, después de ayudar al doctor Bessner en la curación de la pierna del señor Doyle.

—¿Su camarote es…?

—El cuarenta y uno, situado en el lado de babor, al lado mismo del de la señorita de Bellefort.

—¿Oyó algo?

Cornelia movió negativamente la cabeza.

—No oí nada.

—¿Ningún chapoteo?

—No. Pero no podría oírlo, porque el barco está arrimado a la orilla por mi lado.

—Gracias, señorita Robson. Ahora quizá tendrá la amabilidad de rogar a la señorita Bowers que venga aquí.

Fanthorp y Cornelia salieron.

—Esto parece estar bastante claro —comentó Race—. A menos que tres testigos independientes estén mintiendo, Jacqueline de Bellefort no pudo haber cogido la pistola. Pero alguien lo hizo. Y alguien oyó la escena. Y alguien, escribió una J en la pared.

Sonó un golpecito en la puerta. La señorita Bowers entró.

En respuesta a Poirot, dió su nombre, domicilio, etc., añadiendo:

—He estado cuidando a la señorita Van Schuyler desde hace más de dos meses.

—¿La salud de la señorita Van Schuyler es muy delicada?

—Se trata de una mujer que no es muy joven; está pensando siempre en su salud y le gusta tener una enfermera a su lado. No tiene nada de particular Simplemente le gusta que la cuiden y se ocupen de ella. Está dispuesta a pagar estos servicios.

Poirot movió comprensivamente la cabeza. Dijo:

—Tengo entendido que la señorita Robson la fué a buscar a usted anoche.

—Sí, así es.

—¿Quiere decirme exactamente lo que sucedió?

—La señorita me explicó lo ocurrido y la acompañé. Encontré a la señorita de Bellefort en un estado de excitación nerviosa próximo al histerismo.

—¿Pronunció ella algunas amenazas contra la señora Doyle?

—No. Se reprochaba a sí misma. Yo diría que había ingerido una buena cantidad de bebidas espirituosas. Me pareció que no debía dejársela sola. Le di una inyección de morfina y le hice compañía.

—¿La señorita de Bellefort salió de su camarote?

—No, no salió.

—¿Y usted?

—Estuve con ella hasta las primeras horas de la madrugada.

—¿Está segura?

—Completamente segura.

—Gracias, señorita Bowers.

La enfermera salió. Los dos hombres se miraron mutuamente.

Jacqueline quedaba definitivamente descartada del crimen. ¿Quién mató, entonces, a Linnet Doyle?

CAPÍTULO XIV

—Alguien robó la pistola. ¡No fué Jacqueline de Bellefort! Alguien sabía lo suficiente para tener el convencimiento de que el crimen sería atribuido a ella. Pero ese alguien no sabía que una enfermera iba a darle una inyección de morfina y pasaría toda la noche con ella. Añadiré otra cosa más. Alguien ya había intentado matar a Linnet Doyle lanzando una roca por el acantilado. Ese alguien no fué Jacqueline de Bellefort. ¿Quién fué?

El que hablaba era Race. Poirot contestó:

—Sería más sencillo decir quién no pudo haber sido. Ni el señor Doyle, ni la señora Allerton, ni el señor Allerton, ni la señorita Van Schuyler, ni la señorita Bowers. Ninguno de ellos pudo haber tenido nada que ver con ello. Todos ellos estaban al alcance de la vista.

—¡Hum! —murmuró Race—. Eso deja un campo muy vasto. ¿Y el móvil?

—Ahí es donde espero que el señor Doyle pueda ayudarnos. Han ocurrido varios incidentes…

La puerta se abrió y Jacqueline de Bellefort entró.

Estaba palidísima y tropezó al andar.

—Yo no lo hice —declaró. Su voz semejaba la de una criatura asustada—. Yo no lo hice. ¡Oh, por favor, créame! Todo el mundo pensará que yo lo hice… pero yo no lo hice… yo no lo hice… Es… es terrible. ¡Ojalá no hubiese ocurrido! Pude haber matado a Simón anoche… creo que estaba loca. Pero yo no hice lo otro.

Se sentó y comenzó a llorar. Poirot le dió unas palmaditas en el hombro.

—Tranquilícese, tranquilícese. Sabemos que usted no mató a la señora Doyle. Está probado, sí, probado, *mon enfant*. No fué usted.

—Pero ¿quién lo hizo?

—Ésa —declaró Poirot— es la pregunta que nosotros nos hacemos. ¿Puede ayudarnos en eso, hija mía?

—No sé… no puedo imaginarme… no, no tengo la más remota idea. —Frunció el ceño—. No —dijo al fin—. No puedo imaginarme a nadie que quisiera verla muerta —su voz titubeó— excepto yo.

—Dispense un momento —dijo Race—. Se me ocurre una cosa.

Salió precipitadamente de la habitación.

Jacqueline de Bellefort permaneció sentada, con la cabeza baja, retorciendo nerviosamente los dedos. Prorrumpió de pronto:

—La muerte es horrible… horrible. Detesto el pensar en ella.

Poirot dijo:

—Sí. No es agradable pensar que ahora, en este mismo momento, alguien se está regocijando por la afortunada ejecución de su plan.

—¡No! ¡Por favor! —exclamó Jacqueline—. Suena horrible del modo como lo expone usted.

—Es verdad.

—Yo… yo quería verla muerta y ella está muerta. Y lo que es peor… murió tal como yo lo dije.

—Sí, *mademoiselle*. Murió de un tiro en la cabeza.

La joven gritó:

—¡Entonces tenía yo razón, en el hotel de las Cataratas! ¡Alguien escuchaba!

—¡Ah! —Poirot asintió con un movimiento de cabeza—. Me preguntaba si usted recordaba esa coincidencia. Sí, es demasiada coincidencia… que la señora Doyle haya muerto del modo que usted describió.

Jacqueline se estremeció.

—El hombre de aquella noche, ¿quién podría ser?

—¿Está segura de que fué un hombre, *mademoiselle*?

Jacqueline le miró con sorpresa.

—Sí, desde luego. A menos que…

—¿Sí, *mademoiselle*?

Ella enarcó las cejas, entornando los ojos, en un esfuerzo para recordar. Dijo, lentamente:

—Me pareció que era un hombre…

—¿Pero ahora no está segura de ello?

—No, no puedo estar segura. Simplemente supuse que era un

hombre. Pero, realmente, no era más que una figura… una sombra…

Hizo una pausa, y como Poirot no dijo nada, preguntó:

—¿Cree que debió ser una mujer? Pero ¿es seguro que ninguna de las mujeres de este barco puede haber querido matar a Linnet?

Poirot movió la cabeza de un lado a otro.

La puerta se abrió y Bessner entró.

—¿Quiere venir a hablar con el señor Doyle, *monsieur* Poirot? Quiere verle.

Jacqueline se puso en pie de un salto.

—¿Cómo está? ¿Está… bien?

—Naturalmente que no está bien —reprochó el doctor—. Tiene el hueso fracturado.

—Pero ¿no se morirá? —gritó Jacqueline.

—¡Ah! ¿Quién habla de morirse? Cuando lleguemos a la civilización se le sacará una radiografía y se le someterá a un tratamiento apropiado.

—¡Oh!

Las manos de la muchacha se estremecieron convulsivamente.

Se hundió de nuevo en su asiento.

Poirot salió acompañando al doctor y en aquel momento Race se aproximó. Subieron a la cubierta de paseo y fueron al camarote de Bessner.

Simón Doyle yacía sobre unos cojines, con una jaula improvisada para su pierna.

—Hagan el favor de entrar. El doctor me ha hablado… me ha hablado de Linnet. No puedo creerlo… Simplemente no puedo creerlo… no puedo creer que sea verdad.

—Lo sé. Es un golpe fuerte —dijo Race.

Simón tartamudeó:

—Ustedes saben… Jacqueline no lo hizo. ¡Tengo el convencimiento de que Jacqueline no lo hizo! La situación es grave para ella, pero ella no lo hizo. Ella… estaba algo embriagada anoche, excitada, y por eso me agredió. Pero ella… ella no cometería un asesinato… un asesinato a sangre fría.

Poirot dijo, dulcemente:

—No se acongoje, señor Doyle. La señorita de Bellefort no mató a su esposa.

—¿No me engaña?

—Pero puesto que no fué la señorita de Bellefort —continuó el detective—, ¿puede usted darnos alguna idea de quién puede haber sido?

Simón meneó negativamente la cabeza.

—Parece fantástico. Está Windleshaw, desde luego. Linnet le despreció, más o menos, para casarse conmigo… pero no puedo imaginarme a un individuo tan cortés como Windleshaw cometiendo un asesinato; además, está a muchas millas de aquí. Lo mismo puede decirse del viejo *sir* Jorge Wode (no puede ver a Linnet por el asunto de la casa). Le desagradó el modo como ella la iba echando abajo; pero él se encuentra a miles de millas de aquí, en Londres.

—Escuche, señor Doyle. —Poirot habló en tono muy serio—. El primer, día que yo vine a bordo del *Whisky*, me impresionó una conversación que tuve con su esposa. Estaba muy nerviosa, trastornada, parecía una loca. Me dijo, escuche bien, que todo el mundo la odiaba. Declaró que tenía miedo, que no se encontraba segura, como si todas las personas que la rodeaban fuesen sus enemigos.

—Estaba trastornada por haber encontrado a Jacqueline a bordo. También lo estaba yo —declaró Simón.

—Es verdad… pero no explica del todo aquellas palabras. Cuando manifestó que estaba rodeada de enemigos es casi seguro que exageraba, pero ello significaba más de una persona.

—Quizá tenga usted razón —reconoció Doyle—. Creo poder explicar eso. Fué un nombre de la lista de los pasajeros lo que la trastornó.

—¿Un nombre de la lista de los pasajeros? ¿Qué nombre?

—Verá usted. Ella realmente no me lo dijo. En verdad, yo ni siquiera escuchaba muy atentamente. Yo pensaba en Jacqueline entonces. Según recuerdo, Linnet dijo algo referente a jugar una mala pasada a alguien en asuntos de negocios, y que la ponía nerviosa encontrar a alguien que tuviese inquina a su familia. Verá usted, aunque yo realmente desconozco la historia de su familia muy bien, tengo entendido que la madre de Linnet era hija de un millonario. Su padre era un hombre rico, pero después de su casamiento empezó a especular en la Bolsa. Resultado de esto,

naturalmente, algunas personas salieron perjudicadas. ¿Comprende usted? La opulencia un día, al arroyo al día siguiente. Bien, entendí que había alguien a bordo cuyo padre se había enfrentado con el padre de Linnet y había recibido un descalabro financiero. Recuerdo que Linnet decía: «Es horrible cuando la gente odia a una sin conocerla siquiera».

—Sí —murmuró Poirot, pensativamente—. Eso explicaría lo que ella me dijo. Por primera vez sentía el peso de su herencia y no sus ventajas. ¿Está usted seguro, señor Doyle, de que ella no mencionó el nombre de esa persona?

—Realmente, no presté mucha atención.

Bessner dijo, secamente:

—¡Ah! Pero yo puedo adivinarlo. Hay ciertamente un joven con un agravio a bordo.

—¿Se refiere a Ferguson? —inquirió Poirot.

—Sí. Habló con la señora Doyle una o dos veces. Yo mismo le he oído.

—¿Qué podemos hacer para averiguarlo? —inquirió Simón.

—El coronel Race y yo tenemos que interrogar a todos los pasajeros. Hasta que no hayamos recogido sus declaraciones es imprudente formular una hipótesis. Luego hay la doncella. Tenemos que interrogarla primero que a nadie. Tal vez sería conveniente que lo hiciéramos aquí. La presencia del señor Doyle puede servirnos de ayuda.

—Sí, es una buena idea —aprobó Simón.

—¿Ha estado mucho tiempo al servicio de la señora Doyle?

—Sólo un par de meses.

—¿Tenía *madame* algunas joyas valiosas?

—Sus perlas. Una vez me dijo que valían unas cuarenta o cincuenta mil libras. —Se estremeció—. ¡Dios mío! ¿Cree usted que esas malditas perlas…?

—El robo es un posible móvil —declaró Poirot—. De todos modos, no parece creíble… Bien, veremos… Llamemos a la criada.

Luisa Bourget era esa misma trigueña vivaracha, latina, que Poirot vio un día. No parecía nada de vivaracha ahora. Había estado llorando y parecía estar asustada. Sin embargo, tenía su rostro una expresión de astucia que no predispuso en su favor a los hombres.

—¿Es usted Luisa Bourget?

—Sí, *monsieur*.

—¿Cuándo vio usted por última vez a *madame* Doyle viva?

—Anoche, *monsieur*. La esperaba en el camarote para desnudarla.

—¿A qué hora era eso?

—Poco después de las diez, *monsieur*. No puedo decir exactamente qué hora era. Yo desvisto a *madame*, la pongo en la cama y me marcho.

—Y cuando salió, ¿qué hizo usted?

—Me fui a mi camarote, *monsieur*, a la cubierta de abajo.

—¿Y no oyó ni vio nada más que pudiera ayudarnos?

—¿Cómo es posible, *monsieur*?

—Eso, *mademoiselle*, es usted quién ha de decirlo, no nosotros —replicó Poirot.

Ella dirigió una mirada de soslayo.

—Pero, *monsieur*, yo no me encontraba cerca… ¿Qué podía yo haber visto u oído? Yo estaba en la cubierta de abajo. Mi camarote está al otro lado del barco. Es imposible que yo haya oído alguna cosa. Naturalmente, si yo no hubiese podido dormir, si yo hubiese subido la escalera, entonces quizá podría haber visto al asesino entrar o salir del camarote de *madame*, pero tal como es…

Se dirigió apelando a Simón.

—*Monsieur*, yo le imploro a usted… ¿Usted ve cómo es? ¿Qué puedo decir yo?

—Oiga, muchacha —dijo Simón, ásperamente—. No sea estúpida. Nadie piensa que usted vio u oyó algo. No tema nada. Yo me cuidaré de usted. Nadie le acusa de nada.

Luisa murmuró:

—*Monsieur* es muy bueno —y bajó los párpados modestamente.

—¿Hemos de entender, pues, que usted no oyó ni vio nada? —intervino Race, afirmando.

—Eso es lo que he dicho, *monsieur*.

—¿Y no conoce a nadie que tuviese ojeriza a su ama?

Ante la sorpresa de sus oyentes, Luisa movió vigorosamente Ja cabeza.

—¿Sí? Eso sí que lo sé.

Poirot interrogó:

—¿Se refiere a *mademoiselle* de Bellefort?

—A ella, ciertamente. Pero no me refiero a ella. Había alguien más a bordo que detestaba a *madame*, que estaba muy furioso por el modo cómo ella le había agraviado.

—¡Cielos! —exclamó Simón—. ¿Qué es todo esto?

—¡Sí, sí, sí, es como digo! Me refiero a la anterior criada de *madame*, a mi antecesora. Había un hombre, uno de los maquinistas de este barco, que quería casarse con ella. Y mi antecesora (se llamaba María) lo habría hecho. Pero *madame* Doyle efectuó algunas indagaciones y averiguó que este maquinista, llamado Fleetwood, tenía ya mujer, una negra, una mujer de este país. Ella había vuelto a su familia, pero él estaba aún casado con ella. Y así *madame* dijo todo esto a María y ésta tuvo un disgusto de muerte, pero no quiso ver más a Fleetwood. Y este Fleetwood se puso furioso, y cuando averiguó que *madame* Doyle había sido, la señorita Linnet Ridgeway me dijo que quería matarla.

—Esto es interesante —comentó Race.

Poirot se dirigió a Simón.

—¿Sabía usted algo de esto?

—Nada en absoluto —respondió Simón, con evidente sinceridad —. Dudo de que Linnet conociese siquiera que el hombre ese estaba en el barco. Probablemente había olvidado el incidente. Volvióse bruscamente hacia la criada.

—¿Dijo usted algo de esto a la señora Doyle?

—No, *monsieur*, desde luego que no.

—¿Sabe usted algo de las perlas de su señora? —interrogó Poirot.

—¿Sus perlas? —Los ojos de Luisa se dilataron—. Las llevaba anoche.

—¿Las vio usted cuando ella se acostó?

—Sí, *monsieur*.

—¿Dónde las puso ella?

—Sobre la mesa, como siempre.

—¿Es allí donde las vio usted la última vez?

—Sí, señor.

—¿Las vio usted allí esta mañana?

Una expresión de sobresalto apareció en el rostro de la muchacha.

—*¡Mon Dieu!* Ni siquiera miré. Me aproximé a la cama, vi… vi a *madame*, y luego grité, salí, corriendo, por la puerta y me desmayé.

Hércules Poirot movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Usted no miró; pero yo, yo tengo ojos que observan, y no había nada sobre la mesa, junta a la cama, esta mañana.

CAPÍTULO XV

La observación de Hércules Poirot era exacta.

Se ordenó a Luisa Bourget que buscase entre los efectos personales de Linnet. Según ella, todo estaba en orden. Únicamente las perlas habían desaparecido.

Cuando salían del camarote, un camarero estaba esperando para anunciarles que el desayuno había sido servido en el salón de fumar.

Cuando pasaban por la cubierta, Poirot hizo una pausa para mirar por encima del barandaje.

—¡Ajá! Veo que ha tenido usted una idea.

—Sí. Se me ocurrió de repente, cuando Fanthorp mencionó que le pareció haber oído un chapoteo, que a mí también me despertó anoche un chapoteo. Es muy posible que, después del asesinato, el asesino arrojara la pistola por la borda. Poirot murmuró, lentamente:

—¿Realmente cree que eso es posible?

—Es una sugerencia. Después de todo, la pistola no estaba por el camarote. Es lo primero que busqué.

—De todos modos —dijo Poirot—, es increíble que la hayan tirado por la borda.

—¿Dónde está, entonces? —preguntó Race.

—Si no está en el camarote de la señora Doyle, hay, lógicamente, tan sólo un sitio donde pudiera estar.

—¿Dónde es eso?

—En el camarote de Jacqueline.

—Sí. Comprendo… —Se detuvo de repente—. Ella ha salido del camarote. ¿Vamos a dar un vistazo?

—No, amigo mío, esto sería precipitado. Quizá no la han puesto

aún allí.

—¿Qué le parece si iniciamos inmediatamente un registro de todo el barco?

—Esto revelaría nuestros propósitos. Debemos actuar con suma cautela. Nuestra posición es muy delicada, por el momento. Discutamos el caso mientras desayunamos.

Race asintió. Entraron en el salón.

—¿Bien? —dijo Race, mientras se servía una taza de café—. Tenemos dos pistas. La desaparición de las perlas y el maquinista Fleetwood. En cuanto a las perlas, el robo parece ser el móvil más indicado, pero… ignoro si usted convendrá conmigo…

Poirot dijo, rápidamente:

—¿Escogieron un momento extraño? Exacto. Robar las perlas en un viaje como éste invita a un registro minucioso de todas las personas que hay a bordo. ¿Cómo, pues, podría el ladrón abrigar la esperanza de largarse con el botín?

—¿Podría haber saltado a tierra para esconderlo?

—La compañía tiene siempre un vigilante en la orilla.

—Entonces no es factible. ¿Se cometió el crimen para desviar la atención del robo? No, esto no tiene sentido común es profundamente insatisfactorio. Pero ¿y si suponemos que la señora Doyle despertó y sorprendió al ladrón *in fraganti*?

—En este caso eso también parece ilógico… ¿Sabe usted?, tengo una idea referente a esas perlas… y, sin embargo… no… es imposible. Porque si mi idea es acertada, las perlas no habrían desaparecido. Dígame, ¿qué opina usted de la criada?

—Me pregunté —contestó Race, lentamente— si ella sabía más de lo que declaró.

—¡Ah! ¿Usted también tuvo esa impresión?

—Francamente, no es una muchacha simpática.

Hércules Poirot asintió.

—Sí, no me fiaría de ella.

—¿Cree que está complicada en el asesinato?

—No, no diría eso.

—¿En el robo de las perlas, entonces?

—Eso es más probable. Hace muy poco tiempo que sirve a la señora Doyle. Puede ser un miembro de una banda que se especializa en robos de joyas. En tal caso hay a menudo una

sirvienta con excelentes referencias. Por desgracia, no estamos en situación de obtener información sobre estos puntos. Y, sin embargo, esa explicación no me satisface del todo… Esas perlas (*¡an, sacré!*) mi idea debe ser acertada. No obstante, nadie sería tan imbécil…

Se interrumpió.

—¿Qué opina usted de ese maquinista?

—Tenemos que interrogarle. Es posible que tengamos ahí la solución. Si la historia de Luisa Bourget es verdad, ese individuo tenía un motivo definido para vengarse. Pudo haber oído la escena que se desarrolló entre Jacqueline y el señor Doyle, y cuando ellos salieron del salón, pudo entrar y apoderarse de la pistola. Sí, todo es posible. Y esa letra J escrita con sangre. Eso también concordaría con una naturaleza simple y algo grosera.

—En realidad, ¿es la persona que buscamos?

—Sí… solamente… Reconozco mis debilidades. Se ha dicho de mí que me gusta complicar, hacer difícil un caso. Esta solución que usted me ofrece es demasiado sencilla… demasiado fácil. No puedo, avenirme a que realmente sucediera. Y, sin embargo, puede ser puro prejuicio por mi parte.

—Bueno, sería mejor que llamemos al sujeto aquí.

Race pulsó el timbre y dió la orden.

—¿Alguna otra posibilidad? —dijo luego.

—Muchas, amigo mío. Hay, por ejemplo, el síndico norteamericano.

—¿Pennington?

—Si, Pennington. Hubo una escena algo extraña el otro día aquí.

Narró lo sucedido.

—Como usted ve, es significativo. *Madame* quería leer todos los documentos antes de firmar. En consecuencia, él se excusa y lo aplaza para otro día. Luego el marido hace una observación muy significativa.

—¿Qué fué ello?

—Dijo: «Yo nunca leo nada. Firmo donde me dicen que firme». ¿Percibe usted el significado de esto? Pennington lo percibió. Lo vi en sus ojos. Miró a Doyle como si le hubiera asaltado una nueva idea. Imagínese usted que ha sido nombrado depositario administrador de la fortuna de la hija de un hombre inmensamente

rico. Emplea usted tal vez ese dinero para especular. Sé que es así en todas las novelas detectivescas, pero también se leen esas cosas en la prensa. Sucede, amigo mío, sucede.

—No lo discuto —observó Race.

—Aún hay, quizá, tiempo para cubrirse especulando desesperadamente. Su pupila no es todavía mayor de edad. Y luego… ¡ella se casa! ¡El control pasa de sus manos a las de ella en un momento! ¡Un desastre! Pero todavía hay una posibilidad. Ella parte en viaje de luna de miel. Quizá obrará descuidadamente respecto a los negocios, al dinero. Un documento casual deslizado entre otros, firmado sin leer. Pero Linnet Doyle no era esa clase de mujer. Luna de miel o no, era una mujer de negocios. Luego su esposo formula una observación y una nueva idea asalta la mente de ese hombre desesperado que busca una salida a su ruina. Si Linnet Doyle muriese, su fortuna pasaría a su marido… y él sería una presa fácil, un niño en las manos de un hombre astuto como Andrés Pennington. Coronel, le digo a usted que vi el pensamiento cruzar por la cabeza de Pennington. «Si no tuviera que entendérmelas más que con Doyle…». Eso es lo que pensaba.

—Es posible —dijo Race, secamente—. Pero usted no posee pruebas.

—¡Ay, no!

—Luego está el joven Ferguson —indicó Race—. Habla muy amargamente. No es que dé importancia a las palabras; no es que me guié por lo que habla. No obstante, él podría ser el individuo cuyo padre arruinó el viejo Ridgeway. Esto parece algo complicado, algo así como traído por los cabellos, pero es posible. Hay gente que cavila algunas veces sobre agravios pasados.

Hizo una pausa, y añadió:

—Y está mi sujeto.

—Sí, está su «sujeto», como usted le llama.

—Es un individuo capaz de asesinar —dijo Race—. Lo sabemos. Por otra parte, no veo cómo puede haberse topado con Linnet Doyle. Sus esferas no se tocan.

Poirot dijo, lentamente:

—A menos que, casualmente, ella haya conseguido pruebas que demuestren su identidad.

—Es posible, pero parece ser muy improbable.

Sonó un golpe en la puerta.

—¡Ah! Ahí tenernos a nuestro aspirante a bígamo.

Fleetwood era un hombretón de aspecto truculento. Miró recelosamente del uno al otro al entrar en la habitación. Poirot reconoció que era el hombre que estuvo hablando con Luisa Bourget.

Fleetwood dijo, receloso:

—¿Querían verme?

—Sí —respondió Race—. ¿Probablemente usted conoce que se cometió un asesinato a bordo de este barco anoche?

Fleetwood asintió con la cabeza.

—Y creo es cierto que usted tenía motivos para estar furioso contra la mujer asesinada.

Una expresión de alarma surgió en los ojos del maquinista.

—¿Quién le dijo eso?

—Usted consideraba que la señora Doyle intervino entre usted y una joven.

—Sé quién lo ha dicho: esa tunanta y embustera de francesa. Esa mujer es una embustera acabada.

—Pero esta historia da la casualidad de que es verdad.

—¡Es una mentira!

—Dice usted eso aunque todavía ignora de qué se trata.

El hombre se sonrojó y resopló.

—¿Es verdad? ¿No es cierto que usted iba a casarse con esa muchacha María y que ella rompió las relaciones cuando descubrió que usted era un hombre casado ya?

—¿Qué le importa a ella?

—Usted quiere decir que qué le importa a la señora Doyle. Bien, usted sabe que la bigamia es la bigamia.

—No se trata de eso. Me casé con una de las indígenas. No resultó bien. Ella volvió al lado de su familia. No la he visto desde hace doce años.

—Sin embargo, estaba casado con ella.

El individuo permaneció mudo.

—¿La señora Doyle o la señorita Ridgeway, como entonces se llamaba, descubrió esto? —preguntó Race.

—Sí, maldita sea. Metió la nariz donde nadie la llamaba. Sí, es verdad que le tenía inquina. ¡Pero si usted piensa que soy un

asesino, si cree que yo la maté de un tiro, es una mentira!

Se detuvo. El sudor le corría por la cara.

—¿Dónde estuvo usted anoche entre las doce y las dos?

—En mi litera, dormido; y mi compañero se lo dirá también.

—Veremos —dijo Race. Despidió al individuo con un gesto breve—. Eso es todo.

—*¿Hé bien*? —dijo Poirot, cuando la puerta se cerró tras Fleetwood.

—Cuenta una historia verídica. Está nervioso, desde luego, pero no indebidamente. Tendremos que investigar su coartada, aunque supongo que no será decisiva. Su compañero estaba probablemente dormido y este individuo pudo haber entrado y salido si se le hubiese antojado. Depende de si alguien le vio —dijo Race.

—Sí, hay que investigar eso.

—A continuación —observó Race— hemos de comprobar si alguien oyó alguna cosa que pudiera darnos una pista de la hora del crimen. Bessner declara que debió ocurrir entre las doce y las dos. Parece razonable esperar que alguno de los dos pasajeros haya oído el disparo, aunque no reconocieran lo que fué. ¿Y usted?

—Yo dormí como un tronco. No oí nada, absolutamente nada.

—Es una lástima —comentó Race—. Ahora les toca a los Allerton. Ordenaré al camarero que los llame.

La señora Allerton entró vivamente.

—Es horrible —dijo, al aceptar la silla que Poirot le ofreció—. Apenas puedo creerlo. Esa preciosa criatura, joven, bella y rica, está muerta. Casi no puedo creerlo todavía.

—Comprendo sus sentimientos, *madame* —dijo Poirot, con simpatía.

—Me alegro de que usted se encuentre a bordo —declaró la señora Allerton, simplemente—. Usted será capaz de descubrir quién la mató. Me alegro mucho de que no haya sido esa pobre y trágica muchacha.

—¿Se refiere usted a la señorita Bellefort? ¿Quién le ha dicho que no fué ella?

—Cornelia Robson —dijo la señora Allerton, con una leve sonrisa—. Usted sabe, ella está simplemente emocionada por lo acaecido. Es probablemente la única cosa emocionante que le ocurrirá a ella. Pero es tan simpática, que le da vergüenza de

regocijarse por eso. Cree que es horrible de su parte. Pero no debo parlotear. Usted quiere hacerme preguntas.

—Si hace el favor… ¿A qué hora se acostó usted, *madame*?

—Poco después de las diez y media.

—¿Y se durmió en seguida?

—Sí.

—¿Y oyó algo durante la noche?

—Sí, me pareció oír un chapoteo y alguien que corría… o fué al revés. No estoy muy segura. Tuve la idea vaga de que alguien había caído entonces al mar.

—¿Sabe a qué hora fué eso?

—No, temo que no; Pero no creo que fuera mucho después de quedarme dormida. Quiero decir, que fué dentro de la primera hora, más o menos.

—¡Ay, *madame*! Eso no es muy concreto.

—No, ya lo sé que no lo es. Pero es inútil que yo pruebe de adivinar, ¿no es cierto? Más aún, cuando no tengo ni la más vaga idea.

—¿Y eso es todo cuanto usted puede decirnos, *madame*?

—Temo que sí.

—¿Conocía usted a la señora Doyle anteriormente?

—No. Timoteo la conocía. Y había oído hablar mucho de ella por medio de una prima nuestra, Juana Southwood, pero nunca le había hablado hasta que nos encontramos en Assuán.

—Debo hacerle otra pregunta, *madame*.

La señora Allerton murmuró, con una leve sonrisa:

—Me encantaría que me hiciese alguna pregunta indiscreta.

—Es ésta: ¿Usted o su familia sufrieron alguna vez alguna pérdida económica a causa de las operaciones del padre de la señora Doyle, Melhuish Ridgeway?

—¡Oh, no! Las finanzas de las familias no sufrieron nunca, excepto por una mengua…

—Muchas gracias, *madame*. Quizá tendrá la bondad de rogarle a su hijo que venga.

Tim dijo, frívolamente, cuando su madre se le aproximó:

—¿Ya se ha terminado el tormento? ¡Ahora me toca a mí! ¿Qué te preguntaron?

—Solamente si oí alguna cosa anoche —respondió la señora

Allerton—. Y desgraciadamente, no oí nada. No acierto a comprender por qué no oí nada. Después de todo, el camarote de Linnet está muy cerca del mío; no hay más que otro, entre el de ella y el mío. Yo diría que debiera haber oído el disparo. Anda, Tim, te esperan.

Poirot repitió a Tim la pregunta anterior. Éste respondió:

—Me acosté temprano, a eso de las diez y media, y leí un poco. Apagué la luz poco después de las once.

—¿Oyó algo después de eso?

—Oí la voz de un hombre dando las buenas noches, no muy lejos.

—Ése era yo, haciéndolo a la señora Doyle —dijo Race.

—Sí. Después de eso me quedé dormido. Luego, más tarde, oí una especie de tumulto y a alguien llamando a Fanthorp.

—Era la señorita Robson, cuando salió corriendo del salón de observación.

—Sí, supongo que fué eso. Y luego muchas voces distintas. Y después alguien corriendo por la cubierta. Y acto seguido oí al viejo Bessner gritando «cuidado» y «no vaya demasiado a prisa».

—¿Oyó un chapoteo?

—Algo por el estilo.

—¿Está seguro de que no fué un disparo lo que oyó?

—Sí. Supongo que pudo haber sido… Oí el estampido de un corcho. Quizá eso fué el disparo. Tal vez imaginé el chapoteo al relacionar la idea del corcho con un líquido vertiéndose en un vaso… Sé que tuve la vana impresión de que se celebraba alguna especie de reunión o fiesta.

—¿Algo más después de eso?

—Oí a Fanthorp moviéndose en su camarote de al lado.

—¿Y después de eso?

—Después de eso, me quedé dormido.

—¿No oyó nada más?

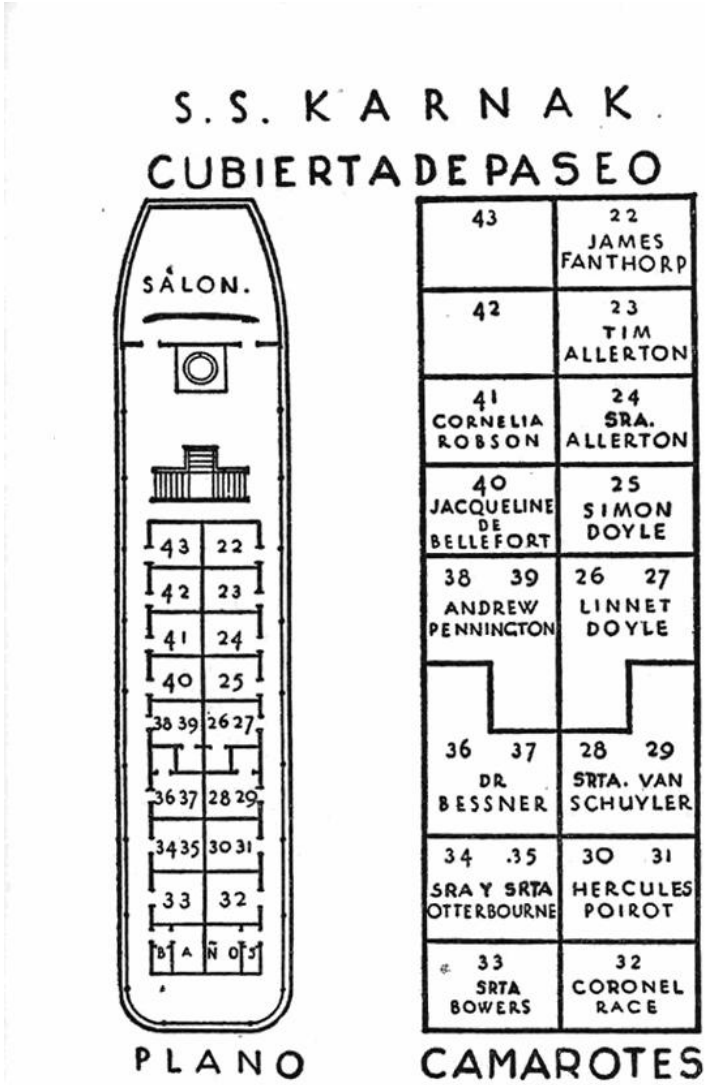
—Nada en absoluto.

—Gracias, señor Allerton.

Tim se levantó y salió del camarote.

CAPÍTULO XVI

Race examinó pensativamente un plano de la cubierta de paseo del *Whisky*. Fanthorp, el joven Allerton, la señora Allerton. Luego un camarote vacío: el de Simón Doyle. ¿Quién estaba al otro lado del de la señora Doyle? La vieja señora americana. Si alguien oyó algo, debería haber sido ella.



La señorita Van Schuyler entró en el camarote.

Race se incorporó e hizo una reverencia.

—Sentimos molestarla, señorita Van Schuyler. Es usted muy amable. Haga el favor de tomar asiento.

La señorita Van Schuyler dijo:

—Me desagrada que se me mezcle en esto. Me resiento de ello.

—Muy bien, muy bien. Estaba diciendo al señor Poirot que cuanto antes tomásemos su declaración tanto mejor sería, y así no será usted molestada más.

—Me alegro de que ustedes comprendan mis sentimientos. No estoy habituada a nada de esta clase de cosas.

Poirot dijo con tono dulce:

—Precisamente, *mademoiselle*. Por eso deseamos librarla de toda molestia lo antes posible. Ahora, usted se acostó anoche… ¿a qué hora?

—Las diez de la noche es mi hora acostumbrada. Anoche, algo más tarde, pues Cornelia Robson, muy desconsideradamente, me hizo esperar.

—*Tres bien, mademoiselle*. ¿Qué oyó después de recogerse?

La señorita Van Schuyler respondió:

—Tengo un sueño muy ligero.

—*A merveille*. Es muy afortunado para nosotros.

—Me despertó esa joven tan llamativa, la criada de la señora Doyle, que dijo: «*Bonne nuit, madame*».

—¿Y después?

—Me dormí de nuevo. Desperté pensando que alguien estaba en mi camarote, pero me percaté que era en el camarote de al lado.

—¿En el camarote de la señora Doyle?

—Sí. Luego oí a alguien en la cubierta y después un chapoteo.

—¿No tiene idea de la hora que era?

—Puedo decirle la hora exacta. Era la una y diez.

—¿Está segura?

—Sí. Consulté mi relojito que está junto a mi cama.

—¿No oyó un tiro?

—No, nada de eso.

—Pero ¿sería posible que fuese un disparo lo que le despertó?

—Es posible —admitió de mala gana.

—¿Y no tiene idea de lo que causó el ruido de chapoteo que usted oyó?

—Lo sé perfectamente.

El coronel se irguió en su asiento, alerta.

—¿Usted lo sabe?

—Ciertamente. No me gustó ese ruido de alguien merodeando cerca de mi camarote. Me levanté y fui a la puerta. La señorita

Otterbourne estaba inclinada sobre el barandaje. Acababa de tirar algo al agua.

—¿La señorita Otterbourne?

Race estaba realmente sorprendido.

—Sí.

—¿Está segura de que era ella?

—Le vi la cara claramente.

—¿Ella no la vio a usted?

—Creo que no.

Poirot se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué aspecto tenía su cara, *mademoiselle*?

—Aparecía en un estado de considerable emoción.

Race y Poirot cambiaron una mirada rápida.

—¿Y luego? —apuntó Race.

—La señorita Otterbourne se dirigió hacia la popa y yo volví a la cama.

Se oyó un golpe en la puerta y el administrador entró. Llevaba en la mano un bulto chorreando agua.

—Lo hemos conseguido, coronel.

Race cogió el paquete. Desenvolvió pliegue tras pliegue de terciopelo mojado. De él cayó un pañuelo tosco, manchado ligeramente de rosa, envuelto en torno de una pistolita de puño nacarado.

Race lanzó a Poirot una mirada maliciosa de triunfo.

—Usted ve —dijo—. Mi idea era acertada. Yo tenía razón. Fué tirada por la borda.

Mostró la pistola sobre la palma de la mano.

—¿Qué dice usted, *monsieur* Poirot? ¿Es esta pistola que usted vio en el hotel de Las Cataratas aquella noche?

El detective la examinó cuidadosamente; luego dijo reposadamente:

—Sí, ésa es. Tiene el trabajo de ornamento y las iniciales J. B. Es
un *article de luxe*, una producción muy femenina, pero no por ello deja de ser un arma mortífera.

—Del 22 —murmuró Race. Sacó el cargador—. Dos balas disparadas. Sí, no cabe duda.

La señorita Van Schuyler tosió significativamente.

—¿Y mi estola de terciopelo? —preguntó.

—¿Su estola, *mademoiselle*?

—Sí, ésa es mi estola de terciopelo, que tiene usted ahí.

Race recogió los pliegues de material chorreando.

—¿Esto es suyo, señorita Van Schuyler?

—¡Ciertamente, es mío! —exclamó la anciana señora—. La eché de menos anoche. Pregunté a todo el mundo si la habían visto.

—¿Dónde la vio usted la última vez, señorita Van Schuyler? —preguntó Race.

—La tuve en el salón anoche. Cuando me fui a la cama, no pude encontrarla por ninguna parte.

—¿Se da cuenta usted para qué se ha usado?

La extendió, indicando con un dedo el chamuscado y varios agujeritos.

—El asesino envolvió con ello la pistola para amortiguar el ruido del disparo.

—¡Qué impertinencia! —exclamó la señorita Van Schuyler.

Race dijo:

—Le agradeceré que me diga, señorita Van Schuyler, el tiempo que hace que conoce a la señora Doyle y si eran íntimas las relaciones que tenía con ella.

—No tenía ninguna clase de relaciones anteriormente.

—Pero ¿usted la conoce?

—Desde luego; conocía quién era ella.

—Pero ¿sus familias no se conocían?

—Como familia siempre nos hemos enorgullecido de ser selectos, coronel Race. Mi querida madre no habría pensado ni por asomo en visitar a nadie de la familia Hartz, quienes, aparte de su dinero, no eran nadie.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir, señorita Van Schuyler?

—No tengo que añadir nada a lo que le he dicho.

Se puso de pie y salió.

—Ésa es su historia —observó Race— y no saldrá de ella. Puede ser verdad. No sé. Pero… ¿Rosalía Otterbourne? No esperaba semejante cosa.

Poirot movió la cabeza con aire de perplejidad. Luego asestó de pronto un puñetazo sobre la mesa.

—Pero esto no tiene pies ni cabeza —exclamó.

Race le miró.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que hasta un punto todo aparece claro. Alguien quería matar a Linnet Doyle. Alguien oyó la escena del salón anoche. Alguien se introdujo sigilosamente allí y se apoderó de la pistola, la pistola de Jacqueline de Bellefort, recuérdelo bien. Alguien mató a la señora Doyle con esa pistola y escribió la letra J en la pared. Todo está claro, ¿no es verdad? Todo apuntaba a Jacqueline de Bellefort, señalándola como el asesino. ¿Y luego qué hace el asesino? ¿Dejar la pistola de Jacqueline de Bellefort, para que la encuentre cualquiera? No, él o ella, tira la pistola, esa prueba comprometedora particular, por la borda, al agua. ¿Por qué, amigo mío, por qué?

—Es extraño —murmuró Race.

—Es más que extraño… ¡es imposible!

—¡No es imposible, puesto que ocurrió!

—No quiero decir eso. Quiero decir que la concatenación de los acontecimientos es imposible. Hay algo que está equivocado.

CAPÍTULO XVII

El coronel Race miró con curiosidad a su compañero. Respetaba —tenía motivos para ello— el cerebro de Hércules Poirot. Sin embargo, por el momento, no comprendía el proceso mental del otro. No obstante, no formuló ninguna pregunta.

Continuó seguidamente discutiendo el asunto.

—¿Qué hay que hacer a continuación?

—Interrogar a la Otterbourne.

Rosalía Otterbourne entró de mala gana. No parecía nerviosa ni asustada, simplemente mal dispuesta y huraña.

—Bien —dijo—. ¿Qué desean?

—Estamos investigando la muerte de la señora Doyle —explicó Race.

Rosalía asintió con la cabeza.

—¿Quiere decirnos lo que hizo usted anoche?

—Mamá y yo nos acostamos temprano, antes de las once. No oímos nada en particular, excepto algo de ruido en la parte exterior del camarote del doctor Bessner. Oí la voz del alemán. Desde luego, no supe de qué se trataba hasta esta mañana.

—¿No oyó usted un disparo?

—No.

—¿Salió usted de su camarote anoche?

—No.

—¿Está segura?

Rosalía le miró con fijeza.

—¿Qué quiere usted decir? Desde luego que estoy segura de ello.

—¿Usted, por ejemplo, no fué al lado estribor del barco y tiró algo al agua?

El rostro de la muchacha se coloreó.

—¿Hay algo que prohíba tirar cosas por la borda?

—No, desde luego que no. ¿Entonces usted lo hizo?

—No, no. No salí de mi camarote.

—Entonces si alguien dice que vio a usted…

—¿Quién dice que me vio?

—La señorita Van Schuyler.

—¿La señorita Van Schuyler?

—Sí. La señorita Van Schuyler declara que se asomó a la puerta de su camarote y vio a usted arrojar alguna cosa al agua.

Rosalía dijo claramente:

—Eso es una mentira. —Luego, como si le asaltara repentinamente una idea, preguntó—: ¿A qué hora fué eso?

Fué Poirot quien contestó.

—Era la una y diez, *mademoiselle*.

Ella movió pensativamente la cabeza. Preguntó:

—¿Vio ella algo más?

Poirot la miró con curiosidad.

—Ver, no. Pero oyó algo.

—¿Qué oyó?

—Alguien que andaba dentro del camarote de la señora Doyle.

—Comprendo —murmuró Rosalía.

Estaba pálida, pálida como un muerto.

—¿E insiste en decir que usted no tiró nada por la borda, *mademoiselle*?

—¿Por qué diablos había yo de correr de un lado a otro tirando cosas por la borda, en medio de la noche?

—Podría haber una razón… una razón ingenua.

—¿Ingenua? —dijo la muchacha, vivamente.

—Eso es lo que he dicho. Usted ve, *mademoiselle*, alguna cosa fué tirada por la borda anoche, algo que no era inocente.

Race mostró el bulto de terciopelo manchado, abriéndolo para exhibir su contenido.

Rosalía Otterbourne se echó rápidamente hacia atrás.

—¿Fué con eso… con lo que la mataron?

—Si, *mademoiselle*.

—¿Y usted cree que yo… yo lo hice? ¿Qué tontería? ¿A santo de qué habría yo de querer matar a Linnet Doyle? ¡Ni siquiera la

conozco! —Se echó a reír y se irguió desdeñosamente—. Todo esto es demasiado ridículo.

—Recuerde, señorita Otterbourne —dijo Race— que la señorita Van Schuyler está dispuesta a jurar que vio su rostro claramente a la luz de la luna.

Rosalía volvió a reír.

—Esa vieja gata. Probablemente está medio ciega. No fué a mí a quien vio. —Hizo una pausa—. ¿Puedo marcharme ahora?

Race asintió con la cabeza y Rosalía Otterbourne salió de la habitación. Los ojos de los dos hombres se encontraron. Race encendió un pitillo.

—Eso tenemos: una contradicción rotunda. ¿A cuál de ellas hemos de creer?

Poirot meneó la cabeza.

—Tengo la idea de que ninguna de las dos habla con franqueza.

—Eso es lo peor de nuestra labor —dijo Race, desalentado—. Tantas personas callan la verdad por motivos francamente fútiles… ¿Qué hacemos ahora? ¿Continuar el interrogatorio de los pasajeros?

—Creo que sí.

La señora Otterbourne sucedió a su hija. Corroboró la declaración de Rosalía de que ambas se acostaron antes de las once. Ella misma no oyó nada de interés durante la noche. No podía decir si Rosalía salió del camarote o no. Sobre el tema del crimen estaba inclinada a extenderse.

—Sus sugerencias han sido muy útiles, señora Otterbourne —exclamó Race al terminar ella su declaración—. Tenemos que continuar nuestra labor ahora. Un millón de gracias.

La escoltó galantemente hasta la puerta y volvió enjugándose la frente.

—¡Qué mujer más venenosa! ¡Uf! ¿Por qué no la ha matado alguien?

—Puede suceder todavía —le consoló Poirot.

—Tal vez eso sería razonable. ¿Quién nos queda? Pennington lo reservaremos para el fin. Richetti, Ferguson.

El señor Richetti estaba muy voluble, muy agitado.

—¡Pero qué horror, qué infamia, una mujer tas joven y tan hermosa… en verdad, un crimen inhumano!

Sus respuestas fueron rápidas. Se había acostado temprano, muy

temprano. En realidad, inmediatamente después de cenar. Había leído durante un rato un folleto, habiendo apagado la luz poco antes de las once. No oyó ningún disparo. Ningún sonido como el estampido de un corcho. Lo único que oyó —pero eso fué más tarde — en medio de la noche, fué un chapoteo, un chapoteo grande, cerca de la puerta de su camarote.

—Su camarote está en la cubierta inferior, en la parte de estribor, ¿no es así?

—Sí, sí, así es. Y yo oigo el fuerte chapoteo.

—¿Puede usted decirnos a qué hora fué eso?

—Fué unas horas después de dormirme… Quizá dos horas.

—¿A eso de la una y diez, por ejemplo?

—Podría ser muy bien, sí.

Salió el señor Richetti, gesticulando ampliamente.

Seguidamente pasaron a interrogar al señor; Ferguson.

—¡Cuánto jaleo por este asunto! —se mofó—. ¿Y qué importa realmente? ¡Hay una cantidad enorme de mujeres de más en el mundo!

Race dijo fríamente:

—¿Puede darnos una referencia de sus movimientos de anoche, señor Ferguson?

—No veo por qué he de dársela. Pero no tengo ningún inconveniente. Estuve dando vueltas. Fui a tierra con la señorita Robson. Cuando ella volvió al barco yo di unas vueltas por mi cuenta durante un rato. Volví y me acosté a eso de medianoche.

—¿Su camarote está en la cubierta inferior, en el lado de estribor?

—Sí. No estoy arriba entre los potentados.

—¿Oyó un disparo? Podía haber sonado como el estampido de un corcho.

—Sí, creo que oí algo parecido. No recuerdo cuándo… antes de quedarme dormido. Pero había mucha gente de pie entonces, corriendo por la cubierta superior.

—Ese fué probablemente el tiro disparado por la señorita de Bellefort. ¿No oyó otro?

Ferguson negó con la cabeza.

—¿Ni un chapoteo?

—¿Un chapoteo? Sí, creo haber oído un chapoteo. Pero había

tanto ruido que no puedo estar seguro de lo que fuera.

—¿Salió usted de su camarote durante la noche?

—No, no salí. Y no tomé parte en la buena obra; mala suerte.

—Vamos, vamos, señor Ferguson, no se comporte infantilmente.

El joven reaccionó furiosamente:

—¿Por qué no he de decir lo que pienso? Creo en la violencia.

—Pero usted no practica lo que predica —murmuró Poirot—. Me pregunto… —Se inclinó hacia adelante—. ¿Fué ese hombre, Fleetwood?, ¿no es cierto?, ¿quien dijo a usted que Linnet Doyle era una de las mujeres más ricas de Inglaterra?

—¿Qué tiene que ver Fleetwood con esto?

—Fleetwood, amigo mío, tenía un motivo excelente para matar a Linnet Doyle. Le tenía una inquina particular.

El señor Ferguson saltó de su asiento como un muñeco en una caja de resorte.

—De modo que ése es su propósito, ¿no es así?, —interpeló iracundo— achacárselo a un pobre diablo como Fleetwood, que no puede defenderse, que no tiene dinero para conseguir un abogado. Pero le digo esto: si intenta culpar a Fleetwood, tendrá que vérselas conmigo.

—¿Y quién es usted exactamente? —preguntó Poirot, dulcemente.

El señor Ferguson enrojeció.

—Puedo ponerme al lado de mis amigos, de todos modos —dijo ásperamente.

—Bien, señor Ferguson, creo que es todo lo que necesitamos por ahora —dijo Race.

Cuando la puerta se cerró detrás de Ferguson, observó inesperadamente:

—Es un cachorro simpático, ¿eh?

—¿No cree usted que es el individuo que buscábamos? —preguntó Poirot.

—Difícilmente. Abordemos a Pennington.

CAPÍTULO XVIII

Andrés Pennington exhibió todas las reacciones convencionales de pena y conmoción.

Race, preguntó:

—Para empezar, señor Pennington, ¿oyó usted algo anoche?

—No, señor, no puedo decir que oí algo. Mi camarote está a la derecha del ocupado por el doctor Bessner, números 38 y 39, y oí cierta conmoción por allí cerca a eso de medianoche.

—¿No oyó nada más? ¿Ningún disparo?

—Nada en absoluto.

—¿Y se acostó?

—Debe haber sido después de las once. —Inclinóse hacia adelante—. No creo que sea una noticia para ustedes saber que corren muchos rumores a bordo. Esa muchacha medio francesa… Jacqueline de Bellefort. Hay algo sospechoso ahí.

Poirot dijo:

—¿Cree usted que, en su opinión, Jacqueline de Bellefort mató a la señora Doyle?

—Eso es lo que me parece. Desde luego, yo no sé nada…

—¡Desgraciadamente, nosotros sabemos algo!

—¿Eh? —Pennington se sobresaltó.

—Sabemos que es completamente imposible que la señorita de Bellefort haya matado a la señora Doyle.

Explicó cuidadosamente las circunstancias. Pennington parecía reacio en aceptarlas.

—Convengo en que las circunstancias la favorecen, pero esta enfermera… apuesto a que no estuvo despierta toda la noche… Se quedó dormida y la muchacha entró y salió sin ser vista.

—Difícilmente, señor Pennington. Ella le administró un opiácido

fuerte. De todos modos, una enfermera acostumbra dormir ligeramente y despertar cuando su paciente despierta.

—Todo eso me parece sospechoso, increíble —declaró Pennington.

Race dijo, de un modo autoritario:

—Ha de creerme, señor Pennington, cuando le digo que hemos examinado todas las posibilidades muy cuidadosamente. Ahora abrigamos la esperanza de que usted pueda ayudarnos.

—¿Yo?

—Sí. Usted era un íntimo amigo de la muerta. Usted conoce las circunstancias de su vida. Con toda probabilidad, mucho mejor que su esposo, puesto que él la conoció tan sólo hace unos meses. Usted debería saber, por ejemplo, de alguien que tuviese algún resentimiento contra ella; usted debería saber quizá, si había alguien que tuviese un motivo para desear su muerte.

Andrés Pennington se pasó la lengua por sus labios secos.

—Le aseguró a usted… no tengo la menor idea. Linnet fué educada en Inglaterra. Conozco muy poco del ambiente que la rodeaba y las amistades que tenía.

—Sin embargo —musitó Poirot— había alguien a bordo interesado en la muerte de la señora Doyle. Ella escapó milagrosamente antes, como recordará, en este mismo lugar, cuando aquella roca cayó… ¡ah! Pero ¿quizá usted no se encontraba allí?

—No. Yo estaba en el templo en ese momento.

—La señora Doyle mencionó a alguien de a bordo que estaba resentido, no contra ella personalmente, sino contra su familia. ¿Sabe usted quién puede ser? —continuó Race.

—No. No tengo la menor idea.

—¿Ella no se lo mencionó a usted?

—No.

—Era usted un amigo íntimo de su padre. ¿No recuerda alguna operación comercial de él que pudo haber arruinado a su adversario?

—Ningún caso sobresaliente. Tales operaciones eran frecuentes, desde luego, pero no recuerdo a nadie que profiriera amenazas… nada por el estilo.

—En resumen, señor Pennington, ¿no puede usted ayudarnos?

—Así lo parece. Deploro mi imposibilidad.

Race cambió una mirada con Poirot; luego dijo:

—Lo siento. Habíamos abrigado alguna esperanza.

Se levantó en señal de que la entrevista había terminado.

Andrés Pennington dijo.

—Como Doyle está imposibilitado, espero que él querrá que yo me encargue de lo que sea necesario hacer. Perdone, coronel, ¿pero qué piensan hacer?

—Cuando salgamos de aquí, iremos directamente a Shellal, para llegar allí mañana por la mañana.

—¿Y el cadáver?

—Será trasladado a una de las cámaras frigoríficas.

Andrés Pennington inclinó la cabeza. Luego abandonó la habitación.

—El señor Pennington —observó Race— no estaba muy tranquilo.

Poirot asintió con la cabeza.

—Y —dijo— el señor Pennington estaba lo bastante trastornado para decirnos una mentira estúpida. Él no estaba en el templo de Abu Simbel cuando aquella roca cayó. Puedo jurarlo. Yo acababa de llegar allí.

—Una mentira muy estúpida —asintió Race— y muy reveladora.

—Mas, por el momento —sonrió Poirot—, podemos tratarle con guante blanco.

—Exacto —corroboró Race.

Sonó un leve chirrido bajo sus pies. El *Whisky* partía rumbo a Shellal.

—Las perlas —dijo Race— es lo que hay que aclarar a continuación.

—¿Tiene un plan?

—Sí. Servirán el almuerzo dentro de media hora. Después de la comida, propongo anunciar, simplemente mencionar el hecho, que las perlas han sido robadas y que ruego que todo el mundo permanezca en el comedor mientras se efectúa un registro.

—Está bien pensado. Quien cogió las perlas todavía las tiene. No avisando de antemano, no habrá posibilidad de que, poseídos de pánico, las tiren por la borda.

Race empujó algunas hojas de papel hacia él. Murmuró en tono

de excusa:

—Me gusta hacer un breve resumen de los hechos a medida que los voy tratando. Evita la confusión.

—Hace usted bien —replicó Poirot.

—¿Hay algo que no está de acuerdo? Poirot cogió las hojas. Estaban encabezadas:

ASESINATO DE LA SEÑORA DOYLE

«La señora Doyle fue vista viva por su criada Luisa Bourget. Hora: 11.30 aproximadamente.

»Desde las 11.30 a las 12.30, los siguientes, tienen coartadas: Cornelia Robson, Jaime Fanthorp, Simon Doyle, Jacqueline de Bellefort, nadie más, pero el crimen fue ciertamente cometido después de esa hora, dado que es prácticamente seguro que la pistola usada fue la de Jacqueline de Bellefort, la cual estaba entonces en su bolso. Que no se empleó su pistola no parece absolutamente seguro hasta después de efectuarse el examen *post mortem* y frente a la bala, pero puede tomarse como probable.

»Probable curso de los acontecimientos: x, asesino, fue testigo de la escena entre Jacqueline y Simon Doyle en el salón de observación y notó que la pistola fue a parar debajo de la otomana. Después que el salón quedó desierto, x se posesionó de la pistola siendo la idea de él, o de ella, que se creyera que Jacqueline era la autora del crimen. A base de esta hipótesis, ciertas personas han quedado automáticamente libres de sospechas.

»*Cornelia Robson*, puesto que no tuvo ocasión de apoderarse de la pistola antes de que Jaime Fanthorp volviera para buscarla.

»La señora Bowers, igualmente.

»El doctor Bessner, igualmente.

»Pero Fanthorp no queda definitivamente excluido de sospechas, puesto que pudo meterse en el bolsillo la pistola mientras declaraba que no pudo encontrarla.

»Cualquiera otra persona pudo coger la pistola durante ese intervalo de diez minutos.

»**Posibles móviles del asesinato:**

»*Andrés Pennington*. Esto se basa en lo suposición de que es culpable de prácticas fraudulentas. Existen pocas pruebas en favor de esta suposición, pero bastantes para justificar el formular una acusación contra él.

»Objeciones a la hipótesis de la culpabilidad de Pennington: *¿Por qué tiró la pistola por la borda, dado que constituía una pista valiosa contra J. B.*?

»*Fleetwood*. Móvil: Venganza. Fleetwood se consideraba perjudicado por Linnet Doyle. Pudo oír la escena y observar la posición de la pistola. Puede haber cogido la pistola porque era un arma útil, más bien que por el deseo de hacer recaer la culpabilidad sobre Jacqueline. Pero *si tal fue el caso, ¿por qué escribió J con sangre en la pared*?

»Pañuelo barato encontrado con pistola, es más probable que haya pertenecido a un hombre como *Fleetwood* que a uno de los pasajeros de buena posición.

»*Rosalía Otterbourne*. ¿Hemos de aceptar la declaración de la Schuyler o la negativa de Rosalía? Algo fue tirado por la borda a aquella hora y ese algo fue presumiblemente la pistola envuelta en la estola de terciopelo.

»*Puntos que observar*. ¿Tenía algún móvil Rosalía? Puede no haber sentido simpatía por Linnet Doyle y hasta puede haber estado envidiosa de ella, mas como móvil del asesinato parece muy inadecuado. La prueba contra ella puede ser convincente sólo si descubrimos un móvil adecuado. Que sepamos, no existía ninguna amistad o lazo anterior entre Rosalía y Linnet.

»*La señorita Van Schuyler*. La estola de terciopelo en que la pistola estaba envuelta pertenece a la señorita Van Schuyler. Según su declaración, la vio la última vez en el salón de observación. Llamó la atención sobre su pérdida durante la noche y se efectuó una búsqueda sin éxito. ¿Cómo llegó esa estola a manos de X? ¿Hurtó X la estola a primera hora de la noche? De ser así, ¿por qué? Nadie podría decir de antemano que iba a ocurrir una escena entre Jacqueline y Simon Doyle. ¿Encontró X la estola en el salón cuando fue a recoger la pistola de debajo de la otomana? De ser así, ¿por qué no se encontró cuando se efectuó la búsqueda? *¿No salió nunca de manos de la señorita Van Schuyler*? Es decir:

»*¿Mató la señorita Van Schuyler a Linnet Doyle?* ¿Su acusación contra Rosalía Otterbourne fue una mentira deliberada? ¿Si ella la mató, cuál fue su móvil?

»**Otras posibilidades:**

»*Robo como móvil.* Posible, dado que las perlas desaparecieron y

Linnet las llevaba anoche.
»*Alguien tenía inquina a la familia Ridgeway*. Posible; de nuevo faltan las pruebas.
»Sabemos que hay un hombre peligroso a bordo, un asesino. Hemos de relacionar a un hombre capaz de matar, con una muerte. ¿Acaso no están relacionados los dos? Pero tendríamos que demostrar que Linnet Doyle poseía un conocimiento peligroso concerniente a este hombre.
»*Conclusiones*. Podemos agrupar a las personas que hay a bordo en dos clases: las que tenían motivo posible o contra las cuales no hay pruebas concretas y las que, por lo que sabemos, están libres de sospechas.
»**GRUPO I**:
»Andrés Pennington
»Fleetwood
»Rosalía Otterbourne
»La señorita Van Schuyler
»Luisa Bourget (¿Robo?)
»Ferguson (¿Político?)»
«**GRUPO II**
»La señora Allerton
»Timoteo Allerton
»Cornelia Robson
»La señorita Bowers
»El doctor Bessner
»El señor Richetti
»La señora Otterbourne
»Jaime Fanthorp.»

Poirot empujó el papel.

—Es muy exacto, muy justo, lo que usted ha escrito ahí.

—¿Está usted conforme con ello?

—Sí.

—Y ahora, ¿cuál es su aportación?

—*¿Por qué tiraron la pistola por la borda*?

—¿Eso es todo?

—Por el momento, sí. Hasta que encontremos una respuesta satisfactoria a esa pregunta, no se ve nada que tenga sentido. Ése es —debe ser— el punto de partida. Observará usted, amigo mío, que

en su sumario no ha intentado contestar ese punto.

—Pánico —murmuró Race.

Poirot meneó la cabeza en señal de perplejidad. Cogió la estola de terciopelo empapada y la alisó sobre la mesa.

Su dedo indicó las señales de chamuscamiento y los agujeros quemados.

—Dígame, amigo mío —dijo de repente—; usted conoce mejor que yo las armas. Este material, envuelto alrededor de una pistola, ¿produciría alguna diferencia en el amortiguamiento del sonido?

—No, no produciría ninguna diferencia. No como un silenciador, por ejemplo.

Poirot asintió con la cabeza. Continuó:

—Un hombre —ciertamente un hombre muy conocedor de las armas de fuego— sabría eso. Pero una mujer, una mujer, no lo sabría.

—Esta pistolita no haría mucho ruido —dijo Race—. Simplemente un chasquido, un ruido seco, eso es todo. Habiendo otro ruido alrededor, hay diez probabilidades contra una de que no se notaría.

—Sí. He pensado en eso.

Recogió el pañuelo y lo examinó.

—Un pañuelo de hombre, pero no el de un caballero. Muy barato además.

—La clase de pañuelo que usaría un hombre como Fleetwood.

—Sí. Andrés Pennington, he observado, usa un pañuelo de seda muy hermoso.

—¿Ferguson? —sugirió Race.

—Posiblemente. Pero entonces sería un pañuelo de colores brillantes.

—Lo usó en vez de un guante, supongo, para sujetar la pistola y evitar las huellas dactilares.

Race añadió en tono de broma:

—La Pista del Pañuelo Ruborizadle. —¡Ah, sí! El color de una *jeune filie*, ¿no es verdad?— Lo depositó sobre la mesa y volvió a la estola, examinando de nuevo las señales de la pólvora. —De todos modos— murmuró, —es extraño…

—¿El qué?

—*Cette pauvre, madame* Doyle. Tendida ahí tan pacíficamente…

Con el agujerito en la cabeza. ¿Recuerda qué aspecto tenía?

Race le miró con curiosidad.

—Tengo una idea de que trata de decirme algo —observó—, pero no tengo la menor sospecha de lo que puede ser.

CAPÍTULO XIX

Sonó un golpe en la puerta.

—Adelante —invitó Race.

Un camarero entró.

—Dispense, señor —dijo a Poirot—, pero el señor Doyle pregunta por usted.

—Voy.

Se dirigió al camarote de Bessner. Simón, con el rostro enrojecido y febril, estaba apoyado en unos cojines.

—Es usted muy amable al venir, señor Poirot. Escuche, deseo pedirle algo.

—¿Sí?

El rostro de Simón enrojeció aún más.

—Se trata… se trata de Jacqueline. Quiero verla. ¿Cree usted… tendría usted inconveniente… cree usted… si usted le rogase que viniese a verme? Usted sabe, he estado pensando… esa desgraciada chiquilla (es tan sólo una chiquilla después de todo,) y la traté muy mal… y…

Calló tartamudeando.

—¿Desea ver a *mademoiselle* Jacqueline? Se la traeré.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

Poirot fué en busca de la muchacha. Encontró a Jacqueline de Bellefort sentada en un rincón del salón de observación.

Poirot dijo suavemente:

—¿Quiere usted venir conmigo, *mademoiselle*? El señor Doyle quiere verla.

Ella dió un respingo. Su rostro enrojeció, luego palideció.

—¿Simón? ¿Quiere verme… a mí? —Se movió, incrédula.

—¿Quiere usted venir, *mademoiselle*?

—Yo… sí, desde luego.

Le acompañó dócil como una criatura.

Poirot entró en el camarote.

—Aquí está *mademoiselle*.

Ella entró detrás, vaciló y se quedó inmóvil, muda, con los ojos clavados en el rostro de Simón.

—*Aló*, Jacqueline…

Él también estaba embarazado. Continuó:

—Has sido muy amable al venir. Quería decir… quiero decir…

Ella le interrumpió. Sus palabras salieron atropelladamente, jadeantes…

—Simón… yo no maté a Linnet. Tú sabes que yo no hice eso… Yo… yo… estaba loca anoche. ¡Oh! ¿Podrás perdonarme?

Las palabras le salieron ahora fácilmente a Simón.

—Desde luego. No sufras. No temas nada. Eso es lo que yo quería decir. Me figuré que estarías preocupada, ¿sabes?…

—¿Preocupada? ¡Oh, Simón!

—Para eso quería verte. No temas nada, chiquilla. Te enojaste un poco anoche. Habías bebido un poquitín de más… Todo eso es muy natural.

—¡Oh, Simón! Podría haberte matado…

—Tú no. No con un juguete como aquél…

—¡Y tu pierna! Quizá no podrás caminar nunca más…

—Escucha, Jacqueline, no seas tontina. Tan pronto como lleguemos a Assuán me sacarán una radiografía y extraerán esa bala de hojalata y todo quedará bien.

Jacqueline se arrodilló junto a la cama de Simón

Jacqueline se arrodilló junto a la cama de Simón, ocultando el rostro entre las manos y sollozando.

Simón le acarició la cabeza. El detective salió del camarote.

Oyó algunos murmullos entrecortados cuando salía.

—¿Cómo pude ser yo tan mala…? ¡Oh, Simón!… ¡Cuánto lo siento!…

Fuera, Cornelia Robson se apoyaba en el barandaje. Volvió la cabeza.

—¡Oh! ¿Es usted, señor Poirot? Es terrible que haga un día tan hermoso.

Poirot contempló el cielo.

—Cuando el sol brilla, no se puede ver la luna —observó—. Pero cuando el sol se pone… ¡ah!, cuando el sol se pone…

—¿Qué dice?

—Que cuando el sol se ponga, veremos la luna. Es así, ¿no es cierto?

—Sí, sí, ciertamente.

Ella le miró dudosa. Poirot rió suavemente.

—Digo imbecilidades —explicó—. No haga caso.

Dirigióse pausadamente hacia la popa del barco. Al pasar delante del camarote siguiente, Se detuvo un instante. Percibió fragmentos de frases pronunciadas dentro.

—Eres una desagradecida; después de todo lo que he hecho por ti, no tienes ninguna consideración por tu desgraciada madre… No tienes idea de lo que sufro…

Los labios de Poirot se pusieron rígidos. Alzó una mano y llamó.

Hubo un silencio impresionante, y luego la voz de la señora Otterbourne preguntó:

—¿Qué hay?

—¿Está la señorita Rosalía aquí? Rosalía apareció en el umbral. Poirot se impresionó al ver su aspecto. Tenía ojeras y líneas trazadas en torno de la boca.

—¿Qué quiere? —preguntó ásperamente.

—El placer de unos minutos de conversación con usted, *mademoiselle*. ¿Quiere hacer el favor de venir?

Ella hizo una mueca de malhumor.

—¿Por qué he de ir yo con usted?

—Se lo suplico, *mademoiselle*.

—¡Oh! Supongo que… —Salió a cubierta, cerrando la puerta detrás de ella—. ¿Bien?

Poirot la asió suavemente del brazo y la llevó a lo largo de la cubierta, en dirección de la popa. Pasaron delante de los cuartos de baño y doblaron el ángulo. Tenían la parte de la popa libre para ellos.

Poirot puso los codos sobre la baranda. Rosalía permaneció derecha y tiesa.

—Podría formularle a usted algunas preguntas, *mademoiselle*, mas no creo que, por el momento, usted accediera a responderlas.

—Me parece una pérdida de tiempo que me traiga aquí, entonces.

—Usted está habituada, *mademoiselle*, a soportar su propia carga… Pero usted no puede hacer eso demasiado tiempo. La tensión resulta muy grande. Para usted, *mademoiselle*, la tensión está haciéndose demasiado grande.

—No sé de qué está hablando.

—Estoy hablando de hechos, *mademoiselle*, de hechos sencillos y feos. Llamemos al pan, pan y al vino, vino, y digámoslo en una frase breve. Su madre bebe, *mademoiselle*.

Rosalía no contestó. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Por una vez, estaba desconcertada.

—No hay necesidad de que me hable, *mademoiselle*. Yo sostendré toda la conversación. Yo estaba interesado en Assuán, en las relaciones existentes entre ustedes. Vi al instante que, a pesar de sus observaciones poco filiales, cuidadosamente estudiadas, usted estaba, en realidad, protegiéndola apasionadamente. Pronto averigüé qué era ese algo. Lo descubrí mucho antes de encontrar a su madre, una mañana, en un inconfundible ataque de borrachera. Estaba usted contendiendo con él valerosamente. No obstante, ella tenía la astucia del borracho secreto. Ella adquirió un suministro secreto de bebidas alcohólicas y logró esconderlo. No me sorprendería que usted hubiese descubierto el escondrijo ayer. En consecuencia, anoche, tan pronto como su madre se quedó dormida, usted salió con el contenido del escondrijo, fué a la otra parte del barco, dado que su lado estaba junto a la orilla, y lo tiró por la borda al Nilo. No me equivoco, ¿verdad?

—No se equivoca usted. —Rosalía habló con súbita pasión—. ¡Supongo que fui una necia al no decirlo! Pero no quería que se enterase todo el mundo. Lo tiraría todo al río. Y parecía tan estúpido… quiero decir… que yo…

—¿Tan estúpido que sospechasen que usted había cometido un asesinato?

Rosalía asintió con la cabeza. Luego estalló de nuevo:

—He procurado tanto… que nadie se enterase… Realmente, no es culpa de ella. Se desanimó. Sus libros ya no se vendían. Le afectó muchísimo. Y en consecuencia, empezó a beber. Durante mucho tiempo no supe por qué estaba tan extraña. Luego, cuando lo

descubrí, intenté impedirlo. Dejaba de beber durante un tiempo y luego, de repente, comenzaba de nuevo y se producían escenas y riñas con la gente. Era terrible. Tenía que vigilarla siempre, apartarla… Y entonces empezó a enojarse por ello conmigo. Se ha vuelto en contra mía. Creo que a veces hasta me odia…

—*¡Pauvre petite!* —dijo Poirot.

Rosalía dijo lentamente:

—Es un alivio hablar de ello. Usted… usted siempre ha sido bondadoso conmigo señor Poirot. Temo haber sido grosera con usted muy a menudo.

—La *politesse* no es necesaria entre amigos.

En el rostro de ella reapareció de repente una expresión de recelo.

—¿Va… va usted a contárselo a todo el mundo? Presumo que tendrá que hacerlo por culpa de esas malditas botellas que tiré por la borda.

—No, no, no es necesario. Simplemente, dígame lo que yo quiero saber. ¿A qué hora fué esto? ¿A la una y diez?

—*Aproximadamente* a esa hora. No recuerdo exactamente.

—Ahora, dígame, *mademoiselle*. La señorita Van Schuyler la vio a usted. ¿Usted la vio a ella?

—No, no la vi.

—Ella dice que se asomó a la puerta de su camarote.

—No creo que pudiera haberla visto. Yo, simplemente, miré a lo largo de la cubierta y luego al río.

—¿Vio usted a alguien cuando escrutó la cubierta?

Hubo una pausa, una larga pausa. Rosalía fruncía el ceño. Parecía estar pensando seriamente. Finalmente, meneó decididamente la cabeza.

—No —declaró—. No vi a nadie.

Hércules Poirot movió lentamente la cabeza. Pero sus ojos tenían una expresión grave.

CAPÍTULO XX

Los pasajeros entraron en el comedor de uno en uno y de dos en dos, de una manera muy sumisa.

Tim Allerton llegó unos minutos después que su madre se hubo sentado en su puesto. Estaba malhumorado.

—¡Ojalá no se me hubiese ocurrido jamás hacer este maldito viaje! —Gruñó.

Poirot se sentó a la mesa, haciendo una reverencia a la señora Allerton.

—Llego un poco tarde —dijo.

—Supongo que habrás estado ocupado —indicó la señora Allerton.

—Sí. He estado muy ocupado.

Ordenó una botella de vino.

—Somos católicos en nuestros gustos —declaró la señora Allerton—. Usted siempre bebe vino; Tim, *whisky* y sifón, y yo pruebo las diferentes clases de aguas minerales, alternadamente.

—*¡Tiens!* —exclamó Poirot.

La contempló un momento. Murmuró para sí:

—Es una idea…

Luego, con un impaciente encogimiento de hombros, apartó la repentina preocupación que le había atormentado, y empezó a charlar frívolamente sobre otros temas.

—¿Está gravemente herido el señor Doyle? —inquirió la señora Allerton.

—Sí, la herida es bastante grave. El doctor Bessner está ansioso por llegar a Assuán para sacarle una radiografía de la pierna y extraerle la bala. Pero abrigo la esperanza de que no quede cojo permanentemente.

—¡Pobre Simón! —murmuró la señora Allerton—. Espero que él no esté demasiado enojado con esa pobre niña.

—¿Con *mademoiselle* Jacqueline? Por lo contrario. Está lleno de ansiedad por ella.

Se volvió hacia Timoteo:

—¿Sabe usted? Se trata de un pequeño problema de psicología lo que ha sucedido entre ellos. Cuando *mademoiselle* los seguía de lugar en lugar, él estaba furioso, pero ahora que ella le ha disparado un tiro y herido peligrosamente, quizá dejándole cojo para el resto de su vida, toda su furia se ha evaporado. ¿Comprende usted eso?

—Sí —respondió Tim, pensativamente—. Creo que sí. Lo primero lo ponía a él en ridículo…

Poirot sonrió. Luego dijo a Tim:

—Dígame, la prima de *madame* Doyle, la señorita Juana Southwood, ¿se parecía a *madame* Doyle?

—Se equivoca usted, señor Poirot. Era prima nuestra y amiga de Linnet.

—¡Ah! Dispense, estaba confundido. Es una joven muy conocida. Hace tiempo que estoy interesado en ello.

—¿Por qué? —inquirió Tim, ásperamente.

Poirot se incorporó para hacer una reverencia a Jacqueline de Bellefort, que acababa de entrar y pasó delante de la mesa, para dirigirse hacia la de ella. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus ojos brillantes. Respiraba entrecortadamente. Al volver a sentarse, Poirot pareció haber olvidado la pregunta de Tim.

Murmuró vagamente:

—Me pregunto si todas las señoritas que poseen joyas valiosas son tan descuidadas como lo era *madame* Doyle.

—¿Es cierto, pues, que se las robaron? —preguntó la señora Allerton.

—¿Quién se lo ha dicho, *madame*?

—Ferguson lo dijo —respondió Tim.

Poirot movió gravemente la cabeza.

—Es verdad.

—Supongo —dijo la señora Allerton nerviosamente— que esto significará una serie de molestias y cosas desagradables para todos nosotros. Tim lo afirma.

Su hijo frunció el ceño. Pero Poirot se había vuelto hacia él.

—¡Ah! ¿Tal vez usted ha tenido alguna experiencia anterior? ¿Ha estado en una casa donde se ha perpetrado un robo?

—Nunca —repuso Tim.

—¡Oh, sí, querido! Estabas en casa de los Pennington aquella vez cuando robaron los diamantes de aquella horrible mujer.

—Siempre enredas las cosas, mamá. ¡Me encontraba allí cuando se descubrió que los diamantes que ella lucía alrededor de su cuello de toro eran de pasta, falsos! ¡La substitución fué hecha probablemente unos cuantos meses antes! En realidad, mucha gente decía que ella misma lo había hecho.

Poirot cambió precipitadamente el tema. Tenía el propósito de efectuar una compra importante en una de las tiendas de Assuán. Algunas telas atractivas, de oro y púrpura, en uno de los establecimientos indios. Desde luego, habría que pagar derechos de aduana…

—Me han dicho que pueden (¿cómo se dice?) expedírmelas. Y que el coste no será muy elevado. ¿Cree usted que llegarán bien?

La señora Allerton dijo que mucha gente, así lo había oído decir, se hacía mandar los géneros a Inglaterra y que todo llegaba perfectamente.

—Bien. Entonces haré eso. ¡Pero las molestias que uno sufre, si le llega a uno un paquete de Inglaterra! ¿Ha tenido alguna experiencia de eso? ¿Le han llegado algunos paquetes durante su viaje?

—Creo que no. ¿Hemos recibido algunos, Tim? Recibimos libros de vez en cuando, pero, desde luego, no producen ninguna molestia.

—¡Ah, no! Los libros es diferente.

Se había servido el postre. Ahora, sin previo aviso, el coronel Race se puso en pie y pronunció su discurso.

Refirió las circunstancias del crimen y anunció el robo de las perlas. Iba a efectuar un registro del barco y agradecería a todos los pasajeros que permaneciesen en el salón hasta que todo esto hubiese acabado. Luego, si los pasajeros consentían, como él estaba seguro de que así sería, ellos mismos tendrían la bondad de someterse a un registro.

Poirot llegó al lado de Race y murmuró algo a su oído cuando éste se disponía a salir del comedor.

Race escuchó. Asintió con la cabeza e hizo una seña a un camarero.

Le dijo unas palabras. Luego, junto con Poirot, salió a cubierta, cerrando la puerta detrás de él.

—No es mala su idea —declaró Race—. Pronto veremos el resultado.

La puerta del comedor se abrió y el mismo camarero a quien hablaran poco antes salió. Saludó a Race, y dijo:

—Hay una señora que dice que es urgente que ella le hable a usted inmediatamente, sin tardanza.

—¡Ah! —El rostro de Race se llenó de satisfacción—. ¿Quién es?

—La señorita Bowers, señor.

Una ligera sombra de sorpresa apareció en el rostro de Race. Dijo:

—Llévela al salón de fumar. Que no salga nadie más.

—Muy bien, señor.

Volvió al comedor. Poirot y Race fueron al salón de fumar.

—Bowers, ¿eh? —murmuró Race.

Apenas habían entrado en el salón, cuando el camarero reapareció, seguido de la señorita Bowers. La introdujo y salió.

—¿Bien, señorita Bowers? —El coronel Race la miró, interrogante—. ¿Qué hay?

La señorita Bowers tenía el mismo aire tranquilo y sereno de siempre.

—Me perdonará usted, coronel Race —dijo—. Pero, dadas las circunstancias, he pensado que lo mejor sería hablarle a usted inmediatamente —abrió su bolso negro— y devolverle esto.

Sacó un collar de perlas y lo depositó sobre la mesa.

CAPÍTULO XXI

Si la señorita Bowers hubiera sido de la clase de mujeres que disfrutan creando una sensación, habría sido recompensada ampliamente por el resultado de su acción.

Un gesto de asombro cruzó por el rostro del coronel Race cuando recogió las perlas de la mesa.

—Esto es sumamente extraordinario —declaró—. ¿Quiere tener la bondad de explicarse, señorita Bowers?

—Naturalmente. A eso he venido. Me fué difícil decidir lo que me convendría hacer. La familia quiere, naturalmente, evitar el escándalo y confía en mi discreción, pero las circunstancias son tan extraordinarias que no me dejan ninguna opción. Por supuesto, cuando no encontró usted nada en los camarotes el otro día, sometería a un registro a los pasajeros, y si encontrasen las perlas en mi poder la situación sería delicada y, de todos modos, se averiguaría la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Tomó usted estas perlas del camarote de la señora Doyle?

—¡Oh, no, coronel Race! Desde luego que no. La señorita Van Schuyler las cogió.

—¿La señorita Van Schuyler?

—Sí. Ella no puede remediarlo, ¿sabe usted? Pero ella… coge cosas. Especialmente joyas. Realmente, por esto estoy siempre con ella. No se trata de su salud en modo alguno; es debido a esta pequeña idiosincrasia. Yo estoy siempre alerta y, afortunadamente, no ha habido ningún accidente desde que he estado con ella. Hay que estar siempre alerta. Y ella oculta las cosas siempre en el mismo sitio, envueltas en un par de medias, y, por tanto, no es muy difícil controlarla. Todas las mañanas las miro. Desde luego, tengo el

sueño ligero y siempre duermo a su lado y con la puerta contigua abierta, si es en un hotel, de modo que usualmente siempre la oigo. Luego la sigo y persuado a que vuelva a la cama. Por supuesto, ha sido algo más difícil a bordo de un barco. Pero habitualmente no lo hace de noche. Se trata más bien de coger cosas que ella ve abandonadas. Naturalmente, las perlas ejercen una gran atracción sobre ella.

La señorita Bowers cesó de hablar.

—¿Cómo descubrió que habían sido substraídas?

—Estaban en sus medias esta mañana. Naturalmente, sabía de quién eran. Las he visto a menudo. Fui a restituirlas a su sitio, esperando que la señora Doyle no se hubiera levantado todavía y no habría descubierto su pérdida. Pero había un camarero de pie allí y me dijo lo del asesinato y que no podía entrar nadie. Puedo asegurarle que he pasado una mañana muy desagradable cavilando lo que podía hacer. Usted comprende, ¡la familia Van Schuyler es tan distinguida…! Sería un horror que esto apareciese en los periódicos. Pero no será necesario, ¿verdad?

—Depende de las circunstancias —respondió el coronel Race, cautelosamente—. Pero, desde luego, haremos cuanto sea posible por usted. ¿Qué dice a esto la señorita Van Schuyler?

—¡Oh! Lo negará. Como siempre. Dice que algunas personas malvadas lo han puesto allí. No confiesa nunca que ha cogido algo. Por eso, si se la coge a tiempo, vuelve a la cama como un corderito. Dice que salió a contemplar la luna o algo por el estilo.

—¿La señorita Robson conoce esta… esta flaqueza?

—No. Su madre lo sabe, pero ella es una muchacha de pocas luces y su madre pensó que sería mejor que no supiese nada.

—Tenemos que darle las gracias, *mademoiselle*, por venir a nosotros tan pronto —dijo Poirot.

La señorita Bowers se levantó.

—Espero que haya hecho bien.

—Puede estar segura de que así es.

—Verá usted, habiendo ocurrido un asesinato…

El coronel Race la interrumpió. Su voz sonó grave.

—Señorita Bowers. Voy a hacerle una pregunta y, deseo hacerle comprender que es necesario que la responda verazmente. La señorita Van Schuyler sufre un trastorno mental hasta el punto de

ser una cleptómana. ¿Tiene también tendencias homicidas?

La respuesta de la señorita Bowers fué inmediata:

—¡Oh, no! Nada de eso. Puede usted creerme. La vieja señorita sería incapaz de hacer daño a una mosca.

La respuesta fué pronunciada con tanta seguridad que, al parecer, no había que preguntar más.

Sin embargo, Poirot interpoló una pregunta suave:

—¿Sufre la señorita de sordera?

—En realidad, sí, señor Poirot. Aunque no es cosa que se nota, si usted habla con ella. Pero con frecuencia no oye cuando una persona entra en una habitación. Cosas por el estilo.

—¿Cree usted que oyó a alguien moviéndose por el camarote de la señora Doyle, que está al lado del suyo?

—No lo creo. Verá usted, la litera está al otro lado del camarote, no arrimada a la pared divisoria. No, no creo que oyese nada.

Race preguntó:

—¿Quizá volverá usted al comedor a esperar en compañía de los demás?

Le abrió la puerta y la siguió con la mirada mientras ella descendía y entraba en el comedor. Luego cerró la puerta y volvió a la mesa. Poirot había cogido las perlas.

—Bien —dijo Race, ceñudo—. Esa reacción se produjo muy de pronto. Es una joven muy astuta y calculadora, muy capaz de tenernos pendientes de alguna otra cosa, si lo cree conveniente. ¿Qué opina de la señorita Van Schuyler ahora? No creo que podamos eliminarla de los posibles sospechosos. Podría muy bien haber cometido el asesinato para apoderarse de esas perlas. No podemos aceptar la palabra de la enfermera. Está dispuesta a favorecer a la familia.

Poirot asintió en silencio. Estaba muy ocupado examinando las perlas. Dijo:

—Podemos creer, a mi entender, que esa parte de la historia de la vieja dama es cierta. Ella, en efecto, se asomó a la puerta de su camarote y vio a Rosalía Otterbourne. Pero no creo que oyese nada ni a nadie en el camarote de Linnet Doyle. Creo que, sencillamente, se asomaba preparándose para ir a substraer las perlas.

—¿La muchacha Otterbourne estaba allí, entonces?

—Sí. Tirando las bebidas de la madre al río.

—¡De modo que es eso! Ha de ser un tormento para la joven.

—Sí, su vida no ha sido muy alegre, *cette pauvre petite Rosalie.*

—Bien, me alegro de que eso esté aclarado. ¿Ella no vio ni oyó nada?

—Se lo pregunté. Respondió, al cabo de unos veinte minutos, que no vio a nadie.

—¿Eh? —Race frunció el ceño.

—Sí, es muy sugestivo.

Race dijo, lentamente:

—Si Linnet fué muerta a eso de la una y diez o después de cesar los ruidos del barco, me asombra que nadie oyera el tiro. Concedo que una pistolita como ésa no haría gran ruido, pero, de todos modos, hasta un simple taponazo de un corcho debiera haberse oído. Pero ahora comienzo a comprenderlo mejor. El camarote del lado de delante de ella estaba desocupado, dado que su marido se encontraba en el camarote del doctor Bessner. El de la parte de popa estaba ocupado por la Van Schuyler, que es sorda. Esto deja solamente…

Hizo una pausa y miró a Poirot, que movió afirmativamente la cabeza.

—El camarote contiguo al de ella, al otro lado del barco En otras palabras: Pennington. Al parecer, siempre volvemos a él.

—¡Volveremos a él pronto, sin guante blanco! ¡Ah, sí! Quiero tener ese gusto.

—Entretanto, será mejor que continuemos el registro del barco. Las perlas constituyen aún una excusa conveniente, aunque las hayan restituido. No es probable que la señorita Bowers anuncie el hecho.

Poirot las puso contra la luz una vez más. Luego, con un suspiro, las arrojó sobre la mesa.

—Surgen más complicaciones, amigo mío —declaró—. No soy un experto en piedras preciosas, pero he visto muchas en mis tiempos y estoy bastante seguro de lo que digo. Estas perlas son sólo una hábil imitación.

CAPÍTULO XXII

El coronel Race juró enérgicamente.

—Este maldito caso se embrolla cada vez más. —Cogió las perlas —. ¿No habrá sufrido un error? A mí me parecen buenas.

—Son una buenísima imitación…

—¿Adónde nos conduce eso? Supongo que Linnet Doyle no se mandó hacer un collar de imitación para viajar con él, para más seguridad. Muchas mujeres lo hacen.

—No, no creo eso. Yo estuve admirando las perlas de la señora Doyle la primera noche, en el barco, y por su maravilloso lustre tengo el convencimiento de que usaba las legítimas entonces.

—Esto presenta dos posibilidades. Primera, que la señorita Van Schuyler substrajo tan sólo el collar falso después de que las perlas legítimas las robó alguna otra persona. Segunda: que la historia de la cleptómana es pura invención. O la señorita Bowers es una ladrona e inventó rápidamente la historia y aplacó las sospechas entregando las perlas falsas, o bien todos ellos están complicados. Es decir, son una banda de hábiles ladrones de joyas que pasan bajo el disfraz de una familia norteamericana muy distinguida.

—Sí —murmuró Poirot—. Es difícil decirlo. Pero apuntaré una cosa: hacer una copia perfecta y exacta de las perlas, con broche y todo, lo suficiente bien para poder engañar a la señora Doyle, es una realización técnica muy hábil. No era posible, pues, ejecutarlo apresuradamente. Quien copió esas perlas debe haber tenido una buena ocasión para estudiar el original.

Race se puso en pie.

—Es inútil hablar de eso ahora. Continuemos la operación. Hemos de encontrar las perlas legítimas. Al mismo tiempo, hemos de tener los ojos abiertos.

Registraron primeramente los camarotes de la cubierta inferior.

El del señor Richetti contenía varias obras arqueológicas en diferentes lenguas, un surtido variado de ropa, lociones para el cabello de perfume muy fuerte y dos cartas personales: una de una expedición arqueológica en Siria y otra, al parecer, de una hermana residente en Roma. Sus pañuelos eran todos de seda de colores.

Pasaron al camarote de Ferguson.

Había un surtido de literatura comunista, muchas instantáneas, el *Erewhon* de Samuel Butler y una edición económica del *Diario de Pepy*. Sus efectos personales no eran muchos, la mayor parte de las ropas que había estaban rotas y sucias, la ropa interior, por el contrario, era de muy buena calidad. Los pañuelos eran de lienzo, muy caro.

—Algunas discrepancias interesantes —murmuró Poirot.

Race asintió.

—Parece extraño que no haya ninguna carta personal, papeles ni cosa parecida.

—Sí, esto da que pensar. Ferguson es un joven muy extraño.

Contempló pensativamente un anillo-sello que tenía en la mano, antes de reponerlo en el cajón donde lo encontrara.

Fueron al camarote ocupado por Luisa Bourget. La doncella comía después que los otros pasajeros, pero Race había ordenado que la buscasen y llevasen al comedor a reunirse con los otros. Un camarero les salió al encuentro.

—Lo siento, señor —se excusó—. Pero no he podido encontrar a la joven por ninguna parte. No sé adónde puede haber ido.

Race miró en el camarote. Estaba desierto. Subieron a la cubierta de paseo y empezaron por el lado de estribor. El primer camarote era el ocupado por Jaime Fanthorp. Allí estaba todo en orden meticuloso. El señor Fanthorp viajaba con pocas cosas, pero todo cuanto tenía era de buena calidad.

—No hay ninguna carta —musitó Poirot, pensativamente—. Nuestro señor Fanthorp tiene mucho cuidado en destruir su correspondencia.

Pasaron al camarote de Timoteo Allerton, que estaba contiguo.

Había allí pruebas de un espíritu anglo-católico, un exquisito tríptico y un gran rosario de madera tallada. Además de las ropas personales, había un manuscrito incompleto, con muchas

anotaciones y una buena colección de libros, la mayoría de ellos publicados recientemente. Había también una cantidad numerosa de cartas tiradas de cualquier manera en un cajón. Poirot, que nunca tenía el menor escrúpulo en leer correspondencia ajena, las examinó. Observó que entre ellas no había ninguna de Juana Southwood. Cogió un tubo de secotina, lo retuvo distraídamente entre los dedos un minuto o dos y luego dijo:

—Prosigamos.

—No hay pañuelos baratos —dijo Race, reponiendo rápidamente el contenido del cajón.

A continuación visitaron el camarote de la señora Allerton. Estaba exquisitamente aseado y un olor suave y anticuado a lavanda saturaba el lugar. El registro terminó pronto.

Race observó, cuando salían:

—Es una mujer simpática.

El siguiente camarote había sido usado a modo de tocador por Simón Doyle. Sus efectos personales más necesarios —pijamas, artículos de tocador, etc.,— habían sido trasladados al camarote de Bessner, pero el resto estaba aún allí: dos maletas de cuero, grandes, y un saco de viaje. Había algunas ropas en el armario.

—Miremos cuidadosamente por aquí, amigo mío —dijo Poirot —. Pues es muy posible que el ladrón haya escondido las perlas en este lugar.

—¿Lo cree usted probable?

—Sí. ¡Fíjese! El ladrón, ella o él, quien quiera que sea, debe saber que, tarde o temprano, se efectuará un registro y, en consecuencia, un escondrijo en su camarote, de él o de ella, sería sobremanera imprudente. Los salones públicos presentan otras dificultades. Pero aquí hay un camarote perteneciente a un hombre que no puede visitarlo personalmente. En consecuencia, si se encuentran aquí las perlas, no nos dice nada en absoluto.

Pero el registro más meticuloso no logró revelar el menor rastro del collar desaparecido.

El camarote de Linnet Doyle había sido cerrado después de trasladar el cadáver, pero Race tenía la llave. Abrió la puerta y los dos hombres entraron.

A excepción del traslado del cuerpo de la muchacha, el camarote estaba exactamente igual a como lo estaba por la mañana.

—Poirot —dijo Race—, si se puede encontrar alguna cosa, por Dios, empiece. Si hay alguien que puede encontrar algo, ése es usted. Lo sé.

—¿Está vez no se refiere a las perlas?

—No. El asesinato es lo principal. Es posible que hubiéramos olvidado alguna cosa esta mañana.

Rápidamente, hábilmente, Poirot inició el registro. Se arrodilló y escrutó el suelo palmo a palmo. Examinó la cama. Inspeccionó rápidamente el armario y la cómoda. Escudriñó el baúl y las dos maletas. Dió un vistazo al tocador. Finalmente enfocó la atención en el lavabo, había varias cremas, polvos y lociones para la cara. Pero lo único que parecía interesar a Poirot fueron dos botellitas Nailex, conteniendo esmalte para las uñas. Las cogió al fin y las llevó al tocador. Una que ostentaba la inscripción Nailex Rosa estaba vacía, excepción de una o dos gotas de líquido rosa oscuro que había en el fondo. La otra, del mismo tamaño, pero con la etiqueta Nailex Púrpura, estaba casi llena. Poirot sacó el corcho de la botella vacía y luego de la llena y olisqueó las dos delicadamente.

—Amigo mío, no hemos tenido suerte. El asesino no ha sido muy servicial. No ha dejado caer, para que nosotros lo encontremos, el gemelo de los puños, la colilla de un pitillo, la ceniza de un puro o, en el caso de una mujer, el pañuelo, la pintura para los labios o alguna peineta.

—¿Tan sólo la botellita de esmalte para las uñas?

Poirot se encogió de hombros.

—He de preguntar a la doncella. Hay algo… sí… extraño ahí.

—¿Adónde diablos habrá ido esa muchacha? —murmuró Race.

Salieron del camarote, cerrando con llave tras ellos, y pasaron al de la señorita Van Schuyler.

Allí también había toda clase de objetos lujosos; costosos artículos de tocador, equipaje muy bueno, cierto número de cartas y documentos particulares bien ordenados.

El camarote de al lado era el doble ocupado por Poirot y al otro lado de éste el de Race.

—No es muy fácil esconderlas en alguno de ellos —dijo el coronel.

Poirot objetó:

—Es posible. Una vez, en el Expreso de Oriente, investigué un

asesinato. Se trataba de un kimono. Había desaparecido y, sin embargo, debía estar en el tren. Lo encontré. ¿Dónde crees usted? *En mi propia maleta, cerrada con llave*. ¡Ah! ¡Fué una verdadera impertinencia!

—Bien. Veamos si alguien ha sido impertinente con nosotros en esta ocasión.

Pero el ladrón de las perlas no había sido impertinente con Hércules Poirot ni con el coronel Race. Cerca de la popa inspeccionaron minuciosamente el camarote de la señorita Bowers, pero no encontraron nada de naturaleza sospechosa. Sus pañuelos eran de lienzo corriente y tenían una inicial.

A continuación fueron al camarote de las Otterbourne. Allí también Poirot practicó un registro muy meticuloso, sin resultado.

El camarote siguiente fué el del doctor Bessner. Simón Doyle yacía con una bandeja de alimentos a su lado, sin tocar.

Tenía un aspecto febril y mucho peor que durante la mañana. Poirot comprendió la ansiedad del doctor Bessner por llevar a su paciente lo antes posible al hospital para tratarlo debidamente.

El pequeño belga explicó lo que él y Race estaban haciendo y Simón movió la cabeza en señal de aprobación. Al saber que la señorita Bowers había devuelto las perlas y que éstas habían resultado falsas, expresó el mayor asombro.

—¿Está usted seguro, señor Doyle, de que su esposa no poseía un collar falso que se trajo de viaje, en lugar del legítimo?

Simón movió decisivamente la cabeza.

—¡Oh, no! Estoy completamente seguro de eso. Linnet adoraba esas perlas y las llevaba a todas partes. Estaban aseguradas contra todo posible riesgo y, en consecuencia, era un poco descuidada.

—Entonces debemos proseguir nuestra búsqueda.

Comenzó a abrir cajones. Race atacó una maleta. Simón miró con asombro.

—Escuchen. ¿Seguramente que no sospechan que el viejo Bessner las robó?

Poirot se encogió de hombros.

—Podría ser. Después de todo, ¿qué sabemos del doctor Bessner? Únicamente lo que él manifiesta.

—Pero él ni podía haberlas escondido aquí sin que yo lo viera.

—Él no podía haber escondido nada, muchacho, sin que usted le

viese. Pero ignoramos cuándo se verificó la substitución. Puede haber efectuado el cambio hace días.

—No se me había ocurrido.

Pero la búsqueda no dió resultado.

El camarote siguiente fué el de Pennington. Los dos hombres emplearon algún tiempo en la búsqueda. En particular, Poirot y Race examinaron minuciosamente un cajón lleno de documentos legales y comerciales, requiriendo muchos de ellos la firma de Linnet.

Race movió lúgubremente la cabeza.

—Al parecer, todo esto está en orden.

—Sin embargo, el individuo ese no es idiota de nacimiento. Si hubiese aquí algún documento comprometedor, poderes o algo por el estilo, los habría destruido.

—Así es.

Poirot levantó un pesado revólver, marca «Colt», del cajón superior de la cómoda, lo miró y repuso en su sitio.

—Al parecer, hay aún alguna gente que viaja con revólveres —murmuró.

Cuando salían del camarote de Pennington, Poirot sugirió que Race registrase los camarotes restantes, los ocupados por Jacqueline, Cornelia, y dos desocupados situados en el extremo, mientras él hablaba unas palabras con Simón Doyle.

En consecuencia, volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el camarote del doctor Bessner.

Simón dijo:

—Escuche, he estado pensando. Estoy completamente seguro de que esas perlas no eran falsas ayer.

—¿Por qué eso, señor Doyle?

—Porque… Linnet —se estremeció al pronunciar el nombre de su esposa— las estuvo acariciando poco antes de comer y habló de ellas. Tengo el convencimiento de que ella habría sabido si eran una imitación.

—Sin embargo, eran una buena imitación. Dígame, ¿la señora Doyle tenía la costumbre de dejarlas a alguien? ¿Se las prestó, por ejemplo, a alguna amiga en alguna ocasión?

Simón Doyle enrojeció de embarazo.

—Verá usted, señor Poirot, me resultaría difícil decir… Yo…

yo… no hacía mucho tiempo que conocía a Linnet.

—Ella nunca, nunca —la voz de Poirot se tornó muy suave—, nunca, ¿por ejemplo se las prestó a *mademoiselle* de Bellefort?

—¿Qué quiere usted decir? —El rostro de Simón enrojeció—. ¿Qué pretende usted? ¿Que Jacqueline robó las perlas? Ella no hizo tal cosa. Estoy dispuesto a jurarlo. Jacqueline es muy recta. La mera idea de que ella pueda ser una ladrona es ridícula.

Poirot le miró con ojos centelleantes.

—*¡Oh, la, la, la!* —dijo, inesperadamente—. Mi sugerencia ha removido el nido de avispas.

La puerta se abrió y entró Race.

—Nada —dijo, bruscamente—. Bien, tampoco lo esperábamos. Ahí vienen los camareros con el informe del resultado del registro de los pasajeros.

Un camarero y una camarera aparecieron en el umbral. El primero dijo:

—Nada, señor.

—¿Alguno de los señores objetó?

—Tan sólo el señor italiano. Protestó bastante. Manifestó que era un deshonor, algo por el estilo. Tenía una pistola encima.

—¿Qué clase de pistola?

—Una automática, marca «Máuser», del calibre 25, señor.

—Los italianos son muy vehementes —dijo Simón—. Richetti se indignó en Wadi Halfa por una equivocación que hubo con un telegrama. Estuvo grosero con Linnet.

Race se dirigió a la camarera. Era una mujer guapa y corpulenta.

—Nada en ninguna de las señoras, señor. Protestaron bastante, excepto la señora Allerton. No se ha encontrado rastro de las perlas. A propósito, la señorita Rosalía Otterbourne tenía una pistolita en su bolso.

—¿De qué clase?

—Muy diminuta, señor, con un puño de nácar. Una especie de juguete.

Race abrió los ojos, asombrado.

—¡Qué caso más diabólico! —murmuró—. Creí que habíamos descartado las sospechas de su parte y ahora… ¿Acaso todas las muchachas de este condenado barco llevan pistolas con puño de nácar?

Hizo una pregunta a la camarera.

—¿Objetó algo o mostró algunos sentimientos cuando usted halló esa pistola?

—No creo que ella lo notase. Yo estuve vuelta de espaldas cuando registraba los bolsos.

—Sin embargo, ella debe haber sabido que usted la encontraría. No lo entiendo. ¿Y la doncella?

—Hemos buscado por todo el barco. No podemos encontrarla por ninguna parte.

Race dijo, pensativamente:

—Ella podida haber robado las perlas. Es la única persona que tenía amplias facilidades para mandar hacer una imitación.

Se dirigió a la camarera una vez más.

—¿Cuándo la vieron por última vez?

—Una media hora antes de tocar la campana para el almuerzo, señor.

—Daremos un vistazo a su camarote —dijo Race—. Esto puede decirnos algo.

Abrió la marcha en dirección de la cubierta de abajo. Poirot le siguió. Abrieron la puerta del camarote y entraron.

Luisa Bourget, cuyo oficio era tener en orden los efectos personales ajenos, se había marchado de vacaciones. Diversos artículos aparecían esparcidos sobre la cómoda, una maleta estaba abierta con algunas ropas colgando por un costado de ella, impidiendo que se cerrase, varias prendas interiores pendían de los respaldos de las sillas.

Mientras Poirot abría los cajones del tocador, Race examinaba la maleta.

Los zapatos de Luisa estaban alineados a lo largo de la cama. Uno de ellos, de charol, parecía descansar de una manera extraordinaria, casi sin soporte. Era tan extraño que atrajo la atención de Race. Éste cerró la maleta y se inclinó sobre la hilera de zapatos. Luego emitió una exclamación.

Poirot giró sobre sus talones.

— *ce y a?*

¿Qu'est

qu'il

—No ha desaparecido. Está aquí… debajo de la cama…

CAPÍTULO XXIII

El cuerpo de la muerta que en vida fuera Luisa Bourget yacía en el suelo del camarote. Los dos hombres se inclinaron sobre ella.

Race se enderezó primero.

—Ha sido asesinada hace cosa de una hora, en mi opinión. Llamaremos a Bessner. Apuñalada por la espalda. La muerte fué casi instantánea. No tiene muy bonito aspecto, ¿no es verdad?

El rostro oscuro y felino aparecía convulsionado al parecer de sorpresa y furia, los labios, retorcidos, mostraban los dientes.

Poirot se inclinó y, suavemente, alzó la mano derecha. La mano tenía algo entre los dedos. Desprendió la cosa y se la ofreció a Race.

—¿Ve lo que es?

—Dinero —dijo Race.

—El ángulo de un billete de mil francos, me imagino.

—Está claro lo que ha sucedido —declaró Race—. Luisa sabía algo y estaba haciendo víctima de un chantaje al asesino. Esta mañana creímos que esta muchacha había hablado con toda franqueza.

Poirot exclamó:

—¡Hemos sido unos idiotas, unos necios! Deberíamos haberlo sabido. ¿Qué dijo? «*¿Qué podía haber visto yo? Yo estaba en la cubierta de abajo. Naturalmente, si no hubiese podido dormir, si hubiese subido la escalera, entonces quizá podría haber visto a ese asesino, a ese monstruo, entrar o salir del camarote de madame, pero tal como es…*» ¡Desde luego esto es lo que sucedió! Subió y vio a alguien entrar en el camarote de Linnet Doyle… o salir. Y por su codicia, su insensata codicia, yace aquí…

—Y no estamos más cerca de conocer la verdad —terminó Race, malhumorado.

—No, no. Sabemos mucho más ahora. Sabemos, lo sabemos todo. Sólo que lo que sabemos parece increíble… Sin embargo, debe ser así… ¡Bah! ¡Qué necio fui esta mañana! Los dos creíamos que ella ocultaba algo y, sin embargo, no se nos ocurrió el motivo lógico: chantaje.

—Tiene que haber exigido dinero inmediatamente, para callarse —dijo Race—. Con amenazas. El asesino viene a su camarote, le da el dinero y luego…

—Y luego —agregó Poirot— ella lo cuenta. O, sí, conozco a esa clase de gente. Ella contaría el dinero y mientras lo contaba estaba desprevenida. El asesino atacó. Habiéndolo ejecutado con éxito, recogió el dinero y huyó, sin observar que este ángulo de uno de los billetes estaba roto.

—Podemos atraparlo por este dato —murmuró Race, dudoso.

—Lo dudo —manifestó Poirot—. Examinará estos billetes y, probablemente, observará la rotura. Desde luego, si fuera de disposición parsimoniosa no destruiría un billete de mil, pero me temo mucho que su temperamento sea el opuesto.

—¿Cómo saca usted esta conclusión?

—Este crimen y el asesinato de la señora Doyle exigen ciertas cualidades. Valor, audacia, audaz ejecución, acción relampagueante… Esas cualidades no están de acuerdo con una disposición prudente y ahorrativa.

Race meneó tristemente la cabeza.

—Haré que Bessner venga —dijo.

El examen del grueso doctor no se llevó mucho tiempo.

—Está muerta desde hace más de una hora —anunció—. La muerte fué muy rápida, inmediata.

—¿Qué arma cree que se utilizó?

—Eso es muy interesante. Fué algo muy delgado, muy agudo, muy delicado, como un bisturí de los que yo poseo.

—Supongo —dijo Race, suavemente— que ninguno de sus cuchillos han… desaparecido, doctor.

Bessner le miró con asombro, luego su rostro se enrojeció de indignación.

—¿Qué dice usted? ¿Cree usted que yo, Carlos Bessner, tan bien conocido en toda Austria, con mis clínicas, con tantos pacientes aristocráticos, que yo he matado a una vulgar *femme de chambre*?

¡Ah, es ridículo, absurdo lo que usted dice! Ninguna de mis herramientas ha desaparecido, ni una sola. Todas están aquí, en sus sitios. Puede usted verlo por sí mismo. No olvidaré este insulto a mi profesión.

El doctor Bessner cerró con violencia su caja de instrumentos, la tiró y salió furioso del camarote.

—¡Uy! —dijo Simón—. Han sacado ustedes de sus casillas al viejo doctor.

Poirot se encogió de hombros.

—Es lamentable.

—Andan ustedes despistados. El viejo Bessner es una excelente persona.

El doctor reapareció de repente.

—¿Quieren hacer el favor de salir de mi camarote ahora? Tengo que cambiarle la venda a la pierna de mi paciente.

La señorita Bowers había entrado con él y esperaba, erguida, en actitud profesional, que los otros saliesen.

Race y Poirot salieron, sumisos. Race murmuró algo y se alejó. Poirot dobló hacia la izquierda. Oyó unos trozos de conversación femenina, una risita. Jacqueline y Rosalía estaban en el camarote de ésta.

La puerta estaba abierta y las dos muchachas estaban de pie cerca de ella. Cuando su sombra cayó sobre ellas, alzaron la vista. Vio la sonrisa de Rosalía Otterbourne por primera vez —una sonrisa tímida y acogedora— algo insegura, como de alguien que hace una cosa nueva y poco familiar.

—¿Hablaban ustedes del escándalo, *mademoiselle*? —les preguntó.

—No, señor —respondió Rosalía—. En realidad, comparábamos la pintura para los labios.

Poirot sonrió.

—*Les chiffons d'aujord'huí* —murmuró.

Pero había algo mecánico en sus sonrisas y Jacqueline de Bellefort, más rápida y más observadora que Rosalía, lo vio. Dejó la barrita de pintura para los labios y salió a la cubierta.

—¿Ha ocurrido algo?

—Como usted lo adivina, *mademoiselle*, ha ocurrido algo.

—¿Qué? —Rosalía salió también.

—Otra muerte —declaró Poirot.

Rosalía contuvo el aliento. Poirot observaba atentamente. Observó en los ojos de la muchacha una expresión de alarma y consternación un segundo o dos.

—La doncella de la señora Doyle ha sido asesinada —dijo, bruscamente.

—¿Asesinada? —gritó Jacqueline—. ¿Asesinada, dice usted?

—Sí, eso es lo que dije.

Aunque la respuesta iba dirigida a ella, observaba a Rosalía. A ésta habló a continuación:

—Verá usted, esta doncella vio algo que no debía ver. Y así, fué silenciada para el caso de que no callara.

—¿Qué vio?

De nuevo fué Jacqueline quien preguntó y otra vez la respuesta de Poirot fué dirigida a Rosalía. Era una extraña escena triangular.

—No cabe duda de lo que vio —declaró Poirot—. Vio a alguien entrar y salir del camarote de Linnet Doyle aquella noche fatal.

Los oídos del detective estaban aguzados. Percibió que la muchacha contenía el aliento y que sus párpados aleteaban. Rosalía Otterbourne había reaccionado tal como él esperaba.

—¿Dijo lo que vio? —inquirió Rosalía.

Suave, tristemente, Poirot meneó la cabeza.

Se oyeron unos pasos en la cubierta. Era Cornelia Robson, desorbitados los ojos y sobresaltada.

—¡Oh, Jacqueline! —gritó. —Ha ocurrido una cosa terrible. Otra cosa horrible.

Jacqueline se volvió hacia Cornelia. Las dos avanzaron unos pasos. Casi inconscientemente, Poirot y Rosalía avanzaron también, en la otra dirección.

Rosalía preguntó, desesperada:

—¿Por qué me mira? ¿Qué piensa usted?

—Me hace usted dos preguntas. Yo le formularé una, a mi vez: ¿Por qué no me dice usted toda la verdad, *mademoiselle*?

—No sé lo que usted quiere decir. Se lo dije todo… esta mañana.

—No, hay cosas que no me dijo. No me dijo que usted lleva en su bolso una pistola con puño de nácar. No me dijo todo lo que vio

aquella noche.

Ella enrojeció. Luego dijo, con sequedad:

—No es verdad. Yo no tengo ningún revólver.

—No dije un revólver. Dije una pistolita que usted lleva en su bolso.

Ella giró sobre sus talones, entró como una flecha en su camarote y salió de nuevo; luego depositó el bolso gris en sus manos.

—Está usted diciendo tonterías. Mire usted mismo, si quiere.

Poirot abrió el bolso. No había ninguna pistola dentro. Devolvió el bolso a la muchacha, viendo su mirada despectiva y triunfal.

—No —dijo, en tono suave—. No está ahí.

—Ya lo ve. No siempre tiene razón, señor Poirot. Y también se equivoca respecto de esas cosas ridículas que ha dicho.

—No, no lo creo.

—Es usted irritador. —Golpeó, indignada, con el pie en el suelo —. Se le mete una idea en la cabeza y no hay quien se la quite.

—Porque quiero saber la verdad.

—¿Cuál es la verdad? Parece usted conocerla mejor que yo.

Poirot dijo:

—¿Quiere usted decirme lo que vio? Si no me equivoco, ¿quiere confesar que tengo razón? Le diré lo que pienso. Creo que cuando dobló por la popa del barco, se detuvo involuntariamente porque vio a un hombre salir de un camarote situado en el centro de la cubierta, del camarote de Linnet Doyle, como usted se percató al día siguiente. Le vio salir, cerrar la puerta detrás de él y alejarse, y luego… quizá… entrar en uno de los camarotes del extremo.

Ella no respondió.

Poirot dijo:

—Quizá se figura que es mejor no hablar. Quizá tema que si habla la matarán a usted también.

Durante un momento el detective creyó que ella había picado en el cebo, que la acusación contra su valor había triunfado donde unos argumentos más sutiles fracasaban.

Sus labios se abrieron, temblaron, diciendo luego:

—No vi a nadie —contestó Rosalía Otterbourne.

CAPÍTULO XXIV

La señorita Bowers salió del camarote del doctor Bessner, alisándose los puños sobre sus muñecas.

Jacqueline dejó bruscamente a Cornelia y se aproximó a la enfermera.

—¿Cómo está él? —preguntó.

La señorita Bowers aparecía preocupada.

—He de confesar que sentiré un alivio cuando podamos sacarle una radiografía y se le extraiga la bala. ¿Cuándo cree que llegaremos a Shellal, señor Poirot?

—Mañana por la mañana.

Jacqueline asió el brazo de la señorita Bowers y lo sacudió.

—¿Va a morirse? ¿Va a morirse?

—Oh, no, señorita Jacqueline. Es decir, espero que no. La herida en sí no es peligrosa. Pero no cabe duda de que es preciso sacarle una radiografía cuanto antes.

Jacqueline se volvió a tientas, cegada por las lágrimas, hacia su camarote. Una mano debajo del codo la sostenía y guiaba. Alzó la vista y a través de las lágrimas vio a Poirot a su lado. Se apoyó, en él un poco y él la guió a través de la puerta del camarote. Ella se hundió en la cama y las lágrimas manaron más abundantes, punteadas por grandes sollozos convulsivos.

—¡Se morirá! ¡Se morirá!… Y yo le habré matado. Sí, yo le habré matado.

Poirot se encogió de hombros. Meneó tristemente la cabeza.

Ella gritó con vehemencia:

—¡Yo le habré matado! Y le amo tanto…

Poirot suspiró:

—Demasiado…

Fué lo que pensó hacía mucho tiempo en el restaurante del señor Blondín. Eso pensó ahora. Titubeando dijo:

—De todos modos, no se guíe por lo que dice la señorita Bowers. ¡Las enfermeras son siempre tétricas! La enfermera de noche está siempre asombrada de que su paciente esté vivo por la noche; la enfermera de día, siempre se sorprende de que el paciente esté vivo por la mañana. Así son las enfermeras de hospital. Saben demasiado.

Jacqueline, a través de sus lágrimas, dijo:

—¿Trata de consolarme, señor Poirot?

—¡El *bon Dieu*, sabe lo que trato de hacer! Usted no debería haber emprendido este viaje.

—Ojalá no lo hubiese hecho. Ha sido horrible. Pero… pronto terminará, ahora.

—*Mais oui, mais oui.*

—Y Simón irá al hospital y le someterán a un buen tratamiento y todo saldrá bien.

—¡Habla usted como una criatura! ¡*Y vivieron felizmente para siempre jamás*! Así es, ¿verdad?

Ella enrojeció de repente.

—Señor Poirot, no he querido decir…

—¡Es demasiado pronto para pensar en semejante cosa! Es la frase hipócrita adecuada, ¿no es cierto? Pero usted tiene algo de latina, *mademoiselle* Jaqueline. Usted debería admitir los hechos aunque no parezcan decorosos. ¡*Le roi est mort, viva le roi*! El sol se ha puesto y la luna sale. Eso es, ¿no es verdad?

—Usted no comprende. Él está apenado por mí, sufre porque sabe que estoy atormentada de pensar que le he herido gravemente.

Poirot meneó la cabeza.

—*Ah, bien* —dijo Poirot—. La piedad es un sentimiento elevado.

Salió de nuevo a cubierta. El coronel Race pasaba y le abordó al instante.

—Poirot. Buen muchacho. Le necesito. Tengo una idea. —Enlazando su brazo con el de Poirot, se lo llevó por la cubierta—. Simplemente una observación casual de Doyle. No le di cuenta entonces. Algo acerca de un telegrama.

—*Tiens, vrai.*

c'est

—Nada de particular, quizá, pero no se puede dejar ningún terreno inexplorado. Dos asesinatos y todavía estamos a oscuras.

Poirot meneó la cabeza.

—No, no a oscuras. Al contrario.

Race le miró con curiosidad.

—¿Tiene alguna idea?

—Más que una idea. Estoy seguro.

—¿Desde cuándo?

—Desde la muerte de la doncella, Luisa Bourget.

—Pero ¿usted cree saberlo? —Race le miró con curiosidad—. No lo diría si no estuviese seguro… Por mi parte, yo no puedo decir que lo vea claro. Tengo mis sospechas, desde luego.

—Usted es un gran hombre, mi coronel. Usted no dice: «Dígame, qué es lo que piensa». Usted sabe que si pudiese hablar ahora, lo haría. Pero antes hay que esclarecer muchas cosas. Pero piense un instante en las líneas que voy a indicar. Hay ciertos puntos… Está la declaración de *mademoiselle* de Bellefort de que alguien oyó nuestra conversación aquella noche en el jardín en Assuán. Está la declaración del señor Timoteo Allerton respecto a lo que oyó e hizo en la noche del crimen. Está las respuestas significativas de Luisa Bourget a nuestras preguntas de esta mañana. Está el hecho de que la señora Allerton bebe agua, que su hijo bebe *whisky* y soda y que yo bebo vino. Añada botellitas de esmalte para las uñas y el proverbio que yo cité. Y finalmente llegamos al punto culminante del caso: que la pistola estaba envuelta en un pañuelo tosco y una estola de terciopelo y había sido tirada por la borda…

Race permaneció silencioso unos instantes y luego sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No lo veo. Pero me parece adivinar adonde apunta. Mas, por lo que veo, no creo que pueda dar resultado.

—Bien, bien; está usted viendo solamente la mitad de la verdad. Y recuerde esto: hemos de empezar de nuevo dado que nuestra primera concepción de la historia era enteramente equivocada. Esto es lo que algunas personas no quieren hacer. Conciben una hipótesis y quieren que todo encaje en ella. Si algún dato o pormenor no encaja en la hipótesis la rechazan. Pero siempre los hechos que no encajan son los significativos. Desde un principio, me di cuenta de la importancia de *que la pistola desapareciese del escenario del crimen*.

Sabía que debía significar algo, pero lo que ese algo era lo comprendí tan sólo hace media hora.

—¡Y todavía no lo veo!

—¡Pero lo verá! Solamente reflexione a lo largo de las líneas que he indicado. Y ahora aclaremos este punto de un telegrama. Es decir, si el *Herr Doktor* nos quiere recibir.

El doctor Bessner estaba aún de humor de perros. En respuesta a la llamada apareció con un rostro ceñudo.

—¿Qué hay? ¿Una vez más quieren ver a mi paciente? Ya les he dicho que no es prudente. Tiene fiebre. Ya ha tenido demasiada excitación hoy.

—Solamente una pregunta —manifestó Race—. Nada más, se lo aseguro.

Con un gruñido de descontento el doctor se apartó y los dos hombres entraron en el camarote. El doctor, gruñendo para sí, pasó por el lado de ellos.

—Volveré dentro de tres minutos —dijo—. Y luego, decididamente, se marcharán ustedes.

Le oyeron caminando por cubierta.

Simón Doyle miró de uno al otro de los dos, interrogante.

—Bueno —dijo—. ¿Qué hay?

—Poca cosa. Una cosa de poca importancia —dijo Race—. Hace poco, cuando los camareros me dieron el informe, mencionaron que el señor Richetti había objetado escandalosamente. Manifestó usted que no le sorprendía, pues usted conocía que era hombre de mal genio y que estuvo en una ocasión grosero con su esposa acerca de un telegrama. ¿Puede usted contarnos eso?

—Fácilmente. Fue en Wadi Halfa. Acabábamos de regresar de la Segunda Catarata. Linnet pensó que había visto un telegrama para ella en el mostrador. Había olvidado que ya no se llamaba Ridgeway y Richetti y Ridgeway son algo parecidos cuando están escritos en una escritura atroz. Así ella lo abrió, no lo entendió y estaba descifrándolo cuando este Richetti llegó, se lo arrancó de la mano y empezó a farfullar poseído de rabia. Ella fué a excusarse y él estuvo horriblemente grosero con ella.

—¿Y sabe usted, señor Doyle, lo que decía aquel telegrama?

—Sí, Linnet leyó parte de él en voz alta. Decía…

Hizo una pausa. Hubo una conmoción fuera. Una voz estridente

se aproximaba rápidamente.

—¿Dónde están el señor Poirot y el coronel Race? ¡Tengo que verles inmediatamente! Es muy importante. Tengo una información vital. Yo… ¿Están con el señor Doyle?

Bessner no había cerrado la puerta. Tan sólo la cortina colgaba a través del umbral abierto. La señora Otterbourne lo echó a un lado y entró como un ciclón. Tenía la faz enrojecida, el andar vacilante y su dominio de la palabra inseguro.

—¡Sé quién mató a su esposa! —Señor Doyle— dijo dramáticamente.

—¿Qué?

Simón la miró con asombro. También los otros dos.

La señora Otterbourne les lanzó una mirada de triunfo. Estaba feliz, gloriosamente dichosa.

Race dijo ásperamente:

—¿He de entender que usted posee pruebas de quién asesinó a la señora Doyle?

La señora Otterbourne se sentó en una silla y se inclinó hacia delante moviendo vigorosamente la cabeza.

—Ciertamente que las poseo. ¿Convendrá conmigo, no es cierto, que quien mató a Luisas Bourget mató también a Linnet Doyle? ¿Que los dos crímenes fueron ejecutados por una misma mano?

—Sí, sí —dijo Simón, con impaciencia—. Desde luego, es comprensible. Continúe.

—Entonces mi afirmación es válida. Sé quién mató a Luisa Bourget; por tanto, sé quién mató a Linnet Doyle.

—¿Quiere decir que tiene una hipótesis acerca de quién mató a Luisa Bourget? —sugirió Race, escéptico.

—No; lo sé de cierto. Yo vi a esa persona con mis propios ojos.

Simón, enfurecido, gritó:

—Por amor de Dios, comience desde el principio. Dice usted que conoce la persona que mató a Luisa Bourget.

La señora Otterbourne asintió con la cabeza.

—Les diré exactamente lo que ocurrió. Fué cuando bajé a almorzar. Apenas tenía ganas de comer. El horror de la reciente tragedia… bien, no necesito entrar en eso. Cuando estaba a la mitad del camino, recordé que había dejado algo en el camarote. Dije a Rosalía que se adelantase, que continuase sin mí. Así lo hizo.

La cortina de la puerta se movió ligeramente como si el viento la levantara, pero ninguno, de los tres hombres lo observó.

—Yo… —La señora Otterbourne calló. La cuestión era delicada —. Yo… tenía que ver a uno de la tripulación del barco. Él tenía que darme algo que yo necesitaba, pero no quería que mi hija lo supiese; ella suele ser muy fastidiosa a veces…

La cortina de la puerta volvió a moverse. Entre ella y la puerta algo relució. La señora Otterbourne continuó:

—Yo tenía que bajar a la cubierta de abajo y allí encontraría al hombre esperándome. Cuando yo caminaba por la cubierta, la puerta de un camarote se abrió y alguien se asomó. Era esta muchacha, Luisa Bourget, o como se llamara. Parecía esperar a alguien. Al verme, pareció tener una decepción y entró de nuevo bruscamente en el camarote. No le di importancia en aquel momento. Continué andando como he dicho y recibí… el paquete del hombre. Luego volví sobre mis pasos. En el preciso momento en que doblaba el ángulo, vi a alguien llamar a la puerta de la doncella y entrar en el camarote.

Race interrumpió:

—Y esa persona era…

¡Pam!

El ruido de la explosión llenó el camarote. Se sintió un olor acre a humo. La señora Otterbourne se volvió lentamente de lado como en suprema pregunta, luego su cuerpo se desplomó hacia adelante y cayó al suelo con ruido sordo. De detrás de su oreja, la sangre manaba de un agujero redondo.

Hubo un momento de estupefacción.

Luego Race y Poirot se pusieron de pie de un salto. El cuerpo de la mujer dificultó un poco sus movimientos. Race se inclinó sobre ella mientras Poirot saltaba como un gato en dirección de la puerta y salía a cubierta.

La cubierta estaba desierta. En el suelo, delante del umbral, había un revólver grande, marca Colt.

Poirot miró en ambas direcciones. La cubierta aparecía desierta. Echó a correr hacia la popa. Al doblar el ángulo, se topó con Timoteo Allerton que venía del lado opuesto.

—¿Qué diablo fue eso? —gritó Timoteo, jadeante.

Poirot preguntó bruscamente:

—¿Encontró a alguien cuando usted venía aquí?

—¿Que si vi a alguien?… No.

—Entonces, acompáñeme.

Asió al joven del brazo y volvió sobre sus pasos.

Un grupo numeroso se había congregado ya. Rosalía, Jacqueline y Cornelia, habían salido corriendo de sus camarotes. Más gente llegaba del salón: Ferguson, Jaime Fanthorp y la señora Allerton.

—¿Tiene guantes en el bolsillo?

Timoteo rebuscó.

—Sí, los tengo.

Poirot se los arrebató, se los puso y se inclinó para examinar el revólver. Race lo imitó. Los otros miraban, conteniendo el aliento.

Race dijo, señalando el revólver:

—Me parece haber visto esta arma no hace mucho tiempo. Sin embargo, debo asegurarme.

Llamó a la puerta del camarote de Pennington. No hubo respuesta. El camarote estaba desierto. Race fué al cajón de la derecha de la cómoda y lo abrió. El revólver había desaparecido.

—Esto lo decide —murmuró el coronel—. ¿Dónde estará Pennington?

Salieron de nuevo a la cubierta. La señora Allerton se había unido al grupo. Poirot se aproximó rápidamente a ella.

—*Madame*, llévese a la señorita Otterbourne y cuídela. Su madre —consultó a Race con una mirada y éste asintió con la cabeza— ha sido asesinada.

El doctor Bessner llegó precipitadamente.

—¡*Gott im Himmel*! ¿Qué hay ahora?

Le abrieron paso. Race indicó el camarote. Bessner entró.

—Busque a Pennington —dijo el coronel—. ¿Hay algunas huellas dactilares en ese revólver?

—Ninguna —respondió el detective.

Encontraron a Pennington en la cubierta de abajo. Estaba sentado en el saloncito, escribiendo cartas.

—¿Hay alguna novedad? —inquirió.

—¿No oyó un disparo?

—¡Cómo! Ahora que usted lo menciona, creo haber oído una especie de pam. Pero no se me ocurrió… ¿A quién han matado?

—A la señora Otterbourne.

—¿A la señora Otterbourne? —La voz de Pennington sonó asombrada—. Me sorprende usted. La señora Otterbourne. —Meneó la cabeza—. No lo entiendo. —Bajó la voz—. Me parece, señores, que tenemos a bordo un loco homicida. Debemos organizar un sistema defensivo.

—Señor Pennington —dijo el coronel—, ¿cuánto tiempo ha estado usted en este salón?

—Déjeme ver. —Pennington se acarició la barbilla—. Diría que unos veinte minutos, más o menos.

—¿Y no ha salido durante ese tiempo?

—¡Cómo! No, ciertamente que no.

—Verá usted, señor Pennington —dijo Race—. La señora Otterbourne ha sido asesinada con el revólver de usted.

CAPÍTULO XXV

El señor Pennington se quedó estupefacto, muy impresionado. No podía llegar a creerlo.

—¡Cómo! —exclamó—. Digan que esto es un asunto muy serio. Muy serio, en verdad.

—Sumamente serio para usted, señor Pennington.

—¿Para mí? —Pennington enarcó las cejas, sobresaltado—. Pero, señores, yo estaba sentado tranquilamente aquí cuando dispararon ese tiro.

—¿Tiene usted, quizá, un testigo para probar eso?

Pennington meneó la cabeza.

—No… no… no lo creo. Pero es claramente imposible que yo haya subido a la cubierta de arriba, que haya asesinado a esa pobre mujer (¿y por qué había de matarla yo, después de todo?) y luego haya bajado sin que nadie me viera. Siempre hay mucha gente paseando por la cubierta a esta hora del día.

—¿Cómo explica que hayan usado su pistola?

—Temo que sea culpa mía. Poco después de embarcar hubo una conversación en el salón una noche, lo recuerdo, acerca de armas de fuego. Y mencioné que yo siempre llevaba un revólver cuando viajaba.

—¿Quién había allí?

—No lo recuerdo exactamente. La mayoría de los pasajeros, me parece. Mucha gente, de todos modos. —Meneó tristemente la cabeza—. Sí, ciertamente, es culpa mía.

Poirot dijo:

—Señor Pennington, desearía discutir ciertos aspectos del caso con usted. ¿Quiere venir a mi camarote por media hora?

—Encantado.

Pennington no parecía verdaderamente estar encantado. Su voz no lo indicaba. Tampoco su rostro. Race y Poirot cambiaron una mirada y salieron bruscamente del saloncito.

—Es un viejo muy astuto —dijo Race—. Pero está asustado, ¿eh?

—Sí, no está muy contento nuestro señor Pennington —asintió Poirot.

Al llegar a la cubierta de paseo, la señora Allerton salió de su camarote y al ver a Poirot le hizo una seña imperiosa.

—*Madame*.

—¡Esa pobre criatura! Dígame, señor Poirot, ¿hay algún camarote doble, que yo pueda compartir con ella? No debe volver al que compartía con su madre, y el mío es para una sola persona.

—Eso tiene arreglo, *madame*. Es usted muy buena.

—Es pura decencia. Además, la muchacha me es muy simpática. Siempre me ha gustado.

—¿Está muy… muy afectada?

—Terriblemente. Parece que simplemente adoraba a esa detestable mujer. Esto es lo más patético. Timoteo dice que cree que ella bebía. ¿Es verdad?

Poirot asintió con la cabeza.

—Era una pobre mujer. No hay que juzgarla, supongo, pero esa muchacha debe haber llevado una vida terrible.

—Así es, *madame* Es muy orgullosa y muy leal.

—Sí, eso me gusta: la lealtad, quiero decir. Está pasada de moda hoy día. Esa muchacha tiene un carácter extraño: orgullosa, reservada, terca y terriblemente cariñosa en el fondo.

—Veo que la he entregado en buenas manos, *madame*.

—Sí, no se preocupe. Me cuidaré de ella. Se inclina a buscar mi compañía de una manera patética.

La señora Allerton volvió a su camarote. Poirot volvió al lugar de la tragedia. Cornelia estaba aún de pie en la cubierta, con los ojos dilatados. Dijo:

—No lo entiendo, señor Poirot. ¿Cómo escapó la persona que la mató, sin que la viéramos?

—Sí; ¿cómo? —preguntó Jacqueline.

—Ah —dijo Poirot—. No fué una desaparición tan misteriosa como usted piensa, *mademoiselle*. El asesino pudo marcharse por tres caminos distintos.

Jacqueline tenía una expresión intrigada.

—¿Tres? —preguntó.

—Pudo irse por la derecha o por la izquierda, pero no veo otro modo —murmuró Cornelia.

Jacqueline frunció el ceño también. Luego el ceño se despejó. Dijo:

—El señor Poirot quiere decir, querida, que pudo descolgarse por la baranda y bajar a la cubierta de abajo.

—¡Cielos! —estalló Cornelia—. No se me había ocurrido. No obstante, tendría que haberlo hecho muy fácilmente. Supongo que pudo hacerlo.

—Fácilmente —dijo Timoteo Allerton—. Recuerde que siempre hay un minuto de estupefacción después de una cosa como ésta: se oye un disparo y queda uno paralizado durante un segundo o dos.

Race salió del camarote de Bessner y dijo autoritariamente:

—¿Harían el favor de alejarse? Queremos sacar el cuerpo.

Todos se alejaron obedientemente. Poirot se fué con ellos. Cornelia le dijo en tono triste y serio:

—Jamás olvidaré mientras viva este viaje… Tres muertes… Es como vivir en una pesadilla.

Ferguson la oyó. Dijo, en tono agresivo:

—Eso es porque usted está demasiado civilizada. Debería ver la muerte como lo hace el oriental. Es un mero incidente, que apenas se nota.

Cornelia dijo:

—Todo eso está muy bien; esas pobres criaturas no están civilizadas.

—No, y buena cosa es. La educación ha desvitalizado a las razas blancas. Mire a América: está embarcada en una orgía de cultura. Sencillamente repugnante.

—Creo que está diciendo tonterías —replicó Cornelia, enrojeciendo—. Yo asisto a las conferencias sobre Arte Griego y el Renacimiento; y fui a algunas sobre Mujeres Famosas de la Historia.

El señor Ferguson gimió:

—¡Arte Griego! ¡El Renacimiento! ¡Mujeres Famosas de la Historia! Me dan náuseas oyéndola. Es el futuro lo que tiene importancia, mujer, no el pasado. Tres mujeres están muertas en este barco… bien, ¿qué importa? No constituyen ninguna pérdida.

¡Linnet Doyle y su dinero! La doncella francesa: un parásito. La señora Otterbourne: una mujer tonta e inútil. ¿Cree que a alguien realmente le importa que estén muertas o no? Yo no lo creo. ¡Creo que es una buena cosa!

—¡Entonces usted se equivoca! —apostrofó Cornelia—. Y me dan náuseas oírle hablar, como si nada tuviese importancia más que usted. Yo no sentía ninguna simpatía por la señora Otterbourne, pero su hija la quería tanto y está abatida por la muerte de su madre. No sé gran cosa de la doncella francesa, pero espero que alguien la quisiera, y en cuanto a Linnet Doyle… bien, aparte de todo, era simplemente adorable.

El señor Ferguson retrocedió un paso. Se mesó los cabellos con vehemencia.

—Renuncio —dijo—. Es usted increíble. No tiene usted ni la más leve chispa de despecho femenino. —Volvióse hacia Poirot—. ¿Sabe usted, señor, que el padre de Cornelia fué arruinado por el de Linnet Ridgeway? ¿Y acaso la muchacha rechina los dientes cuando ve a la heredera exhibiendo perlas y modelos de París?

Cornelia enrojeció.

—Me resentí, sí, un instante. Papá murió de desaliento, porque no había triunfado.

—¡Se resintió un momento!

Cornelia se volvió contra él.

—Bien, ¿no acaba de decir que el futuro es lo que tiene importancia, no el pasado? Todo esto ocurrió en el pasado, ¿no es verdad? Ha terminado.

—Me pilló ahí —dijo Ferguson—. Cornelia Robson, es usted la única mujer simpática que he conocido en mi vida. ¿Quiere casarse conmigo?

—Creo que está usted procediendo de una manera ridícula —dijo Cornelia, enrojeciendo—. Debiera ser un poco más serio.

—¿Quiere decir que no hablo en serio al proponerlo o quiere decir que no tengo carácter serio?

—Las dos cosas, pero realmente me refiero al carácter. Usted se burla de todas las cosas serias. De la educación, de la cultura y… y… de la muerte. No inspiraría usted confianza.

Se interrumpió, enrojeció de nuevo y entró precipitadamente en su camarote.

Ferguson la siguió estupefacto con la mirada.

—¡Maldita sea la muchacha! Creo que lo dijo en serio… Ella quiere un hombre que inspire confianza. De confianza… ¡oh, dioses! —Hizo una pausa y luego dijo, en tono de curiosidad—: ¿Qué le pasa, señor Poirot? Está usted muy absorto en sus pensamientos.

Poirot dió un respingo.

—Medito, eso es todo. Medito.

—Meditación sobre la Muerte. La Muerte, La Guadaña Diezmadora, por Hércules Poirot.

—Señor Ferguson —dijo Poirot—, es usted un joven muy impertinente.

—Tiene que dispensarme. Me gusta atacar a las instituciones establecidas.

—¿Y soy yo una institución establecida?

—Precisamente. ¿Qué opina usted de esa muchacha?

—Creo que es una joven de carácter sólido.

—Tiene usted razón. Tiene sangre. Parece sumisa, mansa, pero no lo es. Tiene valor. Ella es… maldición… quiero a esa muchacha. Quizá no haría mal en abordar a la vieja. Si pudiese ponerla en contra mía, tal vez influiría en Cornelia.

Giró en redondo y entró en el salón de observación.

La señorita Van Schuyler estaba sentada en su rincón de costumbre. Tenía un aspecto más arrogante que de ordinario. Estaba haciendo ganchillo.

Ferguson se aproximó a ella. Hércules Poirot, entrando disimuladamente, tomó asiento a distancia discreta y pareció quedar absorto en una revista.

—Buenas tardes, señorita Van Schuyler.

La señorita Van Schuyler alzó la vista un segundo, tornó a bajarla y murmuró glacialmente:

—Hum, buenas tardes.

—Escuche, señorita Van Schuyler. Quisiera hablarle a usted acerca de una cosa bastante importante. Es esto: deseo casarme con su sobrina.

El ovillo de lana de la señorita Van Schuyler cayó al suelo y rodó frenéticamente por el salón. Ella dijo en tono venenoso:

—Debe usted estar loco, joven.

—De ningún modo. Estoy resuelto a casarme con ella. ¡Le he

pedido a ella que se case conmigo!

La señorita Van Schuyler le escrutó fríamente.

—¿Sí? Y supongo que ella le habrá mandado a paseo.

—Me rehusó.

—Naturalmente.

—De ningún modo «naturalmente». Continuaré pidiéndoselo hasta que acceda.

—Puedo asegurarle, señor, que yo tomaré medidas para que mi joven sobrina no esté sometida a su persecución —dijo la señorita Van Schuyler, en tono mordaz.

—¿Qué tiene usted en contra de mí?

—Yo diría que eso es muy obvio, señor… hum… no conozco su nombre.

—Ferguson.

—Señor Ferguson. —La señorita Van Schuyler pronunció el nombre con clara repugnancia—. Semejante idea está descartada.

—¿Quiere decir —dijo Ferguson que yo no soy bastante bueno para ella?

La señorita Van Schuyler no respondió.

—Tengo dos piernas, dos brazos, buena salud y un cerebro bastante razonable. ¿Qué de mal encuentra en eso?

—Hay lo que se llama posición social, señor Ferguson.

—¡Eso de posición social es una tontería!

La puerta se abrió y Cornelia entró. Se detuvo en seco al ver a su temible prima María conversando con su presunto pretendiente.

El atroz y ofensivo señor Ferguson volvió la cabeza, sonrió ampliamente y llamó:

—Venga, Cornelia. Estoy pidiendo su mano del modo más convencional.

—Cornelia —dijo la señorita Van Schuyler, y su voz era verdaderamente terrible—: ¿has alentado, has incitado a este joven?

—Yo… no, desde luego… —A lo menos… no exactamente… quiero decir…

—Ella no me ha alentado —declaró el señor Ferguson, ayudándole—. Yo lo he hecho todo. Ella realmente no me ha dado una trompada porque tiene un corazón muy bondadoso. Cornelia, su tía dice que yo no soy bastante bueno para usted. Eso, desde luego, es verdad, pero no del modo que ella quiere decir. Mi

naturaleza moral ciertamente no iguala a la suya, pero su argumento es que yo estoy socialmente por debajo de usted.

—Eso, creo yo, es igualmente obvio para Cornelia —dijo la señorita Van Schuyler.

—¿Sí? —El señor Ferguson le dirigió una mirada escrutadora—. ¿Por eso no quiere casarse conmigo?

—No, no es eso: —Cornelia se ruborizó—. Si usted me gustase, me casaría, no importa quién fuese usted.

Las lágrimas amenazaron con abrumarla. Salió precipitadamente del salón.

—En conjunto —dijo el señor Ferguson— no está demasiado mal como principio. —Se reclinó en su silla, miró al techo, silbó, cruzó las rodillas y observó—: Todavía la llamaré tía.

La señorita Van Schuyler tembló de rabia.

—Salga de este salón al instante, señor, o llamaré al camarero.

—He pagado mi billete —replicó el señor Ferguson—. No pueden echarme del salón público. Pero la complaceré. —Se dirigió pausadamente hacia la puerta y salió.

Ahogándose de rabia, la señorita Van Schuyler se incorporó. Poirot, emergiendo discretamente de detrás de la revista que tenía en las manos, se puso en pie de un salto y recuperó el ovillo de lana.

—Muchas gracias, señor Poirot. Si tuviera la bondad de decirle a la señorita Bowers que venga… Estoy indispuesta. ¡Ese insolente joven!

—Es algo excéntrico —dijo Poirot—. Como casi todos los de la familia. Demasiado mimado, desde luego. Siempre inclinado a batirse con los molinos de viento. —Añadió en tono indiferente—: Usted le reconoció, ¿no es cierto?

—¿Que le conocí?

—Sí, es el joven lord Dawlish. Inmensamente rico, desde luego. Pero se hizo comunista en Oxford.

La señorita Van Schuyler reveló en su rostro un campo de batalla de emociones antagónicas, y dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que usted sabe esto, señor Poirot?

Poirot se encogió de hombros.

—Vi una fotografía en un periódico, observé el parecido. Luego encontré un anillo, un sello, con un escudo de armas grabado en él.

Oh, no cabe duda, se lo aseguro.

Tuvo un momento de júbilo leyendo las expresiones que se sucedieron en la cara de la dama. Finalmente, con una graciosa inclinación de cabeza, ella dijo:

—Le estoy muy agradecida, señor Poirot.

Poirot le siguió con la mirada cuando ella salió del salón y sonrió. Luego se sentó y su rostro se tornó grave de nuevo. Estaba absorto en sus pensamientos. De vez en cuando movía afirmativamente la cabeza.

—*Mon ami* —murmuró al fin—. Todo ello encaja.

CAPÍTULO XXVI

Race le encontró sentado todavía allí.

—Bien, Poirot, ¿qué hay? Pennington llegará dentro de diez minutos. Dejo esto en sus manos.

Poirot se incorporó rápidamente.

—Primero, haga buscar a Fanthorp.

—¿Fanthorp? —preguntó Race, sorprendido.

—Sí. Llévelo a mi camarote.

Race asintió y salió. Poirot fué a su camarote. Race llegó con el joven Fanthorp un minuto después. Poirot indicó unas sillas y ofreció cigarrillos.

—Ahora, señor Fanthorp, —dijo— vamos a nuestro asunto. Observo que usa la misma corbata que usa mi amigo Hastings.

Jaime Fanthorp se miró la corbata con sorpresa.

—Exacto. Es la corbata de la Vieja Escuela.

—Debe usted comprender que aunque soy extranjero, conozco algo el punto de vista inglés. Sé, por ejemplo, que hay «cosas que se hacen» y «cosas que no se hacen».

Jaime Fanthorp sonrió.

—No decimos esa clase de cosas hoy día, señor.

—Tal vez no, pero queda la costumbre. ¡La Vieja Escuela! Es la corbata de la Vieja Escuela y hay ciertas cosas, lo sé por experiencia, que la corbata de la Vieja Escuela no hace. Una de esas cosas, señor Fanthorp, es entrometerse en una conversación particular cuando no se conoce a las personas que la sostienen.

»Pero el otro día, señor Fanthorp, eso es exactamente lo que usted hizo. Ciertas personas estaban efectuando tranquilamente algunos negocios particulares en el salón de observación. Usted se aproximó, evidentemente con el propósito de oír lo que se hablaba,

y poco después, usted se volvió y felicitó a la señora Doyle sobre la solidez de sus métodos comerciales.

El rostro de Jaime Fanthorp enrojeció intensamente.

Poirot continuó, sin esperar un comentario.

—¡Ahora bien, señor Fanthorp, ésa no es la conducta de una persona que lleva una corbata que usa mi amigo Hastings! ¡Hastings es todo delicadeza, moriría de vergüenza antes de hacer semejante cosa! Por tanto, teniendo en cuenta que usted es muy joven para permitirse el lujo de un viaje como éste, que es usted miembro del despacho de un abogado de pueblo y, por lo tanto, probablemente, no exageradamente rico, y que usted no muestra señales de enfermedad reciente, yo me pregunto, y se lo estoy preguntando: ¿Cuál es el motivo de su presencia en este barco?

Jaime Fanthorp echó la cabeza atrás.

—Me niego a darle ninguna clase de información, señor Poirot. Realmente creo que usted debe estar loco.

—No estoy loco. Estoy en mi juicio. ¿Dónde está la casa donde trabaja? En Northampton, no muy lejos de Wode Hall. ¿Qué conversación intentó usted oír? Una conversación referente a documentos legales. ¿Cuál fué el objeto de su observación que usted emitió con evidente embarazo y malestar? Su objeto era impedir que la señora Doyle firmase un documento sin leer.

»En este barco ha habido un asesinato y consecutivamente a ese asesinato han habido otros dos crímenes en rápida sucesión. Si, además, le facilito a usted la información de que el arma que mató a la señora Otterbourne era un revólver propiedad del señor Andrés Pennington, entonces quizá comprenderá usted que tiene el deber de decirnos todo cuanto sepa.

Jaime Fanthorp permaneció silencioso un momento. Al fin dijo:

—Muy bien. ¿Qué desea saber?

—¿Por qué vino usted a este viaje?

—Mi tío, el coronel Carmichael, el abogado inglés de la señora Doyle, me mandó. Él se cuidaba de muchísimos de los asuntos de ella. De este modo, sostenía correspondencia con el señor Andrés Pennington que era el depositario americano. Varios pequeños incidentes (no puedo enumerarlos todos) hicieron que mi tío sospechase que las cosas no iban tal como debían ir.

—En lenguaje claro y llano —dijo Race— su tío sospechaba que

Pennington era un bribón.

Jaime Fanthorp asintió con la cabeza, con una leve sonrisa en el rostro.

—Usted lo pone más crudamente de lo que yo lo haría, pero la idea es ésa. Varias excusas hechas por Pennington, ciertas explicaciones plausibles de la disposición de fondos, despertaron el recelo de mi tío.

»Mientras estas sospechas eran nebulosas, la señorita Ridgeway se casó inesperadamente y se marchó en viaje de luna de miel a Egipto. El casamiento quitó un peso de encima a mi tío, pues sabía que a su regreso a Inglaterra la herencia tendría que liquidarse y entregarse.

»No obstante, en una carta que ella escribió a él desde El Cairo, ella mencionó casualmente que se había encontrado inesperadamente con Andrés Pennington. Las sospechas de mi tío se agudizaron. Tenía el convencimiento de que, Pennington, tal vez encontrándose en una posición desesperada, iba a tratar de conseguir algunas firmas de ella con lo cual podría encubrir sus desfalcos. Dado que mi tío no podía presentarle a ella ninguna prueba, se encontraba en una posición muy delicada. Lo único que pudo pensar fué mandarme allí, en avión, con instrucciones de descubrir lo que se tramaba. Yo tenía que estar alerta y obrar sumariamente, si era necesario, o sea, una misión desagradable, se lo aseguro. En realidad, en la ocasión que usted menciona tuve que comportarme más o menos como un canalla. Fué embarazoso, pero en conjunto quedé satisfecho del resultado.

—¿Quiere decir que se puso en guardia a la señora Doyle? —inquirió Race.

—No tanto como eso. Pero creo que alarmé a Pennington. Tuve el convencimiento de que no intentaría ninguna bribonada durante algún tiempo y para entonces yo esperaba intimar lo bastante con la señora y el señor Doyle para transmitirles alguna especie de aviso. En realidad, me proponía hacerlo por mediación de Doyle. La señora Doyle apreciaba tanto al señor Pennington que habría sido embarazoso sugerirle a ella alguna cosa. Habría sido más fácil abordar al marido.

Poirot preguntó:

—¿Quiere darme su opinión sobre un punto, señor Fanthorp? Si

usted se propusiese estafar a alguien, ¿escogería a la señora Doyle o su marido como víctima?

Fanthorp esbozó una sonrisa.

—Al señor Doyle, siempre. Linnet Doyle era muy sagaz en cuestiones de negocios.

—De acuerdo —dijo Poirot. Miró a Race—. Hay el móvil.

Jaime Fanthorp dijo:

—Pero todo esto es pura conjetura. No es ninguna prueba.

—¡Ah, bah! ¡Conseguiremos las pruebas!

—¿Cómo?

—Posiblemente del mismo Pennington.

—Lo dudo —murmuró Fanthorp.

Race consultó su reloj.

—Debe de llegar de un momento a otro.

Jaime Fanthorp comprendió al instante. Se marchó.

Dos minutos después, Andrés Pennington hizo su aparición.

—Bien, señores —dijo—; aquí estoy.

—Le rogamos que viniese aquí, señor Pennington, —empezó Poirot— porque es evidente que usted tiene un interés especial e inmediato en el caso.

Pennington enarcó ligeramente las cejas.

—¿Si?

—Seguro. Usted ha conocido a Linnet Ridgeway, según tengo entendido, desde niña.

—Oh, eso… —Su rostro se alteró— dispense, no le oí bien. Si, como les dije esta mañana, he conocido a Linnet desde que era una criatura.

—Era usted tan íntimo de su padre que a su muerte le nombró guardián de los negocios de su hija y depositario de la vasta fortuna que ella heredó.

—Algo así. —La cautela tornaba—. Yo no era el único depositario, naturalmente; otras personas estaban asociadas conmigo.

—¿Que han muerto desde entonces?

—Dos de ellas, sí. La otra, el señor Sterndale Rohford, mi socio, está vivo.

—La señorita Ridgeway, según tengo entendido, no era mayor de edad todavía cuando se casó.

—Habría cumplido los veintiún años el próximo julio.

—Y en el curso normal de las cosas, ¿habría entrado en posesión de su fortuna?

—Sí.

—¿Pero su casamiento precipitó las cosas?

La mandíbula de Pennington se puso rígida. Proyectó la barbilla agresivamente.

—Ustedes me dispensarán, señores, pero ¿hasta qué punto les importa a ustedes todo esto?

—Si le desagrada responder a las preguntas…

—No se trata de que me desagrade. No me importa lo que me pregunten. Pero no veo la pertinencia de todo esto.

—Oh, es que seguramente, señor Pennington… —Poirot se inclinó hacia adelante—, existe la cuestión del móvil, al considerar esto, hay que tener en cuenta las cuestiones financieras.

Pennington dijo malhumorado:

—Según el testamento de Ridgeway, Linnet tomaría posesión de su fortuna cuando cumpliese los veintiún años o cuando se casara.

—¿Sin ninguna condición?

—Sin ninguna condición.

—Y se trata de un asunto, según me han asegurado, de millones.

—Millones son.

Poirot dijo suavemente:

—Su responsabilidad, señor Pennington, y la de su socio, ha sido muy grave.

—Estamos habituados a la responsabilidad. No nos preocupa lo más mínimo.

—¡Quién sabe!

Algo en el tono hirió al otro hombre en lo más vivo. Dijo iracundo:

—¿Qué demonio quiere usted decir?

Poirot respondió con aire de franqueza encantadora.

—Me preguntaba, señor Pennington, si el súbito casamiento de Linnet Ridgeway causó alguna… consternación en su oficina.

—¿Consternación? ¿Qué pretende usted insinuar?

—Algo muy sencillo. ¿Los asuntos de Linnet Doyle están en el orden perfecto que deben estar?

Pennington respondió secamente:

—Están en perfecto orden.

—¿No se alarmó usted tanto cuando le llegó la súbita noticia del casamiento de Linnet Ridgeway que corrió usted precipitadamente hacia Europa en el primer barco y simuló un encuentro fortuito en Egipto?

Pennington volvió hacia ellos. Había recobrado la serenidad.

—¡Lo que usted dice es pura tontería! Ni siquiera sabía que Linnet Ridgeway estaba casada hasta que me la encontré en El Cairo. Me quedé asombrado. Su carta no llegó a mis manos por cuestión de un día en Nueva York. Fué reexpedida y la recibí una semana después.

—Vino usted en el *Germanic*, creo que dijo.

—Así es.

—¿Y la carta llegó a Nueva York después de la partida del *Germanic*?

—¿Cuántas veces he de repetirlo?

—¡Es extraño! —dijo Poirot.

—¿Qué es extraño?

—Que en su equipaje no haya ninguna etiqueta del *Germanic*. Las únicas etiquetas recientes del viaje transatlántico son las del *Normandie*. El *Normandie*, según recuerdo, zarpó dos días después del *Germanic*.

Durante un momento el otro quedó desconcertado. Titubeó.

El coronel Race lo sopesó con efecto evidente.

—Vamos, señor Pennington —dijo—. Tenemos varias razones para creer que usted vino en el *Normandie* y no en el *Germanic*, como ha dicho usted. En ese caso, usted recibió la carta de la señora Doyle antes de partir de Nueva York. Es inútil negarlo, pues es lo más fácil del mundo comprobarlo en las compañías de navegación.

—He de inclinarme ante ustedes, señores. Han sido demasiado hábiles para mí. Pero yo tenía motivos para obrar como lo hice.

—Sin duda.

—Bien… —Pennington suspiró—. Hablaré claro. Se realizaban algunas operaciones sospechosas en Inglaterra. Me preocuparon. Yo no podía hacer gran cosa por carta. Lo único era venir y verlo personalmente.

—¿Qué quiere decir con «operaciones sospechosas»?

—Tengo mis motivos para creer que estafaban a Linnet.

—¿Quién?

—Su abogado inglés. Ahora, ésa no es la clase de acusación que se puede formular fácilmente. Decidí venir y comprobarlo.

—Esto acredita su vigilancia. Pero ¿por qué ese pequeño engaño, de no haber recibido la carta?

—Bien. —Pennington extendió las manos—. No se puede entrometerse con una pareja en luna de miel sin dar una explicación. Pensé que sería mejor fingir que el encuentro era casual.

—En realidad, todas sus mediaciones fueron motivadas por puro desinterés —dijo el coronel Race.

—Usted lo ha dicho, coronel.

Hubo una pausa. Race miró a Poirot. El hombrecillo se inclinó hacia adelante.

—Señor Pennington, no creemos una palabra de su historia.

—¡Maldición! ¿Y qué demonios creen ustedes?

—Nosotros creemos que el inesperado casamiento de Linnet Ridgeway le puso a usted en un apuro financiero, que usted vino precipitadamente con el objeto de encontrar algún medio para salir del apuro en que se encontraba, es decir, algún modo de ganar tiempo. Que, con ese propósito a la vista, usted procuró obtener la firma de la señora Doyle para ciertos documentos, y fracasó. Que en el viaje por el Nilo, cuando caminaba usted a lo largo del acantilado en Abu Simbel, desprendió usted una roca que cayó y por un pelo no tocó a su objetivo…

»Creemos que la misma clase de circunstancias ocurrió en el viaje de vuelta, es decir, se presentó una ocasión de suprimir a la señora Doyle en el momento en que su muerte, sin duda, sería atribuida a la acción de otra persona. No sólo creemos, sino que sabemos que fué su revólver el que mató a una mujer que estaba a punto de revelarnos el nombre de la persona que ella tenía motivos para creer que mató a Linnet Doyle y a Luisa Bourget…

—¡Maldición! —La exclamación interrumpió el chorro de elocuencia de Poirot—. ¿Qué pretende usted? ¿Está usted loco? ¿Qué motivo tenía yo para matar a Linnet? Yo no iba a recibir su dinero; éste iría a parar a manos de su marido. ¿Por qué no se mete usted con él? Él ha de beneficiarse, no yo.

Race dijo en tono glacial:

—Doyle no salió nunca del salón la noche de la tragedia hasta que fué herido en la pierna. La imposibilidad de que caminase un paso después de eso, pueden atestiguarla un doctor y una enfermera, ambos testigos de confianza e independientes. Simón Doyle no pudo haber matado a su esposa. Y tampoco pudo haber matado a Luisa Bourget. Ciertamente, no mató a la señora Otterbourne. Usted lo sabe tan bien como nosotros.

—Yo sé que no la maté. —La voz de Pennington sonaba más calmada—. Todo lo que digo es: ¿por qué razón me reprocha injustamente cuando yo no me beneficio por su muerte?

—Pero, querido señor —la voz de Poirot era suave como el runruneo de un gato—, eso es materia de opinión. La señora Doyle era una mujer de negocios muy hábil, conocedora de sus asuntos, y muy astuta para descubrir cualquier irregularidad. Tan pronto como ella tomara el control de su propiedad, lo que haría a su regreso a Inglaterra, sus sospechas tendrían que despertarse. Pero ahora que ella está muerta y que su marido, como acaba de apuntar, hereda, el asunto es diferente. Simón Doyle no sabe nada de los asuntos de su esposa, excepto que ella era una mujer rica. Es una persona de disposición confiada. Usted encontrará fácil poner unas relaciones complicadas ante él, enredar el asunto en una red de cifras y retardar la liquidación con el argumento de las formalidades legales y la reciente depresión. *Creo que significa una diferencia considerable para usted el tratar con el marido o con la esposa.*

Pennington se encogió de hombros.

—Sus ideas son fantásticas.

—El tiempo lo demostrará.

—¿Qué ha dicho usted?

—He dicho: «el tiempo lo demostrará». Éste es un asunto de tres muertes, tres asesinatos. La ley exigirá que se practique una investigación a fondo en el estado de la herencia de la señora Doyle.

Observó el súbito hundimiento de los hombros de Pennington y comprendió que había triunfado. Las sospechas de Jaime Fanthorp estaban fundadas. Poirot continuó:

—Ha jugado y ha perdido. Es inútil seguir fingiendo.

—Usted no comprende —murmuró Pennington—. Ha sido esta baja de valores. Wall Street ha estado loco. Pero yo había preparado una recuperación. Con suerte, todo estaría arreglado para mediados

de junio.

—Supongo —musitó Poirot— que la roca fué una súbita tentación. Usted se imaginó que no le veía nadie.

—Fué un accidente. Juro que fué una pura casualidad. —El hombre se inclinó hacia delante, el rostro contraído y los ojos aterrorizados—. Tropecé y caí contra ella. Juro que fué un accidente…

Los dos hombres no dijeron nada.

Pennington se recobró de repente. Su espíritu luchador resurgió en cierta medida. Se dirigió hacia la puerta.

—No pueden ustedes achacarme eso, señores. Fué un accidente. ¡Y no fui yo quien la mató!, ¿oyen ustedes? No pueden ustedes achacarme eso tampoco y nunca lo harán.

Salió.

CAPÍTULO XXVII

Cuando la puerta se cerró detrás del abogado, Race exhaló un profundo suspiro.

—Logramos más de lo que suponíamos. Una confesión de fraude. Una confesión de intento de asesinato. Es imposible ir más allá. Un hombre confesará, más o menos, haber intentado un asesinato, pero no conseguirá usted que confiese el hecho real.

—A veces puede hacerse —musitó Poirot.

Sus ojos eran soñadores, felinos. Race le miró con curiosidad:

—¿Tiene un plan?

El detective asintió con la cabeza. Luego dijo:

—El jardín de Assuán. Las declaraciones del señor Allerton. Las dos botellitas de esmalte para las uñas. Mi botella de vino. La estola de terciopelo. El pañuelo manchado. La pistola que se dejó en el lugar del crimen. La muerte de Luisa. La muerte de la señora Otterbourne… Sí, todo está ahí. ¡Pennington no lo hizo, Race!

—¿Qué? —Race se sobresaltó.

—Pennington no lo hizo. Tenía el motivo, sí. Tenía la voluntad de hacerlo; de acuerdo. Llegó hasta intentarlo. *Mais tout c'est*. Hacía falta algo para el crimen que requería audacia, una ejecución rápida e implacable, valor, indiferencia al peligro y un cerebro calculador e ingenioso. Pennington no posee esos atributos. Él no podía cometer un crimen a menos que supiese que estaba seguro. ¡Este crimen no era seguro! Pendía del filo de una navaja de afeitar. Requería audacia. Pennington no es audaz. Es tan sólo astuto.

Race le miró con el respeto que un hombre hábil siente por otro.

—Creo que tiene usted razón —declaró.

—Eso creo. Hay una o dos cosas… ese telegrama, por ejemplo, que Linnet Doyle leyó. Me gustaría aclarar ese punto.

—¡Por Júpiter, olvidamos preguntárselo a Doyle! Nos estaba hablando de ello cuando la pobre señora Otterbourne se presentó. Volveremos a preguntárselo.

—Dentro de poco. Primeramente, deseo hablar a alguien más.

—¿A quién?

—A Tim Allerton.

—¿Allerton? Bien, le traeremos.

Oprimió un botón y mandó al camarero con un mensaje.

Tim Allerton entró con aire interrogante.

—El camarero me dijo que usted quería verme.

—Así es, señor Allerton. Siéntese.

Tim tomó asiento. Su rostro aparecía atento pero aburrido.

—¿Puedo servirles en algo? —inquirió en tono cortés, pero no entusiasta.

—En cierto sentido, quizá —respondió Poirot—. Lo que yo realmente deseo es que escuche.

Tim Allerton levantó las cejas en cortés sorpresa.

—Ciertamente. Yo soy el mejor oyente del mundo. Puede esperar de mí que diga «¡U-a!» en el momento oportuno.

—Eso es muy satisfactorio. «¡U-a!» será muy expresivo. *Eh bien*, comenzaremos. Cuando conocí a usted y a su madre en Assuán, señor Allerton, me atrajo su compañía muchísimo. Para empezar, declaré que su madre era una de las personas más encantadoras que jamás he conocido…

El rostro cansado se contrajo un instante, una sombra de expresión apareció en él.

—Es… única —dijo.

—Pero la segunda cosa que me interesó fué la mención de cierta dama.

—¿Realmente?

—Sí, una señorita, Juana Southwood. Vea usted; yo había oído mencionar recientemente ese nombre —hizo una pausa y continuó —: Durante los tres últimos años se han cometido ciertos robos de joyas que han fastidiado grandemente a Scotland Yard. Son lo que puede denominarse «robos de sociedad». El método es usualmente el mismo: la sustitución de una imitación de una joya por el

original. Mi amigo el jefe inspector Japp, llegó a la conclusión de que los robos no eran obra de una persona, sino de dos que trabajaban juntas muy hábilmente. Estaba convencido, por el conocimiento íntimo que revelaban, de que los robos eran obra de personas de buena posición. Y, finalmente, su atención se enfocó sobre la señorita Juana Southwood. Todas las víctimas habían sido amigas o conocidas de ella y en todos los casos había tenido en sus manos, o le habían prestado, la joya en cuestión. También su tren de vida estaba muy por encima de su renta. Por otra parte, estaba claro que el robo, es decir, la sustitución, no había sido realizada por ella. En algunos casos ella había estado ausente de Inglaterra durante el periodo en que la alhaja había sido repuesta. Así gradualmente, una idea fue tomando cuerpo en la mente del inspector Japp. La señorita Southwood estuvo en un tiempo asociada a una Corporación de Joyería Moderna. Él sospechaba que ella manejaba las joyas en cuestión, hacía unos dibujos de todas ellas, las hacía copiar por algún joyero humilde, pero deshonesto, y que la tercera parte de la operación consistía en la sustitución por otra persona, alguien que podía probarse que nunca tuvo en sus manos las joyas y que jamás se mezcló en la operación de las copias o imitaciones de piedras preciosas. Japp desconocía absolutamente a la otra persona.

»Ciertas cosas que dijo usted en su conversación, me interesaron. Un anillo que desapareció cuando usted estuvo en Mallorca; el hecho de que usted había estado en una fiesta particular, donde ocurrió una de esas substituciones falsas, su íntima asociación con la señorita Southwood. También habla el hecho de que a usted, evidentemente, molestó mi presencia e intentó que su madre fuese menos cordial conmigo. Esto, desde luego, pudo haber sido una antipatía personal, pero pensé que no era ése el caso. Usted estaba demasiado ansioso por tratar de ocultar su antipatía bajo unos modales muy cordiales.

»*Eh bien*, después del asesinato de Linnet Doyle, se descubrió que sus perlas habían desaparecido. Comprenderá usted que al instante pensé en usted. Pero no estoy satisfecho del todo. Pues si usted trabaja, como sospecho, con la señorita Southwood, que era una íntima amiga de la señora Doyle, entonces la substitución sería el método empleado, no un robo descarado. Pero entonces se

restituyen inesperadamente las perlas, ¿y qué descubro? Que las perlas no son legítimas, sino que son falsas.

»Supe entonces quién es el verdadero ladrón. Era el collar falso, que fué robado y devuelto, una imitación que usted había cambiado previamente por el collar legítimo.

Miró al joven que tenía delante. Tim estaba blanco bajo su rostro curtido. No era un luchador tan bueno como Pennington. Dijo con un esfuerzo, para sostener sus maneras burlonas:

—¿De veras? Y si es así, ¿qué hice con ellas?

—También lo sé.

El rostro del joven se alteró.

—No hay más que un lugar donde puedan estar —prosiguió Poirot lentamente—. He reflexionado y mi juicio me dice que así es. Esas perlas, señor Allerton, están escondidas en un rosario que cuelga de su camarote. Las cuentas del rosario están talladas de una manera muy elaborada. Creo que usted lo mandó hacer especialmente. Esas cuentas se desenroscan, aunque nadie pensaría en tal cosa al mirarlas. Dentro de cada una de ellas hay una perla pegada con secotina. La mayoría de los investigadores policíacos suelen respetar los símbolos religiosos, a menos que haya eminentemente algo extraño en ellos. Usted contaba con eso. Procuré averiguar cómo la señorita Southwood le mandó el collar falso a usted. Debe de haberlo hecho, puesto que usted vino aquí desde Mallorca al saber que la señora Doyle estaría aquí en su luna de miel. Tengo la creencia de que fue mandado en un libro, habiéndose hecho un agujero cuadrado recortando las páginas en el centro. Un libro se remite con los extremos abiertos y prácticamente nunca lo abren en Correos.

Hubo una pausa, una larga pausa.

Luego Tim dijo, quedamente:

—¡Ha vencido usted! Ha sido una partida magnífica. Pero ha terminado por fin. Ya no queda nada que hacer, supongo, más que aguantar y sufrir las consecuencias.

Poirot asintió.

—¿Se da usted cuenta de que le vieron aquella noche?

—¿Que me vieron? —preguntó Tim, sobresaltado.

—Sí, la noche que Linnet Doyle murió, alguien vio a usted salir de su camarote poco después de la una de la madrugada.

—Escuche —dijo Tim—, usted no cree… ¡No fui yo quien la mató! ¡Lo juro! Haber escogido precisamente esa noche… ¡Cielos, es terrible!

—Sí —dijo Poirot—, debe usted haber pasado unos momentos angustiosos. Pero ahora que se ha descubierto la verdad, tal vez pueda usted ayudarnos. ¿Estaba la señora Doyle viva cuando usted robó las perlas?

—No lo sé —respondió Tim, roncamente—. ¡Pongo a Dios por testigo, señor Poirot, no lo sé! Había averiguado dónde las dejaba de noche, sobre la mesita, junto a la cama. Entré con sigilo, busqué a tientas y las cogí, deposité las otras y salí. Suponía, desde luego, que ella estaba dormida.

—¿La oyó usted respirar? ¿Seguramente que escucharía eso?

—Estaba muy silencioso, muy silencioso, en verdad. No, no recuerdo haberla oído respirar…

—¿Notó algún olor a humo en el aire, como debería haber si se hubiese disparado un arma de fuego recientemente?

—No lo creo. No lo recuerdo.

Poirot suspiró.

—Entonces no hemos adelantado nada.

—¿Quién me vio? —preguntó Tim, con curiosidad.

—Rosalía Otterbourne. Ella venía del otro lado del barco y le vio salir del camarote de Linnet Doyle e ir al suyo.

—De modo que fué ella quien se lo dijo.

—Dispense, ella no me lo dijo.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—¡Porque yo soy Hércules Poirot! ¡No necesito que me lo digan! Cuando la interrogué, ¿sabe usted lo que me dijo? Esto: «No vi a nadie». Y mintió.

—¿Pero por qué?

—Quizá porque pensó que el hombre que ella vio era el asesino. Así parecía.

—Esto me parece mayor motivo para decirlo.

Poirot se encogió de hombros.

—Al parecer, ella no lo creía así.

—Es una muchacha extraordinaria —dijo Tim, con una nota extraña en la voz—. Debe haber sufrido mucho con esa madre suya.

—Sí, la vida no ha sido fácil para ella.

—¡Pobre criatura! —murmuró Tim. Se volvió hacia Race—: Bien, señor, ¿adónde vamos a parar ahora? Confieso haber tomado las perlas del camarote de Linnet y usted las encontrará precisamente donde ustedes dicen que están. Soy culpable. Pero en lo tocante a la señorita Southwood, no confieso nada. No tiene usted ninguna prueba contra ella. Cómo llegó a mis manos el collar falso, es asunto mío.

—Una actitud muy correcta —murmuró Poirot.

—¡Siempre el caballero! —dijo Tim, en un rasgo humorístico—. ¡Tal vez usted puede imaginarse lo molesto que fué para mí encontrar a mi madre tan amiga de usted! No soy un criminal lo bastaste endurecido para departir amigable y alegremente con un detective poco antes de dar un golpe bastante arriesgado. Algunas personas pueden cobrar ánimos con ello. Yo no.

—Pero no le impidió intentarlo.

—No podía acobardarme hasta, ese extremo. El cambio tendría que realizarse alguna vez y se me presentó una ocasión única en este barco: un camarote con dos puertas y Linnet tan preocupada con sus asuntos que no era probable que descubriese el cambio.

—Me pregunto si eso fué tan…

Tim alzó la cabeza bruscamente.

—¿Qué quiere decir?

Poirot pulsó el timbre.

—Voy a preguntarle a la señorita Otterbourne si quiere venir un momento.

Tim frunció el ceño, pero no dijo una sola palabra. Un camarero llegó, recibid la orden y salió con el mensaje.

Rosalía llegó unos minutos después. Sus ojos, enrojecidos por el reciente llanto, se dilataron al ver a Tim, pero su anterior actitud recelosa y retadora había desaparecido. Tomó asiento y, con, docilidad, miró de Race a Poirot.

—Sentimos molestarla, señorita Otterbourne —dijo Race, dulcemente. Estaba ligeramente enojado con Poirot.

—No importa —contestó la muchacha.

—Es necesario aclarar uno o dos puntos —dijo Poirot—. Cuando le pregunté si vio a alguien en la cubierta de estribor, a la una y diez de esta madrugada, su respuesta fué que no vio a nadie. Afortunadamente, he podido descubrir la verdad sin su ayuda. El

señor Allerton ha confesado que estuvo en el camarote de Linnet Doyle, anoche.

Ella lanzó una rápida mirada a Tim, Éste, con rostro ceñudo, asintió con la cabeza.

—¿La hora es exacta, señor Allerton?

—Exacta —respondió éste.

Rosalía le miraba con asombro. Sus; labios temblaron…

—Pero usted no… usted no…

—No, yo no la maté —dijo el joven, rápidamente—. Soy un ladrón, pero no un asesino.

—La historia del señor Allerton —dijo Poirot— es que entró en el camarote anoche y cambió un collar de perlas falsas por las legítimas.

—¿Usted hizo eso? —preguntó Rosalía.

Sus ojos graves, tristes e infantiles lo interrogaron.

—Sí —corroboró Tim.

Hubo una pausa. El coronel Race se movió, nervioso. Poirot dijo, en voz extraña:

—Ésa, como digo yo, es la historia del señor Allerton, en parte confirmada por su declaración. Es decir, existe la prueba de que él visitó el camarote de Linnet Doyle anoche, pero no hay pruebas que demuestren por qué lo hizo.

Tim le miró, con asombro.

—¡Pero usted lo sabe!

—¿Qué sé yo?

—Pues… usted sabe que yo cogí las perlas.

—*Mais oui, mais oui*. Yo sé que tiene las perlas, pero no sé cuándo las cogió, Puede haber sido antes de la noche pasada. Acaba usted de decir que Linnet Doyle no habría notado la substitución. No estoy seguro de eso. Suponiendo que *lo notase*… Suponiendo, aún, que ella sabía quién lo hizo… Suponiendo que usted oyó la escena del salón entre Jacqueline de Bellefort y Simón Doyle, que usted sabía que ella tenía verdaderamente esa intención… Y suponiendo que cuando el salón quedó desierto, usted entró y se apoderó de la pistola; y luego, una hora más larde, cuando en el barco reinaba la calma, usted penetró sigilosamente en el camarote de Linnet Doyle y se aseguró de que no efectuaría tal denuncia…

—¡Dios mío! —exclamó Tim.

De su rostro pálido, dos ojos torturados miraron, mudos, a Hércules Poirot.

—Pero —continuó éste— alguien más vio a usted: la muchacha Luisa. Al día siguiente, ella fué a verle y quiso hacerle víctima de un chantaje. Debía usted pagar generosamente, o bien ella denunciaría lo que sabía. Usted comprendió que someterse a un chantaje sería el principio del fin. Fingió usted asentir, acordaron una cita para que usted fuese al camarote de ella, poco antes del desayuno, con el dinero. Entonces, cuando ella contaba los billetes, usted la acuchilló.

Entonces, cuando ella contaba los billetes...

»Pero de nuevo la suerte estuvo en contra de usted. Alguien le vio ir al camarote de la muchacha… —Se volvió hacia Rosalía—. Su madre. Tuvo usted que actuar nuevamente, peligrosamente, temerariamente, pero era la única posibilidad. Oyó usted a Pennington hablar de su revólver. Entró usted en su camarote, se apoderó del arma, escuchó fuera del camarote del doctor Bessner y

mató a la señora Otterbourne, antes de que ella pudiese revelar su nombre…

—¡No! —gritó Rosalía—. ¡Él no lo hizo! ¡Él no lo hizo!

—Después de eso, usted hizo la única cosa que podía hacer: corrió hacia la popa, y cuando yo corrí tras de usted, usted había girado y simuló venir de dirección opuesta. Usted había manejado el revólver con guantes, esos guantes estaban en su bolsillo cuando yo se los pedí…

Tim interrumpió:

—¡Juro ante Dios que eso no es verdad, ni una sola palabra de ello!

Pero su voz insegura y temblorosa no convenció.

—Fué entonces cuando Rosalía Otterbourne le sorprendió.

—¡Desde luego que no es verdad! ¡Y el señor Poirot lo sabe! Lo dice por algún motivo suyo.

Poirot la miró. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Extendió las manos en señal de rendición.

—*Mademoiselle* es demasiado inteligente. Pero ¿usted convendrá… en que era un buen caso?

—¡Qué demonio…! —Tim empezó, con creciente furia, pero Poirot alzó una mano.

—Hay un caso muy bueno contra usted, señor Allerton. Quería que usted se diese cuenta de ello. Ahora le diré alguna cosa más desagradable. Todavía no he examinado aquel rosario en su camarote. Puede ser que cuando lo haga no encuentre nada allí. Las perlas fueron substraídas por una cleptómana que las ha restituido desde entonces. Están en una cajita sobre la mesa, junto a la puerta, si es que quiere examinarlas con *mademoiselle*.

Tim se incorporó. Permaneció un momento sin poder hablar. Cuando lo hizo, sus palabras sonaron inadecuadas, pero es posible que satisficieran a los oyentes.

—Gracias —dijo—. No tendrá que ofrecerme otra ocasión para vivir rectamente.

Abrió la puerta para la muchacha. Ella pasó y, recogiendo la cajita de cartón, él la siguió. Echaron a andar juntos, uno al lado del otro. Tim abrió la caja, sacó el collar de perlas falsas y lo arrojó al Nilo.

—Ya está —dijo—. Eso ha desaparecido. Cuando devuelva la

caja a Poirot, contendrá el collar legítimo. ¡Qué necio he sido!

—En primer lugar —dijo Rosalía, en voz baja—, ¿por qué hizo eso? ¿Cómo llegó a hacer eso?

—¿Cómo empecé, quiere decir? ¡Oh, no lo sé! Por aburrimiento, por pereza, por diversión. Es un modo mucho más atractivo de ganarse la vida que estar dándole vueltas a la noria en un empleo. Le debe parecer a usted muy sórdido, pero esto tenía cierta atracción… el riesgo, supongo.

—Creo comprender.

—Sí, pero usted no lo haría jamás.

Rosalía consideró unos instantes, inclinada la cabeza joven y grave.

—No —declaró, sencillamente—. Yo no lo haría.

—¡Oh, querida, es usted tan adorable! —dijo él—. ¿Por qué no quiso decir que me vio anoche?

—Pensé que sospecharían de usted.

—¿Sospechó usted de mí?

—No. No podía creer que usted mataría a una persona.

—No. Yo no estoy hecho de la madera que los asesinos están hechos. No soy más que un miserable y vulgar ladronzuelo.

Ella extendió una mano trémula y le tocó el brazo.

—No diga eso…

Él le cogió la mano.

—Rosalía, ¿sabría usted… sabría usted lo que quiero decir? ¿O me despreciaría siempre y me lo echaría en cara?

—Hay cosas —contestó ella, sonriendo levemente— que usted podría arrojarme en cara también…

—Rosalía, querida…

Pero ella se contuvo un minuto más.

—Está… Juana…

Tim dió un súbito grito.

—¿Juana? Es usted tan mala como mamá. No me importa un pito Juana.

—No es necesario que su madre lo sepa nunca —dijo Rosalía, después de una pausa.

—No estoy seguro. Creo que se lo diré. Mamá es muy valiente. Tiene mucho aguante. Sí, creo que voy a destrozar sus ilusiones maternales. Sentirá tanto alivio al saber que mis relaciones con

Juana eran puramente comerciales, que me lo perdonará todo.

Habían llegado al camarote de la señora Allerton y Timoteo llamó con firmeza a la puerta. Se abrió ésta y la señora Allerton apareció en el umbral.

—Rosalía y yo… —anunció Tim. Hizo una pausa.

—¡Oh, queridos! —dijo la señora Allerton. Abrazó a Rosalía—. Mi querida, mi querida niña… Siempre he abrigado la esperanza… pero Tim era tan fastidioso… y fingía que no te quería. ¡Pero, desde luego, yo lo veía!

—Ha sido usted tan buena conmigo… siempre. Yo deseaba… yo deseaba…

Se interrumpió y sollozó, feliz, en el hombro de la señora Allerton.

CAPÍTULO XXVIII

Cuando la puerta se cerró detrás de Tim y Rosalía, Poirot dirigió una mirada tímida, de disculpa, al coronel Race. El coronel estaba algo ceñudo.

—Consentirá usted mi arreglo, ¿eh? —suplicó Poirot—. Es irregular. Sé que es irregular, en efecto, pero tengo en alta consideración la felicidad humana.

—No tiene usted ninguna consideración por la mía —replicó Race.

—Esa *jeune filie*, siento ternura hacia ella, y ella ama al joven. Será un casamiento excelente; ella posee la energía que él necesita; la madre la quiere.

—En realidad, el casamiento se ha arreglado por el Cielo y Hércules Poirot. Todo lo que yo he de hacer es transigir.

—Pero, *mon ami*, ya le dije que era todo conjetura de mi parte.

Race sonrió de repente.

—Por mi parte, está bien —declaró—. ¡No soy un maldito policía, gracias a Dios! Me atrevo a decir que el joven idiota irá recto ahora. La muchacha es recta. ¡No, de lo que me quejaba es del tratamiento que me da a mí! ¡Soy un hombre paciente, pero mi paciencia tiene límites! ¿Sabe usted quién cometió los tres asesinatos en este barco, o no?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué andar con tantos rodeos?

—¿Cree que yo, simplemente, me divierto con estas cosas, con los resultados incompletos? ¿Y le molesta? Pero no es eso. Una vez fui profesionalmente en una expedición arqueológica y aprendí algo. En el curso de una excavación, cuando alguna cosa sale a la superficie, se limpia todo, muy cuidadosamente, a su alrededor. Se

quita la tierra suelta, se rasca aquí y allí con un cuchillo hasta que, finalmente, se encuentra el objeto allí, solo, dispuesto a ser extraído y fotografiado, sin ninguna materia extraña que sirva de confusión. Eso es lo que he tratado de hacer: quitar toda la materia extraña con el objeto de que pudiéramos ver la verdad, la verdad desnuda y brillante.

—Bien —dijo Race—. Veamos la verdad desnuda y brillante. No fué Pennington. No fué el joven Allerton. Supongo que no fué Fleetwood. Oigamos quién fué.

—Voy a decírselo, amigo mío.

Llamaron a la puerta. Race profirió una maldición ahogada. Eran el doctor Bessner y Cornelia. Esta última estaba acongojada.

—¡Oh, coronel Race! —exclamó—. La señorita Bowers acaba de decirme lo de prima María. Ha sido un golpe terrible. Dice que no podía soportar la responsabilidad más tiempo y que sería mejor que yo lo supiese por ser yo una de la familia. No podía dar crédito a mis oídos al principio, pero el doctor Bessner se ha portado maravillosamente.

—No, no —protestó el doctor.

—Ha sido tan bondadoso, explicándomelo todo, diciéndome que, realmente, hay personas que no pueden remediarlo. Tiene algunos cleptómanos en su clínica. Y me ha explicado que muy a menudo obedece a una neurosis profundamente arraigada. —Cornelia repitió las palabras con temor—. Está arraigado profundamente en lo subconsciente; a veces se trata de una cosita que ocurrió en la niñez. Y ha curado a mucha gente haciendo recordar el pasado y lo que aquella cosita era. —Cornelia hizo una pausa, cobró aliento y prosiguió—: Pero me preocupa muchísimo por si esto se divulga. Sería terrible en Nueva York. Todos los periódicos hablarían del caso. Prima María y mamá, y todo el mundo, no podrían levantar la cabeza.

Race suspiró.

—No se preocupe —dijo—. Ésta es una Casa del Silencio.

—Perdón, coronel Race, ¿qué decía?

—Trataba de decir que todo, menos un asesinato, se calla aquí.

—¡Oh! —Cornelia entrelazó las manos—. ¡Qué alivio! He estado muy preocupada.

—Tiene usted el corazón demasiado tierno —dijo el doctor

Bessner, dándole unas palmaditas benévolas en el hombro—. Dijo a los otros: —Posee una naturaleza muy sensitiva y bella.

—¡Oh! Realmente, no. Es usted demasiado bondadoso.

—¿Han visto al señor Ferguson? —murmuró Poirot.

Cornelia se ruborizó.

—No. Pero prima María ha estado hablando con él.

—Al parecer, el joven es un aristócrata —dijo el doctor Bessner —. He de confesar que no lo parece. Sus ropas son horribles. Ni por un momento parece un hombre bien criado.

—¿Y qué opina usted, *mademoiselle*?

—Creo que debe estar completamente loco —respondió Cornelia.

Poirot se dirigió al doctor:

—¿Cómo está su paciente?

—*Ach*, admirablemente. Acabo de tranquilizar a la pequeña *Fraülein* de Bellefort. ¿Querrá usted creerlo? La encontré desesperada. ¡Simplemente porque el individuo tenía un poco de temperatura esta tarde! Pero ¿qué puede ser más natural? Es asombroso que no tenga ya una fiebre elevada. Pero no, es igual a nuestros campesinos, tiene una constitución magnífica, la constitución de un buey. Los he visto a menudo con heridas profundas que ellos apenas notan. Lo mismo le sucede al señor Doyle. Tiene el pulso firme, la temperatura poco más alta de lo normal. Pude tranquilizar los temores de la señorita. De todos modos, es ridículo, ¿*nicht wahr*? Un momento se dispara contra un hombre y al siguiente está histérica en caso de que él no vaya mejorando.

—Le quiere locamente —dijo Cornelia.

—*Ach*, pero no es razonable. Si usted quisiera a un hombre, ¿trataría de matarlo?

—No me gustan las cosas que se disparan con estruendo.

—Naturalmente que no. Usted es muy femenina.

Race interrumpió esta escena.

—Puesto que Doyle se encuentra bien, no hay motivo para que no vayamos a reanudar nuestra conversación de esta tarde. Nos hablaba de un telegrama.

El corpachón de Bessner paseó de un lado a otro.

—¡Jo, jo, jo, fué muy cómico! Doyle me habló de ello. Era un

telegrama que hablaba de verduras, patatas, berenjenas, cebollas…

Con una exclamación ahogada, Race se irguió en su silla.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿De modo que es eso? ¡Richetti! — Giró la vista mirando a tres rostros que no le comprendían. —Una nueva clave: fué usada en la rebelión sudafricana. Patatas significan ametralladoras, berenjenas son explosivos de alta potencia, etc. ¡Richetti es tan arqueólogo como yo! Es un agitador peligrosísimo, un hombre que ha matado más de una vez. La señora Doyle abrió el telegrama por error. *Si ella repitiese alguna vez lo que contenía, delante de mí, él sabía que le descubriría.*— Se volvió hacia Poirot. — ¿Tengo razón?— le preguntó. —¿Es Richetti el hombre?

—Él es su hombre — dijo Poirot. —Siempre he pensado que ese individuo era sospechoso. Representaba su papel demasiado a la perfección, era todo arqueología, no bastante ser humano—. Hizo una pausa y agregó: —Pero no fué Richetti quien mató a Linnet Doyle. Durante algún tiempo he sabido lo que puedo llamar «la primera parte» del crimen. Conozco la segunda parte también. El cuadro está completo. Pero ha de comprender que aunque sé lo que debe haber sucedido, *no poseo ninguna prueba de que sucedió*. Intelectualmente, el caso es satisfactorio. No hay más que una esperanza: una confesión del asesino.

El doctor Bessner alzó los hombros escépticamente.

—¡*Ach*! Pero eso… sería un milagro.

—No lo creo. No en estas circunstancias.

—Pero ¿quién es? —gritó Cornelia—. ¿No va a decírnoslo?

La mirada de Poirot escrutó a los tres. Race, sonriendo sardónicamente; Bessner, con aire escéptico aún. Cornelia, con la boca abierta, mirándole con ojos ávidos.

—*Mais oui* —declaró—. Me gusta tener un auditorio, he de confesarlo. Soy un hombre lleno de vanidad. Estoy hinchado de presunción. Me gusta decir: «¡Vean qué listo es Hércules Poirot!»

Race se movió un poco en su silla.

—Bien —dijo, suavemente—; díganos cuán listo es Hércules Poirot.

—Para empezar —dijo Poirot, moviendo tristemente la cabeza —, he de confesar que fui un estúpido, increíblemente estúpido. Para mí el obstáculo era la pistola de Jacqueline de Bellefort. ¿Por qué no dejaron la pistola en el lugar del crimen? La idea del asesino

era, evidentemente, la de comprometerla. Entones, ¿por qué se la llevó el asesino? Fui tan estúpido que me imaginé toda clase de motivos fantásticos. El asesino se la llevó porque *tenía* que llevársela, porque *no tenía otra opción*.

CAPÍTULO XXIX

—Usted y yo, amigo mío. —Poirot se inclinó hacia el coronel—, iniciamos nuestras investigaciones con una idea preconcebida. Esa idea era que el crimen cometido fué perpetrado de repente, sin ningún plan preliminar. Alguien deseaba suprimir a Linnet Doyle y aprovechó la oportunidad de hacerlo en un momento en que el crimen casi seguramente sería atribuido a Jacqueline de Bellefort. Por tanto, se deducía que la persona en cuestión oyó la escena que hubo entre Jacqueline y Simón Doyle y se apoderó de la pistola después que los otros salieron del salón.

Pero, amigos míos, *si esa idea preconcebida era equivocada*, el aspecto del caso cambiaba. ¡Y era equivocada! No era éste un crimen espontáneo cometido de repente. Fué, por el contrario, planeado muy cuidadosamente, con todos los detalles elaborados meticulosamente de antemano, hasta la misma narcotización de la botella de vino de Hércules Poirot la noche en cuestión. ¡Sí, así es! Me narcotizaron para que no hubiese posibilidad de que yo participase en los acontecimientos de la noche. Esto se me ocurrió como posibilidad. Yo bebo vino, mis dos compañeros de mesa beben *whisky* y agua mineral respectivamente. Nada más fácil que echar una dosis de un narcótico inofensivo en mi botella de vino (las botellas están sobre las mesas todo el día). Pero rechacé ese pensamiento, había hecho un día caluroso; yo estaba sumamente cansado; no era en verdad extraordinario que me hubiese dormido por una vez pesadamente en vez de ligeramente como habitualmente lo hago.

»¿Ven ustedes? Todavía me dominaba esa idea preconcebida. Si yo había sido narcotizado, indicaba una premeditación, significaría que antes de las siete y media, la hora en que se sirve la cena, *el*

crimen ya había quedado decidido…

Y eso, siempre desde el punto de vista de la idea preconcebida, era absurdo.

»El primer golpe a la idea preconcebida fue cuando la pistola fue recuperada del Nilo. Si no nos equivocamos en nuestras suposiciones, la pistola no se debería haber tirado por la borda nunca. Y había de seguir algo más. —Poirot se dirigió al doctor Bessner—. Usted, doctor Bessner, examinó el cadáver de Linnet Doyle. Recordará que la herida presentaba señales de chamuscamiento, es decir, que la pistola fue arrimada a la cabeza antes de disparar.

Bessner asintió.

—Sí, exacto.

—Pero cuando se encontró la pistola, estaba envuelta en una estola de terciopelo y ese terciopelo presentaba señales de que dispararon a través de sus pliegues, al parecer bajo la impresión de que eso amortiguaría el sonido del disparo. *Pero si la pistola fué disparada a través del terciopelo, no habría habido ninguna señal de chamuscamiento en la piel de la víctima*. Por consiguiente, el disparo hecho a través de la estola no pudo ser el disparo que mató a Linnet Doyle. ¿Pudo haber sido el otro tiro, que disparó Jacqueline de Bellefort contra Simón Doyle? Tampoco, pues hubo dos testigos de aquel disparo y estamos enterados de lo ocurrido. Parecía ser, por tanto, que se disparó un tercer, tiro, del cual no sabíamos nada. Pero tan sólo dos tiros fueron disparados con aquella pistola y no aparecía ninguna indicación o sugerencia de otro disparo.

»Aquí nos encontramos frente a una circunstancia inexplicada, muy extraña. El siguiente punto interesante fué que en el camarote de Linnet Doyle encontré dos botellitas de esmalte para las uñas. Ahora bien, las damas suelen cambiar con frecuencia el color de las uñas, pero hasta entonces las uñas de Linnet Doyle habían usado siempre el color encarnado, un rojo oscuro profundo. La otra botellita ostentaba una etiqueta que decía Rosa, que es un tono rosado pálido, pero las pocas gotas restantes no eran de color rosado pálido sino de un rojo brillante. Tuve la curiosidad de destaparla y oler. ¡En vez del habitual olor fuerte de las gotas de pera, la botellita olía a vinagre! Es decir, sugería que la gota o dos de líquido que contenía era tinta roja. Desde luego, no hay razón

para que la señora Doyle no haya tenido un frasquito de tinta roja, pero habría sido más natural que la tinta roja hubiese estado en una botella de tinta roja que en una botellita de esmalte para las uñas. Sugería una relación con el pañuelo ligeramente manchado con que se envolvió la pistola. La tinta roja se lava fácilmente, pero siempre deja una mancha rosada pálida.

»Quizá ya habría llegado a la verdad con estas ligeras indicaciones, pero ocurrió un incidente que hizo superfluas todas las dudas. Luisa Bourget fué muerta en circunstancias que señalaban inconfundiblemente el hecho de que ella había estado haciendo víctima de un chantaje al asesino. No sólo había un fragmento de un billete de mil francos en su mano crispada, sino que recordé algunas palabras significativas que ella empleara esta mañana.

—Escuchen atentamente, pues aquí está el enigma del caso. Cuando le pregunté si vio algo la noche anterior, me dio esta respuesta extraña: «*Naturalmente, si no hubiese podido dormir, si hubiese subido la escalera, entonces quizá podría haber visto a este asesino, a este monstruo, entrar o salir del camarote de madame*…» Ahora bien, ¿qué nos decía esto?

Bessner, arrugando la nariz en señal de interés intelectual, replicó, prontamente:

—Le decía que ella había subido la escalera.

—No, no, usted no ve el punto. ¿Por qué habría de decirnos eso a nosotros?

—Para transmitir una sugerencia.

—Mas ¿por qué insinuarlo a nosotros? Si ella conoce quién es el asesino, tiene dos caminos a elegir: decirnos la verdad o callarse y exigir dinero de la persona en cuestión. Pero no hace ninguna de las dos cosas.

»No dice prontamente: “No vi a nadie. Estaba dormida”. Tampoco declara: “Sí, vi a alguien y era tal o cual persona”. ¿A santo de qué usar ese embrollo de palabras significativas e indeterminadas? ¡*Parbleu*! ¡No hay más que una sola razón! Ella está aludiendo al asesino, por tanto, el asesino debe haber estado en aquel momento. Pero, además de mí y del coronel Race, no había más que dos personas presentes: Simón Doyle y el doctor Bessner.

El doctor se puso en pie de un salto, rugiendo:

—¡Ah! ¿Qué dice usted? ¿Me acusa? ¿Otra vez? Pero es ridículo,

despreciable.

—Esté quieto —dijo Poirot, bruscamente—. Le estoy diciendo lo que pensé en aquel momento. No personalicemos.

—No quiere decir que él piensa que sea usted ahora —dijo Cornelia, en tono tranquilizador.

—En consecuencia —continuó Poirot, rápidamente—, el caso se presentaba entre elegir a Simón Doyle o al doctor Bessner. Pero ¿qué motivo tenía el doctor para matar a Linnet Doyle? Ninguno, que yo sepa. ¿Y Simón Doyle? ¡Pero eso era imposible! Había muchos testigos que podían jurar que Doyle no salió del salón aquella noche hasta que ocurrió la riña. Después fué herido y, físicamente, le habría sido del todo imposible haberlo hecho. ¿Poseía yo testimonios excelentes sobre esos puntos? Sí, tenía los testimonios de la señorita Robson, de Jaime Fanthorp y de Jacqueline de Bellefort referentes al primero; y tenía los testimonios profesional del doctor Bessner y de la señorita Bowers, relativos al otro. No había duda posible.

»Por lo tanto, el doctor debía ser el culpable. En favor de esta hipótesis existía el hecho de que la doncella fué acuchillada con un bisturí. Por otra parte, Bessner llamó deliberadamente la atención sobre este hecho.

»Y luego, amigos míos, descubrí un segundo hecho, indiscutible. La sugerencia de Luisa Bourget no podía haberse referido al doctor Bessner, *porque ella podía perfectamente haberle hablado privadamente a cualquier hora que hubiese querido*. Había otra persona y una persona solamente que respondía a su necesidad: *¡Simón Doyle!* Simón Doyle estaba herido, le asistía constantemente un médico, estaba en el camarote de ese médico. Para él, por tanto, iban destinadas aquellas palabras ambiguas, caso de que no se le presentara otra ocasión. Y recuerdo que continuó, volviéndose hacia él: "*Monsieur*, le imploro, ¿usted ve cómo es? ¿Qué puedo decir yo?" Y su respuesta:

»*Nadie cree que usted oyó o vio algo. No se preocupe. Yo me cuidaré de usted. Nadie la acusa de nada».* ¡Era la seguridad que ella buscaba y la consiguió!

Bessner emitió un resoplido colosal.

—¡*Ach*! ¡Es tonto eso! ¿Cree usted que un hombre con un hueso fracturado y la pierna entablillada puede andar por el barco

acuchillando a la gente? Le digo a usted que es imposible que Simón Doyle saliese de su camarote.

—Lo sé —dijo Poirot, suavemente—. Es verdad. La cosa era imposible. Era imposible… ¡Pero también era verdad! No podía haber más *que un solo significado* lógico tras las palabras de Luisa Bourget.

»En consecuencia volví al principio y examiné el crimen a la luz de estos nuevos datos. ¿Era posible que en el período anterior a las riñas Simón Doyle hubiese salido del salón y los otros lo hubiesen olvidado o no lo hubiesen notado? No podía ver que esto fuese imposible. ¿Podía pasarse por alto el testimonio profesional del doctor Bessner y el de la señorita Bowers? Volví a creer que no. Pero recordé que había una laguna entre los dos. Simón estuvo solo en el salón durante un período de cinco minutos y el testimonio del doctor Bessner era aplicable tan sólo al tiempo posterior a ese período. Durante ese intervalo tuvimos solamente el testimonio de apariencia visual y, aunque aparentemente, era lógico, ya no era seguro. ¿Qué se había visto, descartando las suposiciones?

»La señorita Robson había visto a la señorita de Bellefort disparar su pistola, había visto a Simón Doyle desplomarse sobre una silla, le había visto aplicarse un pañuelo a la pierna y que ese pañuelo se iba empapando gradualmente de rojo. ¿Qué vio y oyó el señor Fanthorp? Oyó un disparo, encontró a Doyle con un pañuelo empapado de sangre aplicado a la pierna. ¿Qué ocurrió entonces? Doyle había insistido en que se llevasen a la señorita de Bellefort y en que no la dejasen a solas. Después sugirió que Fanthorp buscase al doctor.

»En consecuencia, la señorita Robson y el señor Fanthorp salieron con la señorita de Bellefort y durante los cinco minutos siguientes estuvieron ocupados en el lado de babor. Dos minutos es todo lo que Doyle necesita. Coge la pistola de debajo de la otomana, sale con sigilo, descalzo, penetra en el camarote de su esposa, se aproxima sigiloso mientras ella duerme, le dispara un tiro en la cabeza, pone la botella que contenía la tinta encarnada en el lavabo (no se le debe encontrar encima a él), vuelve corriendo, coge la estola de terciopelo de la señora Van Schuyler, que él ha escondido al lado de la silla, envuelve la pistola con ella y se dispara un tiro en la pierna. La silla en que se desploma (de verdadero dolor esta

vez) está junto a una ventana. Alza el bastidor y arroja la pistola (envuelta con el pañuelo delator en la estola de terciopelo) al Nilo.

—¡Imposible! —exclamó Race.

—No, amigo mío, no es imposible. Recuerde el testimonio de Tim Allerton. Él oyó una especie de taponazo seguido de un chapoteo. Y oyó algo más: las pisadas de un hombre que corría, de un hombre que pasaba delante de su puerta. *Pero nadie debería haber estado corriendo por el lado estribor de la cubierta*. Lo que oyó fueron los pies, con calcetines, sin zapatos, de Simón Doyle corriendo delante de su camarote.

—Todavía digo que es imposible —dijo Race—. Nadie podía realizar toda esa serie de operaciones de modo tan veloz, especialmente un individuo como Doyle, que es sujeto de procesos mentales lentos.

—¡Pero muy rápido y diestro en sus movimientos físicos!

—Eso es cierto. Pero no sería capaz de planear todo eso.

—Pero él no lo proyectó, amigo mío. Ahí es donde nos equivocamos. Parecía ser un crimen ejecutado de repente, pero no fué cometido de repente. Como digo, fué una operación planeada hábilmente. No podía ser una casualidad que Simón Doyle tuviese una botella de tinta roja en el bolsillo. No, fué adrede. No fué casual que tuviese un pañuelo sencillo, sin marcar, encima. No fué una casualidad que el pie de la señorita de Bellefort de un puntapié metiese la pistola debajo de la otomana, donde no se le veía y sería olvidada hasta más tarde.

—¿Jacqueline?

—Ciertamente. Las dos mitades del asesino. ¿Qué dió a Simón una *coartarda*? El tiro disparado por Jacqueline. ¿Qué dió a Jacqueline su coartada? La insistencia de Simón que terminó con una enfermera que permaneció con ella toda la noche. Allí, entre los dos, tiene usted las cualidades requeridas: el cerebro frío e ingenioso de Jacqueline de Bellefort, que planea la operación, y el hombre de acción, que lo ejecuta con increíble rapidez.

»Examínelo detenidamente y observará que responde a toda pregunta. Simón Doyle y Jacqueline habían sido novios. Comprenda que todavía son amantes y está claro todo. Simón suprime a su esposa rica, hereda su dinero, y a su debido tiempo se casará con su antiguo amor. Todo muy ingenioso. La persecución de la señorita

Doyle por Jacqueline es parte del plan. Como la fingida rabia de Simón. Sin embargo, había momentos en que esa unión amenazaba romperse.

»Una vez más me habló de mujeres dominadoras, con verdadera amargura. *Yo debería haber comprendido que se refería a su esposa*, no a Jacqueline. Luego sus maneras en público hacia su esposa. Un inglés corriente, inarticulado, como Simón Doyle, se siente embarazado cuando tiene que mostrar algún afecto. Simón no era en realidad un buen actor. Exageraba la nota del marido devoto. La conversación que tuve con Jacqueline de Bellefort cuando ella simuló que alguien nos había escuchado. Yo no vi a nadie. ¡Y no había nadie! Pero esto resultaría útil más adelante. Luego una noche, en este barco, me pareció oír a Simón y a Linnet fuera de mi camarote. Él decía: "Tenemos que llevarlo adelante ahora". Era Doyle, sin ningún género de duda. Pero hablaba a Jacqueline.

»El drama final fué planeado y calculado perfectamente. Había una dosis de un narcótico para mí, en caso de que yo metiese la nariz en el asunto; había la selección de la señorita Robson como testigo; el exagerado remordimiento e histerismo de la señorita de Bellefort. Hizo mucho ruido para el caso de que se oyera el disparo. *En verité*, fué una idea extraordinariamente hábil. Jacqueline dice que ha pegado un tiro a Doyle, la señorita Robson lo confirma, Fanthorp igualmente; y cuando se examina la pierna de Doyle, se encuentra que, en efecto, tiene un balazo. ¡Parece irrefutable! Para los dos existe una coartada perfecta; a costa de, es cierto, cierta cantidad de dolor y riesgo que ha de sufrir Simón Doyle; pero es necesario que su herida le imposibilite.

»Luego el plan falla. Luisa Bourget estaba desvelada. Subía la escalera y vio a Simón Doyle correr hacia el camarote de su esposa y luego regresar. Es fácil reconstruir lo sucedido el día siguiente. En consecuencia ella exige dinero y firma su propia sentencia de muerte.

—Pero el señor Doyle no pudo matarla —objetó Cornelia.

—No, el otro socio ejecutó ese asesinato. Tan pronto como puede, Simón pide ver a Jacqueline. Hasta llega a rogarme que les dejen solos. Él le cuenta el nuevo peligro. Han de obrar inmediatamente. Él sabe dónde guarda los escalpelos el doctor Bessner. Después del crimen, limpia el escalpelo y lo repone. Luego,

muy tarde, y casi jadeante, Jacqueline de Bellefort entra precipitadamente en el comedor a almorzar.

»Sin embargo, no todo marcha bien. *Pues la señora Otterbourne ha visto a Jaqueline entrar en el camarote de Luisa. Bourget*. Y va inmediatamente a contárselo a Simón. Jacqueline es el asesino. Recuerden cómo gritó Simón a la pobre mujer. Nervios, pensamos. Pero la puerta estaba abierta y él estaba procurando comunicar a su cómplice la existencia del peligro. Ella oyó y actuó, como el relámpago; Recordó que Pennington había hablado de un revólver. Se apoderó de él, se aproximó con sigilo a la puerta, escuchó, y en el momento crítico disparó. Se jactó una vez de que era una buena tiradora y su jactancia no era vana.

»Observé después del tercer crimen que habían tres caminos por donde el asesino pudo escapar. Quería decir que pudo marchar a la popa, en cuyo caso Tim Allerton era el criminal, o pudo haber saltado por el costado, muy improbable, o entrar en un camarote. El camarote de Jacqueline era el segundo después del de Bessner. No tuvo más que tirar el revólver, meterse en el camarote, arreglarse el cabello y echarse en la litera. Era arriesgado, pero constituía la única posibilidad de éxito.

Hubo un silencio, luego Race preguntó:

—¿Qué sucedió a la primera bala disparada por la muchacha contra Doyle?

—Creo que fué a aplastarse en la mesa. Hay allí un agujero hecho recientemente. Creo que Doyle tuvo tiempo de extraerlo con un cortaplumas y arrojarlo por la ventana. Tenía, desde luego, un cartucho de más, para que pareciese que no se habían disparado más que dos tiros.

—Pensaban en todo —dijo Race—. Es horrible.

Poirot estaba silencioso. Pero, no era un silencio modesto. Sus ojos parecían decir:

—Se equivocan. No pensaron en Hércules Poirot. —En voz alta, dijo—: Y ahora, doctor, iremos a charlar con su paciente…

CAPÍTULO XXX

Mucho más tarde, aquella noche Hércules llamó a la puerta de un camarote.

Una voz dijo: «Adelante», y el detective entró.

Jacqueline de Bellefort estaba sentada en una silla. En otra silla, arrimada a la pared, hallábase sentada la corpulenta camarera.

Los ojos de Jacqueline escrutaron pensativamente a Poirot. Ella hizo un gesto hacia la camarera.

—¿Puede marcharse?

Poirot hizo una seña con la cabeza a la mujer y ella salió.

Acto seguido el detective arrimó una silla y tomó asiento cerca de Jacqueline. Ninguno de los dos habló. El rostro de Poirot estaba triste. Al fin fué la muchacha quien habló primero.

—Bien —dijo—. ¡Todo ha terminado! Fué usted demasiado hábil para nosotros, señor Poirot.

Poirot exhaló un suspiro. Extendió las manos. Estaba mudo.

—De todos modos —murmuró Jacqueline, pensativamente—, no veo que posea usted muchas pruebas. Desde luego, tenía usted razón, pero si le hubiésemos despistado, engañado…

—De ninguna otra manera, *mademoiselle*, podía haber sucedido.

—Eso es bastante prueba para un cerebro lógico, pero no creo que habría convencido a un jurado. Oh, bueno, ya no hay remedio. Sorprendió usted a Simón y él mismo se descubrió. Perdió la cabeza por completo, el pobre corderito, y confesó todo. —Sacudió la cabeza—. No sabe perder.

—Pero, usted, *mademoiselle*, sabe perder.

—Oh, sí, yo sé perder. —Le miró. Dijo, impulsivamente—: ¡No se preocupe tanto, señor Poirot! En lo que me atañe, quiero decir. Usted se preocupa, ¿no es cierto?

—Si, *mademoiselle*.

—¿Pero no se le habría ocurrido dejarme escapar?

Hércules Poirot dijo, quedamente:

—No.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento.

—No, es inútil ser sentimental. Podría volverlo a hacer… Ya no soy una persona que ofrezca seguridad. Yo misma lo noto… —continuó, meditabunda—. Es horriblemente fácil matar a la gente… Y se comienza a pensar que no importa… Que sólo uno mismo es lo que tiene importancia. Esto es peligroso. —Hizo usted cuanto pudo por mí. Aquella noche en Assuán me dijo que no abriese mi corazón al mal… ¿Conocía entonces lo que yo me proponía?

Él meneó la cabeza.

—Yo no sabía más que lo que yo decía era verdad.

—Era verdad… Pude haberme detenido entonces. Casi lo hice. Pude haber dicho a Simón que no quería continuar… Pero entonces, quizá… —Se interrumpió. Dijo—: ¿Le gustaría saber la historia? ¿Desde el principio?

—Si le place contármela, *mademoiselle*.

—Creo que quiero contársela. Todo era en verdad, sencillo. Simón y yo nos amábamos…

—Y para usted, el amor habría sido bastante, pero no para él.

—Tal vez pueda usted exponerlo de ese modo. Pero no comprende del todo a Simón. Siempre ha querido tener dinero. Le gustan todas las cosas que se pueden adquirir con dinero: los caballos, y los yates, y el deporte, cosas muy bonitas todas ellas.

»De todos modos nunca trató de casarse con una mujer rica y horrible. No era esa clase de hombre. Luego nos conocimos y esto, al parecer, arregló las cosas. Solamente que no podíamos ver cuándo podríamos casarnos. Tenía un buen empleo, pero lo perdió. En cierto modo, fué culpa suya. Trató de hacer alguna cosa muy viva con dinero y le descubrieron. No creo que realmente tuviese el propósito de ser deshonesto. Sencillamente pensó que era una cosa que la gente de la City hacía.

Un temblor pasó por el rostro del oyente, pero guardó silencio.

—Entonces pensé en Linnet y su nueva casa de campo, y fui a verla. Usted sabe, señor Poirot, yo adoraba a Linnet. Era mi mejor amiga, y jamás se me ocurrió ni en sueños que surgiría alguna cosa

entre nosotros. Pensé que tenía mucha suerte por ser tan rica. Podría variar nuestra situación, la de Simón y la mía, si le diese un empleo. Y ella, amablemente, me dijo que llevase a Simón. Fué entonces cuando usted nos vio aquella noche en *Chez ma Tan-te*. Estábamos derrochando la mar de dinero, aunque no nos podíamos permitir ese lujo.

La muchacha hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Lo que voy a decir ahora es la purísima verdad, señor Poirot Aunque Linnet esté muerta, no altera la verdad. Por eso no lo siento mucho por ella. Ella se propuso arrebatarme a mi Simón. ¡Es la verdad! No creo que vacilase ni un minuto. Yo era su amiga, pero a ella no le importaba. Simplemente se chifló por Simón…

»Y a Simón no le importaba nada ella. Le hablé a usted mucho sobre el hechizo, la fascinación, pero, por supuesto, no era verdad. Él no quería a Linnet. Pensaba que era muy hermosa, pero dominadora, y aborrecía a las mujeres dominadoras. Todo esto le embarazaba mucho. Pero le gustaba la idea de su dinero.

Desde luego, yo vi eso… Y, finalmente, sugerí que sería una buena idea si se desembarazase de mí y se casase con Linnet. Pero el rechazó la idea. Dijo que, aunque con dinero, sería un infierno estar casado con ella. Manifestó que su idea de tener dinero era tenerlo él, manejarlo él, y no tener una esposa rica que fuese la dueña. «Yo sería una especie de príncipe consorte», me dijo. También declaró que no quería a nadie más que a mí…

»Me parece saber cuándo se le ocurrió la idea. Un día me dijo:

»—Si tuviese suerte me casaría con ella y ella moriría el cabo de un año y me dejaría todo el dinero». Entonces una expresión extraña apareció en sus ojos. Fué cuando primeramente pensó en ello…

»Hablaba mucho de lo conveniente que sería si Linnet muriese. Dijo que era una idea terrible y entonces se calló. Luego, un día, le encontré leyendo un capítulo dedicado al arsénico. Le reproché y se echó a reír. Me dijo: “El que no se arriesga, nada tiene. Es la única vez en mi vida que estaré cerca de que llegue a mi poder una buena cantidad de dinero”.

»Al cabo de un rato comprendí que se había decidido. Y me espanté. ¡Porque me di cuenta de que jamás sería capaz de hacerlo con éxito! Él es tan simple, tan infantil… Carece de imaginación,

desconoce las sutilidades. Probablemente le habría suministrado una dosis excesiva de arsénico y habría dicho al doctor que murió de una gastritis. Siempre se imaginaba que las cosas, le saldrían bien.

»Así yo tuve que participar, para cuidarme de él…

»Pensé sin cesar con el objeto de elaborar un plan. Me pareció que la base de la idea debía ser una especie de coartada doble. Usted comprenderá: si Simón y yo pudiésemos dar muestras de alguna manera de que nos aborrecíamos, esas muestras nos salvarían. Sería fácil para mí fingir que odiaba a Simón Era una cosa muy posible, dadas las circunstancias. Luego, si se mataba a Linnet, probablemente sospecharían de mí, en consecuencia sería preferible que sospechasen seguidamente. Elaboramos los detalles poco a poco. Yo quería que, en el caso de que el plan fracasase, me culpasen a mí y no a Simón. Pero Simón estaba preocupado por mí.

»Trazamos nuestro plan cuidadosamente. Aun así, Simón escribió una J con sangre, lo cual fué melodramático. Pero salió bien.

Poirot asintió.

—Sí, no fué culpa suya que Luisas Bourget no pudiera dormir aquella noche… ¿Y después, *mademoiselle*?

Ella sostuvo la mirada de Poirot.

—Sí —dijo—. Es horrible, ¿no es verdad? ¡No puedo creer que lo hice yo! Ahora sé lo que usted quería decir con abrir el corazón al demonio… Sabe usted perfectamente lo que acaeció. Luisa manifestó a Simón que ella estaba enterada. Simón consiguió que usted me llevase a él. Tan pronto como estuvimos solos, me contó lo sucedido. Me dijo lo que yo tenía que hacer. Ni siquiera me horroricé. Me asusté tanto… Eso es lo que hace el crimen… Simón y yo estábamos seguros, completamente seguros, de no ser por esa miserable chantajista francesa. Cogí todo el dinero que pude. Fingí que me sometía. ¡Y cuando ella contaba el dinero, lo hice! Fué muy fácil. Tan horrorosamente fácil…

»Aun entonces no estábamos seguros… La señora Otterbourne me había visto. Salió a la cubierta con aire de triunfo, buscando a usted y al coronel Race. No tuve tiempo para pensar. Obré como un relámpago. Era casi emocionante. Sabía que era cuestión de vida o muerte aquella vez.

Hizo una pausa de nuevo.

—¿Recuerda cuando usted entró en mi camarote después? Dijo usted que no sabía por qué había ido. Yo estaba aterrada. Pensé que Simón iba a morir…

—Y yo lo esperaba —dijo Poirot.

Jacqueline asintió.

—Sí, habría sido mejor para él.

—Ése no era mi pensamiento.

Jacqueline miró la severidad del rostro del detective. Dijo, suavemente:

—No se preocupe por mí, señor Poirot. Después de todo, he vivido sufriendo siempre. Si hubiésemos triunfado, yo habría sido feliz y habría disfrutado la vida, y probablemente nunca me habría arrepentido. Tal como es… Bien —añadió—, hay que enfrentarse con la realidad.

»Supongo que la camarera está a mi servicio para cuidar de que no me ahorque o ingiera alguna cápsula milagrosa de ácido prúsico, como siempre hace la gente en los libros. No tenga miedo. No haré tal cosa. Será más fácil para Simón si yo continúo a su lado.

Poirot se incorporó. Jacqueline se alzó también. Dijo, con una súbita sonrisa:

—¿Recuerda cuando le dije que yo tenía que seguir mi estrella? Dijo usted que podía ser una estrella falsa. Y yo repliqué: «Esa estrella mala, esa estrella caerá».

Poirot salió a la cubierta con la risa de la muchacha retumbando aún en sus oídos.

CAPÍTULO XXXI

Amanecía cuando entraban en Shellal. Las rocas descendían hasta la orilla del agua.

Poirot murmuró:

—*Quel pays sauvage…*

Race estaba a su lado.

—Bien —dijo—, hemos terminado nuestra labor. He dispuesto que desembarquen primero. Me alegro de haberle atrapado. Es un sujeto escurridizo. Se nos ha escabullido docenas de veces —continuó—: Hemos de buscar una camilla para Doyle. Es extraordinario cómo se ha desmoralizado.

—No tan extraordinario —dijo Poirot—. Ese tipo infantil de criminal es habitualmente muy vano. ¡Una vez que se le pincha la burbuja de su presunción se acaba!

—Merece la horca —dijo Race—. Es un bribón de sangre fría. Lo siento por la muchacha, pero no se puede hacer nada.

Poirot meneó la cabeza.

—La gente dice que el amor lo justifica todo, pero eso no es cierto…

Cornelia Robson se aproximó a Poirot.

—¡Oh! —dijo—. Ya estamos llegando —hizo una pausa y agregó —: He estado con ella.

—¿Con la señorita de Bellefort?

—Sí. Me pareció que era terrible que estuviese encerrada con aquella camarera. Prima María está muy enojada conmigo.

La señorita Van Schuyler descendía lentamente por la cubierta en dirección de ellos. Sus ojos centelleaban de furia.

—Cornelia —dijo—, te has comportado de una manera atroz. Te mandaré inmediatamente a casa.

Cornelia contuvo el aliento.

—Lo siento, prima María, pero yo no me voy a casa. Voy a casarme.

—De modo que al fin muestras poseer sentido común —dijo la vieja señora, secamente.

Ferguson se aproximó, viniendo del rincón de la cubierta, y dijo:

—¿Qué es lo que oigo, Cornelia? ¡No es verdad!

—Es verdad —dijo Cornelia—. Voy a casarme con el doctor Bessner. Él me lo pidió anoche.

—¿Y por qué se casa con él? —preguntó Ferguson, furioso—. ¿Simplemente porque es rico?

—No —replicó Cornelia, indignada—. Me gusta. Es bondadoso y muy sabio. Y siempre me he interesado por los enfermos y las clínicas. Y llevaré una vida maravillosa con él.

Ella se alejó. Ferguson dijo a Poirot:

—¿Cree usted que ella habla en serio?

—Ciertamente.

—La muchacha está loca —dijo Ferguson.

Los ojos de Poirot chispearon.

—Es una mujer de espíritu original —dijo—. Probablemente es la primera vez que usted ha conocido una.

El barco atracó. Un cordón se había formado en torno de los pasajeros. Se les dijo que esperasen antes de desembarcar.

Richetti, moreno y ceñudo, fué conducido a tierra por dos maquinistas. Luego, tras cierto retraso, trajeron una camilla. Simón Doyle fué llevado por la cubierta a la pasarela.

Parecía otro hombre distinto, asustado, receloso, desaparecido todo aire de muchacho.

Jacqueline de Bellefort le siguió. Una camarera caminaba al lado de ella. Estaba pálida pero, aparte de esto, tenía el mismo aspecto que de ordinario. Se aproximó a la camilla.

—Hola, Simón —dijo.

Él alzó la vista rápidamente. El viejo aire de muchacho volvió a su rostro durante un momento.

—Lo estropeé todo —dijo—. ¡Perdí la cabeza y lo confesé todo! Lo siento, Jacqueline. Te he vendido.

Ella sonrió.

—No importa, Simón —dijo—. Era un juego de necios y hemos

perdido. Eso es todo.

Se apartó a un lado. El camillero alzó los palos de la camilla.

Jacqueline se inclinó y se ató el cordón del zapato. Luego su mano fué a la parte superior de su media y se enderezó con algo en la mano.

Hubo una explosión.

Simón Doyle se estremeció convulsivamente y luego se quedó quieto.

Jacqueline de Bellefort asintió con la cabeza. Permaneció un minuto, pistola en mano. Dirigió a Poirot una sonrisa fugaz. Luego, cuando Race saltó hacia delante, ella se volvió el reluciente juguete contra el corazón y apretó el gatillo.

Se desplomó hecha un ovillo.

Race gritó:

—¿De dónde diablo sacó esa pistola?

Poirot notó una mano en su brazo. La señora Allerton dijo, suavemente:

—¿Usted lo sabía?

Él asintió.

—Ella tenía un par de pistolas. Me di cuenta cuando oí que habían encontrado una en el bolso de Rosalía Otterbourne el día del registro. Jacqueline estaba sentada en la misma mesa que ellos. Cuando se percató de que iba a efectuarse un registro, la metió en el bolso de la otra muchacha. Después fué al camarote de Rosalía y lo recuperó luego de distraer su atención con una comparación de barritas para los labios. Como ella y su camarote habían sido registrados ayer, no se creyó necesario hacerlo de nuevo.

La señora Allerton dijo:

—¿Quería usted que ella hiciese lo que ha hecho?

—Sí. Pero no quiso suicidarse sola. Por eso Simón Doyle ha tenido una muerte más dulce de lo que merecía.

La señora Allerton se estremeció.

—El amor puede ser una cosa espantosa.

—Por eso la mayoría de las grandes historias de amor son tragedias.

Los ojos de la señora Allerton se posaron sobre Tim y Rosalía, que estaban de pie al sol y dijo, súbita y apasionadamente:

—Pero, gracias a Dios, hay felicidad en el mundo.

—Como usted dice, *madame*, gracias a Dios por ello.

FIN

LO QUE SE CUENTA

Tampoco era profesión

Citado Pompeyo Gener a un juicio de desahucio, como es de rigor, fué preguntada la profesión del demandante y el demandado. El casero contestó con toda solemnidad: «Propietario», que fué inmediatamente inscrito.

Preguntado luego el escritor, contestó aún más solemne:

—Inquilino.

—Eso no es profesión!—advirtió el juez.

—Y propietario, tampoco—declaró tranquilamente Gener.

Un rasgo de Salamanca

Estaba don José Salamanca en el Casino de Madrid, en unión de varios amigos, arrellenados todos en cómodos sillones. En esto Salamanca se dió cuenta de que había un conocido entregado a cierta búsqueda, por entre las patas de los asientos.

—¡Caramba!... ¿Qué se le ha perdido a usted, don Fulano?—preguntó curioso, el famoso financiero.

—Una moneda de cinco duros.

El hombre continuó en su búsqueda, interrumpiendo a cada momento la conversación de los allí

reunidos, pidiéndoles que se cambiaran de lugar, cuando no que se movieran de sitio.

Cansado Salamanca del proceder del otro, se puso en pie y le dijo:

—Aguarde un momento, amigo mío... Voy a ayudarle a buscar lo que ha perdido.

Y sacando de su cartera un billete de mil pesetas —entonces se llamaban de cuatro mil reales— lo arrolló, prendióle fuego con una cerilla y se puso a alumbrar al buscador de la pequeña moneda de oro.

SUMARIO DE ESTE SUPLEMENTO

LO QUE SE CUENTA

LA TERCERA HUELLA, por Montimer Levitan.

COSITAS SIN IMPORTANCIA

LA MUERTE DE VACACIONES, por Leslie F. Stone.

Por Montimer Levitan

El profesor tenía una teoría, y sobre todo —y más importante— una gran confianza y hondo afecto al joven Guy Steel. La teoría demostraba una cosa, la falsedad de Steel la confirmó.

El persistente repiqueteo del timbre de la puerta irritó al profesor Sanders; provocó en él unas exclamaciones poco correctas y casi profanas; le preocupó, le disgustó y casi le indispuso. Sin embargo, dejó que el timbre continuara sonando.

Sanders se paseaba de un lado a otro por su estudio, lleno de infinitos y variados papeles y oscurecido por las persianas echadas. En un esfuerzo frenético para no oír el incesante repiqueteo del timbre se tapó los oídos con las manos, pero las odiosas vibraciones continuaban taladrándole el cerebro. Las baterías eléctricas sufrían también con aquel desgaste; ya el incesante clamor comenzó a convertirse en zumbidos y tintineos. Pronto, muy pronto, las leyes benévolas de la física agotarían las baterías y el timbre enmudecería por completo.

El repiqueteo cesó y el profesor Sanders cayó en un sillón, agotado, desesperadamente necesitado de calma y reflexión.

Las baterías, meditó, costarían cinco chelines por elemento, y, además, necesitaría un electricista para instalarlas.

Esos desconsiderados reporteros acabarían con su dinero como habían acabado con su paciencia.

Se levantó maquinalmente. No acertaba a comprender por qué sus reflexiones habían acabado con tanta brusquedad. Buscó un motivo plausible. Aquella débil convulsión le recordaba algo… algo prometido, alguna cosa que debía hacer, algún compromiso que cumplir.

Obedeciendo a un impulso inconsciente, se dirigió hacia la puerta principal y la abrió, con aire distraído. Entró un elegante joven de unos veintidós años. Luego Sanders cerró la puerta con llave.

—Se lo agradezco mucho, profesor —saludó el visitante.

—Hay algo que debo hacer —le dijo con confianza el profesor—. Pero no acierto a recordar que es. El maldito timbre sonó tres veces y eso me trajo a la memoria el recuerdo de algo… mas no acierto a comprender qué.

—Prometió dejarme entrar cuando le diese la señal.

—¿Sí? —El profesor se mostró ingenuamente sorprendido.ˆ—¡Ya sabía que era algo! Bien, ya estás dentro. Abrí la puerta sin darme

cuenta, porque uno de esos salvajes reporteros podría haberse «colado»; son muy charlatanes; debería dictarse una ley muy severa contra ellos.

Sanders, de cabellos grises, con gafas y luenga barba, olvidando la presencia del joven, habría declamado largo y amargamente de no haberse interpuesto Guy Steel en tono amistoso.

—No debe usted culpar a los reporteros. Ha originado usted una gran conmoción con su grandiosa obra. La gente está interesada, quiere saber más acerca de usted, y el deber del reportero es averiguarlo para satisfacer al público.

Replicó el profesor:

—No me interesa ver mi nombre y mi trabajo lanzados en sus periódicos sensacionalistas. Me satisface que las publicaciones científicas traten seriamente del asunto; además, todavía no he enviado mi manuscrito a los editores.

El profesor abrió marcha en dirección al estudio, aunque Guy Steel no necesitaba ningún guía, pues había estado en la casa muchas veces en sus años de estudiante. Era una especie de protegido del viejo y excéntrico pedagogo, que llevaba una vida solitaria en su casita. Guy había sabido establecer una verdadera intimidad que le permitía frecuentar el estudio, aunque el profesor Sanders era hombre tímido y pocas personas poseían su confianza o amistad.

Preguntó el joven:

—¿Por qué tiene echadas las cortinas?

—Para que esa plaga de reporteros crea que no estoy en casa —respondió el profesor—. Esos periodistas no piensan; simplemente molestan. Veamos, tú no eres periodista, ¿verdad?

—Trabajo en asuntos comerciales —aclaró el joven—. Usted sabe, profesor, que al oír hablar tanto de su labor maravillosa, me atreví a confiar en nuestra antigua amistad para venir directamente a informarme. Lo expliqué en mi nota, ¿no lo recuerda?

—¡Lástima de tiempo perdido! Hubieras podido ser un eminente hombre de ciencia en lugar de mezclarte con esos papelotes entrometidos.

—En el mundo tan necesario es el hombre de ciencia como el más modesto de los periodistas. Además, yo no tendría paciencia para trabajar mucho tiempo en un asunto problemático. ¿Cuánto

tiempo tardó en elaborar su sistema para clasificar a los criminales mediante sus huellas dactilares?

—Diecinueve años; todo el tiempo que me quedaba libre de mi enseñanza durante estos años. Debía trabajar para ganarme la vida, muchacho; a no ser por esto, en menos de diez años habría conocido el mundo los maravillosos resultados.

—¡Diecinueve años! ¿De modo que era así como empleaba su tiempo libre? Todos suponían que hacía usted alguna traducción importante o algo por el estilo. ¡Y ha estado trabajando incansable sobre el libro más grande del siglo, sin que nadie supiese ni una palabra!

—El secreto era esencial. Cuando un hombre empieza a trabajar por rutas, que marcan un cambio radical en las nociones aceptadas generalmente, el mundo se ríe y se mofa de su trabajo. La burla del público ignorante nunca llega a un verdadero hombre de ciencia: es el ridículo, la burla de los compañeros de ciencia lo que hiere y desanima. Ahora comprenderás por qué no hablé a nadie, ni siquiera a ti, de mi trabajo.

—En primer lugar, ¿cómo se le ocurrió la idea?

—Dos hombres sentaron los fundamentos: Galton y Lombroso.

—¿Galton? ¿El pariente del introductor de la eugenesia?

—El mismo. Su trabajo verdaderamente notable consistió en sistematizar la observación de que no existen dos personas que posean idéntica huella dactilar. Luego, Lombroso, el famoso antropólogo italiano, demostró al mundo científico que las señales exteriores determinan con frecuencia la criminalidad. La forma de la cabeza revela al mundo, al asesino. Pero Lombroso no llegó la bastante lejos; no creó un sistema que funcionase. Todo lo que hizo fué combinar la teoría de Galton con la propia. Mi obra consiste en demostrar que las líneas de los pulgares, que difieren en cada persona, significan algo así como la forma del cráneo. Tardé diecinueve años en alcanzar el éxito; pero al fin éste me ha sonreído. He reducido las teorías de Lombroso a un sistema práctico, siguiendo las líneas de Galton.

Mi sistema permite afirmar si un hombre es un criminal con sólo medir y clasificar la huella de su pulgar. Además, puede determinarse qué ruta seguirá el criminal. Existe una diferencia clarísima entre la huella de un ladrón y la de un asesino. Puede

descubrirse con relativa facilidad la diferencia existente entre un hombre capaz de provocar un incendio premeditado y otro capaz de un estupro. Puede comprobarse el grado de crueldad que se usará en el crimen y si se cometerá con pasión, sangre fría, sigilo o astucia.

Después de estas palabras, Sanders y Guy permanecieron callados durante un buen rato.

Se observaban mutuamente con los ojos acostumbrados a la luz borrosa del estudio.

El profesor, que había dado sus explicaciones con singular entusiasmo, esperaba que se le dirigiesen preguntas; no comprendía que nadie escuchase la más sencilla conferencia o discurso suyo sin formular preguntas.

Guy Steel habló, por fin:

—Los pulgares del niño, ¿son iguales a los que poseerá cuando llegue a adulto?

Una anécdota del maestro Bretón

La obra de Bretón «Domingo de Ramos», no fué del agrado del público. Su estreno fué mal acogido y la representación acabó entre protestas y subidos.

Al salir el famoso maestro, fué preguntado por un amigo:

—¿Qué, cómo ha ido eso?

—Pues que ha sido el primer Domingo de Ramos que veo sin una palma.

—Los dibujos del pulgar no cambian nunca.

—¿Entonces es posible afirmar si un recién nacido será un

asesino?

—Con tanta seguridad como puede decirse su sexo.

—Bien, no le dejaré ver las huellas de mis pulgares.

El profesor se quitó las gafas y jugueteó con ellas antes de responder.

—Encontrarás que algunos de nuestros mejores amigos son asesinos. Algunos no han matado a nadie todavía, probablemente, pero lo harán con el tiempo, tan cierto como un objeto tirado al aire caerá a tierra con determinada velocidad. Las leyes psicológicas son tan fijas como las físicas.

—Pero debe existir la probabilidad de que ocurran excepciones o errores.

—Ninguna. La ciencia que permite excepciones o errores no es ciencia.

El profesor se detuvo a recalcar el aserto.

—He logrado formular una ciencia nueva. He estudiado las huellas dactilares de diez mil criminales y he encontrado una sola excepción evidente. Era un viejo que cumplía cadena perpetua por un asesinato del tipo más brutal. Sin embargo, su huella dactilar era la de un hombre inocente. Pude examinar la documentación de su proceso y descubrí que las pruebas en contra eran puramente circunstanciales. Aquel hombre era inocente; y de no haber tenido que revelar mi sistema prematuramente para liberar al pobre viejo, hubiera intervenido en el asunto con el gobernador. Quizá hubiese demostrado su inocencia, pero habría puesto en peligro mi sistema, que es infalible.

Steel sonrió.

—Desde luego, profesor Sanders, creo todo cuanto me dice, aunque es difícil creerlo. Si, en realidad, ha conseguido sus propósitos, la obra de usted es la más grande del siglo. Sería imposible que un delincuente escapase.

—Podrían cortarse los pulgares, pero la ausencia de éstos sería considerada prueba irrefutable de culpabilidad, después de que mi sistema hubiese substituido a las nociones anticuadas del procedimiento criminal actualmente en uso.

Steel se dirigió hacia el pupitre y jugueteó nerviosamente con varios artículos esparcidos por él, mientras hablaba.

De pronto manifestó:

—Profesor: ¡haría una prueba para mí! ¿Si le trajera cinco o seis huellas de otros tantos pulgares, me diría si sus propietarios son criminales o no?

—¿Pides una prueba final? Bien, no puedo objetar nada, aunque hiere mi vanidad. Tráeme las huellas y te convencerás.

Sonó el timbre de la puerta, vibrante y persistente.

—Ya están otra vez molestando —lamentó Sanders.

—¿Por qué no desconecta el timbre, si le molesta su llamada?

—Es una buena idea. ¿Cómo se hace?

—Yo mismo lo arreglaré —ofreció Steel, dirigiéndose hacia el lugar donde el timbre atormentador no dejaba de sonar.

—Te enseñaré dónde…

El profesor se detuvo en seco, buscando algo en el pupitre. Se registró todos los bolsillos y luego rebuscó a ciegas por la superficie del pupitre.

Murmuró:

—No las encuentro.

—¿Qué sucede? —preguntó Steel, al volver de la cocina.

—Es inútil; no logro encontrarlas. Las dejé en alguna parte.

—¿Las gafas?

—Sí, no las encuentro.

—Aguarde un momento que encenderé la luz.

—¡No, por favor! Nada de luces. Los periodistas advertirían mi presencia aquí y no me dejarían en paz. Prefiero no distinguir la punta de mi nariz por no tener gafas. Antes soportaría la ceguera completa que a esos malditos reporteros.

—Miraré, pero no puedo ver mucho aquí.

Steel registró el cuarto, la mesa escritorio, las sillas, revolvió libros y papeles, mas las gafas continuaron sin aparecer.

COSITAS SIN IMPORTANCIA

(Para cavilar un rato)

EL PEZ

Se trata de lo siguiente:
Tenemos un pez que nos es posible contemplar en el agua. Su cabeza mide noventa centímetros de longitud. Se trata de averiguar cuánto mide en total, teniendo en cuenta, para hacer el cálculo, que el cuerpo es tan largo como la cola y la cabeza juntas, y que esa cola es tan larga como la cabeza y la mitad del cuerpo.
¿Cuánto mide ese pez?

(La solución en el número próximo).

—No importa —suspiró Sanders—. Si no las encuentro ahora, mañana, al arreglar el cuarto, la señora Jones dará con ellas. Ella siempre lo encuentra todo.

—Como guste. Bien, he de marcharme ahora. Volveré mañana con las impresiones digitales. Y muchas gracias por la entrevista.

—¡Por la puerta trasera! ¡Por aquí no, si me aprecias un poco! ¡Sal por detrás! —gritó Sanders, al advertir que el joven avanzaba hacia la puerta principal. Y, asiendo1 el brazo del joven, entró en la cocina, buscó a ciegas la llave, abrió la puerta y, de un empujón, echó a la calle al visitante; tanta prisa tenía por cerrar la puerta con llave.

Sanders regresó a tientas al estudio y reanudó la búsqueda de las gafas. Fué una empresa larga y exasperante y, además, fútil. El tacto, con la ayuda de unos ojos muy cortos de vista, casi miopes, no reveló ninguna pista.

El desconcertado profesor paseó sin objetivo de un lado a otro del cuarto hasta caer postrado en el suelo, junto a un sillón.

No hizo la menor tentativa para levantarse, pero de vez en cuando se registraba maquinalmente todos los bolsillos.

Presa de desesperación e inutilizado por la falta de visión, se reconcilió con la idea de esperar sus gafas hasta la mañana

siguiente, en que la señora Jones, que le arreglaba la casa todos los días, las encontraría sin duda alguna.

Pero hasta entonces tendría que sufrir; debería abstenerse de trabajar; sólo le quedaba el recurso de pensar.

A las ocho de la mañana del día siguiente sonaron tres fuertes golpes en la puerta.

El profesor se levantó y acercóse, vacilante, a la puerta principal, que abrió.

—Guy, ¿eres tú?

—Buenos días, profesor —fué la respuesta cordial—. ¿Ha encontrado las gafas?

—¿Si las he encontrado? No. La señora Jones las encontrará, sin duda, en cuanto llegue.

—¡Caramba! —exclamó Guy Steel, cerrando con llave la puerta tras sí—. ¿Ha mirado bien por todas partes?

—No creo haber dejado ni un rincón sin mirar.

Se dirigieron al estudio. Steel guiando al profesor por el brazo y empujándole con suavidad.

—Busquemos por última vez —sugirió Guy, empezando enérgicamente a mirar en todos los rincones posibles e imaginables.

—Será inútil —fué la respuesta pesimista—. Debiera tener un par de reserva, pero nunca he podido ahorrar lo necesario para adquirirlas.

El joven, arrodillado, palpaba el suelo entre el pupitre y la pared.

Triunfalmente anunció:

—No necesitará un par de reserva. ¡Aquí están!

Había lágrimas en los ojos del viejo profesor cuando limpiaba las gafas con un pañuelo. Poniéndoselas, miró al joven.

—Gracias, muchacho. Recobrar las gafas es como volver a la vida. No puedes imaginarte lo desolado que me siento cuando no puedo leer ni escribir ni ver. Realmente me parece ser casi un cadáver. Celebro que hayas venido.

—También estoy satisfecho de haber llegado con tanta oportunidad. Ahora que ha recobrado sus gafas puede hacer las pruebas que me prometió.

—¿Las pruebas que te prometí?

—¿No recuerda? Dijo que me revelaría el carácter de los dueños

de cinco o seis huellas dactilares del pulgar. Aquí tengo cinco.

—¿Dónde están? Las examinaré al instante.

Sanders se sentó ante el pupitre, encendió la luz y colocó a su alcance diversos instrumentos.

—¿No cree preferible levantar un poco las cortinas? —inquirió Steel, al colocar encima del pupitre un pedazo de papel conteniendo las reproducciones de cinco-huellas dactilares.

—¡No! ¡No! Esos periodistas pueden rondar por los alrededores.

Sanders miró el papel. Se le veía intrigado.

—Estas huellas no han sido impresas sobre papel ahumado. Ahumar el papel, presionar en él y pasarlo por goma laca. Tú sabes cómo.

—Éstas fueron hechas de ese modo, pero hice sacar láminas. Se obtendrá el mismo resultado.

El profesor tenía sus dudas acerca de la nitidez de las impresiones, pero estaba dispuesto a examinarlas.

FAMOSAS NOVELAS

Una colección de libros excepcional donde se recogen, como su título indica, las obras más notables, debidas a plumas de gran valor literario.

•

BARONESA D'ORCZY
RAFAEL SABATINI
MARK TWAIN y
F. HODGSON BURNETT
Son los primeros nombres aparecidos en los títulos que ya forman esta colección, que ha alcanzado un exito sin igual.

•

Si le gusta a usted la historia, la intriga, el valor caballeresco; si le complace saber del ambiente de otros tiempos, o reír ante un humorismo sano y entretenido, no vacile en adquirir alguno de los volúmenes de esta magnífica colección:

FAMOSAS NOVELAS

En rústica 6 pts. Encuadernada 10 pts.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Empezó a medir: ángulos, curvas, relaciones, longitudes; todo lo

que debía determinarse y registrarse.

Durante dos horas tuvo la atención fija en las impresiones, sin pronunciar palabra.

La señora Jones intentó arreglar el estudio, como de costumbre, pero el joven, cruzando la habitación de puntillas, la obligó suavemente a que saliera. Con heroico esfuerzo pudo resistir su curiosidad para no estorbar los cálculos del profesor. Al fin acabaron las mediciones.

Señalando un montón de cuartillas que había en un lado de la mesa escritorio, el profesor explicó:

—Aquí está el manuscrito de mi libro La Determinación de los Criminales. Refiriéndonos a los gráficos que he preparado, todo resultará muy sencillo. Hechas las mediciones, resta un simple trabajo de clasificación. Tomemos la número uno primero.

Consultó varios gráficos y buscó la particular combinación de mediciones de su clase.

—La número uno pertenece a un hombre inocente. Jamás cometerá ningún crimen o violencia. Tal vez algunos actos de ratería, a la cual casi todos estamos expuestos en un momento de debilidad.

Efectuó la misma rutina de clasificación con la huella número 2.

—Número 2, idéntica clasificación que la número 1. Tomaremos la número 3… La número 3 es un asesino, un asesino a sangre fría, que matará por razones lógicas.

Steel, que había anotado los veredictos de los dos primeros, no anotó nada relacionado con la número 3. Preguntó:

—¿Está seguro de referirse a la huella número 3?

—Esa misma.

—Quizá las haya confundido.

—¡Nunca digas a un hombre de edad y experiencia que puede confundirse en una operación tan sencilla! No afirmo que este hombre haya cometido ya un asesinato. Simplemente insinuó la posibilidad de que lo ha hecho o lo hará.

—Pero es imposible.

—¿Por qué imposible? —interrogó Sanders—. Todo es posible. ¿Conoces al hombre?

—Sí.

—¿Y crees que su reputación es tal que nunca llegará a ser

asesino?

—Sé que es un hombre tan pacífico e inocente como el que más haya sido. Todos sus actos son de una bondad extrema.

—Sin embargo, ha matado a un hombre a sangre fría o lo matará en el porvenir.

—Pero él… ¡Cómo, profesor Sanders! ¡Es absolutamente estúpido! El hombre es… cómo…

El profesor consultó con mayor interés su manuscrito

Terminó con una risa.

—Lamento haber descubierto a uno de tus amigos. Ése es el castigo que todos sufrimos para conseguir una certeza científica.

—Bien, si existe alguna certeza en este mundo, es la de que el propietario de la huella número 3 ni es criminal ni nunca lo será.

—¿Quién es, pues, el hombre en cuyo aspecto externo depositas más confianza que en la verdad científica?

—Usted.

El profesor Sanders miró a Guy Steel un momento. Había oído la palabra, pero el significado le resultaba incomprensible.

—¿Yo? —preguntó, calmosamente, con trágica simplicidad.

—¡Oh, profesor, es una tontería!

—¿Era mi huella dactilar?

—Sí; pero…

—Puede haber alguna equivocación; mas no lo creo. Nunca se me ha ocurrido probar mis métodos en mí mismo. Para estar seguro, probemos de nuevo. Tomaré la impresión en papel ahumado para estar seguro.

El profesor se acercó a la mesa adosada a todo un lado de la pared, sobre la cual se veían diversos instrumentos del laboratorio de psicología, colocó una tira de papel preparado sobre un tambor, encendió tres mecheros de gas, hizo girar el tambor y pronto tuvo la capa de hollín que el experimento requería. Sacó el papel e imprimió el pulgar en un ángulo. No pasó la impresión por goma lacada para hacerlo permanente, ni tampoco lavó la mancha de su pulgar, sino que comenzó a trabajar inmediatamente en las mediciones.

Mientras el profesor trabajaba sin nervosismo alguno, Steel permaneció tras él, al parecer clavado en su sitio. Fueron recogiendo los datos necesarios. El profesor consultó con mayor interés su manuscrito. Los dos hombres casi suspendieron el aliento mientras Sanders clasificaba la impresión digital.

Una vez efectuadas todas las comprobaciones, el profesor respiró hondo, colocó el manuscrito a un lado y, en voz queda, pronunció:

—No hubo error.

—O bien las reglas tienen alguna excepción.

—Mi sistema es infalible. No existen excepciones.

—No tengo otro remedio que revelarle la verdad, profesor. Publiqué esas cinco huellas dactilares en el periódico de anoche y se anunciaba en él que usted nos daría las interpretaciones.

—¿Publicado? ¿Por qué?

—Soy un periodista y nuestra interviú me ha merecido un ascenso.

—¿Es ésta la clase de negocios a que te dedicas?

—Sabía que no me concedería la entrevista si le confesaba la verdad.

—No comprendo por qué hiciste eso.

El profesor meditó unos segundos antes de continuar.

—¿Dices que prometiste publicar en tu periódico los resultados?

—Simularé la interpretación de su huella y la de los números 4 y 5.

—Es verdad. No he examinado las dos últimas.

Se enfrascó de nuevo en los gráficos, practicó la debida clasificación y anunció:

—La 4 es de un jefe, astuto, deliberado, audaz. La número 5 corresponde a un asesino idiota; matar por matar.

—Muchas gracias —dijo Steel, guardándose el cuaderno y el lápiz.

—¿Publicas los nombres bajo las impresiones?

—Sí; se publicaron anoche los nombres. Hay algo exacto en su sistema, pues los dos últimos hombres acaban de ser condenados por los crímenes de que usted les acusa y los dos primeros son preeminentes hombres de negocios. Inventaré una interpretación de su huella, profesor, a menos que me proporcione otra más veraz.

El profesor se levantó al instante y exclamó, con voz agitada:

—¡Inventar, falsificar una interpretación! Publicarás los resultados que te he dado.

—No podría hacer tal cosa —replicó el joven—. Aparecerá usted como un asesino o un simulador.

—Has prometido al público que yo informaría sobre cinco huellas dactilares. Tienes el ineludible deber de dar a los lectores mis informes como te los entregué.

—¿Pero no comprende lo que eso significaría para usted?

—Comprendo, sí. Pero los personalismos no pueden impedir el cumplimiento del deber. Ahora, Steel, adiós. Tengo que pensar.

Guy Steel salió apesadumbrado del cuarto. Ningún chirrido de la puerta al cerrarse anunció su partida.

El profesor Sanders se sentó en su pupitre y meditó. No desayunó ni almorzó. En realidad, no se percataba del pasar del tiempo. Pensó en los diecinueve años de labor constante sobre una sola idea, en los interminables días y noches que pasó recogiendo, clasificando y analizando el material para dar fin a su grandiosa obra. Conquistó poca de esa publicidad seductora que el mundo acostumbra a confundir con el éxito, pero no le importaba la fama en vida; quería la fama perdurable, eterna. Buscaba la gloria imperecedera perteneciente al que amplía y enriquece el tesoro del conocimiento humano.

¿Diecinueve años… y luego el éxito?

Acarició una idea convirtiéndola en una ciencia maravillosa. Redujo las investigaciones de casi dos décadas a los límites de un

solo volumen. Aunque el libro no había sido enviado a los editores (lo sería en breves días), los hombres de ciencia de todo el mundo ya lo atacaban, defendían y discutían.

El sabio y el profano esperaban con igual interés la aparición del libro; la expectación general fué el resultado inmediato de un anuncio que Sanders hiciera a uno de sus colegas.

Los periódicos habían averiguado de alguna manera algo sobre los sorprendentes descubrimientos del profesor y habían informado al público, procurando luego satisfacer con interpretaciones imaginarias la curiosidad que despertaron.

La fama había sido lanzada sobre el profesor. Ya la vida prometía serle más fácil. La Universidad le aumentaba el sueldo, los derechos de autor serían sin duda de estimables proporciones, los *Magazines* ofrecían sumas asombrosas por artículos originales sobre la nueva ciencia. Sería compensado por los años magros pasados.

En lugar de ser el ermitaño marchito, sería el sabio festejado. La fama, agradable y compensadora, le acompañaría mientras viviese y el nombre imperecedero sería su recompensa después de la muerte.

Su mente volvió sobre el incidente de la mañana.

El profesor Sanders, el creador del sistema infalible para determinar la criminalidad por medio de las huellas dactilares del pulgar, era un asesino… Podría ser. Después de todo, un individuo no es dueño de su destino. Si el mundo.

Unas horas después sabía que se había cometido el robo.

—Pues no tratéis de averiguar más —dijo el soberano—. Yo mismo he sido cómplice en ese delito. Figuraos que hasta le he sostenido la escalera al ladrón… le considerase asesino, estaría satisfecho; diría, entre burlas y risas:

—¡Ah, es un sistema maravilloso! El único inconveniente que tiene es que falla al aplicarse a su inventor.

Esto desprestigiaría el sistema, provocaría la hilaridad a costa del eminente pedagogo que malgastó tontamente su vida erigiendo el armazón de una ciencia que se desmoronaba al someterse a una prueba final.

El mundo científico sonreiría con burlona ironía y luego dedicaría su atención a otros asuntos. El profesor Sanders quedaría olvidado de todos, excepto de los humoristas. Se estremeció al pensarlo; era más de lo que podía soportar. Anheló la fama eterna,

y para conquistarla con gusto sacrificó cuanto la vida tiene de amable y placentero. Y ahora… ahora, cuando sus más secretas ambiciones, sus más queridas esperanzas y sueños casi se convertían en realidad, el fracaso más rotundo ennegrecía el futuro.

—¿Cómo se encuentra esta tarde, profesor?

Las palabras le sobresaltaron al romper la cadena de sus pensamientos como si fuesen un rayo.

—Creí que te habías marchado, Guy.

—Regresé hace un instante. No contestó usted a mi llamada y entonces entré. Vine a pedirle perdón por la pesada broma que le jugué.

Una anécdota de Luis XIV

Un ladrón tan atrevido como sereno, logró penetrar en las habitaciones de Luis XIV, donde, encaramándose en una escalera, se puso a descolgar tranquilamente el reloj.

Hallábase entregado a esta operación, cuando entró en la estancia el propio rey. El ladrón, al verle, le dijo fingiendo una gran ansiedad:

—¡Ay, señor! ¡Se me está escurriendo la escalera!

Creyendo que se trataba de alguno de sus servidores, y para evitar una desgracia, Luis XIV fué y sostuvo la escalera, ayudando además a que el hombre descendiese cómodamente con el reloj, que el rey pensó que el otro se llevaba a componer.

Unas horas después sabía que se había cometido el robo.

—Pues no tratéis de averiguar más—dijo el soberano.—Yo mismo he sido cómplice en ese delito. Figuraos que hasta le he sostenido la escalera al ladrón...

—No te preocupes. Mientras no sabía que eras un periodista, no

me importaba hablarte.

—Me refiero a haber cogido sus gafas.

—Encontraste las gafas, no las cogiste.

—Me avergüenza el decírselo, pero las cogí. Se me ocurrió en un momento infortunado que sería una magnífica broma probar el sistema con el mismo inventor. Jugueteaba usted con las gafas y simplemente pensé que tal vez encontraría en ellas sus huellas dactilares. Logré cogerlas del pupitre y luego me las llevé. Las líneas de su pulgar estaban allí y mandé copiarlas; y esta mañana le hice creer que encontré las gafas en el suelo.

Bajó la mirada, arrepentido, apenado por la fechoría.

—Sé que me perdonará, pero…

El profesor Sanders no respondió en el acto. Miró al joven que tenía ante él, al joven a quien tomara cariño de estudiante, al hombre cuya visita disfrutara el día anterior. Una sonrisa, el más vago vestigio de una sonrisa, iluminó su rostro, al hablar en tono lánguido:

—Cuando tomaste mis gafas ayer, me arrojaste entre los muertos durante muchas horas, durante el breve período de fama. Mi muerte parcial sirvió tu propósito; tu muerte total servirá el mío.

Sacó un revólver de un cajón inferior, arma anticuada, perteneciente a generaciones pasadas, y apuntó a Steel.

—El sistema exige, como prueba final, que yo sea asesino. Unas fuerzas que yo no puedo controlar mandan que yo mate a alguien. Tú, muchacho, me has producido más dolor que cualquier otra persona. Por consiguiente, es lógico que te mate.

—¡Dios santo! —chilló Guy Steel, recobrando al fin el uso de la voz.

Pero no dijo nada más.

La bala le atravesó el corazón. Cayó desplomado sin un gemido.

El profesor Sanders miró por última vez a Guy, dirigiéndose a la puerta principal, abriola y gritó al mundo:

—¡Asesino!

La muerte de vacaciones

por Leslie F. Stone

¿La Vida mejor que la Muerte? ¿La Muerte mejor que la Vida? He aquí lo que ha pensado usted, lector, sin duda más de una vez. Y he aquí lo que se le narra en este breve relato, en que la Muerte deja de actuar. En que en los mundos —si es que hay más de uno— nace la Inmortalidad.

¿La Vida mejor que la Muerte? ¿La Muerte mejor que la Vida? He aquí lo que ha pensado usted, lector, sin duda más de una Tez. Y he aquí lo que se le narra en este breve relato, en que la Muerte deja de actuar. En que en los mundos —si es que hay más de uno— nace la Inmortalidad.

—Bueno, Talal Tar —dijo Nikro Ñor, con cierto hastío—. Este gran experimento nuestro ha tocado a su fin. Conozco ya el origen de la vida y su significado. Tú y yo hemos creado un micro-universo, hemos visto evolucionar estrellas ardientes, formarse los planetas… Tú y yo hemos tratado al germen de la vida con todos los dispositivos conocidos de nuestra ciencia. Le hemos dado el ímpetu para que crezca y evolucione hasta alcanzar las formas más altas de la vida iguales a las nuestras. Hemos concentrado en ese micro-universo rayos mortíferos, le hemos hecho la disección y lo hemos estudiado en todas las etapas de su desarrollo. A sus habitantes les hemos introducido ideas en la cabeza, les hemos dado el concepto de la divinidad; les hemos metido a viva fuerza pensamientos de guerra, de ideales elevados, de conquistas científicas… Y ahora ya hemos acabado. Sabemos qué es el alma, qué es la vida en sí. Y estoy satisfecho. Puedes desintegrar esa esfera en cuanto se te antoje.

—Ha sido un trabajo interesante, ¿eh?

Nikro Ñor miró bondadosamente a su compañero. Amaba a Talal Tar como a un hijo. Jamás había tenido un ayudante que pudiera igualársele en lealtad e inteligencia. Él, que era el primer científico de Guerm, consideraba a Talal Tar casi a su nivel.

El joven alzó la vista de su ultra-microscopio.

—Sí, maestro; ha sido muy interesante. Pero yo… yo…

Tartamudeó al contemplar el objeto que su superior le había dado orden de construir.

—¿Qué, Talal Tar?

—Me… me doy cuenta de que soy un poco atrevido, Maestro, pero… bueno, pues me disgusta la idea de… de desintegrar el micro-universo. Me siento como si yo… si… nosotros…

—Comprendo, querido amigo. Has tomado este experimento más a pecho que yo… No puedes destruir aquello que has ayudado

a crear. Pero, la verdad, no comprendo por qué las fugaces vidas de los habitantes de ese pequeño mundo creado por nosotros te inspira tanto respeto. Al fin y al cabo sólo tienen unos minutos de duración. Pero es igual. Has sido fiel y has hecho tanto como yo mismo. Tú les imbuiste la idea de Dios. Tú les inspiraste la idea de la vida después de la muerte. Yo les di vida física; tú les diste vida espiritual. Yo les enseñé la guerra, el horror… Deberían odiarme tanto como respetarte a ti.

—Sí; te llaman el Segador Siniestro… ¡Muerte la Destructora!

—Lo comprendo perfectamente. He arrancado a niños de los pechos de sus madres, me he llevado a jóvenes que prometían mucho. Pero también he aliviado a los enfermos de sus males; a los ancianos de sus achaques; a los oprimidos de su cárcel. Sólo así podía conocer yo el significado completo de la vida. ¿Te han dado también a ti algún nombre?

—No estoy seguro, Maestro, porque se me representa de muchas maneras. Me… me gusta pensar que lo que ellos adoran sobre todo, el amor, me representa a mí. Ha resultado muy difícil sondear cerebros tan minúsculos. ¡A veces son tan leves los impulsos del pensamiento…! Y, si los despierto, su temor es demasiado grande para permitir que las ideas se abran paso.

Talal Tar indicó el minúsculo personaje que yacía sobre la placa del microscopio. Habiendo comprobado que era imposible hacerlos visibles con un instrumento que amplificaba micrones a milésimas, había construido unos lentes especiales, invención suya, que permitían ver cualquier objeto que midiese una cienmilésima de micrón. Con ayuda de aquel aparato podía verse a aquel diminuto ser que tenía aspecto humano. Aparecía con los ojos cerrados y llevando puesto el microscopio «amplificador de pensamientos» inventado por Nikro Ñor. Era uno de los «Pequeños» del micro-universo.

No obstante lo mucho que le disgustaba arrancar a los infinitesimales de su domicilio y de entre su familia, no tenía más remedio que hacerlo para poder sondear su cerebro. Talal sabía que allá en su hogar, el minúsculo ser iba a engrosar el número de los desaparecidos.

En cierta ocasión, el sabio había intentado depositar de nuevo a los microscópicos personajes en su medio ambiente, pero descubrió que con ello solo conseguía hacerlos muy desgraciados. Porque, por muy aprisa que trabajara sobre ellos, a lo mejor transcurría un siglo entero en su pequeñísimo mundo mientras él recogía de sus dormidos cerebros la contestación a sus preguntas. Al contrario de Nikro Ñor, no podía matarles de repente. Por lo tanto, cuando acababa su trabajo, colocaba a sus minúsculos sujetos en otro planeta, protegidos contra los rayos mortales, donde podían gozar de la compañía de sus semejantes, arrancados éstos también del lado de sus familiares.

—Si te regalo la esfera, Talal Tar, ¿continuarás el experimento? ¿Qué variaciones introducirás en nuestros anteriores métodos? Aunque quizá prefieras continuar el trabajo tal como he venido haciéndolo yo.

—Yo… yo no introduciría más que una modificación, Maestro, si me es permitida. ¡Cortaría, los rayos mortales! Aspiro a que los Pequeños sigan viviendo para que lleguen a gozar de los beneficios de su propia ciencia. Ya sabes que muchas veces, últimamente, han luchado contigo, deteniendo duramente un momento a la muerte. ¡Les gusta tan poco morir! Desearía que, tal como ellos quieren, siguiesen viviendo.

—Comprendo. Es un experimento muy noble. ¡Ojalá tú y yo pudiéramos desear lo mismo! Talal Tar, el micro-universo es tuyo.

Cuando terminó de hablar Nikro Ñor, volvióse, a su libro de notas para dar por terminadas las que sobre el micro-universo había tomado. Apenas se dió cuenta de que su discípulo cruzaba la cámara en dirección a la enorme esfera que ocupaba una gran parte del aposento y en la cual había montados numerosos mecanismos. Talal se acercó a una de éstos y tiró de una palanca. Luego aplicó el ojo a una especie de microscopio que se componía de una complicada serie de lentes delicadamente trabajados.

* * *

El doctor Horacio Stak estaba sentado a la cabecera de su moribundo paciente. Transcurrían las horas y, sin embargo, el anciano se negaba a despedirse de la vida.

—No lo comprendo —murmuró el médico—. Este hombre, lógicamente, debía haber muerto hace lo menos diez horas. Tiene el corazón deshecho y, sin embargo, continúa funcionando.

* * *

En la sala de partos de la Casa de Maternidad de Bennington el especialista de obstetricia se puso en pie. Su rostro, expresaba profunda pena.

Luego aplicó el ojo a una especie de microscopio.

—La madre vivirá, ¡pobrecilla! Ésta es la cuarta criatura que le nace muerta. Siento verdaderamente tener que darle la noticia. Pero… ¿qué es eso?… ¡El grito de un recién nacido!

—¡Doctor, doctor! ¡La criatura está viva! ¡Empieza a respirar! ¡Es un increíble milagro!

* * *

En la sala de accidentes del Hospital, el cuerpo sobre el cual habían estado trabajando frenéticamente médicos y enfermeras, sin obtener el menor éxito, se movió de pronto.

—¡No quiero vivir! ¡Señor, no permitas que viva! —gimió el suicida.

* * *

La anciana se incorporó entre las sábanas de seda y se echó a reír.

—Conque mi querido sobrino intentó envenenarme, ¿eh? Y sigo viva. Ya le advertí que viviría yo más que él… y que todo el resto de mis amantes familiares que aguardan, como buitres, a que me muera para heredarme. Les voy a dar un chasco a todos ellos… ¡Ingratos!

¡Menudo escarmiento voy a hacer!

* * *

Una niña de pálido rostro yacía, tendida, sobre el diván, mirando vacuamente a su acongojada madre. El médico de cabecera las contemplaba con lástima.

—Y… ¿ya no volverá a ser una criatura normal, doctor?

—Lo siento, señora Moore. No comprendo cómo puede vivir después del tremendo golpe que ha recibido en la cabeza. Y crea usted que, aunque es doloroso decirlo, casi sería preferible que se hubiese muerto… Ha quedado convertida en una idiota.

* * *

Cosas por el estilo estaban ocurriendo en todo el mundo. Había centenares de miles de casos de gentes que debían haberse muerto, pero que seguían vivas.

En Europa, donde había guerra, el, cuerpo médico no daba abasto y no hacía más que pedir ayuda. ¡De todos los miles de hombres que habían caído aquel día en el campo de batalla, ni uno había muerto! Algunos, horriblemente destrozados, vivían contra toda lógica. Un muchacho que no era ya más que medio hombre, vivía sufriendo los más horribles tormentos. Suplicó a uno de los cirujanos que le librase de aquel suplicio y el médico, compadecido, se dispuso a darle gusto. Le suministró una dosis «excesiva» de cloroformo y, sin embargo, una hora más tarde, encontró al hombre… ¡vivo aún! Había muchos que debieran haber muerto y

que viviendo no serán más que grotescas parodias de seres humanos, incapaces de hacer nada por sí solos y que, en el porvenir, representarían una enorme carga para el Estado.

* * *

En la exploración de una mina quedaron enterrados veinte mineros bajo toneladas de escombros. Pero ninguno de ellos murió, ni, siquiera aquellos que yacían triturados entre rocas y tierra. Pasarían muchos días antes de que pudiese llegarles ayuda, pero seguirían viviendo, padeciendo dolores, hambre, sed, enfermedades…

* * *

En los Alpes, un famoso escalador de montañas dió un paso en falso y cayó dentro de una hendidura profunda y estrecha. Sus compañeros tuvieron que regresar al lejano pueblo en busca de ayuda para sacarle. Una terrible tempestad se desencadenó sobre el grupo. Viéronse obligados a esperar varios días antes de poder volver al sitio del accidente. Extrajeron el cuerpo del alpinista helado hasta el punto de parecer de hierro. Varias horas después deshelándose en un aposento caliente, el «muerto» recobró el sentido y se levantó en tan buen estado de salud como si no le hubiese pasado nada.

* * *

Tan extraños accidentes no quedaron limitados a la vida humana. En el matadero, las vacas, los corderos y los cerdos no caían al recibir el golpe mortal, bramando, balando o gruñendo, según el caso, se tambaleaban, pero no morían. Los matarifes se quedaron boquiabiertos, sin saber qué hacer,

* * *

La señora Ana Slocum estaba matando gallinas para dar de comer a sus invitados. Les cortó la cabeza, pero los decapitados cuerpos siguieron corriendo por el patio. Cogiéndolos, los sumergió en agua hirviendo; pero continuaron dando saltos dentro del barreño. Aun después de quedar desplumadas, las aves seguían vivas.

* * *

El chef Pedro Casero cogió la rolliza langosta, roja y llena de vida, recién salida del mar. Alzando la tapa de la olla de agua hirviendo dejó caer dentro el crustáceo. Un rato más tarde volvió a destaparla.

—¡Virgen santa! —exclamó, al agitar la langosta, hervida ya, pero con las antenas en frenético movimiento.

* * *

En Kenya, Chester K. Morrison vio cómo sus ojeadores hacían salir un joven león de entre las altas hierbas, en su escondite de espinosos matorrales, se echó el rifle a la cara. Estaba orgulloso de su puntería y dió a la fiera de lleno en el corazón. Pero la bestia no obró de acuerdo con la más elemental lógica. No rodó por el suelo, sino que siguió avanzando, chorreando sangre por la herida. De un salto salvó la espinosa barrera y se abalanzó sobre el cazador, mientras Jaime Collins, empleado a sueldo de Morrison, descargaba su arma en el costado del animal.

Momentos después, cuando Collins y los negros arrancaron a la fiera del cuerpo ensangrentado del millonario, ambos estaban vivos, a pesar de que tenían heridas suficientes para matar a cinco hombres y a otros tantos leones.

* * *

Mamá papamoscas había estado la mar de ocupada buscando comida para sus pequeñuelos. Al regresar volando al nido iba un poco preocupada. El último lote de insectos no se estaba portando

en su buche como de costumbre. Sintió un alivio enorme al repartirlos entre los abiertos picos de sus pajaritos; pero a éstos les hizo tan poca gracia como a ella aquello que no dejaba de agitarse dentro del estómago.

* * *

El oso se hallaba tendido a la orilla del río, pescando salmones para comer. Sacó uno… dos… tres… Los depositó a su lado, en el suelo, donde no dejaron de colear. Se metió uno en la boca. El primer mordisco debiera de haberle matado; pero el salmón siguió moviéndose como si tal cosa.

Arrancándole un trozo de carne, el oso se puso a mascar. De vez en cuando se detenía, extrañado, al darse cuenta de que la carne se agitaba entre sus dientes y de que los músculos saltaban cada vez que los mordía.

No tardaron en desaparecer todos los salmones, pero no le quedaron ganas de pescar más. Tenía el estómago lleno de extraños estremecimientos.

El primer día de tan emocionantes acontecimientos, los periódicos no hicieron mucho caso de la nueva situación, limitándose a emplear aquellos «relatos fantásticos» como relleno.

El segundo día no tuvieron más remedio que reconocer que estaba sucediendo algo anormal.

Haciendo el resumen de una larga serie de acontecimientos extraños, un ingenioso periodista recordó una novela publicada muchos años antes, y encabezó una columna con el título:

LA MUERTE, DE VACACIONES

En seguida señalaba la analogía existente entre aquellos sucesos de la vida real y los ficticios episodios relatados en la obra que antaño gozara de tanta popularidad.

Dos días después, la gente empezaba a hacer suya la idea. Había dejado ya de ser una broma. ¡En una semana no se había publicado ni una sola esquela de defunción en ningún periódico del mundo!

Como es natural, había personas encantadísimas con lo que

estaba ocurriendo. Las que habían vivido de continuo con el temor de perder a algún ser querido; las que durante mucho tiempo habían luchado, sin éxito, por evitar la destrucción de los animales. El científico veía convertido en realidad su sueño: el de contar con un porvenir largo para continuar contribuyendo al bienestar de la humanidad. Al dictador que había previsto que su mundo se desmoronaría al morir él, le pareció que Dios daba, con lo que estaba sucediendo, una prueba de que su obra era buena. El octogenario que vivía de pan y leche pidió que le fuese servido un filete con abundante cebolla y un pastel como postre.

Los hombres verdaderamente inteligentes se asustaron. Preveían el momento en que el Hombre sería echado del planeta por los millones de animales silvestres y domésticos. El darle un manotazo a un mosquito de nada servía. La mariposa seguía viviendo después de pasar todo el día al sol. Y… ¿qué de aquellas hordas de insectos destructores con que el Hombre había luchado siempre? ¿Qué sucedería cuando las praderas estuvieran totalmente llenas de reses? ¿Qué sucedería cuando las fieras se multiplicaran? ¿Qué de aquellos miles de millones de ostras que se criaban todos los años, de los arenques de los bacalaos? ¿Qué ocurriría cuando ya no cupieran en el mar?

Y si la muerte no hubiera de existir ya, ¿qué sería de los gérmenes, de los bacilos? ¿Habría de enfermar todo el mundo y, enfermos, seguir viviendo, sin dejar de existir?

Los de edad madura que habían estado esperando con anhelo el momento en que la vida del Hombre se alargara más allá de los setenta años, hallábanse ahora aterrados, llenos de horror. ¿Vivir siempre? ¿La misma rutina? ¿La inmortalidad?

¡La Muerte! ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¡Muerte! ¡MUERTE!

La gente empezó a mirar, atemorizada, a todo extraño. Una cara nueva hacía que se perlara su frente de sudor. ¿Y si fuera él la muerte, la muerte disfrazada de persona, que se paseara entre los millones de seres, gozando de su obra?

¡Muerte! ¿Dónde está tu aguijón? ¡Muerte! ¡Muerte! ¡MUERTE!

Y transcurrieron los días y las semanas. En el mundo no se moría ni una sola persona, ni un tullido, ni un enfermo, ni un anciano, ni un hombre, ni un animal, ni un reptil, ni un insecto.

Al hombre le resultaba imposible comer carne, porque ésta

continuaba estremeciéndose aún después de haber sido pasada por la sartén, ya que la vida no cesaba nunca.

El Hombre tuvo que hacerse vegetariano por fuerza, sabía que la vida vegetal vivía y moría también; pero, por lo menos, ésta no tenía voz ni movimiento. Sólo que no le marchitaba, no se retorcía, no se secaba su savia. Un árbol derribado continuaba verde, y le salían brotes nuevos a los muchos días de ser cortado. Sin embargo, era evidente que no habría una cosecha muy grande aquel año. El Hombre no era el único vegetariano. Los insectos se multiplicaban a una velocidad sin precedentes. Los pájaros se habían vuelto contra su alimento natural. Les pasaba lo que al hombre: no podían con aquella comida viva, palpitante. Lo mismo que los insectos, devoraban los frutos del campo y de los huertos.

Las aves de presa se unieron a los demás, puesto que no les era posible comer piezas que no había manera de matar.

Y desde los bosques y las planicies acudían los animales carnívoros, que empezaban a aprender a alimentarse de vegetales, melones, cereales; de manera que era corriente ver lobos, ciervos y halcones comer juntos en un trigal.

Porque la Muerte había librado a todos aquellos que fueron instrumentos suyos, de los deberes que antaño les encomendara. El mundo entero se estaba convirtiendo en un Edén donde el león yacía al lado de la oveja.

Sólo que no seguiría siendo Edén mucho tiempo. Los matemáticos intentaron calcular cuántas cosechas faltaban para que toda la Tierra se quedara por completo sin vida vegetal. Pero era demasiado difícil calcularlo. Desesperados, los químicos hacían experimentos con pulpa de madera verde, inventando procedimientos para hacerla agradable al paladar.

Y todos pedían con fervor el regreso de la Muerte.

* * *

Nikro Ñor alzó la cabeza, algo molesto.

—¿Me llamabas, Talal Tar? ¿Pero qué te ocurre?

Miró maravillado el temblor convulsivo que agitaba al joven. Contempló la palidez de su rostro y el brillo febril de su mirada.

—¿Te encuentras mal?

Tristemente, el joven científico volvióse hacia su superior.

—Sí, Maestro. Me duele el corazón.

—¿Por qué? ¿Qué te ha sucedido?

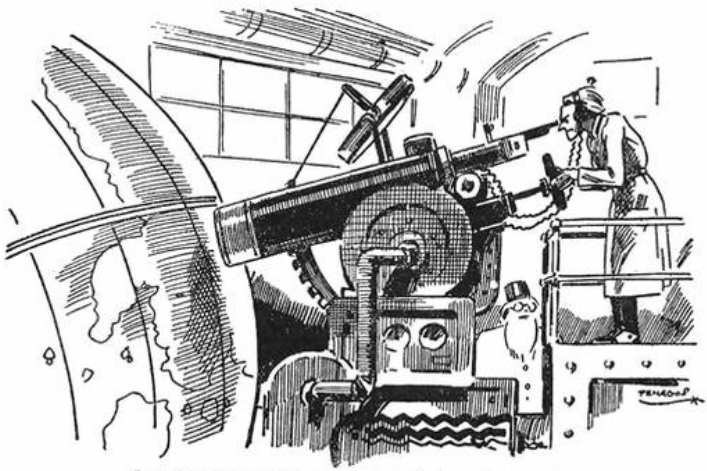
—Se trata del micro-universo, Maestro. ¿Quieres mirar hacia la esfera?

Intrigado, Nikro Ñor se dirigió a la plateada esfera y aplicó un ojo al microscopio. Con mano temblorosa ajustó la lente. Ante su mirada aparecía el micro-universo que había creado con un puñado de polvo.

En la rápida ojeada, Nikro Ñor nada anormal encontró en el diminuto universo. Así se lo dijo a su discípulo.

—¡Los planetas! ¡Los planetas! Ajusta el microscopio a
3-4-72
y lo verás con tus propios ojos.

Nikro Ñor frunció el ceño. Empezaba, a disgustarle el comportamiento de su ayudante. Éste obraba como una mujer histérica en vez de portarse como un hombre de ciencia de cerebro despejado. Sin embargo, para seguirle la corriente, colocó en su sitio las lentes designadas y vio aparecer un cuerpo pequeño, brillante, que giraba sobre sí mismo. Se trataba de un planeta. Su tinte encarnado demostraba que era uno de los mundos estériles que se hallaban demasiado cerca del sol. El sabio movió un poco el mecanismo, de forma que apareciera un segundo planeta. Durante unos momentos lo estudió. Otra vuelta y apareció otro planeta. Luego se volvió hacia Talal Tar.



Luego aplicó el ojo a una especie de microscopio

—Parece que les ocurre algo a nuestros Pequeños. Los minúsculos mundos tienen un… aspecto enfermizo; pero no comprendo.

Talal Tar entregó a su maestro unos auriculares de los cuales pendían unos finísimos alambres, que estaban en comunicación con todos los mundos.

—¡Escucha! —le dijo.

Durante unos momentos Nikro Ñor «escuchó». Por la expresión de su semblante comprendía que estaba intrigado. Por fin se quitó, con un gesto de impaciencia, el amplificador de pensamientos.

—Nunca he tenido con esto el éxito que tú, Talal Tar. ¿Qué les pasa a los Pequeños? ¿Qué es ese rugido que se oye?

—¡Oraciones, Maestro!

—¿Oraciones? ¿Y qué piden?

—¡La Muerte!

—¿La muerte?

—¿Recuerdas que te dije que tenía la intención de interrumpir los rayos mortales para dar a los Pequeños aquello que han estado buscando durante varias generaciones? La i Inmortalidad. Pues bien, Maestro, lo hice… Hace cosa de cinco o diez segundos. ¡Les di la vida eterna! Y… ¡vuelven a pedir la muerte! En todos los planetas los corazones claman llamando a la Muerte, Muerte la Destructora.

Una sonrisa muy dulce iluminó el semblante de Nikro Ñor.

—¡Ah! ¡Son sabios…! ¡Mucho más sabios de lo que yo me

hubiera atrevido a creer! Nuestros Pequeños, mi querido Talal Tar, han llegado a ser divinos de pensamiento. Es una lección para nosotros. Dales la muerte sin vacilar. Porque Ella es el don más grande de la Vida: Alivia el dolor, consuela el pensamiento… ¿Qué cosa existe que sea más milagrosa que la Muerte?

Y de su corazón desapareció todo miedo a la Gran Igualadora.

FIN

LIBRO MUÑECO

LA MAXIMA NOVEDAD EN LOS LIBROS INFANTILES

Editorial Molino ha puesto siempre sus mejores afanes al servicio de los niños, a quienes, en sus diez años de existencia, ha servido las máximas novedades en este género de publicaciones En la fecha en que Editorial Molino cumplía sus primeros diez años de existencia, lanzó al mercado uno de los más originales libros que se han publicado. Se trata del Libro Muñeco, o sea el libro, que además de ser libro es muñeco que surge de entre las páginas y a cada vuelta de hoja aparece vestido con un nuevo traje. Este primer libro se tituló

LAS VACACIONES DE JUANA MARIA

Ahora acaba de publicarse el segundo tomo, titulado

EL VIAJE DE LUISITO

que repetirá el éxito obtenido por su anterior y que a su vez se verá confirmado por el que obtendrán

EL PREMIO DE MARISA

Y

LA PRINCESA BELLAFLOR

que antes de finalizar el año completarán esta colección.

URGEL, 245 EDITORIAL MOLINO BARCELONA

T. G. ROVIRA. - ROSELLÓN, 332

ISBN: 978-84-473-5006-3 — D.L.: M-26647-2007